
3 1761 06678031 3

GLORIAS DE MEXICO









D. JOSÈ MORELOS

D. Mª DOMINGUEZ Y D. Mª Jª ORTIZ

D. Vte GUERRERO

Nas BRAVO



D. JUAN ALDAMA



D. MARIANO MATAMOROS



D. AGUSTIN ITURBIDE



D. JAVIER MINA

TOS

A PATRIA

por

JUAN DE DIOS PEZA



UEL HIDALGO y COSTILLA

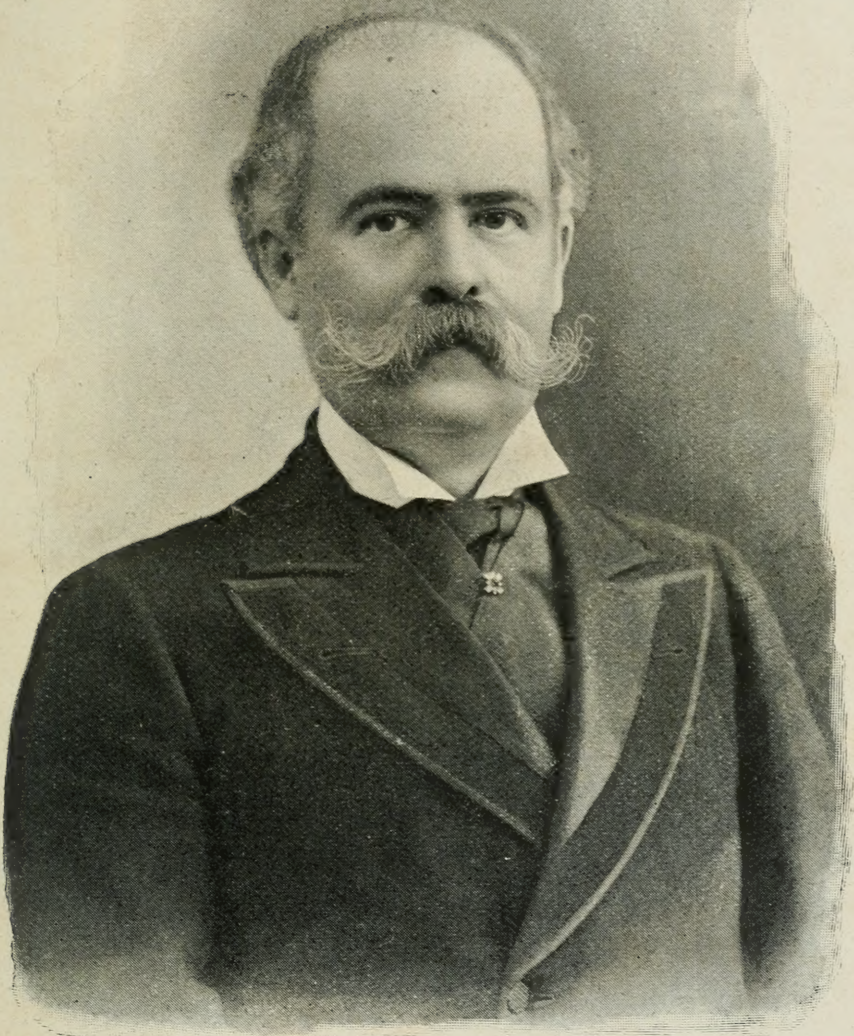


D. BENITO JUÁREZ

LAS GLORIAS DE MÉXICO

MUSA ÉPICA

CANTOS Á LA PÁTRIA



JUAN DE DIOS PEZA.

LAS GLORIAS DE MÉXICO

MUSA ÉPICA

CANTOS Á LA PÁTRIA

POR

JUAN DE DIOS PEZA

NUEVA EDICIÓN
con las más modernas poesías patrióticas del autor
ilustrada con láminas fotograbadas

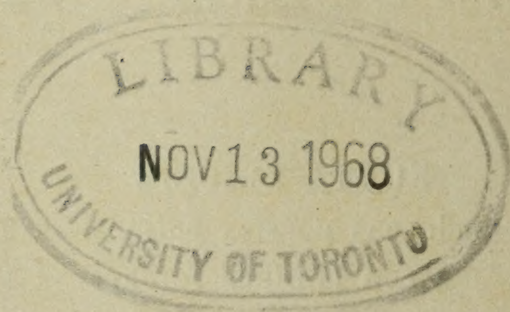
CASAS EDITORIALES

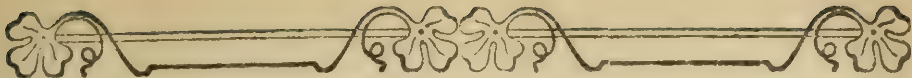
MAUCCI HERM.os é HIJOS
BUENOS-AIRES
CALLE RIVADAVIA, 1435

MAUCCI HERMANOS
MÉXICO
CUARTA DE TACUBA, N. 40

JOSÉ LÓPEZ RODRÍGUEZ
HABANA
Calle Obispo, 129 á 137

[1904?]





AL LECTOR

Al triunfar la causa republicana en 1867, puede decirse que despertó en todo el país el espíritu aletargado por muchos años, de escribir y publicar todo cuanto se relaciona con las bellas letras en México.

Por esto, está en nuestro concepto bien definida, con el nombre de «Renacimiento Literario» la época á que nos referimos.

Poco se cultivó la bella literatura durante el Imperio. En 12 de Octubre de 1865, Maximiliano dirigió á su Ministro de Gobernación una carta indicándole su deseo de crear un teatro nacional, bajo la dirección del poeta español José Zorrilla. Todos saben que ese proyecto se inició en la práctica, representando el «Don Juan Tenorio» en la antigua capilla de Palacio, convertida en teatro. Pero ni el director, ni la obra, ni el autor del proyecto eran mexicanos. La dramática, como la lírica, estaban entumecidas y avergonzadas, por aquellos días, y puede asegurarse que de la primera sólo llamaron la atención, dos obras que atacaban directamente á la sociedad y al Gobierno. Una de ellas fué la comedia de José T. Cuellar titulada: «Un Ranchero de Irapuato», que puso de relieve las ridículas palabras y costumbres de los afrancesados; y la otra, una pieza compuesta por dos inteligentes alumnos de la Escuela de San Ildefonso, Don Victor Banuet y Don Martín Fernández de Jáuregui, denominada «El Sorteo», criticando el Decreto de enganches militares expedido recientemente y burlándose de las prácticas aristocráticas de la efímera Corte.

Fuera de estas creaciones nacionales, que naturalmente se prohibieron en cuanto fueron conocidas, nada nuevo se ofreció al público por aquellos días.

En la lírica, sí se encuentran algunas producciones de mérito puramente gramatical, puesto que eran de correctos y atildados versi-

ficadores, que ni volaron nunca por los cielos de la inspiración, ni han dejado luminosa huella en los espacios de la Fama.

Debemos confesarlo con franqueza; los verdaderos poetas habían hecho lo que los antiguos cantores de Israel junto á los ríos de Babilonia, colgado sus arpas en los sauces, mientras pasaba la tormenta de dolores que les agobiaban.

Parece que con la victoria de las armas nacionales, la inspiración surgió con bríos nuevos, llena de lozanía y de frescura, como las hojas que visten en Europa á esos árboles que han pasado largos meses envueltos en sudarios de nieve.

A los pocos días de instalado el Gobierno Republicano, un inolvidable caballero, gala de la patria por sus ideas puras y sanas, orgullo del Foro por su sabiduría y ornamento de la sociedad por sus finas maneras, convocó en su casa para una reunión á todos los escritores y poetas que estaban en la Capital, para que solemnizaran la paz y el progreso, empuñando en vez del fusil y la espada, la lira y la pluma. Nos referimos al Sr. Lic. D. Rafael Martínez de la Torre.

En torno suyo, Guillermo Prieto, Ignacio Ramírez, Ignacio M. Altamirano, Vicente Riva Palacio, Luis G. Ortíz, Manuel Peredo, Alfredo Chavero, Julián Montiel, Joaquín Téllez, Juan P. de los Ríos, Joaquín Villalobos, Justo Sierra, Enrique Olavarría, José T. de Cuellar, Rafael González Paez, Juan A. Mateos, Lorenzo Elízaga, Juan Clemente Zenea y otros varios, hicieron oír de nuevo sus inspirados cantos y sostuvieron el movimiento literario de México.

Las *Revistas* del Sr. D. José María Iglesias, conteniendo los hechos más notables de la peregrinación de Paso del Norte y del dominio extranjero; los libros de D. Matías Romero, historiando todos los asuntos de nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos; las *Reseñas sobre el Ejército del Norte durante la Intervención Extranjera*, escrita por D. Juan de Dios Arias; los *Ensayos Políticos,* del Sr. Elízaga; la *Reseña sobre la Campaña de Puebla,* por D. Pantaleón Tovar; los *Apuntes ó Memorias sobre la Intervención Extranjera,* que escribió, sin lograr concluirla, el Gral. Juan N. Mirafuentes; las obras de D. Manuel Payno, intituladas *Cuentas, Gastos, Acreedores,* y *Otros asuntos del tiempo de la Intervención Francesa y del Imperio,* y *Lecciones de Economía Política;* las *Memorias* sobre la revolución é independencia de México, por D. Anastasio Zerecero; el *Ensayo de un Estudio Comparativo entre México y los Estados Unidos,* por D. José Díaz Covarrubias; los *Apuntes sobre un Sistema Militar para la República,* por D. Manuel Balbontín;

los *Nuevos Métodos Astronómicos para determinar la hora, el azimut, la latitud y la longitud geográfica, con entera independencia de medidas angulares absolutas*, y el *Tratado de Topografía*, de D. Francisco Díaz Covarrubias; el *Compendio de Gramática de la Lengua Española, según se habla en México*, y el *Catecismo de Moral*, de D. Nicolás Pizarro; las *Lecciones de Geografía, Estadística Mercantil é Historia del Comercio*, de D. José María Baranda; la *Geografía Universal y Particular de México*, de D. Antonio García Cubas, y los *Estudios sobre la Educación*, de D. Ignacio Ramírez, así como otras muchas obras que no citamos para no pecar de difusos, demuestran evidencialmente el incremento que las ciencias y las artes adquirieron desde luego, á la sombra del pabellón republicano.

Respecto de Literatura, mucho tendríamos que decir; pero bástenos recordar que en aquellos días se publicaban obras de grande oportunismo; porque como dice el Sr. Altamirano: «el pueblo deseaba saber lo que había pasado en todos los ámbitos de la República; quería conocer personalmente á sus defensores y á sus enemigos, sus glorias y sus infortunios»; obedeciendo á esta necesidad, escribió Juan A. Mateos sus novelas «El Sol de Mayo» y «El Cerro de las Campanas»; y el inspirado Vicente Riva Palacio, publicó sus novelas «Calvario y Tabor», «Monja y Casada, Virgen y Mártir», «Martín Garatuza», «Los Piratas del Golfo», «Don Guillén de Lampart», «Las dos Emparedadas» y «La Vuelta de los Muertos»; Altamirano escribió y publicó deliciosas revistas de arte y letras; sus novelas «Clemencia» y «La Dama de Honor», sus «Rimas», verdaderos modelos de poesía americana, y fundó para gloria de México un elegante semanario intitulado: «El Renacimiento», con la constante colaboración de todos los escritores más notables; José María Ramírez, «El viejo», publicó sus originales novelas «Una Rosa y un Harapo» y «Los Pícaros»; D. Anselmo de la Portilla escribió su novela «Virginia»; Aniceto Ortega escribió «La Bruja de Berruley»; Enrique Olavarría, «El Tálamo y la Horca» y «Lágrimas y Sonrisas»; José Rivera y Río publicó sus «Flores del Destierro» (poesías), y sus novelas «El Hambre y el Oro» y «Los Dramas de Nueva-York»; y D. Pedro Santacilia dió á la estampa sus bellísimos é interesantes «Apólogos».

Bajo esta influencia, en medio de este movimiento inusitado y asombroso, las Escuelas Nacionales hospedaban en sus cátedras, á jóvenes bisoños todavía, que amaban las letras, cultivando en silencio

el divino arte de la poesía. Entre estos jóvenes, figuraban como inspirados y precoces, Manuel Acuña, Juan de Dios Peza, Agustín F. Cuenca, Rafael Rebollar, Gustavo Baz, Francisco Cosmes, Agustín García Figueroa, José Manuel Gutiérrez Zamora, Juan B. Garza, Manuel de Olaguíbel, José Olmedo y Lama, Francisco de P. Ortíz, Miguel Portillo, Javier Santa María, Agapito Silva, Eduardo E. Zárate, Ramón Rodríguez Rivera y Rodolfo Talavera.

Todos estos jóvenes han brillado más ó menos en nuestro Parnaso, y deber nuestro es confesar que han sido alentados por Ramírez, Prieto, Riva Palacio, y sobre todo, por Ignacio Manuel Altamirano, que los ha visto y considerado como á hijos predilectos de su corazón entusiasta.

Fijados así los orígenes de la generación nueva, creada por el triunfo de la República, nos ocuparemos suscintamente para no fatigar á los lectores, de la índole del libro «LA LIRA DE LA PATRIA» del que es autor Juan de Dios Peza, muy conocido por sus muchas y bellísimas producciones, no sólo en nuestra Patria, sino en todos los dominios de la lengua castellana y en extraños países, como lo acredita la traducción hecha al ruso, al italiano, al inglés, al portugués y al francés, de algunos de los «Cantos del Hogar».

No nos ocuparemos de la biografía del poeta; nos toca solamente hablar de la utilidad y significación del libro que encabezamos con estas líneas.

Para nadie es un misterio que la propaganda de fríos sistemas filosóficos, el desconocimiento de muchos héroes y de muchos hechos, amortiguan el amor patrio y el culto por el pasado en los corazones nuevos, y este libro tiende en todas sus páginas á robustecer ese culto, á conmemorar sucesos de altísima importancia histórica; á no consentir que se pierdan los nombres de los mártires; á infiltrar una devoción por todo lo que ha sido grande y hermoso en los anales patrios, y á demostrar por último, que el poeta moderno ya no pulsa el laúd que resonaba junto á los castillos de la Edad Media, ni el mandolín que sólo saludaba el crecimiento de una rosa ó el vuelo de una alondra, sino que busca en los hechos y asuntos que le rodean, un motivo real y verdadero para sus inspiraciones. De esta suerte, los versos á la vez que cautivan, enseñan y aprovechan, y no hay mejor manera de fijar en el ánimo el amor á lo bueno y á lo noble, que la de presentarla en la más hermosa y más sencilla de las formas.

El mexicano que ausente de su patria, ó recorriendo en ella la

vasta extensión de su territorio, lea «LA LIRA DE LA PATRIA», se conmoverá indudablemente, sintiendo en lo más íntimo de su pecho, el orgullo natural y santo de haber nacido en región tan privilegiada y tan heróica.

No puede acusarse al autor de romántico, por más que nosotros creamos, que mientras haya en el mundo amor que lleve hasta el sacrificio, dolores que rediman, esperanzas que consuelen y privaciones que fortalezcan, poniendo de relieve la honradez, la fe y la lealtad, habrá romanticismo y bardos que lo cultiven para provecho de las sociedades.

Después de leído este libro, no se le llamará á Juan de Dios Peza, «cantor del hogar» solamente, sino «del hogar y de la patria», pues no es poco, ni inservible, lo que su nativa tierra le ha inspirado.

No es nuestra época, una de las más propicias para el culto de la poesia. De la sociedad en general pudiera decirse lo que el galano y erudito escritor chileno Don Efraim Vázquez Guarda, en su reciente é interesante libro, «Tajos y Reveses» («Crítica y Sátira») dice del medio en que vivimos.

«Vivimos en un centro en que es mengua ante los ojos de muchos cultivar la literatura. Se prefieren los asuntos económicos ó los sociales, con exclusión de todos los demás. Saber gramática y escribir como Dios y el buen gusto lo mandan, es cosa á la cual muchos no le hallan objeto. En efecto, ¿se necesita acaso de ella para *endosar un vale,* ó para saber lo que Darwin, Litrée y tantos más piensan acerca del origen de las cosas, y del hombre en primer término?»

Por fortuna, en México se aman las letras, y todavía hay muchos que buscan gratísimo soláz en los libros. Juan de Dios Peza, que escribió en unión del erudito é inspirado Vicente Riva Palacio «Leyendas y tradiciones mexicanas», busca ahora en los episodios contra el invasor extranjero, en la conmemoración de los héroes y en alabar nuestras glorias, nuevo cauce á su inspiración fecunda.

Esto es el mejor testimonio de que en el brumoso *medio ambiente* en que nos agitamos, con las convulsiones económicas y sociales, hay sin embargo quien tañe el sonoro laúd de áureas cuerdas, cuyas dulces notas son tan gratas y consoladoras, como los ecos de la canción que en la infancia nos arrullaba y nos conmovía.

Sirva esta interesante obra de estímulo á los que se propongan continuar la tarea iniciada por el popular Guillermo Prieto con su valioso «Romancero nacional», seguido por Peza con sus «Romances de la guerra extranjera» y terminada en el porvenir por tantos

hijos predilectos de las musas, que sienten correr en sus venas el fuego sagrado de la inspiración y del amor patrio.

Ya un modesto y levantado poeta épico, Don Eduardo del Valle, ha cantado al inmortal «Cuauhtemoc», mereciendo su poema hermoso los honores de la traducción al francés, según se lo anunciara el poeta parisiense Raoul de Reyrols; ya el dramático Peón Contreras, justamente laureado, escribió un «Romancero de glorias y tradiciones aztecas»; ya Chavero llevó á la escena á Xóchitl, y un ilustre joven uruguayo, el Dr. Pedro Mascaró y Sosa presentó como tesis, en la Universidad Central de Madrid, un estudio sobre la poesía méxico-gentílica. Son innumerables las leyendas, romances y novelas que de asuntos nacionales tratan y parece que gusta y se acepta este nuevo género que ha de constituir una literatura propia.

¡No hay que desmayar en tarea tan noble, poetas del Anáhuac! Cada libro de autor mexicano que aparece, es un nuevo contingente para la reputación y la gloria en que hemos nacido, y como dice el sabio Ignacio Ramírez:

«Lo importante para el literato es el ejercicio; luchando se forman los generales; pintando se revelan los artistas y fulminando los rayos de la elocuencia y confundiendo quejidos con la lira, tal vez conseguiremos ser oradores ó poetas; por lo menos, no nos avergonzará nuestra ignorancia».

Hagámos libros de lo nuestro y para lo nuestro, y seremos sin duda más comprendidos y más estimados en el mundo.

¡Ojalá que este libro produzca moralmente los fecundos resultados á que lo destinan sus páginas, y que á la vez despierte en derredor del poeta otro aplauso, que sea un nuevo lenitivo á sus dolores humanos!

Tlalnepantla, Febrero de 1893.

Alberto Franco.



LAS GLORIAS DE MÉXICO

MUSA ÉPICA

Cantos á la Pátria

En 1893 autoricé á mi amigo Eusebio Sanchez para que hiciera un volúmen con mis versos consagrados á encomiar las glorias de la tierra donde tuve la dicha de ver la luz primera, y lo hizo desde luego con el nombre de «La Lira de la Pátria».

Once años ha corrido esa obra entre sus manos y ahora me es grato autorizar á otros no menos buenos amigos míos, los Señores Maucci Hermanos de México, para que, refundiendo todo ese libro y agregándole otros cantos editen un nuevo volúmen y lo propaguen como lo crean más conveniente á sus propios intereses.

Estos versos han sido en su mayor parte escritos para el pueblo, para despertar en los corazones sencillos y sanos el amor ferviente á la Libertad, á la Independencia y á la Reforma, cuyas conquistas costaron tantos sacrificios, tantos esfuerzos y tanta sangre, así á nuestros esforzados insurgentes de 1810 á 1821, como á los que surjieron desde el Plan de Ayutla hasta la restauración de la República en 1867.

He querido legar á mis hijos un culto por los que han afirmado la independencia, el crédito y el bienestar de mi pátria, que goza hoy de una paz envidiable, fecunda y sólida.

No hay Tabor sin Calvario, y para llegar al Tabor en que miramos flamear la bandera tricolor ¡Cuántos mártires subieron á la cruz! ¡Cuántos perdieron la vida, no la esperanza, en medio de las más encarnizadas luchas y de los más espantosos padecimientos!

Mi deber era cantar á esos mártires, á Hidalgo, á Morelos, á Allende, á Mina, á Pedro Moreno, á Aldama,

á Abasolo, el heroismo de Guerrero, vilmente sacrificado más tarde, el valor de Pípila, que con una loza en la espalda se acerca entre una lluvia de balas á quemar la puerta de la Alhóndiga de Granaditas en Guanajuato y la sublime abnegación de la Corregidora de Querétaro D.ª Josefa Ortiz de Dominguez, que obliga al inmortal Hidalgo á apresurar la realización de su propósito y dar el grito de Independencia.

Y canto también á los que lucharon algunos lustros más tarde contra la intervención francesa y el imperio, que bien supo mi amado padre que estas fueron mis ideas desde niño y que nunca ofenderé su memoria, pues si él pudo equivocarse acaso en la elección de una politica monárquica, y figuró en ella, tan grandes fueron su honradez y su firmeza de convicciones, que venerando la primera, respeto la segunda. Me educó en una escuela de libertad de pensar tan ámplia que jamás me reprendió mi devoción por el gran Juarez, ni por las leyes que este Benemérito firmó con mano de bronce y que al correr de los años salvaron la causa de la República.

Son estos versos, incorrectos, escritos las más veces al vuelo para las festividades patrióticas para conmemorar acciones más ó menos brillantes en la historia y para describir hechos y sitios que ofrecen interés general en el transcurso de los tiempos.

Y canto también á varios que aún viven porque son dignos de encómio, y para que no se me juzgue adulador ni lisonjero, puedo grabar en la primera hoja de este libro lo que me nace del fondo del alma:

« Creo hacer justicia á quienes la merecen, alentando á los que me lean á otorgársela también, ó cuando menos á que reconozcan que son acreedores á ella ».

Y ya es mucho decir sobre una obra propia que se verá bien premiada si en algun lector de extraña tierra enciende simpatias por esta mia, en la que el sol americano alumbró ayer campos llenos de sangre y hoy los ilumina radiantes de paz, de prosperidad, cruzados por millares de lineas ferreas que llegan á los puertos y á las fronteras para traer á las Capitales de sus veintisiete Estados á todos los que buscan trabajo honrado y existencia tranquila!

México 26 de Agosto de 1904.

JUAN DE DIOS PEZA.

COLÓN É ISABEL

Á EVARISTO FOMBONA.

Cantar á ese gigante soberano
Que al soplo de su espíritu fecundo
Hizo triunfar el pensamiento humano
Arrebatando al mar un nuevo mundo;
Cantar al que fué sabio entre los sabios,
Cantar al débil que humilló á los grandes
Nunca osarán mi lira ni mis labios.
Forman su eterno pedestal los Andes,
El Popocatepétl su fe retrata,
Las pampas son sus lechos de coronas,
Su majestad refleja el Amazonas,
Y un himno á su poder tributa el Plata.

No es la voz débil que al vibrar espira,
La digna de su nombre ¿puede tanto
La palabra fugaz...? ¿Quién no lo admira?
La mar, la inmensa mar, esa es su lira,
Su Homero el sol, la tempestad su canto.
Cuando cual buzo audaz, mi pensamiento
Penetra del pasado en las edades,
Y mira bajo el ancho firmamento
De América las vastas soledades:
El inca dando al sol culto ferviente,
El araucano indómito y bravío,
El azteca tenaz que afirma el trono.

Adunando al saber el poderío:
¡A cuántas reflexiones me abandono!...
Todas esas sábanas calentadas
Por la luz tropical, llenas de flores,
Con sus bosques incultos, y sus selvas
Llenas de majestad; con sus paisajes
Cerrados por azules horizontes,
Sus montes de granito,
Sus volcanes de nieve coronados,
Semejando diamantes engarzados
En el esmalte azul del infinito;

Las llanuras soberbias é imponentes,
Que puebla todavía
En la noche sombría
El eco atronador de los torrentes;
Los hondos ventisqueros,
Las cordilleras siempre amenazantes,
Y al aire sacudiéndose arrogantes,
Abanicos del bosque, los palmeros;
No miro con mi ardiente fantasía
Sólo una tierra virgen que podría
Ser aquel legendario paraíso
Que solo Adán para vivir tenía;
Miro las nuevas fecundantes venas
De un mundo á grandes fines destinado
Con su Esparta y su Atenas,
Tan bello y tan feliz como ignorado.
Para poder cantarlo, busca el verso
Una lira con cuerdas de diamante,
Por único escenario el Universo,
Voz de huracán y aliento de gigante.

Que destrence la aurora
Sus guedejas de rayos en la altura:
Que los tumbos del mar con voz sonora
Pueblen con ecos dulces la espesura:
Que las aves del trópico, teñidas
Sus alas en el iris, su contento
Den con esas cadencias tan sentidas
Que van de selva en selva repetidas
Sobre las arpas que columpia el viento,
Venid conmigo á descorrer osados
El velo de los siglos ya pasados.

Tuvo Don Juan Segundo
En Isabel de Portugal, la bella,
Un ángel, que más tarde fué la estrella
Que guió á Colón á descubrir un mundo.
El claro albor de su niñez tranquila
Se apagó en la tristeza y en el llanto:
En el triste y oscuro monasterio
Donde, envuelta en el luto y el misterio,
Fué Blanca de Borbón á llorar tanto;
Allí Isabel fortaleció su mente,
Y aquel claustro de Arévalo imponente
Fe le dió para entrar al mundo humano;
Dió vigor á su espíritu intranquilo;
Fué su primer asilo soberano,
Cual la Rábida fué primer asilo
Del Vidente del mundo americano.

Muerto Alfonso, su hermano,
En el convento de Avila se encierra,
Y hasta allí van los grandes de la tierra,
Llenos de amor á disputar su mano.
Ella da el triunfo de su amor primero
A su igual en grandeza y en familia,
Al que, rey de Sicilia,
Es de Aragón el príncipe heredero.
A tan gentil pareja
Con ensañado afán persigue y veja
De Enrique Cuarto la orgullosa Corte;
Pero palpita el alma castellana
Que de Isabel en la gentil persona,
Más que la majestad de la corona,
Ve la virtud excelsa y soberana.
La España en Guadalete decaída,
Y luego en Covadonga renacida,
No vuelve á unirse, ni por grande impera,
Hasta que ocupa, sin rencor ni encono,
De Berenguela y Jaime el áureo trono,
El genio augusto de Isabel Primera!
Grande en su sencillez, es cual la aurora
Que al asomarse, todo lo ilumina;
Humilde en su piedad, cual peregrina
Va al templo en cada triunfo, y reza, y llora;
Nada á su gran espíritu le agobia:
Desbarata en Segovia

La infiel conjuración; libra á Toledo;
Fija de las costumbres la pureza;
El crimen blasonando en la nobleza
Castiga, vindicando al pueblo ibero:
Por todos con el alma bendecida,
Por todos con el alma idolatrada,
Rinde y toma vencida,
Edén de amores, la imperial Granada.
Dejadme que venere
A esa noble mujer.... Llegóse un día
En que un errante loco le pedía,
Ya por todos los reyes desdeñado,
Buscar un hemisferio, que veía
Allá en sus sueños por el mar velado.
No intento escudriñar el pensamiento
Del visionario que á Isabel se humilla.
¿La América es la Antilla
En que soñó Aristóteles? ¿La Atlántida
Que Platón imagina en su deseo,
Y menciona en su diálogo el Timéo?
¿Escandinavos son los navegantes
Que cinco siglos antes
De que el insigne genovés naciera,
Fijo en Islandia su anhelar profundo,
Al piélago se arrojan animados,
Y son por ruda tempestad lanzados
A la región boreal del Nuevo Mundo...?
¡Yo no lo sé! Se ofusca la memoria
Entre la noche de la edad pasada;
Sólo hay tras esa noche una alborada:
Isabel y Colón: ¡La Fe y la Gloria!

¡Cuántos hondos martirios, cuántas penas
Sufrió Colón! ¡El dolo y la perfidia
Le siguen por doquier! La negra envidia
Al vencedor del mar puso cadenas!
Maldice á Bobadilla y á Espinosa
La humanidad que amamantarlos plugo;
El hondo mar con voz estrepitosa
Aún grita maldición para el verdugo!
El mundo descubierto,
A hierro y viva sangre conquistado,
¿Fué solamente un lóbrego desierto?

¿Vive? ¿palpita? ¿crece? ¿ha progresado?
¡Ah, sí! Tended la vista.... Cien naciones,
Grandes en su riqueza y poderío,
Responden con sonoras pulsaciones
Al eco tosco del acento mío.
El suelo que Cortés, airado y fiero,
Holló con planta osada,
Templando lo terrible de su espada
La dulzura y bondad del misionero;
Cual tuvo un Cuauhtemoc, que al mundo asombra,
Tuvo después cien héroes: un Hidalgo,
Cuya palabra sempiterna vibra;
Un Morelos, en genio esplendoroso;
Un Juárez, el coloso
Que de la Europa y su invasión nos libra!
Bolívar, en Santa Ana y Carabobo,
Y en Ayacucho Sucre, son dos grandes,
Son dos soles de América en la historia,
Que tienen hoy por pedestal de gloria
Las cumbres gigantescas de los Andes.
¡Junín! el solo nombre
De esta epopeya mágica engrandece
El lauro inmarcesible de aquel hombre,
Que un semidiós al combatir parece.
Sucre, Silva, Salom, Córdoba y Flores,
Colombia, Lima, Chile, Venezuela,
En el Olimpo para todos vuela
La eterna fama, y con amor profundo
La ciñe eterna y fúlgida aureola:
¡Gigantes de la América española,
Hoy tenéis por altar al Nuevo Mundo!
Ningún rencor nuestro cariño entraña:
Del Chimborazo, cuya frente baña
El astro que á Colombia vivifica,
A la *montaña estrella*
Que frente al mar omnipotente brilla,
Resuena dulce, sonorosa y bella
El habla de Castilla:
Heredamos su arrojo, su fe pura,
Su nobleza bravía.
¡Oh, España! juzgo mengua
Lanzarte insultos con tu propia lengua;
Que no cabe insultar á la hidalguía.
En nombre de Isabel, justa y piadosa,

En nombre de Colón, ningún agravio
Para manchar tu historia esplendorosa
Verás brotar de nuestro humilde labio.
¡A Colón á Isabel el lauro eterno!
Abra sus áureas puertas el Olimpo,
Y ofrezca un trono á su sin par grandeza:
Resuene en nuestros bosques el arrullo
Del aura errante entre doradas pomas:
Las flores en capullo
Denles por grato incienso sus aromas:
El volcán, pebetero soberano,
Arda incesante en blancas aureolas,
Y un himno cadencioso el mar indiano
Murmure eterno con sus verdes olas.
El universo en coro
Con arpas de cristal, con liras de oro.
Al ver á los latinos congregados,
Ensalce ante los pueblos florecientes
Por la América misma libertados,
Aquellos genios, soles esplendentes
De Colón é Isabel, y con profundo
Respeto santo y con amor bendito,
Libre, sereno, eterno, sin segundo,
Resuene sobre el Cosmos este grito:
¡Gloria al descubridor del Nuevo Mundo!
¡Gloria á Isabel, por quien miró cumplida
Su gigantesca empresa soberana!
¡Gloria, en fin, á la tierra prometida
La libre y virgen tierra americana!

HIDALGO

Mártir de tu conciencia! nuestra historia
Bañada está en la luz de tu grandeza;
El pueblo cambió en culto tu memoria,
Y las canas que ornaban tu cabeza
En hojas de laurel tornó la gloria.

Si con mundos de luz tu santo nombre
En el cielo de México está escrito,
Que vele al pueblo y al tirano asombre;
Para ser libre te bastó ser hombre,
Para ser inmortal te bastó un grito.

Ahora venimos á tu altar trayendo
De respeto y amor eternas flores,
Tu muerte y tus martirios bendiciendo;
Míranos.... con el alma repitiendo
Las divinas palabras de Dolores.

Feliz aquel á quien el mundo llame
El cantor de tu gloria, noble anciano;
Labio feliz el que tu nombre aclame;
¡Feliz todo el que en tí venere y ame
Al *Redentor* del pueblo mexicano!

1869.

Al Sr. Gral. D. Porfirio Díaz.

(Leida en el gran teatro Nacional de México)

¡Salud, hijo feliz de la Victoria!
Pocas veces me véis á vuestro lado;
Podéis sin gran esfuerzo hacer memoria
Y darme aquí un mentís si os he adulado.
Y hoy quiero alzar un canto á vuestra gloria:
Sois grande en el presente, en el pasado,
Y en el tiempo sin fin, en lo futuro,
Tendréis un pedestal firme y seguro.

Nacísteis en la hermosa y rica tierra
Que tiene de oro y mármol los cimientos;
Que de una raza la Epopeya encierra
De Mitla en los soberbios monumentos;
Que esconde entre los riscos de la Sierra
Do las águilas reinan y los vientos,
La cabaña envidiable y bendecida
Donde un indio inmortal surgió á la vida!

En tal región crecísteis al amparo
De un apacible hogar dulce y tranquilo;
El mar del porvenir os mostró un faro
Y dejásteis por él tan grato asilo.
Todo era estrecho á vuestro afán preclaro:
¿Quién encadena el mar? ¿Quién ata el Nilo?
Ibais en pos del minervino escudo
Y alzásteis el de Marte, fiero y rudo.

Yo me imagino el ímpetu, el arrojo
Que os convirtió en un héroe, al ver hollada
Como ruín y mísero despojo
Por extraño invasor la patria amada;
Relámpago de Olimpo vuestro enojo
Irradió como un sol en vuestra espada,
Y la turba invasora y extranjera
Sucumbió en Miahuatlán y en Carbonera,

Desde temprana edad fuísteis guerrero;
Fuísteis patriota desde edad temprana,
Que el amor á esta tierra fué el lucero
Que engalanó vuestra primer mañana.
Vuestro más tierno amor ¡Amor primero!
La tricolor bandera mexicana,
Y mirar respetada esa bandera
¡Ah! ¡También fué vuestra ambición primera!

Siendo un Bayardo en la tenaz contienda
Y siempre un Cid en la campal batalla;
Teniendo por hogar la épica tienda,
Por himno el retronar de la metralla,
Hallando la victoria en vuestra senda
Y abatiendo al marchar toda muralla
En Puebla, el 2 de Abril, invicto y fuerte
Al Imperio, señor, dísteis la muerte.

Era yo un estudiante y os vi un día
Entre sables, cañones y corceles,
Por estas calles de la tierra mía
Entrar, señor, ceñido de laureles;
Ví al jubiloso pueblo que aplaudía
A los soldados pobres y fieles
Que en realidad, trocaron vuestros sueños:
¡A vuestros bravos indios oaxaqueños!

Y yo, pobre y obscuro y olvidado,
Humilde sér que vegetaba en calma,
No teniendo un laurel para el soldado,
Ni una rama de encina ni una palma,
Me acerqué á contemplarle entusiasmado
Y con un grito que brotó del alma
Le lancé un ¡viva! que ofuscó á los bronces
¡Y fuí vuestro devoto desde entonces!

Vos, vencedor de la ciudad sitiada;
Vos, adalid de la victoria inmensa;
Ni reclamásteis ni exijísteis nada
De tanto sacrificio en recompensa;
« Es de Juárez la gloria conquistada;
Quien lo osare negar me hace una ofensa »
Clamásteis y cedísteis al momento
A Juárez el poder y el alto asiento.

Del Papaloápam en la perla hermosa,
Lejos de toda pompa y del boato,
La vida no envidiada ni envidiosa
Llevásteis cual moderno Cincinato,
Y cuando ya la lucha os fué forzosa
Dejásteis el retiro amable y grato
Y surgísteis de nuevo ante la historia
Luchando audaz hasta alcanzar victoria.

Y hoy realizáis los grandes ideales,
Y el patrio amor lo mantenéis ileso,
Y levantáis las artes nacionales
Y abrís prácticas sendas al progreso;
Crece la fe, prosperan los caudales,
El Erario, ayer Job, se tornó Creso,
Y afirmando la paz con sabia mano
Hacéis feliz al pueblo mexicano!

Por eso el pueblo agradecido os ama;
Le habéis dado, señor, cuanto él quería;
Del uno al otro polo, vuestra fama
El más dichoso rey la envidiaría;
Vivid mucho en la tierra en que derrama
Vuestra mano mil bienes cada día:
Habéis logrado la mayor victoria:
¡La bendición del pueblo y de la historia!

LA VICTORIA DE TAMPICO.

(Escena del segundo acto de "El capitán Miguel")

Sargento.—Cuando fué el bravo Guerrero
Presidente, yo era un chico
y en aquel tiempo á Tampico
llegó un general ibero
Miguel. —¿Barradas?
Sargento.—........ Justo; eso es;
Barradas precisamente
queriendo, audaz y valiente,
ser un nuevo Hernán Cortés.
Entonces, sólo al decir
que extraña tropa llegaba
el Gobierno ya miraba
enlutado el porvenir.
Y por prudencia ó temor
cesaban goces y fiestas,
haciéndole mil protestas
á cualquier Embajador.
Barradas, bravo y experto,
vencer á México anhela
y entra altivo á toda vela,
como Virrey frente al puerto.
Santa-Ana, á la patria fiel,
tan audaz como animoso
derrotó al jefe ambicioso
ganando eterno laurel.
Fué una derrota ejemplar
que no olvidará la Historia
pues allí alcanzó la gloria
de hacerlo capitular.
En México ¡Qué ansiedad
por saber el resultado!
Estaba en completo estado
de agitación la ciudad.
Una noche, á ver un drama
Guerrero fué al coliseo,
un teatro tosco y feo
que «Principal» se le llama.

Llegado el acto tercero,
ve con asombro la gente
que al palco del presidente,
entra, con traje de cuero,
un hombre y le da un papel;
Guerrero al leerlo llora,
y el público en esa hora,
enternecido con él,
supone lo que le avisa
al Presidente el pliego
y queda mudo, en sosiego
entre lágrimas y risa.
Cuando acabó de leer
Guerrero, se levantó
de su asiento y así habló
sin poderse contener:
«Si con frases no me explico,
«el llanto lo hará por mí....
«me comunican aquí
«la victoria de Tampico....!
«Vencido está el jefe ibero,
«Santa-Ana lo derrotó....»
Y un gran grito resonó:
«¡Vivan Santa-Ana y Guerrero!»
Guerrero con alegría,
dijo enseñando leal
la faja de general
que en la cintura tenía:
«Mando al brigadier Santa-Ana,
«esta faja, no os asombre,
«para que la porte en nombre
«de la Nación Mexicana».
Volvió el público á gritar
nuevos vivas y á aplaudir,
en unos era el reír,
en otros era el llorar
y no hay mármoles ni bronces,
ni existen tinta y color,
que puedan pintar, señor,
el patriotismo de entonces.

Miguel. —Tu buena memoria pasma
á cualquiera, mi sargento,
tu relato da contento,
enardece y entusiasma.

Sargento.—Cuando el teatro dejaron
todos con gran ansiedad,
¿Sabéis lo que en la ciudad
con asombro contemplaron?
Adornadas con festones
todas las casas vecinas,
con faroles y cortinas
en cornisas y balcones;
sobre las torres bermejas
de los vetustos conventos,
gallardetes, ornamentos,
guirnaldas y candelejas.
Las calles.... ¡qué animación!
Las gentes si se encontraban,
entusiastas se abrazaban
con lágrimas de emoción.
No se escuchaba un reproche,
todo era franco y sincero,
que estaba México entero
de triunfo en aquella noche.
Y todos los mexicanos
que un mismo placer sentían,
entonces sí se querían
como si fuesen hermanos....!
Me enternezco cuando pienso
en esto, porque señor
no he visto un modo mejor
de dar á un bravo un ascenso,
ni un modo más natural,
más franco, más elocuente,
de expresar públicamente
el contento nacional.
Glorias del pasado son,
mas para un viejo soldado,
esas glorias del pasado
dan vida á su corazón.....!

DE MARINERO Á TRAPISTA.

AL SEÑOR GENERAL DON VICENTE RIVA PALACIO

Nieto del inmortal caudillo de la Independencia

DON VICENTE GUERRERO

I.

Cuando ya todos los héroes
que con Hidalgo surgieron,
quedaron frente al destino,
aprisionados ó muertos;
sólo un tenaz insurgente,
el indomable Guerrero,
sostuvo entre las montañas
la libertad y el derecho.

—

Él, desde ochocientos once
que entró á servir con Morelos,
asistió á muchos combates
en que demostró su genio;
y el año de diez y nueve
fueron tantos sus esfuerzos,
que alcanzó veinte victorias
contra el virreinal ejército.

—

Más tarde, cuando Iturbide
salió para darle encuentro,
siendo por él derrotado
del Sur en los campamentos;
se le ofreció por amigo,
se le entregó como adepto
y al fin en una entrevista
celebrada el diez de Enero
de ochocientos veinte y uno,
de Acatempam en el pueblo,
juráronse en un abrazo
obrar de común acuerdo
para proclamar muy pronto
la independencia de México.

Guerrero fué como el águila,
altivo, incansable, fiero,
halló nido en la montaña,
la caza le dió alimento,
jamás lograron rendirlo
y cuando en calma le vieron
era porque ya la presa
hubo en sus garras deshecho.

II.

Tal era el bravo insurgente
que, por sus brillantes méritos,
figuró luego en la Patria
como Jefe del Gobierno;
dejándonos por memoria
y por glorioso recuerdo,
la victoria de Tampico
conquistada en dos sangrientos
combates, que aniquilaron
al invasor extranjero.

—

Fueron Terán y Santa-Ana
quienes con gran ardimiento
alcanzaron el trïunfo
contra un brigadier ibero
que vencido y desarmado
con su flota dejó el puerto.

III.

Cuando ya sin ingerencia
en asuntos del Gobierno
tranquilo en el Sur vivía
el indomable Guerrero,
por temor á su fiereza
un crimen se tramó en México.

—

El General Bustamante
y sus Ministros, creyeron
oportuno darle muerte
al soldado de Morelos;
y hay quien diga que hubo alguno
que así exclamó en el consejo:
«*á ese suriano terrible
hay que quitarle de enmedio*».

No era fácil darle alcance
ni era posible vencerlo,
y á un genovés, Picaluga,
corazón infame y negro,
como á Judas lo compraron
para consumar el hecho.

—

Picaluga tenía surto
un bergantín en el puerto
de Acapulco y era amigo
del bravo adalid del pueblo;
lo convidó una mañana,
á principios de Febrero,
á almorzar en el *Colombo*,
el héroe asistió al almuerzo,
y en cuanto le tuvo á bordo
se dió á la vela ligero,
y fué á entregarlo en Huatulco
á las fuerzas del Gobierno.

—

Por aquella negra infamia
cobró cincuenta mil pesos;
y nadie supo á qué sitio
huyó el traidor marinero.

—

En tanto al héroe suriano
á Oaxaca lo trajeron,
lo juzgaron á su antojo
en ridículo consejo,
mil crímenes le imputaron,
mil faltas le supusieron,
y ya sentenciado á muerte
lo fusilaron enfermo,
en la villa de Cuilapa
el catorce de Febrero
del año de treinta y uno....
¡año en nuestra historia negro!

—

Cuando en el Almirantazgo
de Génova, conocieron
la infamia de Picaluga,
publicaron un decreto
declarándolo ante el mundo
traidor, villano y artero;

sentenciándolo á que muera
por la espalda, sin derecho
á sepultura sagrada,
ni á luto ni á testamento.

—

Breves pasaron los años
y el más profundo misterio
veló á todos el destino
del infame marinero.
Contábanse mil consejas
que amedrentaban al pueblo,
pero la verdad, lo triste,
lo horripilante, lo cierto,
era que el héroe de Tixtla,
el soldado de Morelos,
gozaba en humilde tumba
del último de los sueños
causando duelo á la Patria
y rubor á su Gobierno.

IV.

Cuando cayó Bustamante
y que los años corrieron,
uno de sus más adictos
hombre rico y de provecho,
hizo un viaje á Tierra Santa,
pues era cristiano viejo.

—

Llegado á la Palestina
fué á visitar el convento
en que moran los trapistas
pensando ganar el cielo.
Al atravesar un claustro,
dicen que salió á su encuentro
un fraile, cuyo semblante
en amplia capucha envuelto
velaba con blanca barba
que le bajaba hasta el pecho.
—¿No me conocéis?—le dijo,
—No—respondióle el viajero.
—Pues llevo aquí algunos años
de rogar al Ser Supremo,
que á Bustamante y sus hombres,
y á mí, que fuí su instrumento,

nos perdone compasivo
y nos absuelva en su reino
del crimen que cometimos
con el general Guerrero.
Soy Francisco Picaluga.....
—Picaluga!!
—Humilde siervo
de Dios, á quien lo devora
un tenaz remordimiento.

—

Sin decir una palabra
y de admiración suspenso
el viajero conmovido
salió del triste convento
y después de algunos años
al referir el suceso
temblaba cual si estuviera
junto al traidor marinero

Marzo de 1891.

NI EL NOMBRE NI EL OFICIO. (1)

Cuentan crónicas añejas
En nuestro tiempo olvidadas,
Que allá en un pueblo escondido
De la sierra queretana
Vivió un español anciano,
Cuyos años delataban
En la frente las arrugas
Y en la cabeza las canas.

---

(1) El argumento de este romance corría de boca en boca hace algunos años. —No hace fe histórica, pero hay quien asegure su veracidad, y entre ellos, habló conmigo un ayudante del General Mejía, el Coronel Tinajero, quien me dijo que conoció y trató á D. Darío Bissarda, y supo por confidencias de Mejía, quién había sido ese personaje y qué rango ocupó antes de radicarse en la Sierra. —J. de D. P.

Era de carnes enjuto,
De penetrante mirada,
De generosas acciones
Y de muy pocas palabras.
Incansable en el trabajo,
Madrugaba con el alba,
Y era en el vestir humilde
Y en discreción una estátua.

Por apodo « el ermitaño »
En la sierra le llamaban,
Y era su oficio el comercio
De semillas y de mantas.

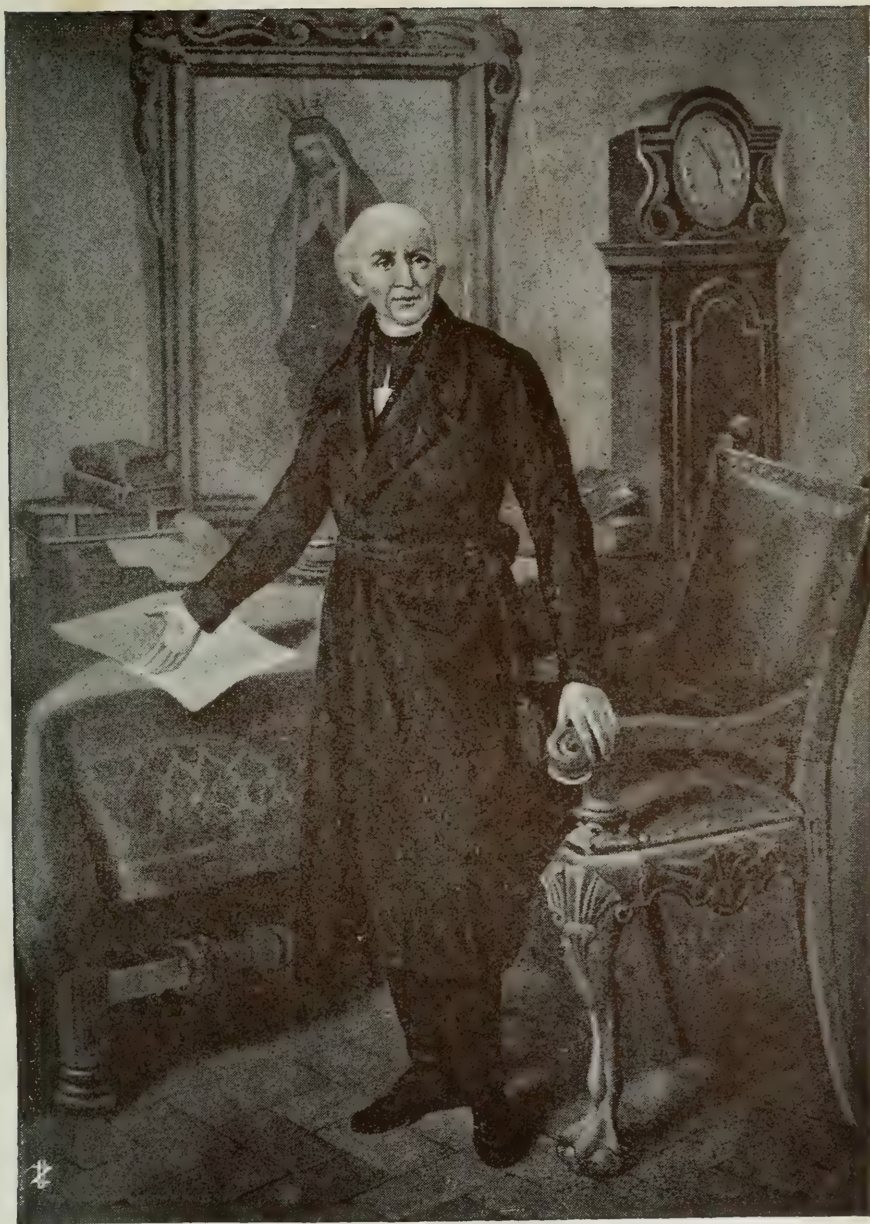
Eran su sola familia
Los crïados de su casa,
Y sólo por el acento
Revelaba ser de España,
Que nunca dijo su origen
Ni á nadie habló de su patria.
Tuvo un amigo, uno solo,
A quien cual hijo trataba
Siendo diferente en años
En ejercicio y en raza,
Pues era un soldado joven
De tez cobriza y tostada,
Indígena de la sierra,
Y tan dado á las batallas,
Que del año algunos meses
Pasaba siempre en campaña.
El anciano comerciante
Llamóse *Darío Bissarda,*
Y el joven *Tomás Mejía*
Que bien conoce la fama.

Cuentan que al entrar la noche
Los dos amigos hablaban
De las cosas de la guerra,
De la estrategia y la táctica.
El joven indio atendía
Del anciano las palabras,
Y escuchándolo sumiso
Fijaba en él sus miradas,
Como diciendo: « este viejo

Sabe manejar las armas».
En cada vez que aquel joven
Iba á salir á campaña,
Sus más recatados planes
Al anciano revelaba;
Y triunfante ó derrotado,
En fortuna ó en desgracia,
Era el primero á quien siempre
A su regreso buscaba.
Por fin enfermóse el viejo
Y escribió desde su cama
A su cariñoso amigo
Para encomiendas sagradas.
Don Tomás estaba ausente,
Pero al recibir la carta
Buscó su mejor caballo,
Cruzó llanos y montañas,
Y pronto estuvo en el sitio
A do le llamó Bissarda.
Este con la voz muy débil
Le dijo en pocas palabras:
—Ochenta años he cumplido;
Es tiempo de que me vaya,
Y aquí sobre el lecho espero
El tercer toque de marcha.
En este pliego cerrado,
Que usted abrirá mañana,
Están mis disposiciones
Ultimas, testamentarias;
Sólo á usted, joven amigo,
Le doy la misión sagrada
De cumplirlas en la tierra
Y pedir á Dios por mi ánima.—

—

Murió el anciano esa tarde
Y fué su muerte llorada
Por los humildes y rudos
Hijos de aquellas montañas.
Abrió Don Tomás Mejía
El pliego que le entregara,
Y cuentan los que lo saben
Que se encontró estas palabras:



Don MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA

Libertador de México

—Yo, que he tenido en la Sierra
Por nombre *Darío Bissarda,*
Con más de cuatro mil hombres
Arribé á la Nueva España
El año de veintinueve
A rendirla con mis armas.

Derrotáronme en Tampico
Mier y Terán y Santa-Ana,
Les entregué mis banderas,
Que jamás tuvieron mancha,
Y regresé con mis tropas
Desarmadas á la Habana.

Al regresar á mi tierra,
Donde me formaron causa,
Calificaron de crimen
Lo que sólo fué desgracia;
Y ofendido de tal juicio,
Dejé para siempre á España,
Y á vivir vine ignorado
Sin nombre, pompas ni galas,
En los escondidos pueblos
Que escudan estas montañas.

Ruego á Don Tomás Mejía,
Mi amigo de confianza,
Dé cuanto tengo á los pobres
Y á Dios encomiende mi ánima.
Ni mi oficio es comerciante
Ni mi apellido es Bissarda;
Fui brigadier, y mi nombre
Ha sido «*Isidro Barradas*».—

LA PIERNA DE SU ALTEZA

La frente llena de arrugas
Y la cabeza de canas,
Extinguido en las pupilas
El brillo de la mirada;
Enfermo, abatido, pobre,
Perdida su antigua fama,
Después de largo destierro
Y de infinitas desgracias,
A México sin honores
Volvió el general Santa-Ana.

Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian,
Y lo que eterno parece
Es lo que rápido pasa.
Aquel soldado animoso
Que frente al poder de Iguala
Levantóse tremolando
La enseña republicana;
Aquel guerrero indomable
A quien la nación premiaba
Cuando derrotó en Tampico
A los soldados de España;
Aquel adalid temible
Que en Veracruz humillara
A Joinville y sus soldados,
Dando una lección á Francia;
Aquel león altanero,
Vencedor en las batallas,
Que gastó lujos y pompas
De poderoso monarca,
Que como á rey le veían
Y «Su Alteza» le llamaban,
Y era un sol en el gobierno,
En la historia y en la fama;
Que siempre pisó laureles

Y oyó aplausos y dianas,
Porque tuvo entre sus manos
Los destinos de la patria:
Después de vivir proscrito,
En una isla solitaria
Viendo transcurrir los años
Con decepciones amargas,
Recibiendo en vez de honores
Ingratitudes humanas,
Pidió volver á esta tierra,
Vivir en su antigua casa,
Y dormir su postrer sueño
Sobre tierra mexicana.
A la sazón presidente
Era Lerdo de Tejada,
Y pronto otorgó el permiso
Que el héroe solicitaba.

No del Nacional Palacio
En las opulentas salas,
Sino en una casa humilde
De la calle de Vergara,
El vencedor de Tampico
De esta manera les habla
A dos antiguos amigos
Que en su olvido le acompañan:
—Asaltaron los franceses
La tierra veracruzana;
Yo recibí la noticia
Medio dormido en mi cama,
Porque llegaron de noche
Y sin producir alarma.
Busco rápido mi ropa,
Me lanzo para la plaza,
Y encuentro á dos oficiales
Que de muerte me amenazan
Preguntándome rabiosos:
¿En dónde duerme Santa-Ana?
« Arriba está » les respondo;
Me dejan la puerta franca,
Y mientras suben y encuentran
A Arista que allí quedaba,
Me dirijo á los cuarteles,
Digo á todos lo que pasa,

Y ya con mis tropas listas
Doy principio á la batalla.
Caro me costó aquel triunfo,
Pues me arrebató una bala,
Con peligro de la vida,
Esta pierna que me falta.
Premiáronme esa victoria
Dando como tumba santa
A los restos de esta pierna,
Noblemente mutilada,
Un monumento que estuvo
Mucho tiempo en Santa Paula;
Mas como todo se olvida
Y todo en el mundo pasa,
Cuando en desgracia me vieron
Los que un tiempo me adularan,
Aprovechando el desorden
De la primera asonada,
Azuzaron á la plebe
Que lo más santo profana
Y que se mueve al impulso
De quien la adula ó la paga,
Y derribó el monumento
Y arrastró ciega de rabia
Mis huesos, gritando: « muera
El zancarrón de Santa-Ana ».
Ya veis, señores, que el mundo
Así premia las hazañas.
No voy completo á la tumba,
Pues la pierna que me falta,
Yacerá en un basurero
De mil modos profanada,
Cuando hace ya tantos años
Que la perdí por la patria.—

Al punto que aquel anciano
Dijo estas tristes palabras,
Nueva visita anuncióles
El toque de una campana.
Era un hombre pobre y rudo,
Cano el cabello y la barba,
El que en aquellos instantes
Los corredores pisaba.
Con uniforme de inválido

Y conduciendo una caja,
Logró que le permitieran
Penetrar hasta la sala,
Y al ver á su antiguo jefe,
Con ojos llenos de lágrimas
Dijo así, con un acento
Que penetraba hasta el alma:

—Mi general yo he servido
Con usted mucho á mi patria;
Fuí su asistente en Tampico
Cuando derrotó á Barradas,
Luego en Veracruz estuve,
Fuí á Palo Alto y la Resaca,
Y herido en el brazo izquierdo
En la guerra americana.
Hoy ya inválido me tienen
Haciendo en el *Monte* guardia;
Cuando usted ya estaba ausente,
Y fué su pierna arrastrada,
La recogí con cariño,
La fuí esconder á mi casa,
Y esperando su regreso
La conservé en esta caja.
Ya llevo más de veinte años
De tenérsela guardada,
Queriendo en sus propias manos
Venir yo mismo á entregarla,
No por ganar recompensa,
Pues no quiero ni las gracias;
Yo sé bien lo que usted hizo
En defensa de la patria;
Y ningún viejo soldado
En las épocas pasadas,
Se averguenza ni se olvida
De su general Santa-Ana.
Reciba usted estos huesos
Que profanó la chinaca,
Y que su viejo asistente
Guardó cual reliquia santa.
Levantóse Don Antonio,
Y en sus ojos sin mirada
Brillaron con luz muy viva,
No las pupilas, las lágrimas,

Y con voz trémula y ronca
Comprimida en la garganta:
— Ven á mis brazos — le dijo —
Nada soy, ni valgo nada,
No te voy á dar dinero
Ni voy á ceñirte banda,
Pero de tu acción en premio,
En vez de cruz ó medalla,
Quiere poner en tu frente
Su último beso Santa-Ana,
Que sólo así premiar puede
A la lealtad la desgracia. —
Y cuentan los que lo vieron,
Que aquella escena sagrada
Fué un bálsamo que dió vida,
Fortaleza y esperanza,
Al creador de la República,
Al noble hijo de Jalapa,
A quien sorprendió la muerte
Pobre, sin pompas ni galas,
Y hoy el Tepeyac lo abriga
En una tumba olvidada,
Frente á la cual, los testigos
De antiguos hechos exclaman:
Todo lo mudan los tiempos,
Los hombres todo lo cambian,
Y lo que eterno parece
Es lo que rápido pasa.

RECUERDOS DE UN VETERANO.

Monólogo para el beneficio del distinguido actor

LEOPOLDO BURON.

Personaje: DON JOSÉ (de 80 años).

El teatro representa la habitación de un viejo militar, modesta y reducida. Una mesa con papeles, planos, libros, álbum de retratos, una corneta, un machete suriano, una condecoración y una bandera mexicana, pequeña y enrollada. Es de noche. Don José viste un traje de antiguo soldado, con redingote gris, ó azul obscuro, botones dorados y una gorra de cuartel:

¡Noche de invierno! Es verdad;
Sopla afuera el cierzo impío;
Algo hay más negro y más frío:
¡Mi espantosa soledad!

Nunca como en esta vez
Me sentí más abatido:
De los mares del olvido
Es un puerto la vejez.

¡Ochenta años! qué de engaños,
De luchas, de desventuras,
De lágrimas y amarguras,
Caben en tan largos años!

Nací antes del siglo; fué
Mi padre un labriego honrado,
Que, ignorante é ignorado,
Vivió en brazos de la fe.

Hizo el bien, ignoró el mal,
Y su música más sana
Fué la voz de la campana
De su parroquia natal.

Sin deudas ni sinsabores
Dejó el mundo el mismo día
Que con Hidalgo nacía
La Independencia en Dolores.

Mi edad, de glorias avara,
Vió en esa causa una aurora:
Pasó Hidalgo por Zamora
Con rumbo á Guadalajara.

Yo, con doce primaveras,
Fuí á presentármele ufano:
—¿Quieres, me dijo el anciano,
Ser un soldado de veras?

Si no puedes, chiquitín,
Con arcabuz ni escopeta! —
—Señor, dadme una corneta,
Comenzaré de clarín. —

¡Oh recuerdo, que seduces!
Fuí su clarín, ¿qué más gloria?
¡Yo dí el toque de victoria
Sobre el Monte de las Cruces!

Yo, en mi hermosa juventud,
Vi aquella cabeza cana
Fulgurar en la mañana
Que abolió la esclavitud;

Yo anuncié la dispersión
Que tristes memorias deja,
Cuando nos tomó Calleja
El puente de Calderón;

Y después que por malditas
Rencillas lo traicionaron,
Yo vi cómo se llevaron
Su cabeza á Granaditas!

Entre penurias y duelos
Que venció mi ardiente fe,
Seis meses después logré
Incorporarme á Morelos!

¡Nadie á este genio conoce!
¡Era de la guerra el rayo!
Dígalo aquel dos de Mayo
De mil ochocientos doce;

En que con heróico pecho,
Al despuntar la mañana,
Seguido de Galeana,
Que fué *su brazo derecho,*

En Cuautla, con férrea mano,
Rompió, sin temer reveses,
El sitio que por tres meses
Sostuvo á Calleja y Llano.

Aquel esfuerzo viril
Hace ¡oh mundo! que te asombres:
Con Morelos tres mil hombres
Vencimos á doce mil!

Lleva el indomable Aquiles
A Huajuápam sus legiones:
Toma catorce cañones
Y mil doscientos fusiles.

Después Tehuacán ataca,
Y, nunca de aliento falto,
Como un león, por asalto
Se apodera de Oaxaca.

¡Semidiós de nuestra historia!
Firme le seguí hasta el fin,
Pues con él fué mi clarín
El clarín de la victoria.
(Saca un clarín).

Aquí estás viejo instrumento,
¿Quién al verte te respeta?
Dirán: «es una corneta»
¡Mienten! ¡es un monumento!

Contigo siempre fuí en pos
De los héroes de la guerra:
¡Los héroes son en la tierra
Los elegidos de Dios!

Tus breves toques sonoros
Anunciando fuego ó diana,
Oyeron Bravo, Galeana,
Sesma, Mier y Matamoros!

Cuando á sargento ascendí,
Pude haberte abandonado;
Pero al mirar tu pasado
No te entregué, te escondí!

Reliquia de mi existencia,
Todos tus toques benditos
Se apagaban á los gritos
De «¡muerte ó independencia!»

Te guardé.... después los cielos
Su protección nos negaron,
Y de rubor se nublaron
Viendo morir á Morelos.

Mató el gobierno español
A aquel atleta entre atletas,
Quedaron varios planetas,
Pero les faltaba el sol!

Joven, patriota y entero,
Seguir quise la campaña
Y fuí al Sur, á la montaña,
Con el General Guerrero.

En las Mixtecas con él
Burlamos la adversa suerte....
¡Qué valeroso y qué fuerte
Era el insurgente aquel!

Debajo de la ceniza
Que mi cabeza enblanquece,
Lo busco y se me aparece:
Pelo crespo, tez cobriza,

Ojos negros y profundos,
Gran talla, frente serena;
Su afán: romper la cadena
Que ligaba los dos mundos.

Fué el firme entre los soldados;
Todos desmayado habían;
Con Calleja unos morían,
Otros iban desterrados.

Sólo Guerrero en su ley,
Con su esfuerzo inquebrantable,
Llegó á ser el indomable
Que diera espanto al Virrey.

Nada torció sus anhelos,
Que aquel corazón de bronce
Desde el ochocientos once
Entró á servir con Morelos.

Después solo, en las montañas,
Tenáz la causa sostuvo,
Y veinte triunfos obtuvo
En veinte heróicas campañas.

En todas ellas venció:
Recordarlas me conmueve,
Desde el once al diez y nueve,
A todas asistí yo.
(Saca un machete suriano).

Aquí está; su augusta mano
Me dió en Cuautla este machete,
Diciendo: «Sargento, vete
Por la cabeza de Llano».

Veloz como un huracán,
En mil lances renombrados,
Temblar hizo á los soldados
De Luaces y de Liñán.

Entre nosotros ninguno
Dejó jamás á Guerrero:
Vino al fin el diez de Enero
Del ochocientos veintiuno!

Fecha que el triunfo decide;
A Acatempam nos llevó,
Donde á Guerrero esperó
Don Agustín de Iturbide.

No es mi memoria tan mala
Y vivo guarda el recuerdo,
Pusiéronse ambos de acuerdo
Y se fraguó el plan de Iguala.

Publicado al mes siguiente,
A Valladolid rendimos,
Luego á Querétaro, y fuimos
A Puebla directamente.

Renace aquí todavía
La emoción santa y sincera,
Que tuve al ver la bandera
De la amada patria mía.

No se borra la impresión;
Nunca sentí más respeto
Que al escuchar el decreto
Que dió vida al pabellón.

¡Qué augustos! ¡qué hermosos días!
¡Con qué fe nos aclamaban!,
¡Con cuánto amor nos llamaban:
«Los de las tres garantías!»

El verde: la religión;
(Fué primero la conciencia)
El blanco: la independencia;
Y el encarnado: la unión.

Y, por símbolo inmortal,
Erguida el águila indiana
Desgarrando soberana
La serpiente en un nopal.

Nunca, lo digo en verdad,
He visto más alegría
Ni más llanto que en el día
Que entramos á esta ciudad.

Ni pormenores, ni nombres
Recuerdo, y es natural;
Entramos en són triunfal
Como diez y seis mil hombres;

Trescientos años después
De que, asombrando estos valles,
Entraron por nuestras calles
Las tropas de Hernán Cortés.

Iturbide por delante
Resplandeciente de brillo,
Sobre un caballo tordillo,
Nervudo, altivo y pujante.

«Vencedor, hijo del cielo,
Gritaban, ¡viva la paz!»
Regando al mirar su faz
De frescos lauros el suelo.

Todos con gozo atronaban
De amor la ciudad entera,
Y al mirar nuestra bandera
Las gentes se arrodillaban.

Bajo toldos de pendones
Verde, blanco y escarlata,
Con las vajillas de plata
Reluciendo en los balcones;

Con arcos de armiño y tul
En conjunto hermoso y raro,
El sol estando muy claro
Y el espacio muy azul;

Al sonoro retumbar
De la hermosa artillería,
Y á los gritos de alegría
Lanzados en cada hogar;

Las madres con santo amor
Y entre dulces regocijos
Acercaban á sus hijos
Al pabellón tricolor.

Tras Iturbide, marciales,
Séquito altivo y hermoso,
Iban en grupo vistoso
Nuestros viejos generales.

¡Qué vanguardia tan brillante!
Tras ella, airoso marchaba
Todo lo que se llamaba
Ejército trigarante.

Atronaban el espacio
Gritos de entusiasmo fieles;
Fué un camino de laureles
Hasta llegar á Palacio.

Allí Iturbide quedó,
Y á varios nos repartieron
Un recuerdo... el que me dieron,
Intacto lo guardo yo.

Es un recuerdo sin par
Que duplica su valía
Haberlo obtenido el día
Que nadie podrá olvidar.

Una pequeña bandera:
Aquí está.... ¡prenda bendita!
Entre tus pliegues palpita
¡Oh Patria!... tu historia entera.

Me la dió el Libertador
Cuando en su afán tuve fe....
De él contigo me alejé
Cuando se hizo Emperador.

No guardo rencor ni encono.
¡Bien sabe el Omnipotente
Que ni tú ni este insurgente
Saludaron aquel trono!

Santa insignia mexicana;
¡Con qué afán te saqué yo
La vez en que proclamó
La República Santa-Ana!

¡Cómo, en tradiciones rico,
Por los años consagradas,
Surgiste cuando á Barradas
Derrotamos en Tampico...!

¡Cómo viste á sus soldados,
Al mandato de Santa-Ana,
Volverse para la Habana
Vencidos y desarmados!

¡Cómo te bañaste en luz,
Cuando expuesto á mil reveses,
Santa-Ana echó á los franceses
Del puerto de Veracruz....!

Y ¡cómo limpio has venido
Sin dejarme ni un momento,
Para ser el ornamento
De los años que he vivido!

. . . .

¡Que fría es la ancianidad!
Bajo el sol de la razón
Se ve desde un panteón
A toda la humanidad!

¿Todo ha sido lumbre fátua?
¿Todo es ficción? ¿Nada es cierto?
Dudo á veces si ya he muerto,
Y estoy viviendo en estátua.

Se hielan los pensamientos
De la experiencia á la luz....

. . . .

Aquí.... ¿qué brilla?.... mi cruz.
(*la toma y lee el anverso*).
« Treinta contra cuatrocientos ».

Acción memorable, sí,
En que fuimos campeones,
Con Meoti, treinta dragones,
de « fieles del Potosí ».

Han muerto ya, con razón;
Sólo á mí Dios me sostiene,
Soy ya el único que tiene
Esta condecoración.

. . . .

(*Abre el álbum de retratos*).

¡Oh aleve destino impío!
Para mí, duro é ingrato!
Tiemblo al ver este retrato:
¡Pobre Luís! ¡pobre hijo mío!

Perdió á la madre al nacer,
Y quedó solo conmigo,
Tuvo el vivac por abrigo,
La bandera por mujer;

El rancho por alimento,
Y por arrullos amados,
Los cantos de los soldados
En medio del campamento.

Sus más gratas diversiones
En sus primeros abriles,
Se las dieron los fusiles,
Los sables y los cañones.

Creció soldado sin par,
Y ya joven y valiente,
Habiendo sido Teniente
Del Colegio Militar,

A la Angostura marchó
Contra la invasión tirana,
Y una bala americana
La vida le arrebató....

Años hace, y todavía
De luto está mi alma entera;
Si Dios ocasión me diera
Con qué amor lo vengaría.

Bandera de tres colores,
Por el mexicano amada;
Santa bandera soñada
Por el cura de Dolores;

Bandera, que has tremolado
Desde el año veintiuno,
Sin que ninguno, ninguno
Te haya abatido ó manchado;

Mi Luís voló en pos de tí,
Pues eras su fe, su egida,
Y por tí perdió una vida
Que yo á tu sombra le dí.

Murió soldado leal;
De otra suerte si viviera,
Vamos.... lo sé bien.... ya fuera
Un bizarro General....

Murió cubierto de gloria,
Y hoy lo miro solamente
Pasar lista de presente
En el cuartel de la historia.

¡Hijo! mi abatido sér
Toca el dintel de la muerte;
Pronto, muy pronto he de verte;
Lloro por volverte á ver.

Eras mi sola fortuna,
Eras mi sola alegría,
Moriste, y desde aquel día
No tengo dicha ninguna.

Mis potencias se aminoran
Te lloro constantemente....
Vamos, José.... sé valiente:
Los insurgentes no lloran....!

Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

Si en otra nueva invasión
Nuestros hogares asaltan,
Las fuerzas que aqui me faltan,
Las tengo en el corazón.

Tiemblo, mas no retrocedo,
Y á defender el honor,
Tengo brazos sin vigor,
Pero corazón sin miedo.

¡Cuánto heróico amigo ausente!
Guerrero, Hidalgo, Morelos:
Si vivís allá en los cielos,
Velad por este insurgente,

Por el que todo perdió,
Y pronto á morir en calma,
Adora con toda el alma
El suelo donde nació

Por este suelo velad,
Y en él vuestros ojos fijos,
Mantened sobre sus hijos
El sol de la Libertad....!

Que el mar se lo trague fiero
Y sus montañas allane
Antes de que lo profane
La planta del extranjero.

Por salvar su honor y prez
Me siento joven y fuerte,
. . . .
Pero si ya soy la muerte....
Nada puede la vejez....

Ya mis delirios son vanos,
É inútiles mis arrojos,
Ya no tienen luz los ojos,
Ni fortaleza las manos.

Otros nacieron mejores,
Y ellos lucharán mejor....
Tú serás mi último amor,
Bandera de tres colores.

Te consagré mi existir
Regó mi sangre tu alfombra,
Y hoy sólo anhelo tu sombra
¡Tu sombra para morir!

Y que el mundo pueda ver
Que alumbra con tus reflejos
Las tumbas de aquellos viejos
Que te salvaron ayer.

¡Mundo! las dichas que das
El llanto al fin las resuelve:
El sol que se ausenta vuelve;
La vida que huye, jamás.

Pero mi gloria mayor
Será ver cuando me muera,
Libre, respetada, entera,
Mi bandera tricolor.

EN CHURUBUSCO

Para honrar á los héroes que murieron
En medio del fragor de la batalla,
Dadme la voz de las azules ondas
Que del indiano mar las costas bañan.

—

Desde el león espanto de la selva,
Hasta las cumbres en que duerme el águila,
Del cielo al mar y del hogar al nido,
En la alcoba lo mismo que en la rama,
La madre llora por el hijo tierno
Que la implacable muerte le arrebata.

—

Se enluta el nido cuando el ave muere,
Al arrancar la perla cruje el nácar
Y cruje cuando el hierro abre la veta
El abrupto peñón en la montaña.
Desde el espacio azul al hondo abismo
Que la tiniebla pavorosa guarda,
Todo en amor palpita y todo sufre,
Todo ante el paso de la muerte calla.
Estas praderas que con rayos de oro
El sol de Agosto fecundante baña,
Donde el silvestre cardo erizas hojas
Con blancas flores adornando esmalta;
Estos campos que viste primavera
Con sus ricos tapices de esmeralda,
Fueron en tiempo de invasión injusta
Ensangrentados campos de batalla.
En ellos como altivos gladiadores
Que al ancho estadio con su arrojo pasman,
Lucharon desde el niño hasta el anciano
Con fe de Atenas y valor de Esparta.
¡Díganlo aquellos muros carcomidos
Que ya el desierto monasterio guardan
Y en cuyos tristes largos corredores
Las sombras cruzan de Rincón y Anaya!
Díganlo á todos con idioma augústo
Las negras bocas de arcos y ventanas,

Por las cuales sembrando luto y muerte
Entró la lluvia de extranjeras balas.
Nunca llaméis derrota al heroismo,
La luz no sirve si los ojos faltan,
Y aquí sólo llegaron los extraños
Cuando faltó la pólvora en las armas.
Tendió la noche sus heladas sombras
Y sobre el ancho campo de batalla,
Fúnebres asomaron las estrellas
Brillando en el espacio como lágrimas.
Sabemos ya los nombres de los héroes,
Sus nobles hechos nuestra historia guarda
Y su grandioso ejemplo imitaremos
Si nuestro suelo el invasor profana.
No llanto femenil sobre sus tumbas
Los ojos melancólicos derraman,
Laurel y encinas cubrirán las losas
Que tantos restos en silencio guardan.
Los que vivís aún desde aquel tiempo,
Alzad las frentes sin rubor ni mancha,
Cual los sabinos del sagrado bosque
Que al cielo elevan sus brillantes ramas.
Llevadnos á jurar sobre las fosas
De los mártires mil de esa jornada,
Llevadnos á jurar con noble aliento,
Que la bandera hermosa y sacrosanta
Que el pueblo esclavo presintió en Dolores
Y el pueblo libre tremoló en Iguala;
Esa bandera con que pudo altivo
Proclamar la República Santa-Ana,
Con la que en Veracruz venció á los galos
Y allá en Tampico derrotó á Barradas;
La bandera preciosa con que Juárez
Salvó la independencia mexicana,
La gloriosa bandera que da sombra
A tantas glorias de la edad pasada;
Llevadnos á jurar que será siempre
Grande, feliz, espléndida, sin mancha,
Lo mismo ante los pueblos de la Europa
Que ante la gran familia americana:
Siendo ese juramento en este instante
La oración á los muertos por la patria.

20 de Agosto de 1901.

LOS FUEROS DEL VALOR.

Á LA EXCELENTÍSIMA SEÑORA DUQUESA DE PRIM

Bajo los candentes rayos
del rojo sol de la costa,
sobre secos arenales
cuyos vapores sofocan;
en donde el viento no cruza
ni la nube bienhechora
sobre el agotado suelo
arrastra indecisa sombra;
huyendo de la epidemia
que en Veracruz diezma y corta
de franceses y españoles
á las aguerridas tropas,
vienen ambas caminando
hácia la falda escabrosa
de Acultzingo, por convenio
de los jefes de una y otras,
á quienes da su permiso
el Gobierno, de que pongan
sus cuarteles en las plazas
que clima benigno gozan.
Mas tal convenio que hoy día
de la *Soledad* se nombra,
no le fué comunicado
á un Jefe que en tales horas
el camino custodiaba
con una fuerza muy corta.
No más de doscientos hombres
aunque resueltos, la forman,
y órdenes tiene severas
de impedir á toda costa
el paso, por aquel punto
de las fuerzas invasoras.

Al ver venir á lo lejos
con marcialidad y pompa,
las legiones franco-iberas,
y que sin recelo toman
del camino de las cumbres
la carretera más próxima,
dispone luego á su gente
que las armas tiene prontas
y se planta en són de guerra
donde más el paso estorba.
Al divisar los que llegan
tan extraña maniobra
á su General en Jefe
dan parte de que se notan
preparativos de ataque,
lo cual á todos asombra.
Era Prim el que mandaba
el ejército, y de boca
de sus soldados sabiendo
novedad tan sospechosa,
adelanta un emisario
que blanca bandera porta,
para preguntar al Jefe
la razón, pues que la ignora,
que tiene para oponerse
á la marcha de sus tropas.
Rápido va el emisario,
los opuestos lindes toca,
con el Jefe mexicano
muy en breve se apersona,
y le refiere el convenio,
le dice por qué la costa
han dejado, y por qué vienen
á acampar sobre las lomas.
Atento le escucha el otro
y dando respuesta pronta
le dice que tal convenio
no conoce, y pues lo ignora
y órdenes no ha recibido
que á la consigna se opongan,
habrá de luchar con ellos
sin contar, pues no le importa,
ni los que á su lado tiene,
ni los que vienen en contra.

—Somos muchos.
—No los cuento.
—Tenéis muy pocos.
—Me sobran,
Para morir por la patria
no he menester gran escolta.
—Pasaremos
—no lo dudo;
sangrienta será la alfombra.
—¿No cedéis?
—Aunque viniera
contra mí toda la Europa.
—¿Eso le digo á mi Jefe?
—Y agregad por cuenta propia
cuanto gustéis, yo sostengo
un reto que me acomoda.
Vuelve el mensajero triste,
habla con PRIM y le abona
el valor del adversario,
valor que á todos asombra.
Después de escuchar atento,
dice PRIM que reflexiona:
—«De acometer á esos hombres
es segura su derrota,
mas el éxito sería
vergüenza más que victoria.
Soldados que así obedecen,
valientes que así se portan,
en tan solemnes momentos
merecen respeto y honra,
y honra y respeto ha de darles
nuestra bandera española.»
Y después de decir esto
manda hacer alto á las tropas
y al general mexicano
pone al momento una nota
refiriendo lo que pasa
y pidiendo que disponga
que el paso no les impida
aquel jefe á quien pregona
caballeroso y valiente,
cuyo atrevimiento elogia.
En comunicar tal orden
transcurren más de tres horas,

y todo ese tiempo quedan
sufriendo el sol de la costa
tendidas á campo raso
las legiones invasoras.
Suena al fin de los clarines
la voz, indicando ronca,
que vuelve á ponerse en marcha
la ya fatigada tropa.
Ordénanse las columnas,
y entre nubes polvorosas,
se deslizan lentamente
sobre las tendidas lomas.
Llegan al punto que guarda
el jefe que pocas horas
antes les detuvo el paso,
el cual con su gente forma
á la izquierda del camino
en actitud silenciosa.
Al cruzar la descubierta
por aquel punto, se asoma
al rostro de los que vienen
la curiosidad más honda
por conocer al osado
que obtiene al fin la victoria,
pues con su valor, tan sólo
tanto tiempo el paso estorba.
Y con respeto le miran,
y con cariño le nombran,
y ya van lejos, y el rostro
á cada segundo tornan.
Sobre un corcel arrogante
que agita su crin sedosa,
y con la espuma del freno
el nervado pecho moja,
llega Prim, y diligente
con la corte numerosa
de ayudantes que le siguen
y de amigos que le escoltan,
al jefe busca y lo encuentra,
y al mirar que cuando nota
su presencia se adelanta,
pica al caballo, y la pronta
mano tendiendo le dice:
—«Caballero, á mucha honra

tengo en conocer á un bravo
que de su patria es la gloria;
nación que tiene soldados
como el que marcó á mis tropas
el alto, cuando tenía
por segura la derrota,
es nación á quien reserva
grandes páginas la historia.»
  Vuelve á oprimirle la mano,
y antes que el otro responda,
entre una nube de polvo
gana camino en las lomas
ensalzando á aquel valiente
con los que á su lado trotan.
  Han pasado muchos años;
la Basílica de Atocha,
guardando de PRIM el sueño
bajo sus macizas bóvedas
conserva el recuerdo vivo
de su valor y gloria
alcanzada en Castillejos
por las armas españolas.
  También un eterno sueño
en nuestro suelo reposa
el temerario soldado
que á PRIM el paso le corta
sin medir número, fuerza,
ni el gran peligro que afronta:
el coronel FÉLIZ DÍAZ
á quien recuerda la historia
como altivo y como osado,
como valiente y patriota!

RIVERITA.

(8 de Mayo de 1863.)

Á MI MUY QUERIDO AMIGO EDUARDO FRANCO

En la acción de San Lorenzo,
Triste para el suelo patrio,
Cuando Comonfort luchaba
Como un antiguo espartano,
Siendo su lúgubre alfombra
La sangre de sus soldados;
Cuando el humo ennegrecía
La atmósfera de su campo
Como ennegrecer las trombas
Al mar que ruge agitado;
Cuando ya faltaban hombres
Pues los fieles y los bravos
Por la metralla francesa
Murieron acribillados;
Comonfort buscó entre todos
Los pocos que le quedaron,
Al que llevara en la lucha
Como un tesoro sagrado,
La bandera de la patria,
Pues temió que de sus manos
El victorioso enemigo
Se la hubiera arrebatado.
«Que venga Ignacio Rivera»
— Gritó Comonfort temblando —
«General: Rivera ha muerto,
— Respondió al punto un soldado —
«Yo al pasar ví su cadáver
Lleno de sangre en el campo.»
«¿Y la bandera?» — «No he visto
Que tenga nada.
— «¡Está claro!»
«El francés, estoy seguro,
«Se la quitó de las manos,
«Busquémos ese cadáver

«Porque Rivera fué un bravo
«Y hagámosle los honores
«Merecidos á su rango.»

Entre montones de muertos
Al pie de un cerro hacinados,
Hallóse al jefe que en vida
«*Riverita*» le llamaron,
Cubierto de polvo y sangre,
El rostro cual cera pálido,
Con el marcial uniforme
Bien puesto y abotonado,
En hombros de sus amigos
A Comonfort lo llevaron.
Comonfort miró el cadáver
Mal reprimiendo su llanto,
Y al contarle las heridas
En el pecho y en el cráneo,
Vió en su cuello un lienzo verde
En fresca sangre empapado:
Desabotónanle todos
El uniforme en el acto,
Y hallan ceñido á su pecho
Que las balas destrozaron,
del cuerpo de Zapadores
El pabellón sacrosanto.
Ya contener no pudieron
Sus lágrimas los soldados;
Comonfort enternecido
Por el hecho de aquel bravo
Ordenó que se le hicieran
Honores al sepultarlo,
Y que su ataúd cubriesen
No con flores ni con lauros,
Sino con el lienzo hermoso
Que lo amortajó en el campo:
Con la bandera bendita
Que le sirvió de sudario!

1893.

SANTOS DEGOLLADO.

(15 DE JUNIO DE 1861)

I.

De nuestra adorada patria
En los tiempos más aciagos,
ninguno fué más constante
de la batalla en los campos,
como el adalid humilde,
el demócrata preclaro
que con asombroso ingenio,
sufriendo mil descalabros,
al poder de su palabra,
al influjo de su mando,
organizaba las tropas,
alzaba doquier soldados
para defender sin tregua
al pendón republicano.
Ese patricio sin mancha
era Santos Degollado,
cuyo limpio nombre brilla
en la Historia como un astro.

II.

El año sesenta y uno,
año negro en nuestros fastos,
al saberse en el Congreso
la horrible muerte de Ocampo,
presentóse á la Asamblea
el General Degollado
y así dijo con palabras
que tronaban como rayos:
«En nombre de la justicia,
aquí vengo, ciudadanos,
y protesto ante los manes
del héroe y mártir Ocampo,
que no anhelo la venganza
ni la fortuna ni el mando,

Contra viles asesinos
luchar quiero en noble campo,
para dar un escarmiento
á enemigos tan villanos.
Pido por esto al Congreso
que me tiene procesado,
me deje verter mi sangre
en la batalla luchando,
para venir de mi causa
tranquilo á esperar el fallo.»
Esas frases produjeron
indescriptible entusiasmo
y concedido el permiso
marchó al combate Don Santos

III.

Llegóse el quince de Junio
y ya al frente de sus fuerzas,
al rayar de la mañana
salió don Santos de Lerma.
Marchó á proteger el paso
de un convoy; rápido llega
de Salazar á los Llanos,
y luego ocupar intenta,
para dar cima á sus planes,
la montañas de la izquierda.
Mueve con afan sus tropas,
y cuando nadie lo espera,
en brusco y violento ataque
los derrota por sorpresa
Butrón, guerrillero infame
que escondido las asecha.
En medio de aquel desorden
Degollado las alienta,
cuando un proyectil aleve
el corazón le atraviesa.
Galvez recoge el cadáver
y á Huixquilucan lo lleva,
y allí en el campo enemigo,
le hacen solemnes exéquias.

IV

Cunde la triste noticia
tan infausta como cierta,

y con sagrados crespones
se enluta nuestra bandera
como diciéndole á todos
los que á su sombra se acercan:
«Lloro á Santos Degollado,
el patriota de alma inmensa,
el adalid de mi causa,
el orgullo de mi tierra;
grande por sus heroismos,
por su fe, por su modestia,
por su honradez no manchada,
por su lealtad siempre entera
y por la muerte que obtuvo
defendiendo sus ideas!»

LEANDRO VALLE.

(23 DE JUNIO DE 1861)

I.

Blanco el cutis como armiño,
algo tostado en el rostro,
frente limpia y espaciosa,
vivos y azules los ojos.
De regular estatura,
de andar resuelto y airoso,
enérgico en sus palabras
y en sus confidencias sóbrio.
Educado desde niño
entre militares doctos,
siendo su primer combate
del Norte contra el coloso.
Habiendo visto en Europa
los sitios más apropósito
para estudiar la estrategia,
para conocer á fondo
cuanto el soldado requiere
para ser grande y heróico,
era el joven Leandro Valle
decidido y animoso;
un león en los combates,
un amigo firme y probo
á quien amaban sus tropas
y á quien respetaban todos.

II.

Valle y Miramón opuestos
en opinión y esperanzas,
compañeros desde niños
como hermanos se trataban
y cuentan los que saben
que en el campo de batalla,
cuando á la sangrienta lucha
sus tropas se preparaban,
uno y otro se reunian
y en dulce y alegre plática
lamentando su destino,
su ruda suerte contraria,
que á ponerse frente á frente
doquiera los obligaba,
dábanse el cordial abrazo
que los uniera en la infancia
y lanzábanse al combate
con el valor y la audacia
de dos que no se conocen
y que de vencerse tratan.

III.

Para el gobierno de Juárez,
para la causa gloriosa
que derribó antiguos fueros
al soplo de la Reforma;
llegó como espectro horrible,
como una marina tromba,
el año sesenta y uno
de luto para la historia.
En tal año Miguel Lerdo
tan grande como sus obras
entrega yerta á la muerte
su cabeza pensadora.
Muere asesinado Ocampo,
arrancado de Pomoca,
y que á sus viles verdugos
con su majestad asombra.
Muere Santos Degollado
en emboscada traidora,
y cuando todo vacila
y ya la causa zozobra,
sale lleno de ardimiento

y de esperanzas hermosas,
Leandro Valle, el héroe joven
que va á exterminar las hordas
que manda Butrón (1) y Márquez
para mengua de la Historia.

IV.

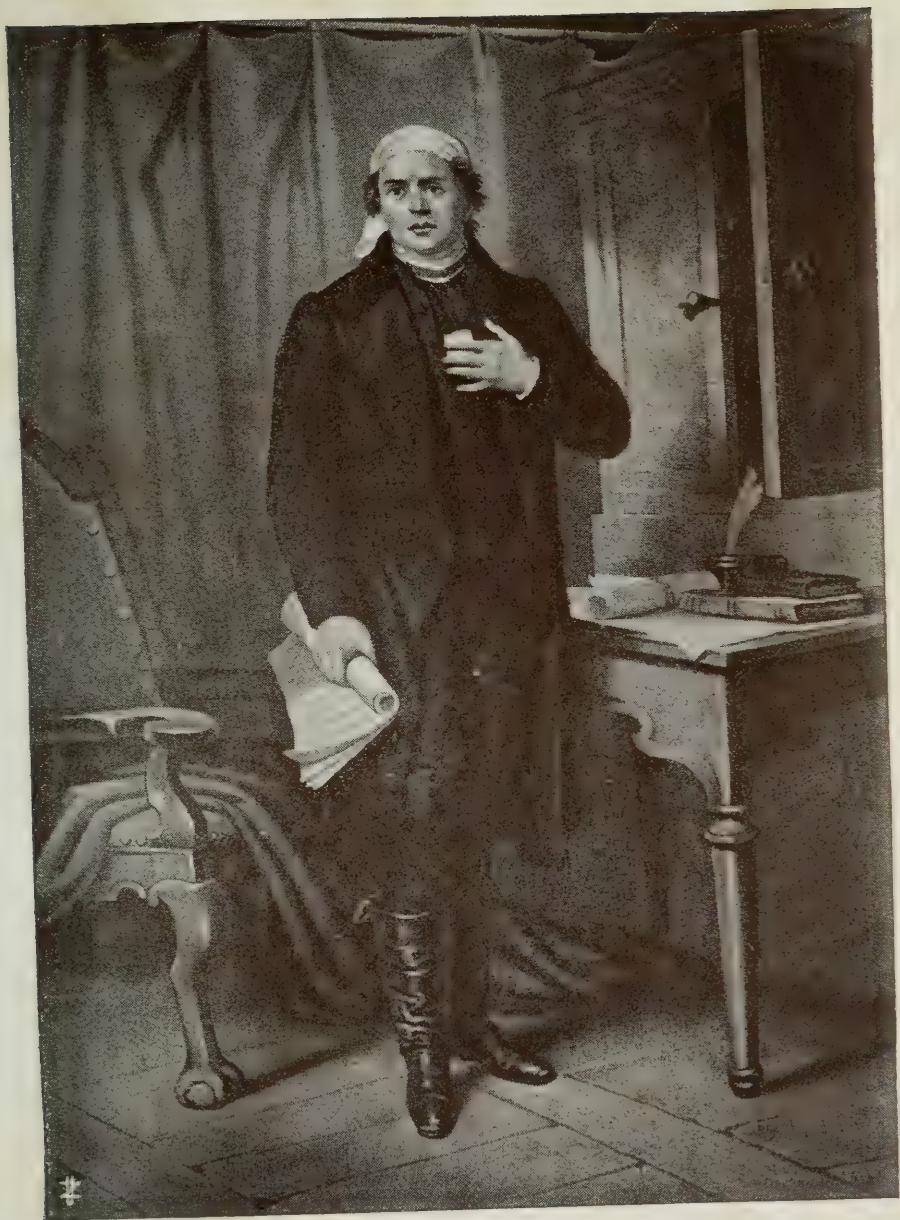
Quien ha cruzado el camino
de Toluca para México
habrá visto de seguro
el monte obscuro y espeso
que en el campo de la historia
surge como un monumento.
Es el *Monte de las Cruces*
que en su enmarañado seno
guarda el peñon sacrosanto,
desde el cual bendijo al pueblo
el inmortal Cura Hidalgo
en inolvidables tiempos.
Allí la Naturaleza
despliega su manto régio,
vistiendo peñas y llanos
barrancos y ventisquero
con sabinos y oyamelos
con encinas y con ceibos.
No logra el sol meridiano
besar el húmedo suelo,
pues de sus rayos lo escuda
el alto ramaje espeso.
Ni logra hallar senda fácil
el extraviado viajero
porque una urdiembre de troncos
desorïenta al más experto.
No logra el rumor humano
perturbar aquel silencio,
que interrumpen solamente
del sol al albor primero,
de los pájaros salvajes
los no aprendidos acentos.
Cuando allí tiende la noche
su flotante manto negro

(1) Butrón, después de que defeccionó á su partido, fué fusilado por la Corte Marcial francesa el 8 de Julio de 1863.

cada roca es un sepulcro,
cada roble es un espectro,
y en medio de tanta sombra,
entre las quejas del viento,
parece que sólo imperan
la eternidad y el misterio.
Por eso ha sido guarida,
ya de ardientes guerrilleros
que encuentran en esas rocas
formidables parapetos;
ya de atroces foragidos
que en sus cóncavos siniestros
esconden nuevas hazañas,
ocultan crímenes negros.

V.

Fué Leandro Valle á *las Cruces*
seguido de escasa tropa,
pensando en dar á la Patria,
nuevas páginas de gloria.
Butrón y Márquez lo acechan;
Butrón el paso le corta:
Leandro Valle le resiste
con tenacidad heróica
y cuando sueña en vencerlos
y más ánimo recobra,
llegan las fuerzas de Márquez
que á las de Butrón engrosan
y vencer al joven héroe
tras rudos empujes logran.
Queda Valle prisionero;
y en tal sitio y tales horas
ni tienen con él clemencia
ni juicio alguno le forman.
A su aprehensión se sucede
la sentencia sin demora:
lo fusilan por la espalda
y befando su persona
cuelgan de un roble el cadáver
y colgado lo destrozan.
¡No son hombres, son chacales
los que consuman tal obra!
¡Hienas á las que persigue
la maldición de la Historia!



JOSÉ M.ª MORELOS

Héroe de la Independencia

VI.

Sobre la cima del monte
á la izquierda del sendero
que conduce hasta Toluca
cuando se sale de México;
vestido de verdes hojas
se alza un roble corpulento
que tiene en su añoso tronco
una cruz grabada en hueco
y á su pie se vé esculpido
este imponente letrero:
«Aquí murió Leandro Valle;
«aquí colgaron su cuerpo;
«pedid para sus verdugos
«las maldiciones del Cielo.»

1893.

AQUILES COLLIN

(23 DE JUNIO DE 1861)

I.

Nacido en un pintoresco
pueblo de la culta Francia;
desde niño acostumbrado
á vivir en las montañas,
de rostro afable y tranquilo,
de penetrante mirada,
dotado de hercúleas fuerzas
y ancho de pecho y espaldas;
no en vano al nacer le dieron
sus padres que lo adoraban,
el nombre que eligió Homero
para dar vida á su Iliada.
AQUILES COLLIN no tuvo
más títulos ni prosápia
que los de amar ciegamente
las libertades humanas.
Combatió siendo muy joven
en las terribles jornadas
de Mayo que sacudieron
el viejo trono de Francia.

Como oficial distinguióse
en la campaña de Italia,
y después triste y proscripto
dejó su querida patria
por México, donde tuvo
amigos y camaradas.
Admirando á Leandro Valle
siguió con fervor su causa
y como ayudante suyo
le acompañó en las batallas.
Refieren cuantos le vieron
que Collin siempre velaba
con entrañable cariño,
con devoción noble y franca,
la vida de Leandro Valle
pues le quiso con el alma.

II.

A los que niegan que existe
la amistad divina y santa,
y que dicen que en el mundo
todo es interés é infamia;
voy á referir un hecho
que no saqué de la fábula,
pues lo presenciaron muchos
que entusiasmados lo narran
y con caractéres de oro
nuestros anales lo guardan.
Las generaciones nuevas
en él tendrán enseñanza,
como en él tuvieron gloria
y galardón las pasadas.
Hechos como el que describo,
no sólo á los nuestros hablan;
son de aquellos que interesan
á toda la raza humana.
Al bardo faltan acentos,
le faltan cuerdas al arpa,
para ensalzar su grandeza
que absorta bendice el alma.

III.

Cuando ya Butrón y Márquez
con rabiosa y negra saña

hacen prisionero á Valle,
cuyas tropas desbaratan;
entre lo hirsuto del monte
AQUILES COLLÍN se salva
y halla asilo en una gruta
donde jamás lo encontraran.
  Sabe allí por un soldado
que «*el tigre de Tacubaya*»
ordenó que á Leandro Valle
pronto pasen por las armas.
  Collín conmovido deja
su escondite sin tardanza
y se le presenta á Márquez,
diciéndole estas palabras:
  «Quiero correr igual suerte
«que mi General, no es vana
«pretensión, porque ambiciono
«y os lo ruego con instancia,
«ya que siempre lo he seguido
«de esta vida en las batallas,
«ir con él al otro mundo
«y ver lo que allí me manda».
  Al acabar estas frases
que dijo con arrogancia,
lo hicieron pasar al cuadro;
Valle le envió una mirada,
estrecháronse las manos,
no vertieron ni una lágrima
y ya altivos y dispuestos
á recibir las descargas,
á los dos, á un tiempo mismo
los pasaron por las armas.

IV.

  Escéptico sin ternura,
filósofo de alma helada,
á quien nada dice un niño,
ni nada imponen las canas.
  En frente de estas escenas
tan sublimes como raras:
¿negarás el sentimiento?
¿desconocerás el alma
y la virtud que es el faro
que con luz de Dios irradia?

¿Y llamarás vanos mitos
é insustanciales palabras,
á la amistad firme y pura
y al santo amor de la patria?

. . . .

V.

Collin no tiene una tumba
en rico marmol tallada;
pero en la fosa en que duerme
sin ornamento ni lápida,
un ángel vela en silencio
su memoria sacrosanta.
Vierte allí el amor sus flores,
la gratitud pone lágrimas
y el nombre del héroe mártir
en el libro de la Fama
luce puro y sin mancilla
como la estrella del alba.

TERÁN Y MAXIMILIANO

Entre las ondas azules
Del bello Mediterráneo,
En el Golfo de Trieste,
Surgiendo entre los peñascos,
Hay un alcázar que ostenta
Con gran arte entrelazados
En muros y minaretes
Lo gótico y lo cristiano.
Parece visto de lejos
Airoso cisne de mármol
Que extiende las blancas alas
Entre dos abismos claros,
El del mar siempre sereno
Y el del cielo siempre diáfano.

Ese alcázar tan hermoso,
En tiempos no muy lejanos

Por mirar tanto las olas
De MIRAMAR le llamaron,
Y en él vivieron felices
Dos príncipes de alto rango,
Dos seres de régia estirpe:
Carlota y Maximiliano.

En una tarde serena
Al bello alcázar llegaron
Con una rara embajada
Varios próceres extraños.
Penetran á los salones
Y al noble príncipe hablando,
En nombre de un pueblo entero
(Que no les dió tal encargo
Le ofrecieron la corona
Del Imperio Mexicano.

El príncipe quedó absorto;
Para responder dió un plazo;
Soñó en pompas, en honores,
En fama, en poder, en lauros,
Y al despertar de aquel sueño,
Al volver de tal encanto,
A su joven compañera
Le fué á consultar el caso.
« Acepta — dijo Carlota —
« Eres grande, noble y apto,
« Y de este alcázar á un trono
« Tan solamente hay un paso ».
No corrida una semana
El príncipe meditando
En las difíciles luchas
De los grandes dignatarios,
Miraba tras los cristales
De su espléndido palacio
Enfurecerse las olas,
Rojo surgir el relámpago
Y con bramidos horribles
Rugir los vientos airados.

De pronto, un ujier anuncia
Que un extranjero, ya anciano,
Hablarle solicitaba
Con urgencia y en el acto.

Sorprendido el Archiduque
Dijo al ujier: «Dadle paso»;
Y penetró en los salones
Aquel importuno extraño,
De tez rugosa y enjuta,
De barba y cabello cano.

—

En frente del Archiduque
Dijo con acento franco:
«Vengo, señor, para veros
«Desde un pueblo muy lejano;
«Desde un pueblo cuyo nombre
«Jamás habréis escuchado;
«Yo nací en AGUASCALIENTES,
«En el suelo mexicano,
«Serví á Don Benito Juárez
«De quien ya os habrán hablado;
«Le serví como Ministro,
«Soy su firme partidario,
«Y mientras que aquí os engañan,
«Yo vengo á desengañaros;
«No aceptéis, señor, un trono
«Que tiene cimientos falsos,
«Ni os ciñáis una corona
«Que Napoleón ha labrado.
«No quiere México reyes,
«El pueblo es republicano
«Y si llegáis á mi patria
«Y os riegan palmas y lauros,
«Sabed que tras esas pompas
«Y esos mentidos halagos,
«Pueden estar escondidos
«El deshonor y el cadalso».
Oyendo aquestas palabras
Dichas por aquel anciano,
A tiempo que por los aires
Cruzó veloz un relámpago
Tiñendo en color de sangre
La inmensidad del espacio,
Sin dar respuesta ninguna
Quedóse Maximiliano
Rígido, lívido, mudo,
Como una estatua de marmol.

Corrió inexorable el tiempo,
Huyeron breves los años
Y en una noche de Junio
Triste, solo, ensimismado,
En vísperas de la muerte
El Archiduque germano,
En su celda de Querétaro
Y en sus desgracias pensando,
Así dijo conmovido
A uno de los abogados
Que fueron á despedirse
En momentos tan aciagos;
« Todo lo que hoy me sucede
« A tiempo me lo anunciaron;
« Un profeta he conocido
« Que sin doblez, sin engaño,
« Me auguró que en esta tierra
« A donde vine cegado,
« El pueblo no quiere reyes
« Ni gobernantes extraños,
« Y que si lauros y palmas
« Se me regaban al paso,
« Tras ellas encontraría
« El desonor y el cadalso ».
— ¿Quién ha sido ese profeta?
Al príncipe preguntaron:
« Era un ministro de Juárez,
« Sincero, patriota, honrado:
« Don Jesús Terán que ha muerto
« En su hacienda hará dos años.
« ¡Ah! Si yo le hubiera oído!
« ¡Si yo le hubiera hecho caso!
« Hoy estuviera en mi alcázar
« Con los seres más amados,
« Y no contara las horas
« Para subir al cadalso!! »

1891.

COMONFORT

Á MI MUY QUERIDO AMIGO ALBERTO FRANCO.

I.

Era Comonfort un hombre
Alto, fuerte, casi obeso;
De vivos y oscuros ojos,
Semblante dulce aunque serio
Sobre su cutis dejaron
Las viruelas sus hoyuelos;
Cutis que abrasó mil veces
El sol de los campamentos.
Era en el vestir sencillo,
Cuando no de gris, de negro;
Siempre ostentando la honrosa
«Cruz de Constancia» en su pecho.
Militar bravo y sin tacha,
De vastos conocimientos,
Era una dama en el trato
Y como amigo un modelo.
Incapaz de cualquier acto
Que no fuese honrado y recto
Era en la vida privada
Tan amable como tierno.
Tocóle en época triste
De rencores y de duelos,
Cuando el odio de partidos
Alzaba su pendón negro,
Regir de su amada patria
El destino en alto puesto
E imponerle nuevas leyes
Buscando horizontes nuevos.
De carácter franco y débil,
De espíritu asaz modesto,
Obligáronle más tarde
Privados y consejeros
A desconocer las obras
Más grandiosas de su tiempo.

Llenóse así de tristeza
Y de amargura, creyendo
Que iban á ponerse en duda
Su amor por el patrio suelo,
Su lealtad para los hombres
Que libertades le dieron
Y su afán íntimo y grande
De dar en cualquier momento
Toda la sangre y la vida
En defensa de su pueblo.

. . . .
. . . .

II.

Sin combatir la tormenta,
Triste, conforme, resuelto,
Acusado, perseguido,
Mirando en el mundo artero
Que en la desgracia más grande
El desengaño es más negro;
Guardó todos los laureles
Ganados como guerrero
Hasta la ocasión propicia,
Hasta el soñado momento
En que volvió con su espada
Para decir al Gobierno:
« Hoy que la invasión extraña
« Viene á insultar nuestros fueros;
« Hoy que la legión altiva
« De Napoleón el pequeño,
« Desconociendo tratados,
« Hollando nobles derechos
« Profana nuestros hogares,
« Yo, sin ambiciones, vengo
« A tomar entre las filas
« Cual simple soldado un puesto;
« Que por salvar á mi Patria,
« Por defender á mi pueblo,
« Si Dios el triunfo me niega
« Quiero morir el primero ».
Y confirmó cuanto dijo
En la acción de San Lorenzo,
Cuando sin hacerle caso,
Cuando sin prestarle crédito

A que por su mala tropa
Y sus pocos elementos
Si presentaba un combate
Era seguro un siniestro,
Le obligaron á batirse
Por órden del Ministerio.
  Cual león por su bravura
Lanzóse terrible y fiero
Buscando gloriosa muerte
Y presentando su pecho
A los altivos soldados
De Napoleón el pepueño.
  Allí murió Miguel López,
El héroe augusto y excelso,
Asombrando al enemigo,
Batiéndose cuerpo á cuerpo.
  Comonfort tuvo tal ansia
De morirse combatiendo,
Que fué preciso arrancarle
Del más peligroso puesto,
Cuando ya quedaba solo
En medio del campamento.
  Esto obligó á que dijera
El coronel de ingenieros
Que mandaba á los franceses
Que la victoria obtuvieron:
« Comonfort con su bravura
« Dejó á todos satisfechos,!
« Pero era en tales instantes
« Un general sin ejército ».
  Cuán triste de aquel desastre
Salió su espíritu enfermo,
Pero su limpia conciencia
Le dijo siempre en silencio:
  Has demostrado á la Patria
Con tus heróicos esfuerzos,
Que le das honor y vida
Por defender su derecho
Y que porque Dios no quiso
No moriste en San Lorenzo.

III.

  Cuando Comonfort tornaba
A San Luís, desde Querétaro,

A conferenciar con Juàrez
Y á explicarle sus proyectos
Como Ministro de Guerra,
Para defender al pueblo
Del yugo humillante y torpe
De Napoleón el pequeño;
Asesinos alevosos
Le salieron al encuentro
Junto al molino de Soria,
En tierras de Chamacuero.
  Era el once de Noviembre
Del año mil ochocientos
Sesenta y tres. Espiraba
La tarde entre los reflejos
Purpurinos del ocaso
Y el campo estaba en silencio.
  Comonfort iba en un coche
Llevando de compañeros
A un joven, sobrino suyo,
A un ayudante, y con ellos
Un escribiente, elegido
Por su carácter discreto.
  Al cruzar la parte angosta
Del polvoroso sendero,
Cuando la escolta venía
A lento paso y muy lejos,
Sale un grupo de bandidos
Que asaltan á los viajeros,
Disparando á quema ropa
Sus cien mosquetes á un tiempo.
Muere en el coche Velázquez,
Estorbando con su cuerpo
Que Comonfort descendiera
Veloz por el lado opuesto.
  Cuando al fin logró bajarse
En santa cólera ardiendo,
En cada mano un *revólver*,
Sus ojos brotando fuego;
Cuando su ayudante Cerda
Tendido estaba en el suelo
Herido en distintas partes
De sangre y de polvo lleno;
Las balas de los bandidos
Le atravesaron el pecho,

Y en unos breves instantes
Cayó en tierra sin aliento.
No conformó á los verdugos
Contemplar al héroe muerto,
Y agregaron nueva infamia
A su crimen torvo y negro,
Profanando como hienas
Aquellos sagrados restos,
¡Arrastrando aquel cadáver
Con una soga en el cuello!....

. . . .

IV.

Han corrido muchos años;
Cambió la suerte de México;
La paz derrama sus frutos
Sobre nuestro fértil suelo,
Y al recordar á los hombres
Que con patriotismo inmenso
Sacrificaron su vida
Por salvar nuestros derechos,
Es justo honrar la memoria
Del esforzado guerrero
Que con heróicas acciones
Lavó sus sensibles yerros,
Y que merece en la historia
Las bendiciones del pueblo.

Enero de 1893.

TOMÁS MEJÍA

Á MI RESPETADO Y QUERIDO AMIGO EL SEÑOR GENERAL
DON MARIANO ESCOBEDO.

I.

Mientras Juárez indomable
va á los desiertos del Paso
á defender su bandera,
firme como un espartano;
en México, sostenido
por el invasor extraño,
se erige un trono y le ocupa
más que ambicioso, engañado,
un ilustre descendiente
del más grande de los Carlos.
Joven, soñador y apuesto
asciende á lugar tan alto,
sin ver que á lo lejos flota
el pendón republicano,
y sin recordar que el pueblo
por quien se sueña llamado,
en otro tiempo á un monarca
lanzó del trono al cadalso.
Recibiéronle animosos
los que el cetro le entregaron,
y al entrar por nuestras calles
fué tan grande el entusiasmo,
que del nuevo rey los ojos
no pudieron, deslumbrados,
mirar que las bayonetas
que lo estaban custodiando
eran de extranjeras tropas
capaces de abandonarlo.

II.

Joven príncipe, ¿á qué vienes?
¿Por qué dejas tu palacio
en medio de las azules
ondas del Mediterráneo.

como un nido de gaviotas
sobre un peñón solitario?
  Este cielo azul no es tuyo,
no son tuyos estos lagos,
ni estos sabinos del bosque
que de viejos están canos.
  Nada es tuyo, nada entiende
tu acento, nada ha guardado
cenizas de tus mayores
que en otras tierras brillaron.
  Tu sangre azul no es la sangre
de Cuauhtemoc ni de Hidalgo;
cuanto te cerca es ageno,
cuanto te vela es extraño.
  Príncipe noble ¿á qué vienes?
¿por qué dejas tu palacio
y aquellas ondas azules
de tu hermoso mar Adriático?
  En medio de las tormentas
que se alzarán á tu paso,
cuando pronto te abandonen
los que te están custodiando,
hallarás como consuelo,
como abrigo, como amparo,
la firmeza y el arrojo
del soldado mexicano
que cumple con su bandera
satisfecho y resignado.
  Torna príncipe al castillo
donde viviste soñando,
que por las gradas de un trono
subir se puede á un cadalso!

III.

  Con inusitada pompa
en el ya imperial palacio
se celebran los natales
del reciente soberano.
  Ya las guardias palatinas
de uniformes encarnados,
apuestos forman la valla
luciendo adargas y cascos.
  Ministros y chambelanes,
consejeros y vasallos,

ostentan con arrogancia
sus pechos condecorados.
El salón de embajadores
por su lujo aristocrático,
recuerda á los que lo miran
de antiguos tiempos el fausto.
De pronto por todas partes
se extiende un rumor extraño
y es que las gradas del trono
el Archiduque ha pisado.
Diversas clases sociales
deben de felicitarlo
y ya están los oradores
por cada clase nombrados.
Un jurisconsulto experto
elocuente, pulcro y sabio,
es de la magistratura
el representante nato.
Le toca el lugar primero,
habla con acento claro,
con respeto se le escucha,
se le mira con agrado,
y estudio y saber revela
cada frase de sus labios.
Su discurso no fué breve,
su estilo elegante y franco
y al acabar dijo alguno:
¡Bien por Lares! anhelando
aplaudirlo, sin hacerlo
por respeto al soberano.
Con elegancia vestido,
al clero representando
se acercó un obispo al trono
y dijo un discurso largo
lleno de notas y citas
latinas, propias del caso.
Era el orador de fama
por su elocuencia y su rango,
célebre en aquellos tiempos
entre oradores sagrados.
«No estuvo corto Ormaechea»
dijo despues de escucharlo
alguno á quien ya cansaba
la severidad del acto.

Nuevo rumor se produjo
después en aquellos ámbitos
al ver que al trono llegaba
á paso lento un soldado
de cabellos y ojos negros,
tez cobriza, aspecto huraño,
descendiente de las razas
que en Anáhuac habitaron
antes de que la conquista
empobreciera á sus vástagos.
¡Formaba contraste brusco
la oscura tez del soldado
con la tez brillante y blanca
del archiduque germano!
Quedó el indígena absorto,
meditabundo y cortado,
sin articular palabra,
la frente y los ojos bajos.
¿Quién es? preguntó un curioso
y le respondió un anciano:
— Se llama Tomás Mejía
y es general reaccionario:
Viene á hablar por el ejército.
— ¿Y él hizo el discurso?
— Varios
le escribieron y ninguno,
según dicen, le ha gustado;
el que dirá lo habrá escrito
ó Muñoz Ledo ó Arango.
— Escuchemos.
— Trascurrían
unos minutos muy largos;
Mejía estaba en silencio
todo tembloroso y pálido,
en silencio los presentes
y en silencio el soberano.
De pronto ven con asombro
que el indígena soldado
abriendo los negros ojos
que brillaban animados,
perora sin dar lectura
al papel que está en sus manos.
— «Magestad» — calló un momento;
«magestad» — siguió turbado:

«magestad» — yo no he aprendido
«lo que otros por mí pensaron,
«pero si usted lo que busca
«es un corazón honrado,
«que lo quiera, lo respete,
«lo defienda sin descanso
«y le sirva sin dobleces,
«sin interés, sin engaño;
«aquí está mi corazón,
«aquí están, señor, mis brazos
«y en las horas de peligro,
«si al peligro juntos vamos,
«lo juro por mi bandera,
«sabré morir á su lado.»
Con lágrimas en los ojos
trémulo Maximiliano,
las fórmulas de la Corte
por un instante olvidando,
bajó del trono y al punto
dió al General un abrazo
que aplaudieron los presentes
con lágrimas de entusiasmo.

IV

Cayó el príncipe más tarde
y con él cayó el soldado
que le dijo esas palabras
llenos los ojos de llanto.
A Don Tomás le ofrecieron
del patíbulo salvarlo
y él respondió: «solamente
que salven al soberano.»
Un general victorioso,
de gran poder y alto rango,
que le estaba agradecido
por algún hecho magnánimo,
fué y le dijo: «yo podría
«lograr veros indultado;
«os estimo y necesito
«á toda costa salvaros.
«¿queréis que os salve? decidlo,
«que no me daré descanso
«hasta que al fin me concedan
»lo que para vos reclamo.»

—«Sólo admitiré el indulto
respondió el indio soldado,
si me viene juntamente
con el de Maximiliano.»
—Me pedís un imposible.
—Pues me moriré á su lado.
—Pensad que tenéis familia.
—Tan sólo á Dios se la encargo.
—Soy capaz de protegeros
Si os resolvéis á fugaros
—¿Y al Emperador?—No; nunca.
—Pues su misma suerte aguardo.
Y como lo sabe el mundo
juntos fueron al cadalso
y así selló con su sangre
lo que dijeron sus labios.

11 de Julio de 1890.

XOCHIAPULCO

AL GENERAL D. JUAN N. MENDEZ.

I.

¿Por qué tan precipitado
Se escucha el toque de alarma,
En los humildes cuarteles
De un pueblo de la montaña?
¿Por qué llegan tan veloces
Dejando sus pobres casas
Los hijos de Xochiapulco
Adonde fiero les llama
Con sus marciales acentos
El clarín de las batallas?
¿Por qué se pinta en los rostros
Esa expresión soberana
Que ilumina los semblantes
Con el fulgor de las almas?
Esa expresión, que en el mundo
El hombre á tener alcanza
En los instantes supremos

En que, cuanto tiene y ama,
Ofrece como holocausto
En el altar de la Patria?
¿Por qué los antes tranquilos
Hijos de aquella comarca
Con tan marcial continente
Empuñan las duras armas?
¿Quién se atreve de la guerra
La bandera ensangrentada
A clavar de aquellos montes
Sobre las cumbres más altas?
¿Quién pretende en esas rocas
Adonde anidan las águilas,
Profanar los patrios lares
Llevando muerte y venganza?

El invasor extranjero,
El que tras lenta campaña,
Hasta el mismo Xochiapulco
Tiende la pujante garra.
Con austriacos y franceses
El conde de Thun avanza;
Cuatro columnas caminan
Para combatir la plaza;
Son muchos los que se acercan
Y son pocos los que aguardan;
Mas si se cuentan los muchos
Los que son menos se bastan,
Y su arrojo no alimenta
Ilusiones, ni esperanzas.
Por eso cuando resuelto
Al sacrificio, los llama
El general Juan Francisco,
Que á los cuatrocientos manda,
Y tiene como segundo
En tan terrible jornada
Al General Juan Bonilla,
Que un espartano envidiara
Por su modestia, su arrojo,
Su saber y su constancia;
Acuden todos ligeros,
Y tomando la palabra
Juan Francisco, con voz firme,
De esta manera les habla:

II.

—Tantos son los enemigos
Que sobre nosotros cargan,
En cuatro grandes columnas
Y todas de las tres armas,
Que imposible es que resista
La guarnición de la plaza.
Y aunque el deber nos impone
Y el patriotismo nos manda
Morir antes de rendirnos,
Defendiendo nuestra causa,
Fuera sacrificio inútil
Presentar una batalla,
Que dará triunfo seguro
Al enemigo que avanza;
Y no es valor ni prudencia
De un jefe, que siempre trata
De utilizar el arrojo
De gente tan denodada,
Lanzarlos en lucha estéril
A una segura matanza.
Mas no quiero que tacharme
Pudieran tal vez mañana,
De que entrego al enemigo
La población desarmada,
Por eso, saber pretendo
De todos la opinión franca.
—No nos consultes, responden
Más de cien voces; nos basta
Que tú mandes, y contentos
Obedecer tus palabras.
—Pues bien, dice Juan Francisco,
Antes que con torpe planta,
El invasor extranjero
Mancille aquí nuestras casas,
Y llegue á nuestros hogares
A desceñirse la espada;
Supuesto que no podemos
En número, y no en audacia
Competir con los que vienen
Y que han de tomar la plaza;
No busquemos muerte inútil:
Nos necesita la patria:

Fuera de aquí, en nuestros bosques,
Y en los montes y cañadas,
Aunque pocos, con astucia
Podremos tener ventaja
Y proseguir sin descanso
Hasta que triunfe la causa.
Pero el invasor no debe,
Encontrando puerta franca,
Llegar orgulloso al sitio
Que su presencia profana.
¡Soldados! hoy en cenizas
Se conviertan nuestras casas.
El invasor llegue al pueblo
Alumbrado por las llamas,
Y contemple en Xochiapulco
La prueba patente y clara
De que no consienten yugo
Los hijos de la montaña!—

III.

Aquel discurso escuchando,
Los soldados se entusiasman,
A sus jefes victorean
Y la Libertad aclaman.
En esos instantes mismos
Se sabe que ya cercanas
Están las gruesas columnas
De la legión franco-austriaca.
Comienzan á verse entonces
Ligeras nubes que empañan
Sobre los frágiles techos,
Al flotar grises y blancas,
Desde el más grande edificio
A la más pobre cabaña.
Se va el humo condensando
Y en mil lenguas desatadas
De fuego puebla el incendio
Toda la extensa comarca.

Los soldados, las mujeres,
Los niños, nadie descansa
En la terrible tarea
De quemar sus propias casas;
Y cuando el fuego está en todo,

En revuelta caravana
Emigran los moradores:
Los ancianos á vanguardia,
Y hombres, mujeres y niños,
En agrupación compacta,
Se ven del *Cuautecomaco*
Sobre la vistosa falda,
Semejando en el ascenso
A las perseguidas águilas,
Después.... después...... con orgullo
Miran surgir de las llamas
El humo, como el incienso
Que ofrecen ante las aras
Del más sagrado y augusto
Altar de la madre Patria!

IV.

Aquel montón de cenizas
Leves, sutiles y blancas,
Que el viento arrastró en su giro,
Sembrándolo con sus alas
Como un bautismo de gloria
De *Tetela* á *Zacapoaxtla*,
Volvió á levantarse luego,
Como el fénix de la Arabia,
Cuando la paz bienhechora
Le prestó su sombra grata.
Pero queda en sus campiñas
Que el *Xochitonal* resguarda
El recuerdo de sus hechos,
La alteza de sus hazañas,
Que los laureles no envidian
De Sagunto y de Numancia,
Y que en México repite
Con noble orgullo la Fama.

LA CORTE MARCIAL

Á MI MUY QUERIDO AMIGO MACARIO RIVERO.

I.

Ancho sombrero tejido
Con tule de nuestros lagos,
Al que adornan dos pequeñas
Hachas de plata en los lados.
Al cuello suelta corbata
Roja y tejida de gancho,
Tejida según se sabe
Por dos diminutas manos,
Que juntas semejan lirios
Y sueltas parecen ampos.
Amplia blusa, también roja,
Con grandes botones blancos;
Calzonera de velludo
Y ceñidor de burato.
Frente por el sol tostada,
Grandes los ojos y pardos,
La barba escasa y obscura,
Pelo abundoso y castaño;
Agil en los movimientos,
Carácter resuelto y franco,
Y diestro como ninguno
En manejar el caballo,
Durmiendo igual en las rocas
Que en lecho mullido y blando,
Y sin resentir los rudos
Embates de tiempo vario;
Decidor con las mujeres,
Afable con los soldados,
Provocativo y terrible
Con los del opuesto bando,
Y fuerte y ágil teniendo
La edad viril de treinta años,
De los cuales más de nueve
A la patria ha consagrado:

Tal es Benito Ramírez,
Nata y flor de los chinacos,
Honra y prez de los jinetes,
De los valientes ornato,
Capitán de exploradores
De un cuerpo republicano.

Siempre con buena fortuna
En los lances que ha trabado,
De no salir victorioso
Escapó por un milagro.

Nunca sorprenderle pudo
El enemigo en su campo,
Pues llevaba como regla
Invariable del soldado,
Que en la guerra ha de dormirse
Cual las liebres, conservando
Siempre los ojos abiertos
Por lo que viniere al caso.

Pero á pesar de esta regla,
La suerte en su giro vago,
Las horas del infortunio
Sobre el guerrillero trajo.
Y una tarde en un combate,
Y por su arrojo llevado,
Entre huestes enemigas
Tanto adelantó su paso
Que al fin cayó prisionero
Cuando murió su caballo,
Y á la ciudad de Morelia
Entre filas le llevaron.

II.

En una desnuda sala
De las muchas de Palacio,
Se instalan con gran premura
Y con lúgubre aparato
Los oficiales que forman
Un tribunal que da espanto.

La *corte marcial* se llama,
Su solo nombre da pasmo,
Que de sangrienta y terrible

Tan grande fama ha alcanzado
Que á cuantos juzga sentencia
Sin remisión al caldalso.

Ni allí la inocencia vale
Ni se cuenta un solo caso
De que saliera con vida
Hombre que cayó en sus manos.

Los trámites y defensas,
Peticiones y alegatos,
Son fórmulas que no engañan
Ni á los mismos acusados.
Pocas horas son bastantes
Para preparar el fallo,
Y fallo y muerte es lo mismo
En los terribles estrados,
Que á la sentencia se sigue
La ejecución en el acto!

A tribunal tan sangriento
El capitán fué llevado.
Era una mañana alegre
Del alegre mes de Mayo.
El cielo estaba en Morelia
Limpio, azul, brillante y diáfano.
Llegó Ramírez en medio
De dos filas de züavos,
Tan altivo y tan airoso,
Que interesaba mirarlo;
Clavó los soberbios ojos
En los jueces con descaro,
Ocupó, cual todo reo,
El tosco, incómodo banco,
Cruzó la pierna altanero,
Dejó el sombrero calado,
Y una irónica sonrisa
Escapóse de sus labios.
Después de breves instantes
Se dió comienzo al sumario,
Que copio letra por letra
Tal como existe en los autos:
—¿Confiesas que perteneces
Al cuartel republicano?—

. . . .

Siguióse un largo silencio
Y los jueces agregaron:
— Confiesas que muchas veces
Has podido, disfrazado,
Explorar el campamento
Del cuerpo expedicionario?
¿Confiesas que has perseguido,
Sin dar tregua ni descanso,
A las tropas del imperio
Que están Michoacán guardando?
¿Confiesas que á tí se deben
Mil asonadas y escándalos,
Que sirven á los bandidos
En la montaña acampados,
Que al que cojes no perdonas,
Ni mides virtud ni rango,
Pues por servir al imperio
Ya lo declaras malvado?

A cada nueva pregunta
Ramírez en aquel banco
Tomaba actitud distinta
De indiferente descaro,
Pero al fin le hicieron tantas
Y en ellas dijeron tantos
Insultos, que, en ira ardiendo,
De callar cansóse al cabo,
Y así dijo, con palabras
Que tronaban como rayos:

— ¿Para qué perder el tiempo
Y estarme aquí preguntando,
Cuando el francés me ha cogido
Con las armas en la mano?
¿Cuándo saben que soy libre
Y que siempre fuí chinaco,
Y ni doy cuartel ni pido
Que me lo den los contrarios?

Si ya está la sepultura
Mi cadáver esperando,
¿Para qué tantas preguntas,
Ni tenerme en este banco?

Yo ya sé cuál es mi suerte;
Ni me importa ni hago caso;
Me matan de puro miedo;
Mas me llevo al otro lado
El gusto de haberlos visto
Correr como perros galgos.

Así, pues, pocas palabras,
Y que me lleven abajo:
Ya verán cómo se mueren
Los buenos republicanos,
Y eso tengo que enseñarles:
No pregunten más y vamos.

Solamente les advierto
Que muchos hay en mi campo
Que seguirán dando guerra,
Mejores que yo, más bravos,
Y que ni les hago falta
Ni ustedes les dan abasto.—

Alzóse luego Ramírez
Seguido de los soldados:
A poco tiempo se oyeron
Unos tiros en el patio,
Y un nuevo nombre la historia
Pudo escribir en sus fastos.

À MEDIA NOCHE

Á MI QUERIDO AMIGO ARISTEO MERCADO.

I.

Más gallarda que el nenúfar
Que sobre las verdes ondas
Al soplo del manso viento
Se mece al rayar la aurora,
Es una linda doncella
Que tiene por nombre Rosa;
Y á fé que no hay en los campos
Igual á sus gracias otra

Vive en Pátzcuaro, en la villa
De hermoso lago señora,
Lago que retrata un cielo
Limpio y azul, donde flotan
Blancas nubes que semejan
Grupos de errantes gaviotas

Está en la flor de la vida,
No empaña ninguna sombra
Las primeras ilusiones
Con que el amor la corona.

Ama Rosa y es amada
Con un amor que no estorban
Sus padres, porque comprenden
Que el joven que para esposa
La pretende, nobles prendas
Y honrado nombre atesora.

Cuentan, los que lo conocen,
Que tal mérito lo abona,
Que no hay otro que le iguale
Cien leguas á la redonda.
Y aunque alabanza de amigo
Pueda tacharse de impropia,
Nadie niega que Fernando
Tiene el alma generosa;
Que sus riquezas divide

Con los que sufren y lloran,
Que es tan bravo, que el peligro
Desdeña y jamás provoca,
Pero lo humilla y lo vence
Cuando en su camino asoma.

No hay ginete más garboso
Ni más diestro, porque asombra
Cuando de potro rebelde
Los fieros ímpetus doma,
Y es tan amable en su trato,
Tan cumplido en su persona,
Tan generoso en sus hechos
Y tan resuelto en sus obras,
Que la envidia no se atreve
Con su lengua ponzoñosa
A manchar su justa fama
Cuando cualquiera lo nombra.

Ya se prepara la fiesta,
Cercanas están las bodas,
Los padres cuentan los días,
Los prometidos las horas;
Los amigos se disponen
Para obsequiar á la novia
Dando brillo con sus galas
A la nupcial ceremonia.

Y aunque es fiesta de familia
Por suya el pueblo la toma,
Y en llevarla bien al cabo
Se empeña la villa toda.

II.

¡Con qué profunda tristeza
Vive Rosa en su retiro!
Está pálida su frente
Y están sus ojos sin brillo;
De la noche á la mañana
Corre de su llanto el hilo,
Sus padres sufren con ella
Y están tristes y abatidos.
No le da el sueño descanso
Ni el sol le procura alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

Está muy lejos Fernando,
Muy lejos y en gran peligro,
Porque al llegar de la boda
El instante apetecido,
Invadió como un torrente
La ciudad el enemigo.

El pabellón del imperio
Halla en Pátzcuaro un asilo,
Los franceses se apoderan
Del sosegado recinto,
Su ley imponen á todos,
Subyugan al pueblo altivo,
Y Fernando, en su caballo,
De pocos hombres seguido,
Sale á buscar la bandera
Que veneró desde niño,
Y que agita en las montañas
El viento del patriotismo.

Ni el amor ni la esperanza
Le cerraron el camino,
Que ciego á todo embeleso
Y sordo á todo atractivo,
La patria, sólo la patria
En tales horas ha visto,
Y por ella deja todo,
A salvarla decidido.

Rosa se queda llorando
Y como agostado lirio,
No hay fuerza que la levante
Ni sol que le infunda brío.

De su amoroso Fernando
Sólo sabe lo que han dicho:
Fué á la guerra, y lo conoce
Firme noble y decidido;
Lo sueña entre los primeros
Que acometen los peligros.
Sabe que en todos los casos,
Entre muerte y servilismo,
Ha de preferir la muerte,
Que es vida para los dignos.

Y con profunda tristeza
Vive Rosa en su retiro

Sin consuelo ni descanso,
Sin esperanza ni alivio,
Que son la luz y las sombras
Para el que sufre lo mismo.

III.

A la habitación de Rosa,
Al rayar de la mañana,
Llega un indígena humilde
Que viene de la montaña,
Y sin despertar sospechas
Cruzó por las avanzadas
Trayendo un papel oculto
En su sombrero de palma.

En hablar con Rosa insiste
Cuando de oponerse tratan
Sus padres que en todo miran
Espionajes y acechanzas.

Oye la joven las voces
Y con interés indaga,
Porque el corazón le dice
Que la nueva será grata,
Y lo confirma mirando
Que al borde de su ventana
Un *salta-pared* ligero
Tres veces alegre canta,
Nuncio de buena fortuna
Del pueblo entre las muchachas.

Llama al indio presurosa,
Este con faz animada
La saluda, y del sombrero
Descose la tosca falda,
Y de allí con mano firme,
Saca y le entrega una carta
Que vino tan escondida,
Que á ser otro no la hallara.

Rosa, trémula, no acierta,
En su gozo, á desplegarla
Y ya febril é impaciente
Tanta torpeza la enfada;
Abre al fin y reconoce
Que Fernando se la manda.

Y en cortas frases le dice
Esto que en su pecho guarda:

«Mi único amor, vida mía,
Mi pasión, alma del alma,
No puedo vivir sin verte,
Que sin tí todo me falta;
Y aunque tu amor me da aliento
Y tu recuerdo me salva,
Tengo sed de tu presencia,
Tengo sed de tus palabras.

«Hoy por fortuna muy cerca
Me encuentro de tu morada,
Y he de verte aunque se oponga
Todo el poder de la Francia.

«Esta noche, á media noche,
Antes de rayar el alba,
Para verme y para hablarme
Asómate á la ventana.

«Adiós, vida de mi vida,
No tengas miedo, y aguarda
Al que adora tu recuerdo
Luchando entre las montañas».

IV.

Es pasada media noche.
Reina profundo silencio
Que sólo interrumpe á veces
El ladrido de los perros,
O el grito del centinela
Que lleva perdido el viento.

En su ventana está Rosa.
Entre las sombras, queriendo
Penetrar con la mirada
De sus grandes ojos negros,
Las tinieblas que sepultan
Los callejones estrechos.

Para no inspirar sospechas
Oscuro está su aposento,
Y ni á suspirar se atreve
Por no vender su secreto.

De súbito escucha pasos
Cautelosos á lo lejos,



Don IGNACIO DE ALLENDE
Don JAVIER MINA   Don MARIANO MATAMAROS
Héroes de la Independencia

Y al oírlos no le cabe
El corazón en el pecho.

Entre las sombras divisa
Algo que tomando cuerpo
A la ventana se llega
Y casi con el aliento
Le dice: — Prenda del alma,
Aquí estoy.
— ¡Bendito el cielo! —
Contesta Rosa y las manos
En la oscuridad tendiendo
Halla el rostro de su amante
Que las cubre con sus besos.
— ¿Dudabas de que viniera?
— ¿Cómo dudar, si yo creo
Cuanto me dices lo mismo
Que si fuera el evangelio?
— ¡Tantas semanas sin verte!
¡Tanto tiempo!
— ¡Tanto tiempo!
— Pero temo por tu vida....
— No temas, Dios es muy bueno.
Ahora dime que me amas,
A que me lo digas vengo
Y á decirte que te adoro....

— ¿Más que yo á tí, cuando siento
Hasta de la misma patria
El aguijón de los celos?
No te culpo, mi Fernando,
No te culpo, bien has hecho,
Pero dudo, y me atormenta
Pensar que esconde tu seno
Amor más grande que el mío
Y otro vínculo más tierno.

Escúchame: si algún día
Merced á tu noble esfuerzo,
Victoriosa tu bandera,
Por héroe te aclama el pueblo,
Yo disputaré á tu frente
Ese laurel, porque tengo
Ante la patria que gime
Para adquirirlo derecho;
Tú, sacrificas tu vida;

Yo, débil mujer, le ofrezco,
Alentando tu constancia,
Todo el amor que te tengo.
¡Ay, Fernando! ¿tú no mides
Este sacrificio inmenso?

Y al decir así, la mano
Atrajo del guerrillero
Y con su llanto al bañarla
La oprimió contra su pecho.

V.

Limpia despunta la aurora,
Y en la ventana Fernando
No se atreve á despedirse,
Sin hacer del tiempo caso.

Mas de pronto, por la esquina,
Sobre fogoso caballo,
De la brida conduciendo
Un potro alazán tostado,
Un guerrillero aparece
Con el mosquete en la mano.

Acércase á la pareja,
Aquel coloquio turbando,
Y dirigiéndose al joven
Le dice: — mi jefe, vamos,
Monte, que nos han sentido,
Y somos dos contra tantos.

— ¡Véte, por Dios! — grita Rosa.
Salta á su corcel Fernando,
Toma su pistola, besa
A la doncella en los labios,
Y á tiempo que se dispide,
Por un callejón cercano
Desembocan en desorden
Argelinos y züavos.

— ¡Alto! — gritan los que vienen.
— ¡Primero muerto que dado! —
Contesta el otro, y se lanza
Para abrir en ellos paso....
Suenan discordantes gritos,
Y se escuchan los disparos,
Y álzanse nubes de polvo

De los pies de los soldados;
Y al punto que Rosa enjuga
Sus ojos que anubla el llanto,
Ya mira cómo se alejan
A galope por el campo,
Libres de sus enemigos,
El asistente y Fernando.

VI.

Algunos años más tarde,
Y cuando pagó á su patria
La deuda de sus servicios
Y la vió libre y sin mancha,
Volvió Fernando á sus lares,
Colgó en el hogar su espada,
Y no quiso ser soldado
Después de triunfar su causa,
Que fué guerrero del pueblo,
Luchador en la montaña,
De los que sólo combaten
Si está en peligro la patria.

Entonces cumplióle á Rosa
Sus ofertas más sagradas,
Y fué la boda una fiesta
Popular, risueña y franca.

Al verlos salir del templo,
Según refiere la fama,
Recordando aquellas frases
De la inolvidable carta,
Formando vistoso grupo
A las puertas de su casa,
Las más bonitas del pueblo,
Las más festivas muchachas,
Con melancólicas notas
Que á nuestros tiempos alcanzan
(En canción que «Los Capiros»
En Michoacán se la llama),
Al compás de las vihuelas,
De esta manera cantaban:

«Esta noche, á media noche
Y antes que llegue mañana,
Si oyes que al pasar te silbo
Asómate á tu ventana».

LA HEROINA DEL DOLOR

Á LA SEÑORA CARMEN ROMERO RUBIO DE DÍAZ.

I.

Por una angosta vereda
Que cruza entre las montañas
Que por el Sur de Jalisco
Forman gigante muralla,
Caminando paso á paso,
Al despuntar la mañana,
Van en sus dóciles potros
Que de fuertes tienen traza,
Un oficial embozado
En vieja y obscura capa,
Una mujer bella y joven
Con un niño que amamanta,
Y un asistente que sigue
De la pareja la marcha.

Risueña nace la aurora,
Alegres las aves cantan,
El viento cruza tan manso,
Que no estremece las ramas;
Sonoro rumor se escucha
De las distintas cascadas,
Y la tierra humedecida
Con las lágrimas del alba
Entre el tupido follaje
Ligeras brumas levanta.

Por el azul de los cielos
Atraviesan las bandadas
De mirlos y colorines,
De tordos y guacamayas.

Van alegres los viajeros,
Y, al compás de las pisadas
De los caballos, sostienen

Festiva y sabrosa charla.
—Mira qué grandes, qué bellos
Tiene los ojos—exclama
La mujer mirando al niño:
Si ya con los ojos habla;
Mira que obscuro es su pelo,
Sus manecitas qué blancas,
Y esa sonrisa tan dulce
Que llega al fondo del alma.
¿No confiesas que es hermoso?

Y el oficial que no aparta
Del bello grupo la vista,
Responde con risa franca
Que la ternura denuncia
Y el buen carácter delata:

—Por fuerza debe ser bello,
Si tiene mi misma cara:
Es retrato de su padre
Y hasta los ciegos lo cantan.—
Alzó la joven el rostro,
Y lanzando una mirada
Más traviesa que burlona:
—Sí, tu retrato le llamas
Contestó—porque no has visto
En un espejo tus gracias.—

Y como dando la prueba
De que mienten sus palabras,
Acaricia del marido
La luenga y sedosa barba.

El sol se va levantando;
De los montes en la falda
Las nieblas desaparecen,
Y se agrupan en las palmas,
Buscando la fresca sombra,
Las aves en las cañadas.

Sigue el grupo su camino,
Mas ya con penosa marcha,
Que baja lumbre del cielo
Y el suelo despide llamas.

La madre al niño procura
Defender del sol que abrasa,
Formándole frágil toldo
Con tela ligera y blanca.

El oficial va cual antes
Sin soltar ni la bufanda,
Pues toma por buena regla:
« Para buen sol, buena capa ».

El soldado indiferente
Silbando el toque de marcha,
Sigue cual si no sintiera
Temperatura tan alta.

Él se apellida Lozano;
Ella, Matilde se llama,
Y el asistente responde
Al nombre de Juan Zapata.

II.

De improviso los caballos
Detiénense, y con recelo
Alzan la cabeza y mueven
Ambas orejas á un tiempo.
El oficial y el soldado
Comprenden cercano riesgo,
Los dos empuñan las armas,
Y, con ademán resuelto,
Saltan entre la maleza,
Límite del bosque espeso.
No bien un palmo adelantan
Cuando salen á su encuentro,
Cual brotando de la selva,
Audaces, terribles, fieros,
Los cazadores franceses
Que allí estaban en acecho.

Es la resistencia inútil,
Que en gran número son ellos,
Y tan de prisa se llegan,
Que cercan en un momento
Al oficial y á Zapata,
Intimándoles soberbios.
El uniforme denuncia

A Lozano, y sin remedio
Tiene que entregar sus armas
Y darse por prisionero.

Muda de asombro, temblando,
Con el rostro descompuesto,
Las lágrimas en los ojos
Y apretando contra el seno
Al niño, cual si quisiera
En ella misma esconderlo,
Matilde mira á su esposo,
A los soldados y al cielo,
Y ni tiene una plegaria,
Ni una queja, ni un lamento.

En tanto, de los caballos
Hacen bajar á los presos,
Y en medio de los franceses
Y sin ningún miramiento,
Se encamina la columna
Buscando el vecino pueblo,
Y tras ella pensativa
Sigue Matilde en silencio,
Que nadie de ella se ocupa
En tan aciagos momentos.

Una madre abandonada,
En un camino desierto,
Con un niño entre los brazos,
Llevando dentro del pecho
El corazón comprimido
Por el dolor más intenso,
Podrá conmover sin duda
El ánimo más sereno:
Pero en medio de las luchas
Y cuando sopla el aliento
De los combates, en vano
Fuera buscar un consuelo
En marciales corazones
Templados á sangre y fuego.

III.

Prisionero está en Colima
El comandante Lozano,
Y en la pobreza Matilde

Vive su prisión llorando.
Tiene en peligro la vida
El jefe republicano,
Pues de cuantos han caído
A ninguno ha perdonado,
Que Berthelín que allí manda
Debe en justicia á sus actos
Los renombres que le siguen
De implacable y sanguinario.

Matilde ocupa una casa
En un apartado barrio,
Mas, por desgracia, esa calle
Es el camino marcado
Para llevar diariamente
Las víctimas al cadalso.

Y así, todas las mañanas,
Luego que suenan las cuatro,
Oye Matilde que llevan
En las sombras los zúavos
A una plazuela cercana
Los mártires sentenciados.

Escucha á pocos instantes
El sonar de los disparos,
Y luego vuelve la escolta
Los cadáveres dejando,
Que el cura siempre recoge
Cuando el sol está muy alto.

En horrible incertidumbre,
Con el pecho destrozado,
Cada mañana Matilde
Escucha llena de pasmo,
Cuando pasa la columna
A los mártires llevando;
Cada mañana supone
Que va con ellos Lozano,
Y al escuchar las descargas
Nubla sus ojos el llanto
Y con voz entrecortada
Pone al niño en su regazo,
Y acercándolo á su rostro,
Le dice, bajo, muy bajo:

—¡Hijo del alma, quién sabe
Si á tu padre habrán matado!—

Se pone luego en acecho,
Y al regresar los zúavos,
Cuando siente que se alejan
Y queda en silencio el barrio,
Coge un farol y le oculta,
Toma al niño entre sus brazos,
Abre con temor la puerta,
Ve la calle con espanto,
Y trémula y conmovida
Dirige el incierto paso
Hasta el lugar en que yacen
Los muertos abandonados....

. . . .
. . . .
. . . .

Lanza su rojiza lumbre,
Tras de los vidrios opacos,
El farolillo que tiembla
De la mujer en la mano.
Hirsuto el negro cabello,
De las órbitas saltando
Los ojos, como dos ascuas,
Ve Matilde, paso á paso,
Uno por uno, los rostros,
Por el plomo destrozados.
Hunde las desnudas plantas
De tibia sangre en los charcos,
Y ni el terror la detiene
Ni la domina el espanto.

Inclínase y delirante
Va cada rostro mirando,
Y si en alguno las huellas
Del proyectil han borrado
Las facciones, si la sangre
Oculta todos los rasgos,
Valerosa se arrodilla
Y con atrevida mano
Lo enjuga, aparta el cabello,
Y su audacia llega á tanto,
Que á muchos abre los ojos
Claras señales buscando.

Cuando queda satisfecha
De que no ha muerto Lozano,
Se arrodilla, eleva al cielo,
Cortándola con su llanto,
La más ferviente plegaria
Que alzó pecho atribulado.

Vuelve en seguida á su casa,
Pasa en terribles trabajos
Las horas, llega la noche,
Escucha sonar las cuatro,
Y otra vez la misma escena,
Y sin tregua ni descanso
Uno tras otros los días
Va en esta angustia pasando;
Así transcurren los meses,
Está su cabello blanco,
Está su faz demacrada,
Donde abrió surcos el llanto,
Y ya una anciana parece
Y cuenta veintitrés años.

IV.

Una noche tenebrosa,
En que ruda la tormenta
Sobre la ciudad bramando
Hace estremecer la tierra,
Y las ráfagas del viento
Hondos gemidos remedan,
Y el relámpago se enciende
Rasgando la sombra densa,
Y se desata en raudales
De lluvia la nube negra,
Tan turbada está Matilde,
Tan turbada y tan inquieta,
Que la tempestad de su alma
A la del cielo semeja.

Quiere rezar y no puede,
Quiere llorar y están secas
De sus lágrimes las fuentes,
Que las agotó la pena.

Quiere quejarse, y palabras
Por más que busca no encuentra;

Al niño toma en sus brazos,
Y, cual si suyo no fuera,
Como perdido entre nubes,
Con vaguedad lo contempla,
Y siente que le abandonan
La voluntad y las fuerzas,
Y que su razón vacila,
Y que su sangre se hiela.

Así queda largo tiempo
Como estátua muda y quieta,
Mas de improviso se yergue,
Alza el rostro, escucha atenta,
Y se convence, temblando,
De que ya las cuatro suenan....

. . . .
. . . .
. . . .

Reina en la calle el silencio,
Ha cesado la tormenta,
Y se oye sobre las charcas
Las pisadas que se acercan
De las tropas que caminan
A la ejecución sangrienta.
Matilde, cobrando aliento,
Va con sigilo á la puerta
Y quiere por las rendijas
De la gastada madera
Contemplar á los que pasan,
Pero la sombra es tan densa
Que en vano lanza cual dardos
Sus miradas hácia fuera,
Y sólo descubre bultos
Iguales, fantasmas negras,
Que saliendo de unas sombras
En otras sombras penetran.

Ella detiene el aliento
Mientras pasan y se alejan,
Y ni á respirar se atreve,
Inmóvil, como de piedra,
Hasta que escucha á lo lejos
Cómo las descargas suenan.

Entonces lanza un gemido;
Nunca tan honda su pena
Sintió como en esa noche
De agonía y de tormenta.

Cuando de vuelta la tropa,
Quedó la calle desierta,
Matilde, cargando al niño,
Corre á la plaza siniestra,
Y su agitación es tanta,
Que á cada paso tropieza.

Llega hasta el lugar terrible,
Y loca, convulsa, y ciega,
Con avidez, y con ansia,
Al fulgor de su linterna
Mira un cadáver tendido
Sobre la mojada yerba.

Cuando la luz amarilla
Baña la faz descompuesta,
Matilde lanza un profundo
Grito, y se desploma yerta.

V.

Cuando el sol de la mañana
Bañó montes y collados,
Y fué á buscar á los muertos
El cura humilde del barrio;
Descubrió con gran asombro,
Estrechamente abrazado,
El cadáver de una dama
Al cadáver de Lozano,
Y junto al fúnebre grupo,
Llorando en el triste campo,
Un niño que apenas muestra
Tener de existencia un año.

EL PRISIONERO DE PAPAZINDAN

Á IGNACIO PEREZ SALAZAR.

I.

Treinta y tres años cumplidos,
Ancha la espalda, alto el pecho,
Estatura que disfraza
El tosco vigor del cuerpo.
Ojo vivo y penetrante,
Corto el poblado cabello,
Sin un asomo de barba,
El bigote escaso y recio;
Hundido sobre las cejas
Ancho y oscuro sombrero;
Ninguna insignia en el traje,
Ningún militar arreo.
Siempre prudente y callado,
Siempre vestido de negro;
Con una calma y un modo
Tan natural, tan modesto,
Que más al verle semeja
Humilde y franco labriego,
Que luchador indomable
Y temido guerrillero,
A quien los franceses nombran,
Por su arrojo y su denuedo,
El león de las montañas,
Y que en reñidos encuentros,
Lo mismo en Venta del Aire,
Zitácuaro y Angangueo,
Probó bien cuanto á su patria
Ama y defiende su pecho.

Jamás el rudo combate
Llegó á contemplar de lejos,
Pues acompañado ó solo
Entraba siempre el primero.

Nunca contó al enemigo,
Que donde estaba sabiendo,
Se apresuraba á encontrarle
Valiente pero sereno
Como todos reposado,
Y más que todos, resuelto;
Al comenzar el combate,
Al enemigo embistiendo,
Ni la cabeza inclinaba
Para acometerle ciego,
Ni con destemplados gritos
Daba á sus huestes aliento
El valor á sus soldados
Brotaba con sólo verlo;
Que una enseña es su figura,
Su calma estóica un ejemplo,
Nada resiste á su empuje,
Y abre un camino su acero
Por el que va la victoria
Siempre sus huellas siguiendo.
Los enemigos le temen;
De la noche en el silencio
Por todas partes esperan
Como á un tigre sorprenderlo,
Mas no valen emboscadas
Y es vano cualquier intento,
Que siempre burla sus planes,
Desbarata sus proyectos,
Y los humilla y los vence,
Y á tanto llega su esfuerzo,
Que como un sér protegido
Por insondable misterio,
Le miran propios y extraños:
Tal es Nicolás Romero.

II.

No tuvo Riva Palacio
En aquel glorioso tiempo
Un soldado más adicto
Ni un amigo más sincero.
Y cuéntese con que andaban
A su lado: Luis Robredo
Que en Tacámbaro sucumbe
A los belgas combatiendo;

El coronel Luis Carrillo,
Que en los muros de Querétaro,
Al frente de sus soldados,
Exhaló el postrer aliento;
Y Bernal, que en Uruápam,
Asaltando un parapeto
Dejó escaparse la vida
Por ancha herida en el pecho
Y otros seres cuyos nombres
En el polvo se escondieron,
Y quedan allí esperando
Que la Historia, juez supremo,
A la vida de la gloria
Los llame por justo premio.
Por eso, como entre todos
Descuella el bravo Romero,
Y como todos lo juzgan
En campaña el más experto,
Dispone Riva Palacio
Dejar á su mando el cuerpo
Que ha combatido sin tregua
En el Estado de México,
Mientras él marcha á encargarse,
En Michoacán del Gobierno,
Y á reunir las divisiones
Del Ejército del Centro.
Transcurren algunos días,
Y órdenes tiene Romero
De ir á Tacámbaro á unirse
Con el resto del ejército
Obedece como siempre,
Precipita los aprestos,
Y ya lista su brigada
En marcha se pone luego.

III.

Es azarosa y terrible
La vida del guerrillero,
Pero lo fué más que nunca
Sostenida en aquel tiempo
Cuando flotaba triunfante
La bandera del Imperio,
Y árbitro de nuestra suerte
Era Napoleón tercero.

El porvenir asomaba
Mostrando en el turbio cielo
Anchas nubes tormentosas,
Tristes horizontes negros,
Y al pendón republicano
Miraba con torvo ceño
La victoria, sin dejarle
Sus glorias y sus trofeos.

¡Soldados de las montañas!
Unos vivos y otros muertos:
Vuestra abnegación asombra
En esa lucha, teniendo
La muerte siempre á la vista;
Y sin esperar el éxito
El mundo os miró luchando,
Que no soñábais más premio
Que combatir por la patria
Y morir por sus derechos.
Hasta ignorábais, humildes,
Que de noche, en el silencio,
Cuando las rojas hogueras
Alumbran los campamentos,
Pasaban entre las sombras,
Vuestra causa bendiciendo,
Tres espíritus sublimes
Que os dieran heróico ejemplo.
¡Hidalgo! de nuestras glorias
Impulso, móvil y centro;
Con él, un héroe que fuera
De la Independencia el genio:
El invencible de Cuautla!
El intachable Morelos!
Y con ambos la más viva
Encarnación de este pueblo:
El águila de su escudo.
¡El indomable Guerrero!
¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!
Los que tuvísteis por tienda
Praderas, montes y yermos,
Harapos por uniforme
Y abrupto peñón por lecho!
Sonará siempre mi lira

Con algún acorde tierno,
Al repetir vuestros nombres
Y al relatar vuestros hechos.
¡Cuántos dormís en el polvo!
¡Cuántos, ya tristes y viejos,
Entre olvido y amargura,
Vivís de vuestros recuerdos!
Perdidas las ilusiones,
Y la fe muerta en el pecho,
Contáis vuestras breves horas
Envidiando á los que han muerto.
Mi voz pretende sacaros
De tan hondo abatimiento,
Que si en alas polvorosas
Lleva esas glorias el tiempo
Yo que nací mexicano,
Arrebatárselas quiero,
Y como un grupo de soles
Mostrarlas al Universo:
¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!

IV.

Como vergel escondido
Entre montes gigantescos,
En donde limpios arroyos
Fertilizando aquel suelo,
Cruzan entre las parotas,
Retozan entre los ceibos,
Y se ocultan en la grana
Y después brotan ligeros,
Brindando con sus cristales
A los ganados sedientos,
Mientras se posan las garzas
En los hojosos granjenos,
Y las guacamayas cruzan
Con tardo y pausado vuelo;
Hay un grupo que semeja
Un palomar pintoresco,
Formado de blancas chozas,
En donde habitan contentos
Con sus familias humildes
Francos y altivos rancheros.
Cerca de cuarenta leguas

Distará el naciente pueblo
De Zitácuaro, medidas
Sobre escabrosos senderos;
Papazindan se le llama,
Y de la guerra el aliento
No ha nublado todavía
El limpio azul de su cielo.
Una mañana se miran
A los ardientes reflejos
Del sol que nace, esos campos
Poblados de guerrilleros.
Allí pasaron la noche,
Allí se ve el campamento
Que formó la infantería
De la Cañada en el centro,
Y son aquellos soldados
Que inspiran amor al pueblo,
Los que en constante campaña
Manda Nicolás Romero.
No esperan al enemigo
Y como libres de riesgo,
Olvidando las fatigas,
Descansan todos contentos.
De súbito, se oyen tiros
Y blasfemias y denuestos,
Y como huracán terrible
Que no espera el mar sereno,
Destrozando la maleza
Y la tierra estremeciendo,
Furiosos se precipitan
Enemigos regimientos,
Acuchillando á su paso
Y el espanto difundiendo,
Sin dar á los más osados,
Para defenderse, tiempo.
Tras ese alud de jinetes
Los infantes vienen luego,
Y lo que aquellos comienzan
A consumar llegan éstos.
Nada resiste á su empuje,
Y muertos ó prisioneros
Quedan los que no han podido
Ir por el bosque dispersos.
Nada se sabe del Jefe,

Los franceses con empeño
Por todas partes preguntan
Si ha quedado vivo ó muerto;
Mas como nada descubren
Y al combate han dado término,
Para descansar escogen
El lugar de aquel siniestro.
Dos horas después se mira
Tan tranquilo todo aquello
Que un grupo de züavos ríe
Contemplando á un compañero
Que en pos de arrogante gallo
Corre afanoso y violento.
El animal, ya rendido,
Por salvarse emprende el vuelo
Y entre las ramas de un arbol
Esconde el pintado cuerpo.
El züavo llega en su busca,
Alza los ojos atento,
Y descubre, entre el ramaje,
Recatado un bulto negro,
Lanza un grito de sorpresa,
Requiere el arma violento,
Y con grandes voces llama
A todos sus compañeros.
Acuden, miran, discuten,
Gritan y le intiman prestos
Que descienda, si no quiere
Que sobre él rompan el fuego.
Muévense entonces las ramas,
Y lentamente, sin miedo,
Baja por el tronco un hombre
Que está vestido de negro.
A tal novedad acuden
Más jefes y subalternos,
Que á la par que lo contemplan
Le forman círculo estrecho.
No le conoce ninguno,
Mas él, á todo resuelto,
Les dice con voz tranquila.
« Yo soy Nicolás Romero ».
Al escuchar ese nombre,
Temido por todos ellos,
Y al contemplar desarmado

A quien vencido no vieron,
Asoma en todos los rostros
Con el asombro el contento.
El león de las montañas
Presa del destino ciego,
Más debe al propio infortunio
Que del contrario al esfuerzo
Hallarse entre los franceses
Desarmado y prisionero.

V.

Aunque el sol naciente brilla
Con deslumbrantes reflejos,
De la ciudad opulenta
Sobre el trasparente cielo;
Hay algo que no se explica,
Que pesando sobre México
Hace que la luz se mire
Con un color ceniciento,
Y alumbre calles y plazas
Como la antorcha de un féretro.
Los ánimos conturbados,
Los corazones opresos,
Tristeza por todas partes,
Por todas partes silencio.
El menos sagaz comprende
Que se prepara un suceso
Tan triste, tan pavoroso,
Tan terrible, tan funesto,
Que al presentirlo semeja
La ciudad un cementerio.
Desde que rayó la aurora,
En la penumbra se vieron
Marchar silenciosamente
Del enemigo extranjero
Los pesados escuadrones,
Los compactos regimientos;
No distante de la plaza,
En el oriental extremo
De la ciudad se descubre
Vecina de los potreros
De Aragón, desierta plaza,
De triste y mísero aspecto.
Cierran su humilde recinto

Albergues de carboneros,
Y pobres chozas que alfombran
Guijarros y polvo seco.
Es la plaza de Mixcalco,
Que á todos infunde miedo
Por ser sitio en que la pena
Capital sufren los reos;
La ha regado mucha sangre:
Muchos el postrer aliento
Lanzaron allí, mirando
Aquel contorno siniestro;
Por eso los grises muros
Del ángulo norte izquierdo
Son conocidos por todos
Como el rincón de los muertos.
Va lentamente á esa plaza,
En gruesas ondas el pueblo,
En pos de los batallones
Que van llegando en silencio.
Fórmase el cuadro, se alínean
Los zúavos en primer término,
Y entre sus filas asoman
Las anchas bocas de fuego.
Detrás cazadores de Africa,
Que con su marcial aspecto
A la inquieta muchedumbre
Imponen mudo respeto.
Alzase un rumor de pronto,
Como el mar que ruge fiero,
Abren paso los soldados,
Entra todo en movimiento,
Y en el cuadro se presenta
El funerario cortejo
Con el que van al cadalso
Cuatro mártires del pueblo.
Era el uno Roque Flores,
Un valeroso sargento;
El otro Encarnación Rojas,
Alférez del mismo cuerpo;
Higinio Alvarez, altivo
Comandante, muy apuesto,
En un tricolor zarape
Con suma elegancia envuelto;
Y con ellos muy tranquilo,

Como quien marcha á paseo,
El valor en la mirada
Y fumando y sonriendo,
Al patíbulo glorioso
Llega Nicolás Romero.
Fórmase á los cuatro en fila,
Reina fúnebre silencio,
Los tiradores preparan,
Se da la señal de fuego,
Y al tronar de los fusiles,
El grito de *¡Viva México!*
Brotando de aquellas bocas,
Van con su postrer aliento
Por el cielo de la patria
En nubes de gloria envuelto.

VI.

¡Soldados de las montañas!
¡Nobles soldados del pueblo!
Sobre vuestras tumbas crecen,
Inmarcesibles y eternos,
Los laureles con que adornan
Los inmortales sus templos.
Humildes desde la cuna,
Nacísteis en el silencio,
Y á la luz del patriotismo
Que se encendió en vuestros pechos
La historia imparcial, severa,
Grabó con buril de fuego
Vuestros nombres en sus altos,
Perdurables monumentos!

EL TORDO

(21 de Mayo de 1866)

Á MI ESTIMADO AMIGO FRANCISCO SAENZ MERAZ.

Como un nido de palomas
Que se esconde en las cañadas,
Debajo de un cielo hermoso
Azul, sereno y sin mancha,
Está Huejutla, la cercan
Sus pintorescas montañas;
Bellas flores la perfuman
Y tres arroyos la bañan.
A la luz del sol naciente
¡Cuán risueños se destacan
Sus tejados siempre rojos
Y sus casas siempre blancas!
Huejutla es la arteria rica
Que vida y vigor derrama,
De la Huasteca á la Sierra,
Que las estrecha y enlaza,
Como llave y como centro
De comercio y de abundancia.

Allá en los funestos días
De la intervención extraña,
Puso el Imperio en Huejutla
Buena parte de sus armas.
Más de cuatrocientos hombres
A la ciudad resguardaban,
Provistos de cuanto puede
Ambicionarse en campaña.
Llegó el veintiuno de Mayo
Del sesenta y seis. Erraba
El gran Juárez manteniendo
Pura de la ley el arca,
Por los áridos desiertos
Y los montes de Chihuahuá.

Como Mayo es mes de gloria
Que en nuestros fastos resalta,
A los libres de Huejutla
Les llenó de fuego el alma,
Y un humilde hijo del pueblo,
Moreno, de anchas espaldas,
De ojos negros y brillantes
Con expresivas miradas,
Antonio Reyes, un pobre
Capitán que lamentaba
Ver en su tierra nativa
A las fuerzas del monarca;
Agrupó veintitres hombres
De los de más temple y alma,
Y les dijo: «vamos todos
A morir por nuestra causa,
O á expulsar de nuestro suelo
A los que tanto la infaman.»
Y sin otros elementos
Que mal parque y pocas armas,
Intentó dar un asalto
El veinte por la mañana;
Pero el cielo abrió inclemente
Sus horribles cataratas
Y frustró todos los planes
Que Antonio Reyes fraguara.
Con trabajos espantosos
Los que en el secreto estaban
Secando á medias el parque
Esperaron la alborada
Y Reyes pidió á sus hombres
Que libraran la batalla
Llevando los piés desnudos
Para que nadie escapara.
Y así, descalsos, y llenos
De fe, de valor, de rabia,
A las tropas imperiales
Sorprenden con tal audacia
Que ni éstas se dieron cuenta
De quienes las atacaban,
Ni dispusieron de tiempo
Para resistir la carga.
Tan violento fué el ataque
Que ya desmoralizadas,

Dejando cien prisioneros
Abandonaron la plaza.
El osado Antonio Reyes
A quien «El Tordo» llamaban
Sus compañeros y amigos,
Fué el más bravo en la campaña,
Y á tiempo que la victoria
Coronó sus esperanzas,
Y á tiempo que decía á todos:
¡Vencimos! ¡Viva la Patria!
Un proyectil alevoso
Le penetra por la espalda
Y apaga el brillo en sus ojos
Y en sus labios las palabras.
¡Viva el Tordo! repetían
Los ecos en las montañas,
¡Vivan Huejutla y sus hijos
Que alzan las frentes sin mancha

Entre tanto, habían dejado
Los imperiales la plaza,
El sol de Mayo vertía
Rayos de amor y esperanza
Y al aire daban sus voces
De entusiasmo las campanas
Y él sobre toscas piedras
En roja sangre empapadas,
Antonio Reyes «El Tordo,»
El héroe de aquella hazaña,
Rígido, inerme, sin vida,
En su semblante irradiaba
La gloria, la inmensa gloria
Del que muere por la patria.

. . . .

1891.

EL CANJE DE PRISIONEROS

Á LA MEMORIA DEL INMACULADO CAUDILLO DE LA INDEPENDENCIA
GENERAL VICENTE GUERRERO

PRIMERA PARTE.

LOS DOS PADRES.

I.

En la cíudad opulenta
Que fué en los tiempos de antaño
Residencia de virreyes,
Orgullo de los vasallos
Y emporio de las riquezas
De este suelo mexicano,
Donde aztecas y españoles
Levantaron sus palacios;
Una mañana de invierno,
Al ir feneciendo el año
Que contó sesenta y cinco
Del siglo que va espirando,
Conversaban tristemente
Haciendo corte á un anciano,
Un grupo de caballeros
Con semblantes consternados.

Era el viejo de estatura
Elevada y rostro franco,
Con bien marcadas señales
De ser antiguo soldado;
Por sus rugosas mejillas,
Sobre sus marchitos labios,
Como dos siates de plata
Bajaba el bigote cano.

De sus miradas el brillo
Eclipsaban á su paso,
Lágrimas mal recojidas

Con seca y trémula mano,
Que algunas veces mojaban
Un pecho condecorado
Con la cruz más envidiable
Que registran nuestros fastos,
La que tiene en el anverso
Con áureas letras grabado:
Treinta contra cuatrocientos,
En medio de un verde lauro.
Y al empaparla unos ojos
Que han visto el sol setenta años,
Prueban que dolor inmenso
Hace verter ese llanto.

Por eso los que acompañan
En su plática al anciano
Están ceñudos y tristes,
Y mudos y consternados.
—Es una maldad sin nombre,
Les dice ¡joven! ¡gallardo!
¡Hijo querido!.... no puedo
Resignarme....; fusilarlo
Con tan bellas esperanzas!
¡Tan bueno! ¡me quiso tanto!
Cuántas veces pequeñito,
Al tenerle entre mis brazos,
Pensé, temiendo estas cosas:
Antes muerto que soldado
Y ya lo veis, el destino,
La mala suerte, el acaso,
A tener un fin tan triste
Bien pronto le condenaron.
¿Por qué me sobra la vida?
¡Yo en su lugar! Está claro.—
Y anudada su garganta
Sigue en silencio llorando,
Y están sin brillo sus ojos
Y están trémulas sus manos.

. . . .

En aquella escena muda
Transcurre así largo rato,
Hasta que haciendo un esfuerzo
Más que grande sobrehumano,
Levanta el rostro y procura

Manifestarse calmado,
Y como claras señales
De que se domina dando,
Dice á los que le acompañan
Viendo venir á caballo
A un hombre que se aproxima
Hácia el grupo, paso á paso:
—Cuando perdemos á un hijo
O algún otro sér amado,
Su figura nos recuerdan
Muchos de los que encontramos;
Por ejemplo aquel que viene
Dijera que es el retrato,
El hombre más parecido
Al hijo que allá en Huetamo
En unión de tantos belgas
Fusiló Riva Palacio!—

Y aquí, ya sin contenerse,
Bajó su rostro el anciano,
Y sin poder reprimirlo
Volvió á sus ojos el llanto.

Como al cruzar de los tiempos
Se abate el roble cansado,
El roble que enantes pudo
Burlar el golpe del rayo;
Ese hombre que triste llora,
Ese antiguo veterano,
Fué en otros tiempos temible,
Bullicioso, alegre, osado;
Don José Miñón, que tiene
Un nombre en fama muy alto,
Y que, de los generales
Es ya sin duda el decano.

Por eso los que le miran
En esa edad y llorando,
Están ceñudos y tristes
Y mudos y consternados.

II.

De las toscas herraduras
Se escucha entonces cercano
El duro golpe que anuncia

Que llega precipitado
El jinete que al mirarlo
Ha conocido el anciano.
—¡Padre! ¡Padre!—grita alegre,
A tierra veloz saltando,
Y con raudo movimiento
Alzándole entre los brazos.

Torna el viejo la cabeza,
Quiere hablar, queda callado,
Abre aturdido los ojos
Entre risa y entre pasmo;
La cabeza del mancebo
Oprime con ambas manos,
Besa trémulo su frente,
Y baña su rostro en llanto.

Reina un silencio solemne,
Silencio sólo turbado
Por los sollozos convulsos
Que brota el pecho de entrambos.
Los del grupo enternecidos,
Absortos ante ese cuadro,
Húmedos tienen los ojos
Y la sonrisa en los labios.
Por fin el padre pregunta
Con acento entrecortado:

—¿Cómo vives? ¿á quién debo
Tal prodigio, tal milagro?
¿Cómo, si todos han muerto,
Puedo mirarte á mi lado?—
—¿Quién ha muerto, padre mío?
De todos los que en Huetamo
Estábamos prisioneros,
A ninguno fusilaron....
—¡A ninguno!

—Sí á ninguno,
Pues de Guerra el Secretario
Parte oficial ha tenido....
—El parte oficial es falso,
Para proponer un canje
Vengo yo comisionado....
—¿Un canje?—

—Sí; ya usted sabe
Que reunidos en Zirándaro
Los prisioneros de guerra,
Bajo palabra quedamos
Sin más custodia en el pueblo
Que nuestro honor empeñado.
Una mañana supimos
Que en Uruápam fusilaron
Los imperiales á Arteaga,
A Salazar y otros varios.
Nos conmovió la noticia,
Y temimos consternados
Que espantosa represalia
Allí pudiera orillarnos
A igual suerte, y aturdidos
En aquel terrible caso,
Los oficiales y jefes
Belgas, conmigo contando,
Salimos luego del pueblo,
Y á poco nos encontramos
A orillas del Zacatula
Y sin conocer el vado.
Vimos un bote, fué nuestro,
Y saltando en él, vogamos
Con la esperanza ilusoria
De llegar al Océano.

Conocida nuestra fuga,
Nos tendieron nuevos lazos,
Y, antes de mediar el día,
Al tocar en un remanso,
Nos hicieron prisioneros
Y nos formaron el cuadro,
Por ser orden terminante
Prendernos y fusilarnos.

Era el momento supremo,
Y nosotros resignados
A Dios levantando el alma,
La voz de fuego esperamos.
Mas de repente, rompiendo
Por el bosque enmarañado,
Llega un oficial á escape
En un soberbio caballo,

Y anhelante, voz en cuello,
¡Indulto! ¡indulto! gritando.
Era el que daba tal grito
El comandante Velasco,
Que á escape y sin detenerse
Llegaba desde Huetamo.
Allí por nuestra fortuna
A tiempo que nos fugamos,
Llegó el General en Jefe
Que la vida me ha salvado.

Sabiendo lo que ocurría
Mandó suspender el acto,
Y que á todos nos llevaran
En el momento á su lado.

Veloz corrió el ayudante,
Y si no se afana tanto,
La existencia nos costara
Un minuto de retardo.

Nos pusieron luego en marcha,
Y tres horas caminamos
Llegando en la misma tarde
Al campo republicano.
Le dí al General mi nombre
Y, tendiéndome la mano,
Exclamó: — ¡su nombre abona
Que es caballero y soldado!
Y probaré la confianza
Que su aspecto me ha inspirado,
Encomendándole lleve
Hasta México un encargo:
— « Libre va usted, que le entreguen
Armas, dinero y caballos,
Y al romper mañana el día
Partirá usted de Huetamo.
Lleva usted en estos pliegos,
Que no le entrego cerrados,
La suerte de muchos hombres,
Pues no quiero fusilarlos.
En esa nota propongo
A Bazaine un cange franco:
Mis prisioneros me entrega,
Y yo los suyos le mando.

Responden al cumplimiento
Y á la fé de este tratado,
Como Jefe mi palabra,
Mi honor como mexicano.
A México llega, y antes
De hablar con nadie, á caballo,
Sin sacudirse ni el polvo
Ni procurarse descanso,
Al Mariscal le presenta
Estos pliegos que le mando
Y sé que si usted no vuelve
Será porque lo han matado...
—« Señor, contesté, yo acepto
Con orgullo tal encargo;
Iré, cumpliré y muy pronto
Me tendrá usted á su lado.
Jamás contra mi partido
Combatiré, pero grato
Hallará usted en mí siempre
Un hijo, nunca un soldado ».

Al rayar el nuevo día,
Me halló libre y caminando
Y tras de cinco jornadas
Estrecho á usted en mis brazos.—

Ya no pudo contenerse
En su emoción el anciano,
Y volvió, pero de gozo,
A dejar correr su llanto.
—¿Quién es ese Jefe, dijo,
Tan noble y tan esforzado?
Quiero que suene su nombre
Como oración en mis labios.
—Ese jefe, usted lo sabe,
En Michoacán tiene el mando
Del Ejército del Centro:
¡Vicente Riva Palacio!—
El viejo, entonces, asiendo
Al mancebo de la mano,
—Ven—le dice, ven conmigo.
—No puedo, señor, yo traigo
Orden de no hablar con nadie
Hasta entregar....
—Yo lo mando....



Don BENITO JUÁREZ

Libertador de México

—Pero padre....
—Nada escucho...
—A mis instrucciones falto.
—Como padre y como jefe
Te lo ordeno.
—Entonces, vamos—

Pensativo va el mancebo,
Orgulloso el veterano,
Tras ellos el asistente
Conduciendo los caballos;
La gente al mirarlos piensa
Que es algún comisionado,
Y ellos ligeros caminan
Sin hacer á nadie caso.

Llegan por fin á una casa,
Cruzan el extenso patio,
Y suben las escaleras
Hasta la sala llegando.
Allí encuentran departiendo
Con otros en el estrado
A un caballero que muestra
Genio afable y muchos años.

Sin saludarle siquiera
Dice el que llega: —Mariano,
Aquí tiene usted á un hijo—
Y luego al joven mostrando:
—Este el padre, —le dice—
Del hombre que te ha salvado.—
El joven enternecido
Besa del otro la mano,
Después en pocas palabras
Le refiere el tierno caso,
Y se abrazan los dos viejos
Enternecidos llorando.

Uno ver puede á su hijo
En México y á su lado,
El otro al suyo no ha visto
En largos y tristes años;
Pero allí se sienten todos
Tan contentos, tan ufanos,
Que parece que el ausente
En espíritu ha llegado.

III.

Han corrido tres semanas,
Y al campo republicano
El joven Miñón retorna
Satisfecho de su encargo;
Que Bazaine admite el cange
Y está completo el tratado,
Y el que salió prisionero
Vuelve ya como un hermano
El cariño de los padres
Trayendo al Jefe en sus brazos.

Refirió allí las escenas
De México, entusiasmado,
Conmovió los corazones,
Y al oirle los soldados,
Orgullosos se sintieron
De llamarse Mexicanos.

¿Qué laurel más envidiable,
Ni qué timbre más preciado,
En los fastos de su historia
Buscará Riva Palacio,
Que las tiernas bendiciones
De aquellos nobles ancianos?

Hoy que duermen en sus tumbas,
Hoy que han corrido los años,
El libro de la experiencia
Le dirá al viejo soldado
Que vale más en la vida
Quitar un hombre al cadalso,
Que vivir siglos en bronces
Humedecidos con llanto.

SEGUNDA PARTE.

BELGAS Y MEXICANOS.

I.

Marchando hácia el mismo punto
Y por opuestos caminos,
Se ven dos grupos que llegan
Hasta las puertas de Acuitzio.

Los que de Morelia vienen
Están con lujo vestidos,
Arrogantes los caballos,
Y los jinetes altivos;
Sus militares arreos
Por lo nuevos y por lo limpios,
Muestran que están del Imperio
En defensa y en servicio.

Los que por opuesto lado
Marchando vienen tranquilos,
Visten como guerrilleros
Con natural desaliño.

Blusa corta, calzonera,
Ancho sombrero tendido,
Suelta la roja corbata,
Canana y pistola al cinto.
El polvo y sudor que cubre
A los guerreros, indicio
Es de que por larga senda
Violentamente han venido.

Al mirar que se aproximan
Los dos grupos de enemigos,
Temerosos de un encuentro
Se separan los vecinos
A presenciar un combate
Fiero, sangriento, reñido.

Pero notan con asombro
Que llegan al pueblo mismo,
Y se forman frente á frente
Con aspecto tan tranquilo,
Como si más que adversarios
Fueran dos grupos amigos.

De los soldados el rostro,
Su ademán franco y pacífico
Ni da señal de coraje,
Ni pinta bélico brío;
Ni una palabra se cruza,
No se escapa ningún grito
Y mutuamente se miran
Curiosos y no ofensivos.

Así pasan largo rato,
Hasta que por los caminos
De Tacámbaro y Morelia,
Que son los dos recorridos,
Se ven venir lentamente
Dos columnas, y están fijos
Todos los ojos en ellas,
Esperando con ahinco
De aquel episodio extraño
El final desconocido.

Mucha gente es la que llega,
De polvo los remolinos
Indican que la vanguardia
A entrar comienza en Acuitzio.

Desembocan en la plaza
De poca escolta seguidos
Los jefes de opuestos bandos
Con rostro alegre y festivo.
Y quizá por vez primera
Por voluntad del destino,
El belga del mexicano,
Que tanto se han combatido,
En momentos tan solemnes,
Se tienden manos de amigos.

Bocarmé, capitán belga,
Es el que mandando vino
A las fuerzas del Imperio,
Y del opuesto partido
Viene el Coronel Linarte,
Joven valiente y altivo.

De los caballos descienden
Y departiendo tranquilos,
Entran juntos á una casa
Principal del Municipio.

Se escucha en tales momentos
El monótono ruido
Del paso de los infantes
Que se acercan á quel sitio,
Y acrece más el asombro,
Y acrece más el bullicio

Y resuenan carcajadas,
Y alegres voces y gritos,
Cual si estuviera de fiesta
El pueblo humilde de Acuitzio.

II.

La plaza del pueblo llenan
Muchedumbre de soldados,
Y allí están los prisioneros
Hechos por opuestas bandos.
Se cuentan los que han caído
De belgas y mexicanos,
Y son más de setecientos
De todas clases y grados.
Generales hay algunos
Como Tapia y como Canto;
Coroneles cual Villada,
Borda, Pérez y otros varios,
Y entre los belgas se tienen
Muchas personas de rango.

Conversan alegremente
Oficiales y soldados;
En pabellones las armas;
En reposo los caballos;
Diligentes las mujeres,
Entre los grupos cruzando,
Llevan lo que necesitan
Allí los recien llegados,
Y sin hacer distinciones,
Tan pronto á republicanos
Como á imperiales atienden
Con igual desembarazo.

Bien pronto la confianza
Se adquiere por ambos lados
Que todos parecen unos,
Y al contemplar aquel cuadro,
Dijérase que son todos,
No enemigos sino hermanos.

No ruje encendiendo enojos
De la guerra el soplo airado
En aquellos corazones
Que otras veces palpitaron

Con sed de sangre y venganza
Sobre aquellos mismos campos.

El imperial está amable,
Está festivo el chinaco,
Cruzan las conversaciones
Entre los que ayer cruzaron
Los temidos proyectiles
La victoria disputando,
Y hasta se acercan contentos
Y se agrupan confiados
Guardianes y prisioneros,
Y belgas y mexicanos.

III.

De pronto un clarín resuena
«Atención» es lo que toca,
Repiten otros clarines
Las mismas vibrantes notas,
Y como inmenso hormiguero
Míranse las blusas rojas,
Los severos uniformes
De oficialidad lujosa,
Confundidos y revueltos
Como en agitadas olas
Que corren buscando cauce
En medio de abruptas rocas.

Después de pocos momentos
En batalla silenciosa,
Como esperando el combate,
Ambas fracciones se forman.

Los prisioneros al frente,
Que si en su rostro se nota
Expresión de regocijo,
De sus labios no desborda
Ni una risa que interrumpa
La solemne ceremonia.

Bocarmé y Linares salen
Entre las filas vistosas,
Y el Jefe republicano
Proclama con voz sonora,
Que va á celebrarse el canje

Ya convenido en sus notas
Entre el Mariscal de Francia,
Bazaine, que en México mora,
Y Riva Palacio, el jefe
De los soldados que forman
El Ejército del Centro;
Que en aquella misma hora
Quedan libres y á su campo
Pueden volver sin zozobra,
Los que en guerra prisioneros
Se hicieron por ambas tropas.

Y en vista de tal tratado
Se declara que recobran
La libertad absoluta
Sin condición ni deshonra.

No bien terminó Linarte
De hablar, cuando se desborda
El júbilo estrepitoso
En unas gentes y en otras.

Los antes presos se lanzan
Con efusión ciega y loca;
Los que van y los que vienen
Se abrazan gritan y gozan;
Los destrozados vestidos
Ajenas lágrimas mojan;
Los képis tirán al aire,
Cantan, aplauden, sollozan
Y todos con un acento
Y con voz atronadora
Lanzan vivas entusiastas
A México y al que logra
Libertarlos de la muerte,
Y al lograrlo se colocan
A la altura de los héroes
Más grandes de nuestra historia.

¡Que viva Riva Palacio!
Repiten todas las bocas;
¡Que viva México gritan
Con entusiasmo las tropas,
Y belgas y mexicanos
En la expansión más hermosa,

Se abrazan y se confunden
Y hermanos son en tal hora,
Sobre aquellos mismos campos
Que baña el sol de la Gloria.

IV.

Muchas veces en el mundo,
Centro de horribles batallas
Por ley injusta y adversa
Todas sus pompas la fama
Se las niega al que perdona
Y se las presta al que mata;
Pero al correr de los siglos
La historia imparcial aclara
Cuáles actos enaltecen
Y cuáles hechos rebajan.

La gloria que tiene sangre
Queda con sangre manchada
Y no así la que redime,
La que perdona y que salva.

Para el noble combatiente
En la tierra michoacana
Hermosos y verdes lauros
La Posteridad le guarda:
¡Lauros que arrancó á la gloria
Con la pluma y con la espada!

En el cielo de su vida
Todas las nubes son blancas,
Su amor en la paz un libro,
En la guerra la montaña,
En el poder la justicia,
La honra en su hogar en calma
Y en todos sus pensamientos
La grandeza de la Patria!

¡PRIMERO ES LA PATRIA!

Á MI FRATERNAL AMIGO RAFAEL DE ZAYAS ENRIQUEZ.

Apenas por el oriente,
Entre celajes de plata
Y disipando las sombras,
Aparece la mañana;
Cuando el eco despertando
De la desierta montaña,
El estampido sonoro
Del cañón difunde alarma.
Precipitados los belgas
Que á Tacámbaro resguardan,
En las trincheras se agolpan
Y al combate se preparan.
Ya de una altura descienden
Las fuerzas republicanas
Y vibran de las cornetas
Las notas limpias y claras.
Se miran los batallones,
Que denso polvo levantan,
Marchando pausadamente
De las lomas por la falda.
La división es aquella
Que en la constante campaña
Del Ejército del Centro
Nicolás Régules manda.
En ella cuéntanse muchos
Jóvenes en cuyas almas
El patriotismo ha encendido
Su pura y ardiente llama,
Que al llevarlos al combate
Vencer ó morir les manda;
Los estimula y anima
Luis Robredo, y le acompaña
De valor y de fe lleno
José Vicente Villada.
Va á comenzar el combate,
De prisa el sol se levanta

Y los ayudantes cruzan
Entre columnas cerradas;
Se apresta la artillería
Y ocupan la retaguardia
Los escuadrones formados,
Y listos para la carga.
Ya los Jefes impacientes,
Sólo la señal aguardan
Para emprender atrevidos
El asalto de la plaza.
Ya Régules se dispone
A dar la voz esperada,
Cuando llega un hombre á escape
Corriendo desde la plaza.
El General al mirarle
Le tiende la mano franca
Y con gran fatiga el otro
Le dirige la palabra.
—Que no hagan fuego, le dice,
Que en la trinchera cercana,
En esa que se divisa
De la ciudad á la entrada,
Han colocado los belgas,
Al rayar de la mañana,
A los que usted en el mundo
Más considera y más ama:
¡Están su esposa y sus hijos!
Pues quieren, si usted ataca,
Que reciban los primeros
La mortífera descarga.—
Régules queda en silencio;
Y luego con mucha calma,
A los artilleros grita:
—¡Fuego! ¡Primero es la patria!—
Al sonar de su voz, retumba
El cañón y se levanta
La espantosa gritería
De las columnas en marcha.
Pero un eco más terrible,
Régules siente en el alma,
Pensando donde la muerte
Llevado habrá la metralla.
Sus ojos no se humedecen,
Ni su faz se torna pálida,

Y sólo en el entrecejo
Sus pensamientos se marcan.
—Avancen, les grita, avancen,
Y, haciendo brillar su espada,
Entre densas nubes de humo
Impasible se adelanta.
¡Con cuánto valor defienden
Los imperiales la plaza!
¡Con cuánto arrojo combaten
Las huestes republicanas!....
Suyas las primeras líneas
Después de tenaz batalla,
Los asaltantes ocupan
Trincheras, calles y casas.
Reconcéntranse los belgas
En la iglesia y se preparan
A hacer una resistencia
Terrible y desesperada.
La gente va resbalando
De fresca sangre en las charcas,
Y hay tantos muertos, que oponen
Dificultad á la marcha.
Los soldados tropezando
Y cayendo se adelantan
Hasta cercar la parroquia
Entre una lluvia de balas.
Allí cubierto de gloria,
Y de la patria en las aras,
El coronel Luis Robredo
El último aliento exhala.
Tras dos horas de combate
La tropa mira asombrada
Que la iglesia se corona
Con un penacho de llamas.
Cunde el fuego, el humo denso
En anchas nubes se escapa
Y en remolino de chispas
Por las abiertas montañas;
Y se estremecen los muros,
Y las puertas se desgajan,
Y crujiendo se desploman
Los techos sobre las masas.
Los imperiales se rinden,
Y de la heróica batalla

El éxito y el arrojo
Lleva en sus ecos la fama;
Y cuando ya la victoria
Anuncian alegres dianas,
Régules vuelve á sus hijos,
Vuelve á su esposa, y se pasma,
De ver cómo respetaron
Sus corazones las balas;
Y al estrechar en sus brazos
Aquellas prendas del alma,
Escucha come repite
En torno suyo la fama,
Grabándolas en la Historia,
Aquellas nobles palabras
Que más que Guzmán el Bueno
Y más que un hijo de Esparta,
Lanzó diciendo á sus tropas:
«¡Fuego! ¡Primero es la Patria!»

EL CENTINELA

Á MI AMIGO EL GENERAL CARLOS FUERO.

I.

Como cíngulo de acero
Que flexible va estrechando
A cada instante los muros
Del recinto queretano,
En donde el último esfuerzo
Con valor desesperado,
Los defensores del trono
Hacen en el mes de Mayo;
Tal se ven los batallones
Que sin abrigo en el campo
En ruda y tenaz vigilia,
Están la ciudad sitiando.

En Querétaro es el Jefe
Supremo Maximiliano,
Que más que trono y corona

Defiende allí sin descanso,
Su fama que ve muy limpia,
Su nombre que ve muy alto.

Le acompañan en la lucha
Los que son más esforzados
De todos los generales
En saber, arrojo y rango.

Allí Miramón y Méndez
Como buenos han luchado;
Allí Castillo y Mejía
Que tienen fama de bravos,
Sin desmentir esa fama
Ayudan al soberano.

Cada oficial, cada jefe
Y cada humilde soldado,
Se baten como acostumbran
Batirse los mexicanos;
Sin medir nunca el peligro,
Y con la risa en los labios.

Pero enemigo tan fuerte
Exige fuerte adversario,
Y atrevidos sitiadores
A tan valientes sitiados.

II.

El general Escobedo
Es de los republicanos
El primer jefe y lo siguen:
Corona, que tiene el mando
De las tropas de Occidente;
Treviño y con él Naranjo
Con las del Norte que llegan
Desde la margen del Bravo;
Con las del Centro y Guerrero
Que manda Riva Palacio,
Vienen Jiménez y Vélez;
La reserva queda á cargo
De Rocha, que, presuroso
Y oportuno, acude al campo
En donde el fiero combate
Se desata encarnizado.

Manda la caballería
Guadarrama con los bravos
Martínez Pedro y Juan Doria,
Que en la acción del Cimatario
Cargó con tan fiero arrojo,
Que dió asombro á los contrarios.

III.

Una tarde, y á la hora
En que estaban relevando
El servicio entre la tropa
Del cuartel republicano,
Y era de San Luis el sexto
Batallón, que estaba al mando
De Carlos Fuero, y se hallaba
En San Sebastian formado,

Un proyectil enemigo,
Curva invisible trazando,
A los piés del centinela
Llega, y moviéndose en raudo
Y espantoso torbellino,
Estalla, sin que el soldado
Ni muestre en la faz asombro
Ni sienta en el pecho espanto.

Vuelan sembrando la muerte
Los fragmentos inflamados
Del bronce, entre nubes densas
De polvo y humo, y del brazo
Del centinela arrebatan
El fusil despedazado.

Al disiparse la nube,
En su puesto, sin que un paso
Atrás ni adelante diera,
Sin una señal de pasmo,
El centinela aparece
Que grita: —¡Cabo de cuarto!
—¿Qué ocurre? —se le pregunta,
Y agrega: —¡Estoy desarmado! —

Otro fusil se le entrega,
Lo recibe, y muy ufano
Sigue tranquilo en su puesto
Sin hacer á nadie caso.

IV.

El nombre de aquel valiente
La fama llevó en su canto,
Y habló de Damián Carmona
A los hijos del Estado
De San Luis, á quienes hizo
Este sencillo relato:

«Nació Carmona en el pueblo
De Mezquitic, y premiaron
Con un ascenso su arrojo
Aquella tarde en el campo,
Ciñeron los potosinos
Su frente con verde lauro,
Y guardan como reliquia
Su fusil hecho pedazos.

La suerte premiarlo quiso,
Fin á su existencia dando
Entre el fragor del combate
Y á la luz del sol de Mayo».

El pueblo en Damián Carmona
Verá un ejemplo preclaro
De que, para entrar al templo
De la Fama, es necesario,
No el timbre de la nobleza
Ni de la opulencia el fausto,
Sino el corazón ardiendo
En un patriotismo santo,
Que haga despreciar la muerte
Y ofrecer en holocausto,
Del deber ante las aras,
Lo más amante y amado,
Que así no se necesita
Para vencer á los años,
Ni estatua tallada en bronce,
Ni templo erigido en mármol.

El fusil de Carmona, destrozado por el proyectil, se conserva en el salón de sesiones del Congreso de San Luis Potosí. — NOTA DEL AUTOR.

LOS MÁRTIRES DE URUÁPAM.

(21 DE OCTUBRE DE 1865).

Á MI EXCELENTE, PREDILECTO Y MUY QUERIDO AMIGO
MANUEL A. MERCADO.

I.

Hay un verjel escondido
En pintorescas montañas,
Que lo coronan las flores
Y lo acarician las auras;
Dando al collado que cruzan
Del Capatitzio las aguas,
Aromosa y fresca sombra
Las retorcidas zirandas.

Del fragante chirimoyo
La nívea flor embalsama
Al viento que manso gime
En las ojas esmaltadas
De los cafetos que ostentan
Sus dulces frutos de grana.

En alegres *callejones*
De doble y florida
Se cruzan entretejiendo
Sus verdes flexibles ramas
Arboles de opuestos climas
Que dan frutas sazonadas.

Y entre los bosques de flores
Y como música grata,
Susurran los arroyuelos
Y murmuran las cascadas,
Y zumban los chupamirtos,
Alegres *Zanates* cantan
Y se plañen las palomas
Y se duelen las calandrias.

En las casitas ocultas
Entre la verde enramada,
Lucen las *gúaris* hermosas
Su gentileza y su gracia.

Su color envidia el trigo,
La mar sus dientes reclama,
Que son perlas escondidas
En un estuche de grana.

Fulgura en su bello rostro
El fuego y la luz del alba,
Y su negra cabellera
Es la noche aprisionada
Sobre una morena frente
Con una cinta escarlata.

El sol desde el limpio cielo
Templa su fuego y derrama
Calor, vida y regocijo
Sobre la hermosa comarca.

Todo es alegre y risueño;
La pradera dilatada,
La cordillera fragosa
Que en su torno se levanta,
El torrente que á lo lejos
Suelta la lluvia encantada
En que convierte sus olas
La sonora catarata
Que á sus rocas debe el nombre
Popular de *sarárạcua.*

Son los collados alegres
Y son alegres las casas
Que entre bosques de naranjos
Rojizos techos levantan.

Pródiga Naturaleza
Allí en todo se retrata,
Y no en vano le llamaron
De toda la nueva España
El *paraiso escondido*
En la tierra michoacana,
No hay pincel que lo retrate,
Ese verjel es Uruápam.

II.

Una tarde los vecinos
De Uruápam ven asombrados
A las tropas imperiales
Por el Occidente entrando,
Y la noticia circula
De que fueron derrotados
En Amatlán, los valientes
Guerreros republicanos.

Una sorpresa que el pueblo
No comprende, abrióle paso
Al ejército de Mendez
Hasta llegar sin obstáculo,
Sin encontrar resistencia,
Al lugar donde alojados
Estaban los generales
Que allí tenían el mando.

Era Arteaga el primero,
Y Salazar, que á su lado,
Fueron por el enemigo
Presos en el mismo campo.

En tan violenta sorpresa
Las tropas se dispersaron;
Mas un número crecido
De oficiales y soldados,
Heridos ó prisioneros
Hizo el enemigo bando.

Y se contaba en Uruápam
Que tras aquel descalabro,
Fué para los generales
El camino del Calvario,
El que entre cerradas filas
A seguir les obligaron.

Era Salazar un hombre
De hercúlea talla, extremado
En las corporales fuerzas,
De carácter espartano;
Pronto á encender en la ira
Y con los débiles manso;
Terrible para el combate,
Risueño para el estrado.

Arteaga era corpulento,
No nervudo ni gallardo;
Con la cútis tersa y fina,
De color apiñonado;
Sobre su pequeña boca
El bigote negro y lacio;
Vivos y ardientes los ojos,
Sedoso el pelo castaño.

Una fiera en la batalla,
Siempre festivo en el trato,
Y de carnes muy obeso,
Perpetuas huellas llevando,
En ambas piernas, heridas
Que á sanar nunca llegaron.

Con gran pesadez camina,
Que andar le cuesta trabajo,
Y sufre agudos dolores
Con el trote del caballo.

Mas si el clarín al combate
Le llama, fiero y osado,
Ni sus dolores recuerda
Ni es su obesidad obstáculo
Para arrostrar el peligro
A los suyos animando,
Por que en tan graves momentos
Se siente regenerado.

Con ellos, presos caminan,
Al general ayudando,
Villagómez y Villada
Y Díaz el de Paracho.

Van en la azarosa senda
Serenos y resignados.
Arteaga apenas puede,
Por su heridas dar paso,
Y es Villada quien le deja
El triste, endeble caballo
Que en prueba de gran estima
El enemigo le ha dado.

Sube el general, más luego
Sufre mayores trabajos:
La montura, por estrecha,

Da martirio y no descanso,
Y el animal es tan débil,
Que camina tropezando,
Y junto con el jinete
Da en tierra entre los peñascos.

Se multiplican los golpes
Pero no abaten el ánimo
De aquel héroe que prosigue
Sin un reproche en los labios
Por la trabajosa vía
Que le conduce al Calvario.

Ocupa su pensamiento
El triste recuerdo ingrato,
De que en aquella jornada
Quizá pudieran culparlo,
Porque cuando en Uruápam
Se presentó el emisario
A decir que el enemigo
Había salido de Paztcuaro,
En una junta de guerra
Sostuvo Riva Palacio
Que era oportuno el combate
Y era preciso librarlo.

Arteaga, por desgracia
Tuvo parecer contrario,
Salazar pensó lo mismo,
Y entonces quedó acordado,
Entre los tres generales,
Que se retiraran ambos,
Y que al instante saliendo
De Uruápam Riva Palacio
Marchase á atacar Morelia
Sin demora y sin descanso.

Por eso va el prisionero
Pensativo, y anhelando
Villada saber la causa
De aquel repentino cambio,
Al Jefe se la pregunta
Que le responde en el acto:

—La reflexión que me apena
Y me trae contrariado,

Es pensar en cuán distinta
Fuera la suerte, si acaso
Seguido hubiera el consejo
Que en Uruápam desechámos:
Ya tal vez hubiera muerto
Como merezco, en el campo,
No con tan grandes trabajos
Para llevarme al cadalso.—

Y al decir estas palabras
En sus miradas brillaron,
Por la cólera encendidos,
Deslumbradores relámpagos.

III.

Como si tranquilas horas
Del nuevo sol esperaran,
Ya sentenciados á muerte
Y en capilla, quietos pasan
Su tiempo los prisioneros
Díaz, Salazar, Arteaga,
González y Villagómez,
Que á la siguiente mañana
Van las tropas imperiales
A pasarlos por las armas.

La última noche de un reo
Que horribles crímenes paga
Y á patíbulo afrentoso
Lleva la justicia humana,
Está llena de terrores,
La velan negros fantasmas
Y parece que á la vida
Las víctimas inmoladas
Vuelven en aquellas horas
Que son como siglos largos

Pero la postrera noche
Del que muere por la patria,
Es limpia cual la conciencia
Y serena como el alba.

Ni acuden remordimientos,
Ni sofocan torpes ánsias,
Huye el terror y una fuerza

Siente misteriosa el alma,
Que la eleva y la sostiene,
La diviniza y la ensancha.

Por eso ven el cadalso
Como el solio que prepara
La Gloria á los que sucumben
Y el triunfo á los que batallan.

Ninguno está amedrentado;
Todos en sentidas cartas
Que escriben con mano firme
Y piensan con mente sana,
Se despiden cariñosos
De los seres que más aman.

Comienza á lucir el día,
Y el redoble de las cajas
Les anuncia que ha llegado
El momento y que no tardan
Los jefes que han de llevarlos
A morir. — Está en la plaza
Formado el cuadro; los héroes
Recorren con la mirada
A las tropas, y serenos
Sin vacilar, sin que nada
Temor revele en sus rostros
Ni turbación en sus almas,
Se colocan, vitoréan
Con entusiasmo su causa;
Se yerguen mirando al cielo,
Escúchanse las descargas,
Y de los frágiles cuerpos
Salen las gigantes almas,
Llevando de aquellas frentes
Por el plomo destrozadas,
Como postrer pensamiento,
La libertad ó la patria.

IV.

Uruápam, están tus calles,
Tus jardines y tus plazas,
De aquellos héroes augustos
Por la sangre consagradas.

Desde entonces los perfumes
Que de tus flores se exhalan,
El susurro de tus brisas,
El murmurio de tus aguas,
El canto de tus palomas,
Y el rugir de tus cascadas,
Son el himno que la Gloria
En homenaje levanta
De los que dieron la vida
Del patriotismo en las aras.

Los árboles que flexibles
Les prestaron sombra grata,
Renovado han veinte veces
Sus túnicas de esmeralda,
Y viva está la memoria,
Viva, que el pueblo la guarda
Del sublime apoteosis
De los mártires de Uruápam.

HEROISMO MEXICANO (1)

Á MI AMIGO EL DOCTOR RAMÓN GUERRERO.

Las armas republicanas
En Querétaro han vencido;
Presos con Maximiliano
Fueron soldados adictos,
En la guerra sin fortuna
Y en el infortunio altivos.
El vástago de cien reyes
Perdió con pompas y títulos
La cabeza y la corona,
Que ante el honor son lo mismo.

Han los antiguos conventos
En prisiones convertido,

(1) El hecho que motivó esta composición, lo tengo suficientemente comprobado con cartas de autorizadas personas que fueron testigos de lo narrado. NOTA DEL AUTOR.

Y jefes y subalternos
Ni tristes ni pensativos,
El fin de su causa esperan
Con los ánimos tranquilos.

Queda entre los generales
Uno anciano y aguerrido,
De la bandera triunfante
Duro y tenaz enemigo;
Arrojado en la campaña,
Inteligente, instruído,
Incansable conspirando,
Siempre firme y siempre digno.

Está condenado á muerte,
Le han su sentencia leído,
Y después de que la escucha
No queda turbado y lívido,
Sino que amable y sereno
De su triste fin convicto,
Llama al jefe que custodia
La prisión do está cautivo, (1)
Y con voz firme le dice:
—Coronel, yo necesito
Mi conciencia y mis negocios
De prisa arreglar hoy mismo;
Podéis para tal objeto
Llamar aquí, y os lo pido,
Un abogado y un cura
Para dejar todo listo.—

Era el coronel un joven
De antecedentes muy limpios;
Tan bravo como arrogante,
Tan discreto como altivo,
Vástago de ilustre jefe
En ruda campaña herido,
Lo conoció el prisionero
Años atrás, siendo niño,
Y allí, su acento escuchando
En aquel instante crítico,

(1) El ex-convento de Capuchinas en Querétaro.

Fija serenos sus ojos
En el general cautivo,
Y de esta suerte responde:
—Sin ser de vuestro partido
Os conozco y os respeto
Por pundonoroso y digno.
Yo venero en todas partes
A los soldados antiguos,
Y si son de vuestro temple
En su palabra confío.
Sabéis que os han sentenciado
A muerte; lo habéis oído,
Y necesitáis dos hombres
Para dejar todo listo,
No seré yo quien los llame;
Id buscarlos vos mismo
Y volved, que aquí os espero;
Libre estáis, yo lo permito.—

Quedó el prisionero atónito,
Y de sus ojos el brillo
Aumentóse con dos lágrimas
Brotadas de lo más íntimo.
Salió después, con asombro
De centinelas y esbirros,
Y cuantos salir le vieron
Murmuraron del permiso.
Pasáronse muchas horas,
Horas largas como siglos,
Y por fin, con voz vibrante,
El campanario vecino
Anunció la media noche:
—Ya no vuelve—alguno dijo
Y el coronel respondióle:
—Volverá que yo lo fío,
Y si no vuelve yo quedo
En su lugar, y es lo mismo.—

A poco suenan tres golpes,
Tras ellos resuena el grito
De «¿Quién vive?» al que contestan:
«Yo, Severo del Castillo.

Era el jefe prisionero
Que siempre valiente y digno,

Esclavo de su palabra
Iba á esperar el patíbulo. (1)
Estrechó la franca mano
Del coronel, conmovido,
Y retiróse á su celda
Ni consternado ni tímido.

¿Cuál de los dos es más grande?
¿Cuál de los dos? No lo digo:
Dígalo aquel que conozca,
Que rasgos como el que pinto
Puede envidiarlos Esparta
Y otro Homero describirlos.

Vive el que, joven entonces,
Dió al prisionero permiso;
Aun le sirve á la bandera
A que Juárez le dió brillo.
Y, como entonces, mantiene
Su modesto nombre limpio:
El General Carlos Fuero,
Honrado, valiente y digno.

No me culpéis, si, viviendo,
Tan altos hechos publico.
Es por gloria de esta tierra
Que adoro amante y rendido.
Es por gloria de las armas
Que á la Libertad dan brillo
Y es por honrar á los muertos
Enalteciendo á los vivos.

(1) El General Severo del Castillo fué después indultado de la pena de muerte y se le llevó preso á la fortaleza de Ulúa

EL ÚLTIMO PUESTO

Á MI QUERIDO AMIGO DIONISIO MONTES DE OCA.

Maximiliano de Habsburgo,
ya sin corona ni cetro,
mira trascurrir las horas
en su celda prisionero.
En una noche de Mayo
á cenar invita atento
á Miramón y Mejía
de su prisión compañeros.
—«Pronto—dijo el Archiduque—
juntos al cadalso iremos.»
«Eso—Miramón responde—
lo ven claro hasta los ciegos.»
—¿No hay esperanza de indulto?
—«Podrá ser que allá en el cielo
nos indulten, pero nunca
esperéis que lo haga Lerdo.»
—«Somos tres y como vamos
al cadalso sobre un cerro,
se imaginarán las gentes
que es un Calvario moderno.»
—«En tal caso—agregó entonces
Miramón—lleváis buen puesto;
¡seréis nuestro Jesucristo!
—«¿Por qué?»
—«Porque vais en medio.
Los que estamos mal juzgados
somos yo y mi compañero.»
—«Miguel, siempre los valientes
á mi derecha estuvieron.»
—«Gracias—respondió Mejía,
yo de *maladrón* me quedo.
—«¡Nó!—interrumpió el soberano—
que por un valiente os tengo.
—Pues seré yo quien se quede—
siguió Miramón mal trecho.—

Es mal papel el de *Gestas*
y uno ú otro habrá de hacerlo.»
Bajó el príncipe sus ojos,
lanzó un suspiro su pecho
y dijo á sus dos amigos:
«Ya veremos, ya veremos.»

. . . .

Cumplióse al fin la sentencia,
juntos al cadalso fueron,
y al pisar el triste sitio
donde se efectuó el suceso,
así dijo el Archiduque
á sus bravos compañeros:
«Hemos llegado al calvario,
Miramón quedad en medio;
á la derecha Mejía
y yo tomo el lado izquierdo,
que le guardo hasta en la muerte
á los valientes su puesto.»

1892.

UNA RESPUESTA DE MIRAMÓN

Ya sonó la media noche
En el viejo campanario;
Querétaro está en silencio
Que sólo turba á intervalos
El grito del centinela
Triste, sonoro y pausado.
En un antiguo convento
Que ya en cuartel trasformaron,
Presos en humildes celdas
Estan la muerte esperando
Miguel Miramón, Mejía
Y el noble Maximiliano.
Ya poco tiempo les queda
De vida á los sentenciados
Y el Archiduque, que siempre
Fué de la forma un esclavo,

Llama á Miramón, queriendo
Sobre un punto interrogarlo
  Llega el arrogante jefe
Obediente á tal mandato,
Y órdenes pide gustoso
A su infeliz soberano.
Este le dice: — Seis horas
Nos faltan. — Las voy contando,
Pues ya que no tengo sueño
He de entretenerme en algo
—Perdonad que os distrajera,
Pero quiero consultaros
Cuál traje será más propio
Para salir al cadalso.
—No entiendo vuestra pregunta.
Y agrega Maximiliano:
—¿Nos vestimos de uniforme
O saldrémos de paisanos?
Y Miramón le replica:
—Magestad, voy á ser franco,
Como esta es la vez primera
Que me fusilan, no es raro
Que ignore lo que previene
El ceremonial del caso.
  Sonriéndose el Archiduque
Agregó con entusiasmo:
—¡«Miguel, en todo os admiro....!
¡«Qué valor! ¡dadme un abrazo!»

MAXIMILIANO

Á MI MUY QUERIDO PRIMO CARLOS ADAME.

I.

Maximiliano de Habsburgo
Rige el Lombardo-Venetto,
Porque Austria impone á la Italia
Sus hombres en el gobierno,
Es gallardo el archiduque,
Joven y de gran talento,
Avezado á las borrascas
Del mar, que por mucho tiempo
Cruzó en todas direcciones
Visitando extraños pueblos.
Tiene los ojos azules,
Tan azules como el cielo
Y es tan rubio que semejan
Rayos de sol sus cabellos.
Fina y espesa la barba
Se la parte por enmedio
Y le baja hasta los hombros
Libre dejándole el pecho.
Vástago de Carlos Quinto
Y agnado á su trono excelso,
Siempre lleva el toisón de oro
Ornando el erguido cuello.
Es con las damas galante
Y dadivoso en extremo,
Con sus iguales altivo
Y con los súbditos tierno.
Adora las bellas artes,
Y como amigos discretos
Le acompañan sabios libros;
Cuadros de grandes maestros
Y estatuas en que palpita
El alma del gusto griego,
Y cumplido y caballero,
Y juntos en su semblante

Brillan conquistando afecto,
La juventud, la nobleza
Y la magestad y el genio.

II.

En una tarde de Mayo
Tranquilos el mar y el cielo,
Maximiliano va solo
En sus jardines amenos,
Cruzando por las callejas
De castaños y de almendros.
Lleva la cabeza baja
Absorto en mil pensamientos
Y está su rostro tan pálido
Que se le creyera enfermo.
No ha recibido á ninguno
De los hombres del gobierno,
Ni ha de sus íntimas cartas
Los blancos sobres abierto.
Halla de pronto á su paso
Sentado en el césped fresco,
Sobre un banquillo de mimbres
Junto al tronco de un abeto,
A un hombre de blanca barba
Y escaso y cano cabello,
Vestido con traje humilde,
Pero limpio, alegre y nuevo
Sonríe Maximiliano
Gustoso de tal encuentro
Y brillan sus claros ojos
Con honda expresión de afecto.
—Señor—le dice el anciano
Con dulzura y con respeto—
¿Vuestra Alteza viene triste?
—Tienes razón; triste vengo.
—Lo sé, que os conozco tanto
Como el que más,
—Bien lo creo:
No en vano mi augusta madre
Te nombró mi camarero
Siendo yo niño.
— Teníais
Seis años ni más ni menos,
Y desde entonces, por nada,

—¡Presentimiento!
Sábelo y ríe, porque risa
Provocan y no respeto
Las vanas supersticiones
Cual esta que te refiero......
¡Moriré entre muchas *emes!*
Tú lo verás......
Bajó el viejo
Los ojos y hondo suspiro
Dejó escapar de su pecho,
Y siguió Maximiliano
Esa frase repitiendo
Por las alegres callejas
De castaños y de almendros.
Lleva inclinada la frente,
Pálido está como enfermo,
Y están húmedos sus ojos
Tan azules como el cielo.

III.

Pasáronse muchos años,
Y una mañana de invierno
Llegó en una barca inglesa
A Miramar un viajero.
El mar estaba agitado,
Estaba plomizo el cielo,
Menudos copos de nieve
Bajando en alas del viento
Posábanse en las cornisas,
En las torres, en los hierros,
En las gallardas almenas
Y en el rico pavimento
Del legendario Castillo
Tan triste desde hace tiempo.
Pidió que le permitieran
El visitarlo por dentro,
Y acompañóle galante
Un hombre afable y discreto,
Blanca y poblada la barba,
Escaso y cano el cabello.
—¿Vivís aquí desde cuándo?
Interrogóle el viajero.
—Vivo aquí...... pero no vivo,
Que yo, señor, soy un muerto;

Me tienen aquí enterrado
Entre lágrimas y duelo,
Desde que por negra suerte
Mi noble señor no ha vuelto.
Su santa y augusta madre
Me nombró su camarero
Desde que cumplió en la vida
Seis años ni más ni menos.
Le acompañé á todas partes,
Me quiso con hondo afecto,
Y una vez en sus jardines,
Allá en Lombardo-Venetto....
Me dijo.... Mas perdonadme
Que calle un rato, no puedo....
Las lágrimas me enmudecen....
Y de los ojos del viejo
Rodaron dos grandes gotas,
Iguales á las que el viento
Arranca por las mañanas,
En el rigor del invierno,
De los vetustos sabinos
Coronados por el heno.
Habló después; refirióle
La escena del jardín regio
Y así agregó conmovido
Al hablar estando trémulo:
—No eran supersticiones;
Lo que me dijo era cierto;
¡Ha muerto entre muchas *emes!*
Fué de Miramar á México,
Imperio de MOCTEZUMA,
Que lo conquistó un guerrero
A quien llamaron MALINCHE
Los indígenas del suelo.
Dos MARISCALES de Francia
Le engañaron y vendieron;
A Querétaro marchóse
Reemplazándole en su puesto
Márquez, que según me dicen
Le olvidó en el mayor riesgo.
Jefe de los sitiadores
Era Mariano Escobedo,
Y cuando cayó la plaza,
De Miguel López dijeron

No sé qué cosas extrañas
Que á darles fe no me atrevo.
Cayó con sus generales
En Mayo, y al poco tiempo
Le fusilaron á Mendez
Que le tuvo tanto afecto....
Llamóse Manuel Azpíroz
El fiscal de su consejo,
Riva Palacio Mariano
Fué á la plaza á defenderlo
Con Martinez de la Torre,
Abogado muy experto.
Con Miramón y Mejía
Fué á morir mi noble dueño,
Y era un Mejía el Ministro
De Juárez, que en el gobierno
Firmó la fatal sentencia
Que me tiene en tanto duelo.
Montemayor (1) se llamaba
El capitán del ejército
Que á su frente en el cadalso
Hizo la señal de fuego.
Ha muerto el príncipe en Martes;
Ya véis, señor, si era cierto
Lo que me dijo muy triste
Allá en Lombardo-Venetto....
¡Ha muerto entre muchas *emes!*
Y jamás olvidaremos
Que llamó cosas de risa
A cosas de tanto duelo.
Después, sin decir palabra,
El anciano y el viajero,
Siguieron ambos muy tristes
Por los salones desiertos
Del legendario Castillo,
Tan solo desde hace tiempo.

(1) El capitán Montemayor era natural de Monterrey. (N. del A.)

PENSADOR Y HÈROE

(27 DE ABRIL DE 1867)

I.

En medio de las angustias
Que sufre Maximiliano
De Querétaro en el sitio
Y en su destino pensando;
Convoca á sus generales,
Los cuales le aconsejaron
Emprender una salida
Sin medir ningún obstáculo.
Miramón como Mejía,
Castillo como Arellano
Se lanzan con fiero arrojo
Al cerro del Cimatario.
Aunque Castillo fracasa
De Callejas en los llanos,
Miramón que siempre lleva
La victoria de su brazo,
Aniquila al enemigo
Que retrocede espantado,
Y entusiasma y enardece
A su joven soberano.
Méndez con igual arrojo
Obtiene vivas y aplausos,
Y una victoria segura
Sueñan lograr sus soldados.

II.

Las tropas aniquiladas
En el enemigo campo,
De seguro no contaban
Más de trescientos caballos.
Los imperiales ignoran
Que á reparar tal fracaso

Vienen más de seis mil hombres,
De Sóstenes Rocha al mando.
Alístanse presurosos
Para combatir bizarros;
Miramón y Méndez quieren
Darles nuevos descalabros,
Y al encenderse los fuegos,
Cuando atronaba el espacio
La lluvia de proyéctiles
Destructores como rayos,
Vuelve Rocha la cabeza,
Y á los pies de su caballo
Se encuentra con un amigo
A quien quiere como hermano,
Y á quien todos lo respetan
Por pensador y por sabio.
—«¿Qué haces en tanto peligro,—
Le dice Rocha, turbado.
«Vengo, hermano, á tomar parte
«Como el último soldado,
«En este ataque que juzgo
«Decisivo en nuestro campo;
«Permíteme que mi rifle
«Lance su primer disparo
«A la vanguardia de todos
«Los que tienes á tu mando».
—«Ve á cumplir lo que me pides,
«Y si murieses luchando,
«Sabrá agradecer la patria
«Tu heroísmo noble y santo».
Sin escuchar más palabras
Se lanza el joven bizarro
Hasta las primeras filas
Lleno de ciego entusiasmo,
Y como un simple riflero
Hace todos sus disparos
Y combate hasta que Rocha
La victoria conquistando,
Recobra las posiciones
Y pone su honor en salvo.

—

Lleno de polvo y de sangre
Torna el joven denodado,

A quien Rocha dice al punto
Estrechándolo en sus brazos:
—«Te admiraba como un genio,
«Hoy te admiro como un bravo».

III.

Era aquel joven, un indio
De rostro expresivo y franco;
En la tribuna un Demóstenes,
En la campaña un Bayardo;
Tierno y dulce con el pueblo;
Soberbio para los altos.
La juventud pensadora
Tuvo en él Mentor y hermano,
Pues como un padre la quiso
Y la elevó con su brazo.

Hoy duerme el eterno sueño,
Mas de la historia en los fastos
Son las letras de su nombre
Como refulgentes astros.
Era el honor de mi patria,
Era.... ¡¡Ignacio Altamirano!!

Febrero de 1893.

RECUERDOS DE MAYO

Á MI ILUSTRADO Y MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA

Cuando ya el cuerpo sustenta
Cerca de cuarenta Abriles,
Y ya pico en los cuarenta,
La memoria se alimenta
De recuerdos infantiles.

Voy á narrar una historia
Oportuna en este mes,
Mes de recuerdos de gloria,
Es un hecho, una memoria
Que tiene algún interés.

Sano, fuerte y bullicioso,
Creyendo en muchas quimeras
Era yo un rapaz dichoso,
Como que estaba orgulloso
De mis trece primaveras.

Del mundo solo sabía
Lo que á la inocente tropa
Enseña la geografía,
Que hay Asia, Africa y Europa
Y América y Oceanía.

Aún estaban en fermento
Mis gustos y mis ideas;
Juzgaba la historia un cuento
Y el amor un sentimiento
Que se apaga ante las feas

Estudiaba sin desmayo,
Conversaba sin misterio,
Era por activo un rayo
Y así llegué á un mes de Mayo
En la época del Imperio.

El pueblo á Maximiliano
Le llamaba sin temor,
En estilo liso y llano,
En lugar de « soberano »
« Intruso y usurpador ».

Los estudiantes, agenos
A las pompas imperiales,
Escuchábamos serenos
Esos epítetos llenos
De resabios liberales.

En nuestros pechos ardía
La libertad como norma,
Como faro, como guía,
Eran nuestra idolatría
Los hombres de la Reforma.

A la estudiantina grey
Nada importaban la Corte
Ni los festejos del Rey;
Sabía sólo que la ley
Andaba en Paso del Norte.

Por fin, en una ocasión
Se puso á prueba el colegio
Con una extraña función:
La solemne recepción
De un huésped preclaro y regio!!

Cada cual se disponía
A la fiesta sorprendente
Que agitados nos tenía;
¡¡El Emperador vendría
A vernos el día siguiente!!

Y era la fecha elegida
Una que en gloria reboza
De nuestra historia en la vida:
¡¡La que en Puebla dejó ungida
Con su triunfo Zaragoza!!

Convenimos con recato
En conmemorar tal hecho
Dando al gobierno un mal rato;
¿Cómo? ¡¡Ostentando el retrato
De Zaragoza en el pecho!!

Fué un complot hecho de bruces,
Cada cual tendió la mano
Jurando por las tres cruces
Ser muy digno á todas luces
De llamarse mexicano.

Y en ademán decisivo
Que mi memoria no olvida
Juramos por el Dios vivo
Ponernos tal distintivo
A una señal convenida.

Llegó el momento anhelado,
Pusieron en un salón
Todo el colegio formado
Ya dispuesto y arreglado
Para la gran recepción.

Entra el monarca y atento
Saluda, suena un rumor,
Y en un solo movimiento,
Cada cual muestra contento
La efigie del vencedor.

—¿Qué es esto? — Maximiliano
Dice, y sin temer reveses
Un chico responde ufano:
«¡¡Un jefe republicano
Que derrotó á los franceses!!»

El Director quedó mudo
Y los que estaban allí
Ante un responder tan rudo;
Sacó el príncipe un escudo,
Lo dió al chico y dijo así:

«Vuestra lealtad es notoria
Y yo la debo premiar,
De los héroes es la gloria
Y en el mundo y en la historia
La debemos respetar».

Produjose un gran rumor
Que retumbó como un rayo
Y aquel grupo encantador
En vez de «al Emperador»
Vitoreó «al 5 de Mayo».

México, 1891.

EL GRITO DE INDEPENDENCIA.

(RECUERDOS DE MI INFANCIA)

Allá en las horas más dulces
De mi fugitiva infancia,
Sirvióme de cuidadora
Una mujer muy anciana;
Con su rostro todo arrugas,
Su cabeza toda canas,
Y su corazón tranquilo
Todo bondad y esperanzas.
De noche junto á mi lecho
Mil historias me contaba
De geniecillos y ninfas,
De trasgos y de fantasmas.
¡Pobrecilla! cuántas veces
En estas noches amargas
En que repaso tristezas
En mi alcoba solitaria,
Al oir que de la torre
Vuelan en lentas parvadas
Las mismas horas que entonces
Pasé á su lado tan gratas,
He pensado en ella y visto
Llegar su sombra á mi estancia
Pretendiendo como en antes
Secar con cuentos mis lágrimas!
En cierta vez caí enfermo,
La fiebre me devoraba
Y en mi delirio quería
Para volar tener alas.
«Dámelas tú» — grité altivo —
«Tú nunca me niegas nada».
— «Es verdad, nada te niego,
Pero no sufras, ten calma,
Las alas que Dios te ha dado
Las tiene tu ángel de guarda,
Esta noche se las pido
Y te las daré mañana».

Nunca le faltó manera
De responder á mis ansias,
Y siempre al verme llorando,
Con la paciencia más santa,
Me dijo tales ternuras
Que aún me conmueven el alma;
Ella, que al velar mi sueño
De puntillas caminaba,
Y porque rumor ninguno
A mis oídos llegara
Iba á sosegar el péndulo
De un viejo reloj de sala;
Ella, que jamás hubiera
Permitido á gente extraña
Lanzar un débil suspiro
A dos pasos de mi cama,
Que en balcones y rendijas
Cortaba al aire la entrada
Y por no causarme susto
Rezaba siempre en voz baja;
Una noche fué á mi lecho
Alegre y entusiasmada
Diciéndome: — ven, despierta,
Ya es hora.... no tardes.... anda!
Sobrecogido de miedo
Yo le pregunté: ¿qué pasa?
— Ya lo sabrás cuando escuches
El vuelo de las campanas,
El tronar de los petardos
Y el disparo de las salvas —
Abrigado hasta los ojos
Salí con la pobre anciana,
Y en un sueño del paraíso
Me fingió lo que miraba.
Desde las enhiestas torres
A las humildes ventanas,
Lo mismo en extensas calles
Que en las más estrechas plazas,
Faroles y gallardetes,
Banderolas y oriflamas
Con los hermosos colores
De la bandera de Iguala.
Y al escuchar tantos gritos,
Tantos himnos, tantas dianas,

El rumor de los repiques
Y el estallar de las salvas,
En brazos de mi niñera
Lloré sin saber la causa.
— Lloras de placer, me dijo, —
Esta es una fiesta santa,
La sola fiesta que alegra
Mi corazón y mis canas.
«Hoy es quince de Septiembre,
Y en esta noche sagrada,
Hace cuarenta y cuatro años,
Si mi memoria no es mala,
Un cura humilde en Dolores
Hizo nacer á la Patria.
Cuando era yo jovencita,
Mi padre, que en paz descansa,
Me traía de la mano
En esta noche á la plaza
Para repetir con todos
Los que aquí gozan y cantan,
El grito de Independencia
Que repercute en el alma;
Mi padre, mi pobre padre
Fué soldado de Galeana;
Pero mira... allí está el héroe»
Alcé mis ojos con ansia
Y ví un inmenso retrato
Entre lucientes guirnaldas
Bañado por los reflejos
De las luces de Bengala.
  Un rostro apacible y dulce,
Una frente limpia y ancha,
Una mirada de apóstol,
Una cabeza muy cana....
Era Hidalgo, el Padre Hidalgo,
El salvador de la Patria!
  ¿Lo ves? me dijo temblando
De regocijo la anciana....
Sí, le respondí, sintiendo
No sé qué dentro del alma,
Y entonces á un mismo tiempo
Con las manos enlazadas,
Nos pusimos de rodillas
Llenos los ojos de lágrimas.

1891.

¡PATRIA!

Á MI QUERIDO AMIGO FRANCISCO SOSA.

I.

Ayer mi primogénita Conchita,
Alma en flor de mis dulces ilusiones,
Me dirigió una carta, que está escrita
Con letras que parecen moscardones.
No falta, por supuesto, el sobrescrito
Que dice — « *A mi papá* » — yo soy lo veo;
¡Buen chasco se pegaba el angelito
Si mandara su epístola al correo!
Con mucha gravedad he roto el nema,
Que, sin seguir la práctica aceptada,
No es monograma, ni blasón, ni lema,
Sino un poco de goma mal untada.
El papel de la carta maravilla
Por su extraño doblez y su figura,
En sus mejores tiempos fué planilla
De un cuaderno segundo de escritura.
Doy principio á leer y no comento:
« Mi querido papá, mucho te extraño;
Margot está muy gorda, y Juan contento,
Porque ha estrenado, al comenzar el año
Te vas á sorprender con su vestido;
No te quiero contar, son calzoneras;
Su sombrero jarano, y le han traído
Una de esas pistolas de.... de veras.
No digas que te dije, si pregunta,
Porque si no, dirá que soy muy mala;
Ven á ver su pistola, si te apunta,
No te asustes, papá, no tiene bala.
Ya no te escribo más; en otro día
Seré tan larga como tú lo pides;
Adios papá, bendice á tu María....
Post-data. — Mi muñeca; no te olvides ».

II.

Al domingo siguiente, muy temprano,
Tomé asiento en un coche de primera
De aquel tren más inglés que mexicano
Que lleva á Veracruz, no á la frontera.
Dos horas de camino con el alma
Henchida por las gratas impresiones
De una mañana alegre y á «La Palma»
Llegó, como quien dice, en dos tirones.
Abandono el vagón, y lo primero
Que á mi vista en el campo se presenta,
Es Juanito vestido de ranchero
Tal y como la carta me lo cuenta:
Un sombrero jarano con toquilla,
Un freno á cada lado por chapeta,
Un ancho barboquejo con hebilla,
De cuero de venado la chaqueta.
Amplia la calzonera y con galana
Botonadura; la corbata suelta;
Al cinto la pistola en la canana,
La mano airosa ante la crin revuelta.
Espuelas de Amazoc, cuyos pavones
Ni el tiempo borra ni el andar maltrata;
Ostentando en sus mil incrustaciones
Gallardas cifras en bruñida plata.
En el sencillo fuste, por adorno,
Redondos chapetones cincelados,
Y de la teja y la cabeza en torno,
Anchos cercos de plata repujados.
Cubierto el hombro por la manga oscura
De paño azul y de olvidada usanza,
Con fleco y con galón la embocadura:
Fleco que al sol sus esplendores lanza.
Y tal me pareció que revivía
Con su traje y airoso continente,
El tipo que mi ardiente fantasía
Formara en mi niñez de un insurgente
Adelantó el caballo, mezcló un grito
De júbilo con una carcajada,
Y me puse á mirarle de hito en hito
Fingiendo una sorpresa inesperada.

III.

Después, cuando ya juntos caminamos,
Hablábamos los dos de esta manera:
(Antes debo advertir, que á lo que hablamos
Puede ó nó darle crédito cualquiera).
—¿Por qué dices, papá, que te parece
Que soy un insurgente? dí: ¿qué es eso?
—Te lo voy á explicar, pero merece
Un prólogo de amor ¿me das un beso?
Hace ya muchos años.... todavía
El abuelito de que fuiste encanto....
—¡Ah! sí, mi papá grande.... No nacía.
—¿Hará como cien años?
—No, no tanto.
Era el año de diez, han transcurrido
Desde entónces acá, más de setenta....
—¿Serán doscientos años?
—¡Aturdido!
En nombre de tu edad, no hagas la cuenta.
Hubo por aquel tiempo una gran guerra:
Luchaban los de aquí con los extraños
Por quitarles el mando en esta tierra,
Y fué tan grande que duró diez años.
—Y quién ganó por fin?
—Poco me extraña
Esa pregunta de la cual me río;
¡Luchábamos nosotros contra España
Y ganamos nosotros, hijo mío!
Pero voy á decirte en breve historia
Como tan noble triunfo conseguimos,
Rogándote la guarde tu memoria
Por ser del suelo en que los dos nacimos.
Muy cerca de la hacienda, en aquel llano
La iglesia desde aquí bien se divisa;
Vive un amable cura muy anciano,
Que los domingos viene á decir misa.
¿Ya lo conoces?
—Sí.
—Mucho cariño
Te profesa por cierto el buen abate....
—Sí, ¿no sabes? me llama su buen niño,
Y me convida pan y chocolate.
—Pues bien, de igual edad, con los honores

Mismos que él tiene, amado por las gentes
Hubo un cura en el pueblo de Dolores,
Al cual debemos ser independientes.
Era de noble corazón, y dijo:
«Cuanto tengo en la tierra y cuanto valgo
Por mi patria lo doy como buen hijo.»
Era aquel cura ¡Don Miguel Hidalgo!
Y sin más que su esfuerzo y su conciencia
Que la alta voz del patriotismo escucha,
Proclamó sin temor la Independencia
Y antes que nadie se lanzó á la lucha.
Muchos le acompañaron, mas la suerte
Corresponder no supo á sus desvelos;
Por darnos libertad halló la muerte
Dejando en su lugar al gran Morelos.
Era cura también de pobre aldea,
Pero dotóle Dios de tal bravura
Que era un rayo de Dios en la pelea
El que manso pastor era de cura.
Ejércitos formó, rompió murallas,
Hizo temblar al enemigo osado,
Y en tres años ganó tantas batallas
Que el mundo todo lo miró asombrado.
—¿Ese llegó á ganar?
—Dios no lo quiso,
Murió sin desmayar altivo y fiero;
Pero seguir luchando era preciso
Y así para luchar surgió Guerrero.
Hijo del pueblo, ardiendo en sus entrañas
El fuego celestial del patriotismo,
Era un león nacido en las montañas,
Que arrulló el huracán sobre el abismo,
Modelo de valor sin arrogancia,
Con un corto puñado de valientes
Ejemplo fué de indómita constancia
Y faro de las tropas insurgentes.
¿Entiendes lo que digo? Aquellos bravos
Que, sin medir peligros, duelos, penas,
Les dieron libertad á los esclavos,
Rompiendo al oprimido sus cadenas;
Aquellos hombres cuyo arrojo fiero
Todo lo grande y lo sublime entraña;
Sin títulos, ni honores, ni dinero;
Sin más cuartel que el llano y la montaña;

Que siempre estaban en constante guerra
Sufriendo los rigores de la suerte,
Sin esperar más premios en la tierra
Que eterna cárcel ó afrentosa muerte.
Con una manga tosca por abrigo,
Con un nombre sin mancha por herencia
Con su caballo por mejor amigo,
Y por única fe la independencia.
Esos que tantos hechos ignorados
Nos dejan para asombro de las gentes,
Fueron del pueblo libre los soldados
Y son los que se llaman insurgentes.
Esta tierra que ves y en que tenemos
Aire, luz, casa, pan, amor, ventura,
A su valor heróico la debemos;
Nos la dieron su arrojo y su bravura.
Este sol, estos campos, este cielo,
Es todo nuestro con su honor ungido:
Aquí naciste tú, nació tu abuelo,
Y nací yo también; es nuestro nido.
Es la gran madre y Patria se la llama;
Nada en su bien te asuste ni te asombre:
Su amor enciende la divina llama
Que alienta y mueve el corazón del hombre.
Más que en mí, más que en tí, todo el cariño
De que fueres capaz, cífralo en ella,
Y en tu inocente corazón de niño
Brille ese amor como fulgente estrella

IV.

Después, al terminar nuestra jornada,
Quedéme largo rato pensativo,
Y dije á Juan, fijando una mirada
En su semblante alegre y expresivo:
—Ya ves por qué me gustas de ranchero;
Grita, cual si te oyeran muchas gentes:
¡Viva Hidalgo, Morelos y Guerrero,
Y vivan los soldados insurgentes!
¡Vivan! repitió el niño entusiasmado;
Yo su grito escuché con embeleso,
Y le dije: pues hemos acabado,
Te daré como epílogo otro beso!

1885.

Á JUÁREZ

Dadle á mi voz, del huracán rugiente
El poder no domado y estruendoso,
Que así quiero cantar de gente en gente
Las inmortales glorias de un coloso.

Si la muerte que á todos nos aterra,
Un trono sobre el ancho firmamento
Guarda á los semidioses de la tierra,
Juárez el inmortal, tiene ese asiento.

Nacido en el peñón de una montaña,
Bajo el dosel del azulado espacio,
Su alcázar infantil fué una cabaña
Y el abierto horizonte su palacio.

Por su indígena raza, firme, austero,
Por su oscuro nacer, del pueblo hermano;
La tez de bronce, el corazón de acero
Griego el pensar y el alma de romano.

Los más brillantes lauros de Gloria
Estaban á su frente destinados,
Los grandes caracteres de la historia
Estaban en el suyo condensados.

El alma de Catón, el gran civismo
De Leónidas, y de Agis la justicia,
De Temístocles todo el patriotismo,
De Licurgo el saber y la pericia.

Todo en aquel humilde pequeñuelo
Que en la tierra de Ixtlán pobre crecía,
Como en una arca lo guardaba el cielo,
¡Sólo el Dios de los libres lo sabía!

Aguila audaz que sobre abrupta peña
Y en muda soledad cuelga su nido,
Cuando más tarde la extensión domeña
El valle ante sus piés queda vencido.

Así Juárez, así; sin esas galas
Falsas con que la corte irradia bella,
Aguila de Anahuác, abrió sus alas
Miró á su patria y combatió por ella.

La lucha era terrible; usos y leyes
Ibanse á derrocar; el antro oscuro,
Nido de encomenderos y Virreyes
Iba á crugir con su imponente muro.

Aún vagaba en la atmósfera el aliento
De otras edades á la luz ajenas;
Ibase á desatar el pensamiento,
A dejar el derecho sin cadenas.

Al mirar á aquel hombre que surgía
De las revueltas masas populares
Grande cual surge el luminar del día
De las revueltas ondas de los mares,

Rugió la envidia en su furor tremenda,
Y el fanatismo, de rencor eterno,
Sintió como el Satán de la leyenda
Odio al Jehovah que lo lanzó al infierno.

Juárez sereno en su saber profundo
Fija en el porvenir su audaz mirada,
Y ve como Colón un nuevo mundo
Entre las sombras de la edad pasada.

A descubrir sus luchas no me atrevo,
Ante tanta grandeza yo me inclino,
Aquel reformador gigante y nuevo
Tuvo un Gólgota horrible por camino.

A sus guerreros bravos y animosos,
Apóstoles, heraldos, campeones,
Vió morir en cadalsos afrentosos
Entre befa y escarnio y maldiciones.

Y en medio del tumulto y la matanza,
Siendo el derecho su sagrada norma,
Su fé renueva, atiza su esperanza,
Mata el *fuero* y cimenta la *Reforma.*

Allí está Veracruz en donde raya
A tal altura ante la patria historia,
Que nuestro mar rompiéndose en la playa
Aun parece gritar: «¡A Juárez gloria!»

Nunca de aliento ni firmeza falto,
Coronó allí sus grandes ideales....
Aguila junto al mar, voló tan alto
Que humilló el mar al verlo sus cristales.

Allí fué tempestad, que con el trueno
Asorda y llena la extensión vacía,
Y con el rayo de fulgores lleno
Rompe los muros de prisión sombría.

Más tarde, tres naciones se congregan
Para vencerle y destrozarle unidas;
Cuando á las puertas de la patria llegan
Las encuentran por Juárez defendidas.

La que se queda sola en el combate
No vence á Juárez, que al burlarla experto
Lleva nuevo Israel que no se abate,
El arca de la Patria hasta el desierto.

Allí en el llano inculto, en la ribera
Del Bravo que nos guarda y nos limita,
Clava en nómade tienda su bandera
Y la muerta esperanza resuscita.

No lo mancille la facción injusta
En cuyos odios la verdad se estrella,
¡El salvó el arca de la ley augusta!
¡Con ella huyó, pero triunfó con ella!

Que nada el vuelo de su fama corte:
Todo lo tuvo ese hombre extraordinario
Sinaí en Veracruz y allá del Norte
En los desiertos, Gólgota y Calvario.

Pero el Tabor en que brilló su idea
Con eternos y vivos resplandores,
Lo fué toda esta Patria, en la que ondea
El lábaro inmortal de tres colores.

La muerte al arroparlo en negro manto
Lo arrebató de la familia humana,
Pero su nombre ha de vivir en tanto
Que haya un palmo de tierra mexicana.

Fué el plebeyo humillando á la nobleza;
Fué el derecho imponiéndose á la historia:
Do acaba el hombre, el inmortal empieza,
Su fama universal se llama gloria.

MARGARITA MAZA DE JUÁREZ

Tierna, sencilla, dulce y amorosa
En derramar el bien pasó la vida,
Que á todas las virtudes dió cabida
En su alma levantada y generosa.

Del redentor de un pueblo digna esposa,
Grande en la adversidad, noble y sufrida,
Fué en la victoria, por el cielo ungida,
Del hogar ángel, de su pueblo diosa.

Cifró sus más hermosos regocijos
En aliviar miserias y dolores
Y en ser otra Cornelia ante sus hijos.....

Justo es ¡oh pueblo! que su ausencia llores:
En su tumba en que están tus ojos fijos
Siempre habrás de encontrar frescas las flores

Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR.

Ardiente juventud, tú que la herencia
Recoges ya del siglo diez y nueve,
Y que el maduro fruto de la ciencia
Llevas al porvenir con planta breve;
Tú que en la edad viril, la limpia aurora
Verás del nuevo siglo, en que, alentado
Por el rico saber que hoy atesora
Tu espíritu esforzado,
Al saludar gozosa el sol naciente,
Honrarás las conquistas del presente
Con las sabias lecciones del pasado:

Atiende aquí á mi voz; vibre mi acento
Como un canto triunfal en tus oídos;
Y en noble sentimiento,
Como al sonar el bélico instrumento,
Los generosos pechos encendidos,
Al escucharse de la lira mía
Las toscas pulsaciones,
La acompañen en rítmica armonía
Latiendo vuestros nobles corazones.

Madre es la Patria, que confiada espera
Al contemplaros, de su amor ufana,
En la marcial carrera;
Su porvenir, su nombre y su bandera
En vuestras manos entregar mañana;
Y escudos de la ley y del derecho,
La mente con la ciencia engalanada,
Las patricias virtudes en el pecho,
Podréis decir que irradia vuestra espada
Aquella luz, que en Africa una noche
Vieron brillar de César los guerreros
Como lenguas de fuego en sus aceros.

Que no siempre el aliento de la guerra
Fué engendro de rencor y de venganza,
Ni el odio y la matanza,

Sobre la faz de la extendida tierra,
Han llevado las huestes victoriosas
Que cual fieros torrentes desbordados,
Destruyeron naciones poderosas
En los heróicos tiempos, ya pasados.

El saber, las costumbres, las ideas,
El rico idioma que á mezclarse llega
Con ignotos idiomas escondidos,
La extraña actividad que se despliega
Al formar vencedores y vencidos,
Nuevos pueblos, y razas, y naciones,
Con más altas tendencias,
Con más nobles creencias
Y más rico caudal de aspiraciones.

Esta la guerra fué. ¡Cuán grande miro
Sobre la deslumbrante Babilonia
Su poderoso imperio alzando Ciro!
Y al hundirse la asiria monarquía,
De sus escombros de oro y alabastro
Surgir una éra nueva, como un astro,
Derramando la luz del nuevo día!

El espíritu helénico ¿á quién debe
Su más alto esplendor? Se alza primero,
Como lejana luz brillando leve;
Lo trasforma en un sol la voz de Homero,
Y su inmortal fulgor, grande y fecundo,
Viene á alumbrar la historia,
Cuando Alejandro, en alas de la gloria
Lo extiende en sus conquistas por el mundo.

Predilecto del genio y la victoria,
Por donde quiera que la firme planta
Asienta el hijo de Filipo, un templo
Para honrar el progreso se levanta.
¡Oh caudillo esforzado y sin ejemplo!
Su triunfal estandarte,
Pueblos, reyes y obstáculos desprecia,
Porque lleva con él la fe de Grecia,
La voz del genio y el poder del arte.
Y al calor de la lucha y de las armas
Y á la sombra del águila altanera
Que hácia el Oriente sus legiones guía,

Cifra imperecedera
De inmensa gloria, nace Alejandría!

¡Augusto emporio del saber humano,
Irguióse altiva entre la mar y el Nilo,
Siguiendo el trazo que con diestra mano
Supo copiar Dinócrates tranquilo
Del manto militar del soberano!
Ved, las romanas picas aparecen
Anunciando á la tierra
Que otros gérmenes crecen;
Que en la ciudad de Rómulo se encierra
El porvenir de cien generaciones,
Que llevarán en alas de la guerra
Fuertes y victoriosas sus legiones.
Y bajo el sol ardiente de Cartago,
Y en la margen del Támesis sombrío,
Y del Danubio entre el murmullo vago
Y al pintoresco pié del Alpe frío,
Con César y Pompeyo soberanas,
Llevando al mundo entre sus garras preso
De la victoria al encendido beso
Se han de cernir las águilas romanas.

Y al cruzar esas huestes, anchas vías
Se abren para el viajero;
Despiertan en los pueblos simpatías
De mercader audaz rico venero;
Surcan tendidos mares los bajeles,
Y nuevo Deucalión, Roma dejando
Su camino regado de laureles,
Fantásticas ciudades van brotando,
Y el polvo que levantan los corceles
Al disipar los vientos,
Dejan ver como huellas de su paso,
Soberbios monumentos
Desde do nace el sol, hasta el ocaso.

Después de tantos siglos de victoria
Roma también inclina su bandera;
Y los últimos fastos de su historia
El triunfo son de muchedumbre fiera.
Atravesando con feroz encono
Los lejanos y estériles desiertos,
Y en numerosas hordas conducidos

Por caminos inciertos;
Cual de mares que están embravecidos
Su espuma salpicando en las arenas,
Las gigantescas olas
Llegan á sepultar playas serenas,
Así vienen ardientes y terribles
Hunos, godos, alanos y lombardos,
Vándalos, francos, suevos, burguiñones,
Galos y anglo-sajones,
Y de ese hervor de muchedumbre extraña
Surgen nuevas naciones,
Inglaterra, Alemania, Francia, España.

Del escondido seno de la Arabia
Brota un incendio nuevo que devora
Al mundo ya cristiano;
Brilla la media luna aterradora;
Lanza un grito de guerra el africano;
Y Europa, en otro tiempo vencedora,
Trémula mira la atrevida mano
Del hijo del profeta,
Que incontrastable vino,
A clavar su pendón sobre los muros
De la imperial ciudad de Constantino.
Su irresistible empuje
Hace rodar el trono de los godos;
Al paso del islam la tierra cruje,
Y al cielo de la ciencia tres estrellas
En tan sangrienta y trágica demanda
Asoman luego espléndidas y bellas:
Son Córdoba, Bagdad y Samarcanda.

Y en esa larga noche tenebrosa
Del espíritu humano, en la Edad Media,
Esos astros de luz esplendorosa
Guardan el sacro fuego
Que el mundo entonces desconoce ciego
Y que otra culta edad mira asombrada,
Cuando su noble admiración escita
De Córdoba la arábiga Mezquita
Y la soberbia Alhambra de Granada.

Siempre tras de la guerra,
Más vigorosa llega la cultura;
Así sobre la tierra

La negra tempestad ruje en la altura;
Tremenda se desata
De su seno la hirviente catarata;
El formidable rayo serpentea,
El relámpago incendia el horizonte,
El huracán los ámbitos pasea
Infundiendo el terror del prado al monte;
Y aquella confusión que estremecida
Y acobardada vé Naturaleza,
Es nueva fuente de vigor y vida
Y manantial de amor y de belleza.

Recordadlo, vosotros, cuyo pecho,
Desde temprana edad honra la insignia
Del soldado del pueblo y del derecho;
Y no olvidéis jamás si acaso un día
Siguiendo con valor vuestra bandera,
Llevais ó resistís la guerra impía
De nación extranjera
Sin consentir jamás infame yugo,
Que la espada esgrimís del ciudadano
No el hacha del verdugo;
Que el pendón que enarbola vuestra mano
Es la antorcha de luz y no la tea
Del incendiario vil; que los desvelos
De esta patria tan tiernos y prolijos,
Es hallar en vosotros dignos hijos
De Hidalgo, de Guerrero y de Morelos.

No olvidéis que meciόse vuestra cuna
En el mismo recinto
Sobre el cual resistieron los aztecas
A las huestes del césar Carlos Quinto
Y que el indio jamás huyó cobarde,
Ni al ver flotando espléndidos palacios
En el revuelto mar, de audacia alarde;
Ni al ver cruzar silbando en el espacio
El duro proyectil; ni ante el ruido
Atronador del arcabuz ibero,
Ni al conocer el ágil y ligero
Corcel que, resoplando entre la espuma
De sus hinchadas fauces, parecía
Hundir el virgen suelo, que regía
Con su dorado cetro Moctezuma.

Recordad que á los golpes de la espada
Y de las lanzas á los botes rudos,
Nunca temió la raza denodada
Cuyos pechos desnudos
Puso ante los cañones por escudos.
Recordad que este pueblo cuando siente
Herir su dignidad, fulmina el rayo.
Lo mismo en las montañas insurgente,
Que en los baluartes bajo el sol de Mayo,
Que en páginas de luz dejando escritas
Glorias que nunca empañará la niebla.
Hidalgo fué un titan de Granaditas,
Y fué un gigante Zaragoza en Puebla!
Que merece en la historia eterna vida,
La guerra al invasor osado y fiero,
Cual merece la guerra fratricida
La maldición del Universo entero!
Que una docta experiencia
Dicen que dan el triunfo ambicionado,
Más que las toscas armas del soldado
Las invencibles armas de la ciencia.
Y sabios y prudentes,
Al recoger la enseña sacrosanta
De esta patria que hoy ciñe vuestras frentes
Con el lauro debido á vuestro celo,
Veladla siempre con amor profundo,
Y así cual brilla el sol sobre la esfera
Mire brillar en vuestra mano el mundo
Libre y llena de honor vuestra bandera.
Dad de firmeza y de heroísmo ejemplo,
Nunca luchéis hermano contra hermano,
Amad la patria, y hallaréis por templo
El corazón del pueblo mexicano.

AL "BLASCO DE GARAY"

El ancla al peñón aferra
Sobre la mar espumante,
La fortaleza flotante
Que dá terror en la guerra.
No amenaza nuestra tierra
Ni viene en pos de conquista;
Surge arrogante á la vista,
Y su hermoso pabellón,
Envuelto en negro crespón,
Cubre los restos de Arista

No nave de tierra extraña
La llaméis con voz impía,
Que nunca la patria mía
Vió nada ageno en España.
Esa nave, amor entraña
Y en ella mis ojos fijos
Sorprenden los regocijos
Que causa á la madre ausente
Honrar el independiente
Y santo hogar de sus hijos.

De amistad símbolo cierto,
El fiero bajel hispano
Trae al suelo mexicano
Tristes despojos de un muerto.
Al verle entrar en el puerto
De las brumas al través
Grita el vigilante «él es»
Y alza un himno de alegría
El mismo mar en que un día
Quemó sus naves Cortés.

Dando ejemplo á las naciones,
Sobre el bajel confundidos,
De duelo flotan unidos
Dos hermosos pabellones.
Sus glorias, sus tradiciones
Allí enlazadas se ven,
Y astros del honor sostén
Irradian sobre la niebla

Juntas las glorias de Puebla
Con las glorias de Bailén.

Alzando montes de espuma
Encuentra el bajel abierta
A orillas del mar la puerta
Del país de Moctezuma.
Ningún recuerdo le abruma,
Cumple una santa misión,
Viene á honrar una nación
Que llena de amor profundo
Encierra en el nuevo mundo
El mundo del corazón.

¡Paso al bajel castellano!
Que de mi siglo á la faz
Le dén ósculos de paz
Las olas del golfo indiano.
¡Paso á España! al pueblo hermano,
Heróico, grande y experto,
Que á toda virtud despierto
Manda á mi patria querida,
Laureles de eterna vida
Con las cenizas de un muerto.

Astro de unión, con tu luz
Dios nuestros pueblos ampare,
Y no haya mar que separe
A Cádiz de Veracruz.
Surge el Tabor tras la cruz,
La paz tras el batallar
Y así podemos mirar
A España y México unidas,
Hoy que flotan confundidas
Sus banderas sobre el mar.

Vuelve á tus playas, bajel,
Playas heróicas y bellas
Y verán que entras en ellas
Llevando un nuevo laurel;
Va vuestra amistad con él
Y no hay hoz que la destroce,
Interpreta nuestro goce:
México republicana
Tendrá siempre por hermana
La España de Alfonso Doce.

Á MÉXICO

EN LAS ULTIMAS DESGRACIAS DE ESPAÑA

Allá del revuelto mar
Tras los secos arenales,
Donde sus limpios cristales
Las ondas van á estrellar;
Donde en lucha singular
Disputando la fortuna
Las ciudades una á una
De sus guerreros el brío,
Mostraron su poderío,
La cruz y la media luna.

En esa tierra encantada,
Que esconde en perpetuo Abril,
Las lágrimas de Boabdil
En las vegas de granada;
Donde el ave enamorada
Repite entre los verjeles
El canto de los gomeles,
Y cuelga su frágil nido
Del minarete prendido
Entre ojivas y caireles.

Donde soñados ultrajes
Vengaron fieros segríes,
Regando los alhelíes
Con sangre de abencerrajes.
Donde entre muros de encajes
Y torres de filigrana,
Lloró la hermosa sultana
Amorosos sentimientos
A los rítmicos acentos
De una trova castellana.

Allá donde nueva luz
Alumbró limpia y serena

Sobre la morisca almena
El símbolo de la cruz;
En ese suelo andaluz
Cuyos cármenes hollando
Y en otro mundo soñando,
Cruzaron en su corcel
La magnánima Isabel
Y el católico Fernando.

En esa región que encierra
Tantos recuerdos de gloria,
En ese altar de la historia,
En ese edén de la tierra.
No el azote de la guerra
Infunde duelo y pavor,
Ni causa fiero dolor
El negro contagio inmundo;
Que mira asombrado el mundo,
Allí otra plaga mayor.

Surgen allí tempestades
Del suelo entre las entrañas,
Y vacilan las montañas,
Y se arrasan las ciudades.
Escombros y soledades
Son el cortijo y la aldea;
La muerte se enseñorea,
Y en medio á tanta ruina,
Se ve cual llama divina
La caridad que flamea.

Con sordo bramido el duelo
Todo lo enluta y recorre;
Yace la maciza torre
En pedazos sobre el suelo.
Salvarse forma el anhelo
De los espantados seres
Y hombres, niños y mujeres
Las crispadas manos juntan,
Y viendo al cielo preguntan:
«Dinos, Dios: ¿Por qué nos hieres?»

Recordando en sus delitos
Las bíblicas amenazas,
Van por las calles y plazas

Confesándolos á gritos.
Los corazones precitos
Se niegan á palpitar,
Y todos ven transformar
Al golpe del terremoto
En abismo el verde soto,
Y en escombros el hogar.

Se abate el pesado muro
Que adornó silvestre yedra
Y brotan de cada piedra
Una oración y un conjuro.
No hay un asilo seguro:
Ciérnese el ángel del mal;
Cada fosa sepulcral
Abrese ante fuerza extraña
Y parece que en España
Comienza el Juicio final.

Y entre la nube sombría
Que el denso polvo levanta,
El coro terrible espanta
De los gritos de agonía
Y entre aquella vocería,
Con rostro desencajado,
El padre busca espantado
Con ayes desgarradores,
El nido de sus amores
Entre escombros sepultado.

Convulsa, pálida, errante,
Sobre el suelo que se agita
La madre se precipita
Por la angustia delirante;
Vuela en pos del hijo amante;
El rostro al abismo asoma,
Lo llama llorando; y toma
Por voz del hijo querido,
La que acompaña al crujido
De un techo que se desploma.

En repentina orfandad
Trémulas las manos tienden
Los niños, que no comprenden
Su espantosa soledad.



El General Don PORFIRIO DÍAZ

Tan sólo la caridad
Velará después por ellos,
Curando con sus destellos
Su miseria y su aflicción:
¡Cómo no amarlos, si son
Tan inocentes, tan bellos!

¿Qué pecho no se conmueve
Ante cuadro tan sombrío
Que el corazón más bravío
A contemplar no se atreve?
Ante el infortunio aleve
¿Quién no es noble? ¿quién no es bueno?
¿Quién de piedad no está lleno
Cuando es la virtud mayor,
Aun más que el propio dolor
Sentir el dolor ageno?

Manda ¡oh noble patria mía!
La ofrenda de tus piedades
A las hoy, tristes ciudades
De la hermosa Andalucía,
No es favor, es hidalguía;
Es deber, no vanidad;
Llamen otros Caridad
A estos óbolos del hombre,
Tienen nombre, sólo un nombre:
Se llaman Fraternidad.

Con tierno entusiasmo santo,
Mezcla ¡oh patria amante y buena!
Esa pena con tu pena,
Ese llanto con tu llanto.
Si al mirar ese quebranto
Tu triste historia repasas,
Verás que angustias no escasas
Pasó entre llantos prolijos
Por amparar á tus hijos
Bartolomé de las Casas.

¡POR CONSUEGRA! ¡POR ESPAÑA!

Leida en el Gran Teatro Nacional de México
en la función organizada por la Junta de Damas á beneficio
de los inundados

Para goces ó duelos que sienta España
Cuando el llanto ó la dicha su faz enciende,
Tengo una lira humilde que la acompaña
Y un corazón de hermano que la comprende

Por eso aquí de nuevo mi voz levanto
Y pido á pobres cuerdas sus armonías;
Ya lo sabéis vosotros, la quiero tanto
Que sus penas intensas las hago mías.

Yo ví de cerca todo lo que se encierra
De noblezas hidalgas en su recinto;
Sentí el sol de la historia sobre esa tierra
Que vió el sol sin ocaso de Carlos Quinto.

Si allí buscáis leyendas encantadoras
Soñaréis que os arrullan notas lejanas,
De rabeles cristianos y guzlas moras
Bajo los minaretes de las sultanas.

Soñaréis cabe albercas con arrayanes
En cautivas que lloran por sus donceles;
En alquiceles blancos y en yataganes
Sobre la verde cuesta de los gomeles.

¡Ah! yo he visto la hermosa vega extendida
Que el Genil argentado de flores cuaja,
Y soñé en otros tiempos y en otra vida
Mirando los jardines de Lindajara.

Recogí de Granada los alhelíes
Que un sol de fuego esmalta con luz divina,
Y al cruzar por el campo de los zegríes
Me hablaba de mi patria la golondrina.

España nos recibe con regocijos
Porque colmar supimos su afán profundo,
Siente orgullo de madre que ve á sus hijos
Honrar ya independientes el Nuevo Mundo.

En cada leal amigo me dió un hermano
Que hizo suyos mis goces y mis pesares,
Porque basta en España ser mexicano
Para encontrar abiertos pechos y hogares!

Allí ninguno alienta rencor ni dolo
Al vernos vivir libres en otra esfera,
Pues saben que ostentamos de polo á polo
Con honor y sin mancha nuestra bandera.

Ya no existe la España dominadora
Sino la Iberia hermana que he conocido,
Y cuya lengua rica, dulce y sonora,
Honramos en la tierra donde he nacido.

Ya no existe la España grave y austera
Que lanzó en sus legiones fieros aludes,
Que Cortés hizo odiosa con una hoguera
Y vindicó Las Casas con sus virtudes.

Soldados de Alvarado; Reyes aztecas;
Todos sòis polvo vano, ya nada existe;
De aquella edad aun tiemblan las hojas secas
Del árbol que recuerda «la noche triste».

Se quebró la macana que el casco abolla,
La inquisición no ostenta tizones rojos,
Y al fundirse dos razas nació la criolla
De apiñonado cutis y negros ojos.

La de pies diminutos y andar galano,
La que junta con dulce melancolía
Lo humilde y apacible del tipo indiano
Al garbo y á la gracia de Andalucía.

¡Oh España! oh noble España! tú nos legaste
Una fe y una lengua; tienes derecho
A buscar en los pueblos que aquí formaste
El corazón hidalgo que hay en tu pecho.

España es igual siempre bajo tu rayo
¡Oh sol del patriotismo que la iluminas!
Resucitó á sus héroes del Dos de Mayo
Al ver amenazadas las Carolinas!

¿Cómo no tributarle justos honores
Al laurel siempre vivo que la enguirnalda?
¡Unamos nuestra enseña de tres colores
A su gloriosa enseña de rojo y gualda.

Hoy que triste se envuelve con gasa negra
Que le atara un espectro de heladas manos;
Cual fraternal tributo llegue á Consuegra
El óbolo que mandan los mexicanos.

¡Oh caridad sublime! ¡Sol que derramas
De amor y de consuelo rayos ardientes!
Mira cómo á tu influjo son nuestras damas
Los ángeles de guarda de los ausentes.

Campos ayer hermosos, son tristes yermos;
Escombros los hogares; las dichas, penas;
Los espíritus sanos gimen enfermos....
¡Aliviad tantos males las almas buenas!

¡Oh! bien hacéis vosotras en ser primeras
En consolar amantes, tanta agonía,
¡Para aliviar desgracias ya no hay fronteras!
¡La Caridad no tiene ciudadanía!

Damas que sois la joyas de nuestro suelo
Y galardón y gloria de sus hogares;
Vuestras altas virtudes bendice el cielo;
Vuestra piedad un pueblo tras de los mares!

A la ofrenda tan noble que haréis mañana,
Yo la inscripción pusiera cual la merece:
« Los ángeles de Anahuac, para su hermana
La España de Cristina y Alfonso Trece ».

México, 14 de Octubre de 1891.

MÉXICO Y ESPAÑA

I.

Allá, detrás del mar, la playa amena
De la tierra del Cid y los Guzmanes;
La cruz plantada en la morisca almena
Y rotos á su pié los yataganes.

Allá, campos cruzados por gomeles;
Murallas que los godos defendían;
Palacios con ojivas y caireles
Donde las ninfas del harém dormían.

Allá las cinceladas armaduras;
Los cascos relucientes con cimeras;
Los castillos poblados de aventuras;
Las torres coronadas de banderas.

Allá, los altos picos del Moncayo;
El Guadalete con la sangre tinto;
Los manes de Rodrigo y de Pelayo;
Las tumbas de Fernando y Carlos Quinto.

Allá, todo eso que esplendor se llama,
La tradición, la fábula, la historia,
Los hechos coronados por la fama
Y los héroes ungidos por la gloria.

Aquí la noche llena de luceros;
El campo lleno de silvestres flores;
El volcán con sus hondos ventisqueros
Y el lago con sus juncos tembladores.

Aquí, la virgen tierra americana,
Bajo su azul y eterno cortinaje:
El rey desnudo, la vestal indiana,
El bosque inculto y el aduar salvaje.

Aquí, errabundo el ignorado atleta
De audacia ejemplo y de valor tesoro;
En las entrañas del peñón la veta
Y el barro confundido con el oro.

Aquí el templo de tosca gradería;
El ídolo hecho un Dios armipotente,
Y del pueblo la sorda gritería
Al verlo bautizar con sangre hirviente.

Aquí, el carcax, el arco y la rodela
De tosca piel, con plumas adornada;
La aguda flecha que en los aires vuela
Y la macana en pedernal labrada.

Aquí, sólo un baluarte: la montaña;
Allá, torres, y naves y cañones;
Tal fué Tenoxtitlán; tal era España.
¿Cuál vencerá en la lid, de ambas naciones?

II.

Admiro, Iberia altiva, tu nobleza,
Tu carácter indómito y bravío,
Pero á la par admiro la grandeza
Y el heróico valor del pueblo mío.

¿Qué hallaste en estos reinos ignorados?
Un pueblo que del oro no se engríe;
Una Otumba que asombra á tus soldados
Y un Guatimoc que en el tormento ríe.

Culparte en nuestro siglo fuera mengua;
Venciste y nadie intentará culparte;
Entre tus dones heredé tu lengua
Y nunca la usaré para insultarte.

Si á la justicia destronó el capricho;
Si está con sangre escrita cada hazaña,
¡Ah! yo diré lo que Quintana ha dicho:
«Crímenes son del tiempo y no de España».

¡Nuestra sangre es igual! que nadie oponga
A nuestra unión calumnias ni rencores;
¡La plegaria inmortal de Covadonga
Siglos más tarde resonó en Dolores!

La misma es nuestra raza altiva y fiera;
Igual nuestro carácter franco y rudo;
Aquí, el águila libre por bandera;
Allá el león, por símbolo y escudo.

No de venganza con mentido alarde
Nuestras glorias hundamos en la niebla;
¡Hijos de Zaragoza y de Velarde
Juntos cantemos á Bailén y á Puebla!

Juntos el mexicano y el ibero
Tener debieran en mejores días:
¡Para cantar su patriotismo, á Homero!
¡Para llorar sus duelos, á Isaías!

Hoy la gloria con bellos arreboles
Ilumina enlazadas nuestras manos;
¡Honor eterno á México, españoles!
¡Honor eterno á España, méxicanos!

AL PARTIR DE ESPAÑA

¿Qué dolor tan inmenso me devora?
¿Qué pena tan profunda me acompaña....?
Ruge el mar á los besos de la aurora:
Mi nave zarpa al fin.... te dejo, España.

De mi postrer adiós fueron testigos
Cariñosos tendiéndome las manos,
Los que ayer al tratarlos llamé amigos
Y dejándolos hoy los siento hermanos.

¡Ay! olvidarte España fuera mengua;
Azul como el de México es tu cielo,
El mismo corazón, la misma lengua,
Y la fe, y el arrojo y el anhelo.

¡Con cuánto amor acojes afanosa
Al que llega de México á tus lares!
¿Cómo olvidarte nunca, tierra hermosa,
Si ungiste con aplauso mis cantares?

Adiós España, adiós; la varia suerte
No sé si á tí me volverá mañana,
Mas ya guardo en el alma hasta la muerte
Tus recuerdos ¡oh tierra castellana!

Será siempre tu nombre ya esplendente
Donde me lleve la fortuna loca
El más dulce recuerdo de mi mente,
La más tierna palabra de mi boca.

España ¡adiós! dejarte no quisiera,
Mas torno al suelo que meció mi cuna;
Mi patria voy á ver.... ella me espera:
¡Tierra como la patria no hay ninguna!

De líquido zafir, de hirviente plata
Alza montes el mar, despunta el día
Y el hermoso horizonte se dilata
Cortado por la agreste serranía.

¿Qué diré recordando tu grandeza?
Mi patria y tú comparten mis amores,
Iguales son su gloria, su nobleza,
Su afán, sus esperanzas, sus dolores.

Diré que amo á las dos, que el alma extraña
A las dos por igual, si no las miro;
Que en España por México suspiro;
Y en México suspiro por España.

Santander.

Á VERACRUZ

¡Veracruz! Para cantar
Tus glorias, pulsar deseo
La lira del gran Tirteo
No la lira del hogar.
Atalaya junto al mar,
A quien como amante abrazas,
Cuantos duelos y amenazas
Atacan los patrios bienes,
Antes que nadie sostienes
Y antes que nadie rechazas.

Están de recuerdos llenas,
Recuerdos de cien batallas,
Tus abatidas murallas
Y tus erguidas almenas.
¡Cuántas páginas serenas
Ocupas en nuestra historia!
Que al par que heróica memoria
Guardan tus montes, tus valles,
Cada piedra de tus calles
Tiene un bautismo de gloria.

Baluarte de dignidad,
De arrojo, de patriotismo,
De abnegación, de heroísmo,
De gloria y de libertad
Formó tu virilidad
La reforma bienhechora;
Fuiste la cuna, la aurora
De ese cielo en cuyas huellas
Son inmortales estrellas
Llave y Gutiérrez Zamora.

Orgullosa de tu grey,
Nadie brilla junto á tí....
Diste, nuevo Sinaí,
Las tablas de nuestra ley;
Es tu pueblo el pueblo rey,
Que fiero en el batallar,
Para sufrir y gozar
Tiene en su entusiasta anhelo,

Por único manto el cielo,
Por único amigo el mar.

En la primera invasión
A que Francia se atreviera,
Salvaste con la bandera
El nombre de la nación.
Es la lealtad tu blasón,
Tu fe la fraternidad,
Tu divisa la igualdad,
Y en frente del porvenir,
Veracruz quiere decir
Puerta de la Libertad.

Acoge, pues, al viajero
Que en tí pone entusiasmado,
Un corazón desgarrado
Pero para tí sincero.
Pueblo altivo y caballero,
Nada mis palabras son,
Es pobre mi inspiración;
La tuya al cielo se eleva
Con Carpio, con José Esteva,
Con Zayas y Diaz Mirón.

Es mi paso junto á tí
Raudo como el pensamiento;
Mas quisiera que mi acento
Eterno vibrara aquí.
No busques, pensando en mí
Al poeta, busca al hombre,
Que yo vivo, no te asombre,
Para ensalzar tu memoria,
Para celebrar tu gloria,
Para bendecir tu nombre.

De más glorias al través
Yérguete noble y bravía,
Junto á este golfo á que un día
Trajo sus naves Cortés.
El mar ofrece á tus piés
Ancho foso de tu hogar:
Mira en sus ondas brillar
De tu heroísmo la luz,
Y sé siempre, Veracruz,
Indomable como el mar.

Á GUADALAJARA

Te soñé desde niño, tierra de flores,
Más valía que nunca yo te soñara,
Pues hoy sin esperanza, sin paz ni amores,
Nada puedo ofrecerte, Guadalajara.

Ya con el alma enferma llegué á buscarte
Para aliviar mi amarga melancolía,
Y así cual te soñaba logré encontrarte
Con cármenes y vegas de Andalucía.

Tienes en tus palacios nuevas Alhambras
Con Zaidas y Moraimas en sus vergeles,
Y tus campestres fiestas son cual las zambras
Que alegraban las cuestas de los Gomeles.

Mirando tus gardenias, tus tulipanes,
Tus floridos naranjos, tus alhelíes,
Recuerdo aquellos campos de musulmanes,
Tumbas de abencerrajes y de zegríes.

Mirando á tus mujeres deslumbradoras,
Las de talles esbeltos y labios rojos,
¿Quién no sueña en la magia de aquellas moras
De crenchas abundosas y negros ojos?

Arabe en tus pasiones y en tus festines,
Bajo un diáfano cielo resplandeciente,
Con azalias y lirios de tus jardines
Teje el amor guirnaldas para tu frente.

Búcaro de gardenias, tazón de aromas,
De la cual no la guardan índicos mares,
Blancas, dulces y tiernas como palomas
Son las felices reinas de tus hogares.

El sol brilla en tu cielo más fulguroso,
Te da con sus celajes clámides bellas,
Y en tí, Guadalajara, todo es hermoso:
Mujeres, flores, nubes y estrellas.

De la noble franqueza cuna y abrigo,
De la virtud austera trono y escudo,
Reina del Occidente, yo te bendigo;
Edén de las hermosas, yo te saludo.

De tu benigno clima como tesoro
No tiene en sus espacios región alguna,
Tardes como tus tardes de nacar y oro,
Noches como tus noches de blanca luna.

Yo que nací en un valle que Dios regala
Con lagos y volcanes que el mundo admira,
Ansioso de mirarte crucé el Chapala
Y al rumor de sus ondas templé mi lira.

Eres cuna de genios: en tí han nacido
Artistas, héroes, bardos, sabios, guerreros,
Y han sobre nuestra historia resplandecido
Como en tus tibias noches tantos luceros.

Tazón de tuberosas y tulipanes,
Ciudad de los palacios y las huríes,
Dime si te formaron los musulmanes,
Si eres de abencerrajes ó de zegríes.

Esas magas que ocultan en los chapines
Pies que á Fidias y á Venus bellos recrean,
Son las flores con almas de tus jardines,
Gardenias que suspiran y pestañean.

Son embeleso, gloria, blasón y orgullo
De tu suelo en que hoy vibra la lira mía;
El canto de tus hijas es el arrullo
Del aura entre las vegas de Andalucía.

Tierra de los ensueños y de las flores,
Perla cual la esconden índicos mares,
Dios que puso en tus selvas los ruiseñores
Mandó sus bendiciones á tus hogares.

Para poder cantarte me falta acento,
Para admirar tu hechizo me falta calma:
Llevo triste y de luto mi pensamiento,
Y el invierno y la muerte dentro del alma.

Cuando en tus claras noches sueñes dichosa,
Cuando con arreboles te adorne el día,
La brisa de tus campos dirá medrosa
Lo que decir no puede la lira mía.

Siempre para ensalzarte seré el primero,
Siempre mi pensamiento vendrá á buscarte;
Y en medio de mis penas tanto te quiero,
Que en medio de mis penas no he de olvidarte.

Ya brilla del progreso la nueva aurora,
Yo sé que al alejarme de tus linderos
Pronto vendrá la rauda locomotora
Trayendo á que te admiren nuevos viajeros.

Que á todos les cautive, que les asombre
Como á mí tu belleza, de dichas nido,
Y que cual yo en el alma guarden tu nombre
Que borrará la muerte, nunca el olvido.

Guadalajara, Febrero 9 de 1888.

À JALAPA

¡Jalapa! ¡nido de amores!
Fué mi más dulce ilusión
Curar mirando tus flores,
Los más secretos dolores
Que llenan mi corazón.

Entre pintorescas lomas
Surges gallarda y gentil,
Como un nido de palomas
Que inciensan con sus aromas
Las tuberosas de Abril.

La azucena te perfuma,
Te matiza el arrebol;
Venus nació de la espuma,
Y tú de la ténue bruma
Que celoso ahuyenta el sol.

Te colma el cielo de bienes,
Y tu esclavo el amor es:
¿Quién no ha de amarte, si tienes
Rojos mirtos en tus sienes,
Blancos lirios á tus piés?

Dejas en el alma huellas
Que nada logra borrar,
Y tienes mujeres bellas
Como el cielo tiene estrellas
Y tiene arenas el mar.

Si bardos de alto destino
Tu belleza singular
Cantan con plectro divino,
¿Qué dirá quien sólo vino
A tu recinto á soñar?

¿Qué hará al mirar tus jardines
Quien de tanta dicha en pos
Admira ya en tus confines
Los alados serafines
Que en tu seno puso Dios?

Sentir y aspirar la brisa
Que refresca tus cabañas,
Ser feliz cuando divisa
Tu ciudad, que es la sonrisa
Del ángel de las montañas.

Olvidar su duelo impío
En tu seno encantador,
Donde el monte, el llano, el río,
El bosque y el caserío
Brindan paz, dicha y amor.

Son como encajes sutiles
Tus nieblas de blanco tul,
Todas tus huertas pensiles,
Todos tus meses Abriles,
Todo tu horizonte azul!

Hasta esa niebla ligera
Encanta mi corazón,
Pues pareces la hechicera
Novia de la primavera
Envuelta en albo crespón.

Tus blancos muros, tus rejas,
Reflejando vida y luz,
Tus techos de pardas tejas
Y tus quebradas callejas
Cual las del suelo andaluz.

Forman las gracias más bellas
Con que al que te mira engríes,
Y entre las flores descuellas
No sé si escondiendo en ellas
Mujeres ó colibríes.

Deja, ciudad encantada,
Que de ti me acerque en pos
De una esperanza soñada;
Quiero darte una mirada,
Soñar y decirte adiós.

No será el adiós postrero
Del que nunca ha de volver
A tu jardín hechicero;
Aun no te dejo, y ya quiero
Soñar en volverte á ver.

No soy trovador. Si fuera,
Dulces cantos te daría,
Mas te dejo el alma entera,
Jalapa, tierra hechicera!
Jardín de la patria mía!

Jalapa, Enero 19 de 1898.

EN JALAPA

Á MI INTELIGENTE AMIGA ISABEL RIVADENEIRA.

En este verjel risueño,
Donde es tan pródiga en dones
Naturaleza, que viste
Todos sus campos de flores;
En èste edén encantado,
Donde son las ilusiones
Hermanas de las gardenias
Que dan al céfiro amores;
¡Cómo transcurre la vida
Y van las horas veloces
Curado las hondas penas
De los tristes corazones!
¡Cómo se olvidan los duelos
Y surgen encantadores
Ensueños de nácar y oro
Que al viejo tornan en joven!
¡Quién pudiera con la lira
Que á Apolo presta sus sones,
Cantar en dulces endechas
Este emporio de las flores!
Cantar de sus lindas hijas
Las pupilas como soles,
Las mejillas como rosas,
Sus voces de ruiseñores,
Y sus talles de palmeras,
Y sus sentimientos nobles.
Jalapa, jirón de cielo,
Que entre pintorescos montes
Te recatas hechicera
De las miradas del hombre;
Deja que en humildes notas
Que han de apagarse veloces,
Te diga en toscos acentos

Cuanto de mi pecho brote;
Deja que te dé en mis versos
Desaliñados y pobres,
Lo que el corazón me dicta
Olvidando sus dolores;
Deja que aspire las auras
De tus aromados bosques
Y que pida en tus hogares
Consuelo á mis aflicciones;
Deja que te diga todo
Lo que en mi pecho se esconde
Y resuciten tus brisas
La flor de mis ilusiones.
Soy el viajero cansado
Que los desiertos recorre
Y que no encuentra una tienda
En los negros horizontes,
Pero que tú me la ofreces
Revestida por tus flores
Y velada en todo tiempo
Por el manto de tus noches
Que están cuajadas de estrellas
Que deslumbran como soles,
Y por tus limpias auroras
Que rompen el áureo broche
Al ver como las saludan
Los mirlos y los zenzontles,
Doblo en tierra la rodilla,
Y así como el sacerdote
Se inclina cuando levanta
El místico pan de amores,
Inclino la frente mustia
Que no hay quien doblarla logre,
Y así mi pasión te expreso
En estos tristes acordes:

Tierra de amor y de fe,
De ternura y de cariño,
Que allá en mis horas de niño
Como ilusión te soñé,

Deja que te diga aquí,
Al son de mi humilde lira
Cuánto tu afecto me inspira
Y cuánto siento por tí.

Eres un nido de amores,
Do se querellan sin penas
La brisa y las azucenas,
El lirio y los ruiseñores,

Donde al pálido arrebol
Que en tus horizontes arde,
Se enamoran por la tarde
La luciérnaga y el sol;

Donde el dulce desvarío,
El aire de tus montañas
Canta amor entre las cañas
Que bordan el manso río,

Donde fingen blandos tules
Con que tus cañadas pueblas,
Un manto de blancas nieblas,
Entre horizontes azules;

Donde ante el nítido espacio
De tu eterna primavera,
Es junto á cada palmera
Cada cabaña un palacio;

Donde corteja el rocío
A los mirtos encarnados,
Bajo los rojos tejados
De tu hermoso caserío,

Y entre los verdes ramajes
Y los juncos tembladores,
Es toda la tierra flores
Y todo el cielo celajes;

Donde, entre la viva luz
Que vierte en el monte el cielo
Se alza, brindando consuelo,
Sobre la ermita la cruz.

¿Qué puedo entre tus jardines
A tu belleza cantar,
Si te he venido á encontrar
Poblada de Serafines?

Verjel hermoso, ¿qué quieres
Que te diga en pobre acento,
Si tienes un firmamento
Cuyos astros son mujeres?

Su candor disipa enojos,
Su pureza vence agravios,
No hay labios como sus labios,
Ni hay ojos como sus ojos;

Su franqueza peregrina
La vida en el alma acrece,
Y su sonrisa enloquece,
Y su mirada fascina;

Tiene su faz expresión,
Su cerebro pensamiento;
Hay en su alma sentimiento
Y amor en su corazón.

Nunca mienten sus sonrisas,
Nunca engañan sus amores,
Son tiernas como tus flores,
Y puras como tus brisas.

Quien las visita en su hogar
Les da cariño profundo,
Y después recorre el mundo
Sin pod

Jalapa, eterno pensil,
Nido de blancas palomas,
Todo rosas, todo aromas,
Que vela un eterno abril.

¿Qué te daré á mi partida?
Tu franca hospitalidad
Me dió la felicidad
Que yo soñaba en la vida.

Mañana ¡triste de mí!
Estarán, sin olvidarte,
Mi cuerpo en cualquiera parte
Y mi pensamiento en tí.

Jalapa, Enero 26 de 1889.

COATEPEC

Á MI FRATERNAL AMIGO MANUEL LEVI.

Velado entre un cortejo
    De brisas y de aromas,
Que de las nieblas rompen
    El trasparente tul,
Los mirlos lo despiertan,
    Lo arrullan las palomas,
Sobre una alfombra verde,
    Bajo un dosel azul.

Colmena de alabastro
    Semeja el caserío;
Le forman los tejados
    Coronas de rubíes,
Y reposado corre
    El murmurante río
Entre gardenias, mirtos,
    Camelias y alhelíes.

Tupidos cafetales
    Esconden la cabaña
Que el sol americano
    Incendia con su luz,
Y entre el follaje denso
    Defiende la montaña,
La ermita alzando al cielo
    Su solitaria cruz.

El liquidámbar tiende
    Sus ramas aromosas
Sobre las verdes cañas
    Riqueza del verjel,
Cortejan los naranjos
    Las áureas mariposas,
Mientras las piñas brindan
    A los jilgueros miel.

Al soplo de las brisas
El platanar resuena:
Al peso de los frutos
Se dobla el cafetal,
Y al pie del floripondio
Se asoma la azucena,
Cuyo nevado seno
Refresca el manantial.

Cuando la tibia noche
Su clámide desata,
Y el río da á los vientos
Su mágico rumor,
Los azahares fingen
Aljófares de plata,
Que bañan los insectos
Con vívido fulgor.

Es Coatepec un carmen
Oculto en el follaje,
Un sueño de poeta,
La flor de una ilusión;
Del mar de la existencia,
Venciendo al oleaje,
Un puerto en que se encuentra
La paz del corazón.

Sus hijas son morenas,
Afables y sencillas;
Las flores de su huerto
Su majestad les dan,
Es ébano su pelo,
Son rosas sus mejillas
Y pétalos sus labios
Del rojo tulipán.

Aquí, para las dichas,
Para soñar amores,
Para gozar tranquilo
De paz y de quietud,
La noche tiene estrellas,
El campo tiene flores,
Y la mujer el alma
Radiante de virtud.

Jardín agreste y bello,
¡Con qué placer te miro!
Revive de mi pecho
La amortiguada fe;
Contemplo tus encantos,
Tu atmósfera respiro;
Adiós, vergel hermoso,
Jamás te olvidaré.

Ausente, veré en sueños
Tus flores, tus cabañas,
Tu panorama hermoso
Que ante mi vista está;
Y en alas de la brisa
Que corre en tus montañas
Mañana á visitarte
Mi corazón vendrá.

Coatepec, Enero 21 de 1889.

EN LA FERIA DE TLACOTÁLPAM

Á LA SEÑORA DOÑA PETRONILLA CHÁZARO DE CHÁZARO.

Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotálpam,
Todo es músicas y risas
Y confusión y algazara.

Por las pintorescas calles
Entre las risueñas casas
Todas con portales blancos
Y con tejados de grana,
En medio de los fulgores
De las encendidas hachas,
Retozando con el pueblo
Ya pasó la mogiganga.

¡Qué extraños los gigantones
Que se achican y se agrandan
En manos de los chicuelos
Que con orgullo los cargan!

¡Qué revoltosos los toros,
Los elefantes, las garzas,
Que, como si fueran vivos,
Asustando al vulgo pasan!

¡Qué alegre está, qué contenta
La reina del Papaloápam!
Se preparan al *embalse*
Las corredoras piraguas,
Pintadas con los colores
Del pabellón de la patria;
Coronadas de banderas,
De gallardetes y flámulas,
Y listas para moverse
Al romper la luz del alba.

La gente que está en el muelle
Dichosa se mueve y canta,
Y en las puertas de la Iglesia
Las mujeres apiñadas,
Pugnan por ver á la hermosa
Virgen de la Candelaria,
Que viste traje muy rico
De seda luciente y blanca,
Por mano de las doncellas
Con arte y amor bordada.
Es el altar de la virgen
Ancho torrente de llamas
Que fingen un firmamento
De inmensas estrellas áureas.

Fuera del templo, y llenando
De rumor la alegre plaza,
El pueblo formando coro
Se entrega libre á la danza.

¿Quién á los bailes de *sones*
No va á dar una mirada,
Donde con lascivas notas
Puebla el aíre la guitarra?
Allí no penetra nunca
La tierna, exquisita dama
Que en los tranquilos hogares
Es reina en virtud y gracia.
Allí no está la señora
Orgullo y flor de su casa,

Encanto y luz de la costa,
Lujosa y aristocrática.

Llenan el baile de sones
Jarochas de rompe y rasga,
Que en la sonante tarima
A vista de todos danzan.

Es la jarocha, morena,
Con faz por el sol tostada,
Ojos negros y brillantes
Como los ojos del águila;

Con un andar muy garboso
Y una sonrisa muy franca
Y un talle esbelto y flexible
Que se cimbra cuando marcha.

Tiene los negros cabellos
Sujetos en trenzas largas,
Que circundan su cabeza
Con aire de musulmana;

Ciñe las trenzas oscuras
La cinta azul ó encarnada,
Que en ancho y vistoso moño
Sobre la frente remata;

Por detrás de la cabeza
Relumbrando se destaca
Ostentoso cachirulo
Con rica teja dorada;

Envuelve su airoso cuello
Rica pañoleta blanca,
Ligera como la espuma,
Brillante como la plata;

Rebozo de grandes puntas
Cubre su mórbida espalda,
Y con donaire desciende
Sobre la ligera enagua
Que adornan anchos olanes,
Lustrosa y almidonada.

Al bailar, con qué soltura
Pone los brazos en jarras,
En tanto que en torno suyo
Canta el pueblo las *guarachas:*

« Jarochita de mis ojos,
¿Por qué me olvidas ingrata?
Mírame y dame la muerte,
Jarochita de mi alma.

« Dejé mi corazoncito
A la sombra de una palma
Y una jarochita infame
Lo mató de una mirada. »

Aplaude el pueblo los cantos,
Unos gritan, otros bailan,
Otros arrancan sollozos
A las dolientes guitarras,
Y así se pasa la noche,
Y así llega la mañana,
Entre risas y suspiros
Y confusión y algazara,
Mientras hermoso, imponente,
Con su manto de esmeralda,
Alegra y fecunda el río
Cocos, cafetos y cañas.

¿Quién sufre terribles duelos?
¿Quién llora penas amargas?
Está en su punto la feria
De la alegre Tlacotálpam.
El nenúfar de las ondas,
De la costa la sultana,
Trono de las mariposas
Y perla del Papaloápam.

Tlacotalpam, Febrero 4 de 1899.

AL PAPALOÁPAM

Á MI FINO AMIGO EL SEÑOR D. JUAN CHÁZARO SOLER.

¡Salve, anchuroso río,
Con muros de esmeralda por riberas!
¡En medio de tus ondas pasajeras
Concibe á Dios el pensamiento mío!

Con eterna ansiedad é igual encanto
Hasta la mar profunda te deslizas,
Y al blando soplo de las auras rizas
Sobre un abismo azul tu regio manto.

No hay en mi numen que tu luz abrasa
Nada digno de tí. Débil aspiro
A cantar tu esplendor. Prosigue, pasa....
¡Al ver tu majestad, callo y te admiro!

¿Qué mano augusta y pródiga en belleza,
Al extenderte sobre el virgen suelo,
Coronó con sus pompas tu grandeza?
¡Nuestra madre inmortal, Naturaleza,
En tus remansos aprisiona el cielo!

¿Qué estrofas no aprendidas te murmura,
Robándote al pasar tus frescas galas,
La brisa que deshace con sus alas
El níveo encaje de tu linfa pura?
Estrellas tejen tu inmortal corona
En las noches del trópico calladas,
Y las tibias, tranquilas alboradas,
Oro derraman en tu fértil zona.

Cuanto la tierra esconde
Hermoso y rico en montes y praderas
Su gran tesoro de misterios lleno,
Lo puso en tus riberas
Y lo fecunda tu anchuroso seno.

Si muere el sol en lecho de escarlata,
Líquida lumbre entre sus ondas brilla,
Y en ellas alza la cortante quilla
Al moverse el bajel, rosas de plata.

La alegre casa rústica escondida
De tu serena margen en la falda,
Y la palmera erguida
Con su inmenso penacho de esmeralda;
En el diáfano espacio,
Fúlgida antorcha que á lo lejos arde,
Lágrima de topacio
La solitaria estrella de la tarde;
Bordando las laderas
Del pescador humilde las cabañas;
Las espigas en anchas sementeras;
La agreste soledad en las montañas;
El resonante coro
A que tu eterno murmurar responde
Y en que á los gritos del salvaje loro
Se mezcla el arpa de oro
De los jilgueros que la yagua esconde;
La tonina saltando en tus espumas
Que el pesado alcatráz roza intranquilo;
La esbelta garza de nevadas plumas
Burlando el asechar del cocodrilo;
El huaco centinela entre el follaje,
La guacamaya de pausado vuelo,
Y como bardo errante del boscaje
El pardo ruiseñor, eco del cielo:
Todo forma tu trono y tu paisaje,
Todo matiza y borda tus orillas,
Y tú grande, magnífico, fecundo,
En medio de tan regias maravillas
Buscas por tumba el mar del Nuevo Mundo.

Eres la eternidad que se desliza
Sobre las obras frágiles humanas,
Y mira igual el fuego y la ceniza
Mientras el soplo de los siglos riza
Su larga cauda de temblantes canas.

Corre, anchuroso río,
Corre y torna á correr sin detenerte;
Todos vamos á un fin triste y sombrío:
¡Tú vas hácia la mar, yo hácia la muerte!

¡Tú puedes, en tus fértiles riberas,
Ver nacer y morir, año tras año,
Aves, flores, espigas y palmeras,
Sin que nunca en invierno sientas daño
Ni te alienten las dulces primaveras!

Indiferente á todo, raudo lanzas
A un abismo sin fin tus verdes ondas,
Y arrastras cual perdidas esperanzas
Las aves muertas, las marchitas frondas,
El roble añoso por el rayo herido,
Los frutos arrancados
Antes de que estuvieran sazonados,
Y algún desierto nido,
Hogar sin fe ni amor, que va al olvido!

Cual tú rápido vas al Océano,
Siempre lleno de luz y en blanda calma,
Vuela á lo inmenso el pensamiento humano
Copiando en su cristal el sol del alma.

Así vuelan las aves de colores
Que en el nidal de la ilusión se crían;
Así se van la dicha y los amores
Que á las volubles ondas todo fían;
Así cual tú, se lanza
A otro abismo sin fondo la esperanza;
Así la hermosa juventud camina
De místicos acentos al arrullo,
Y así todo declina
De la corriente humana en el murmullo.

¡Sólo tú eres eterno!
Ni te abrasas
Con la lumbre del sol, ni en el invierno
Tus ímpetus sosiegas! Siempre pasas
Y el hombre envidia tu pasar eterno!

¡El hombre, el rey que en tus volubles olas
Callando males que su pecho afligen,
No puede nunca, meditando á solas,
Saber su fin ni descubrir su origen!

¿De dó viene? ¿A dó va?
¿Quién ha logrado
Su destino explorar? ¡Negra es la suerte

Que esconde lo futuro y lo pasado!
¡Tú paras en el mar, él en la muerte.

Deja que mi cansada fantasía
Tu regia pompa y majestad admire;
Deja que el alma mía
Mirándote correr sienta y se inspire.
Eres grande y hermoso,
Cuando entre flores mil soberbio creces,
Y si te encrespa el norte proceloso,
Gigante brazo de la mar pareces.

A la ciudad risueña,
Que como amante tuya se reclina,
Plácida, pintoresca y halagüeña,
En tu clámide azul y cristalina,
Prestas eterno encanto á sus riberas,

A sus jardines das verdor y galas,
Y se mira en tus ondas pasajeras
Cual níveo cisne de brillantes alas.
¡Llévame allí!..... Sacude la tristeza
Que embarga y mata el pensamiento mío
Y prosigue soberbio de belleza......
¡Dios existe! ¡Tú copias su grandeza!
¡Salve, mil veces, anchuroso río!

A bordo del «Tenoya,» Enero 31 de 1889.

EN TLACOTÁLPAM

Á MI AMIGO EL GENERAL JUAN ENRIQUEZ.

No con necias presunciones
Os dirijo la palabra,
Que es desacato con versos
Interrumpir una danza.
Soy como el ave de paso
Que hospeda florida rama
Y el ave entre tantas flores
Se siente feliz y canta:
Seré breve, y dadme oído
Que os voy á hablar con el alma.

Es una ciudad risueña
Alegre y hospitalaria,
La que lleva el justo nombre
De perla de Papaloápam.
Surge entre las verdes ondas
Como una paloma blanca,
Porque es la novia del río
Más hermoso de mi patria.
Centinelas vigilantes
Y opulenta alfombra de oro
Sus anchos campos de cañas.
¡Qué limpias son sus auroras
En horizontes de nácar....!
¡Qué crepúsculos tan tibios
En sus tardes sosegadas!
¡Que música misteriosa
Su dulce paz acompaña
Cuando son manos las brisas
Y los nenúfares arpas.....!
¡Cómo matizan los pliegues
De su manto de esmeralda
Las rosas, urnas de aroma,
Los nardos, cetros de plata!

¡Cuánta paz en los hogares,
En los campos y en las auras!
En el carácter franqueza,
Honradez en la palabra,
Sin engaños en la forma
Ni doblez en la mirada,
Ofrecen sus moradores
La hospitalidad más franca,
Y al que le llaman su amigo
Como su hermano le tratan,
Porque á quien le dan la mano
Con ella le dan el alma.
Es una ciudad muy bella,
La perla de Papaloápam,
La ciudad novia del río
Más hermoso de mi patria.

Feliz y brillante pluma
La que acierte á retratarla,
Describiendo en dulces versos
Cuanto en su recinto guarda;
La dama de sus hogares
Es una perfecta dama,
Bella cual la flor del río
Que vió deslizar su infancia;
Es en el andar airosa,
En el mirar recatada,
Para sus virtudes, reina;
Para su deber, esclava;
Nunca hipócrita ni aleve,
Y siempre sincera y franca.

¡Oh mujeres de la costa
Que el indiano sol abrasa!
¡Oh flores cuyos encantos
Las verdes ondas retratan!
Dejadme que osado os cante
Con arpa mustia y cansada,
Como el cardo de la tierra
Canta á los lirios del agua,
Poniendo para cantaros
Mi corazón en el arpa.....!

Mañana estaré muy lejos
De vuestra tierra encantada,

ADIÓS Á MONTERREY

(EN UN BAILE DEL «TÍVOLI REINERO»)

Cuando cruzan peregrinas
El cielo las golondrinas
En bullicioso tropel,
¿Verán las flores divinas
Que tiene cada verjel?

¿Verán la rosa encarnada,
La gardenia delicada,
El lirio de hojas de tul,
Cuando surcan en bandadas
Del espacio el mar azul?

En su rápido aleteo
Verán al fulgor febeo,
Un ensueño, una ilusión,
Verán esto que yo veo
En medio de este salón.

Un verjel de amor y calma,
Donde la virtud es palma,
Y eterno sol la honradez:
¡Un edén que anhela el alma
Volver á verlo otra vez!

Bendiga Dios los primores
De aqueste jardín, sin par,
Do tiene el alma las flores,
Donde brillan los amores
Sacrosantos del hogar.

¿Juzgáis que olvide algún día
Esta mansión de alegría
Donde la ventura está?
¡Si me dice el alma mía
Que nunca la olvidará!

¿Qué pudiera en esta vez
Deciros, en honra y prez
De esta tierra, mi laúd.....?
¡Si yo adoro la honradez,
La franqueza y la virtud!

Si yo con el pecho lleno
De pesar y de veneno,
Conservo viva la fe,
Y he de dar culto á lo bueno
En donde quiera que esté!

Arcángeles de ternura,
De bondad y de hermosura,
Que miro en mi derredor....
Miraros, es la ventura;
Dejaros, es el dolor.

Bellas rosas sin espinas,
Vuestras gracias peregrinas,
Admiran con frenesí
Las viajeras golondrinas
Que han cruzado por aquí.

¿Qué dirán volviendo al nido
Acerca de este florido
Y sosegado verjel?
Que sólo dicha han sentido
Cuando estuvieron en él;

Que entre naranjos y cañas,
Sin pompas falsas ni extrañas
Y con ángeles por grey,
Dios puso entre las montañas
Un nuevo Edén: ¡Monterrey!

Diciembre de 1889.

EN COAHUILA

(EN UNOS PREMIOS)

A vosotros, hijos tiernos
Del Estado de Coahuila,
Para quienes tiene encanto
La alborada de la vida,
Vosotros, que halláis un padre
Que os ilustra y que os vigila
En esta comarca heróica,
En esta tierra bendita,
Dadle atención á mi acento,
Y sabed que cuanto os diga
Brota del fondo del alma,
Que se entusiasma si os mira.

Niños, ¿sabéis qué es el mundo?
Niños, ¿sabéis qué es la vida?
Es un campo de batalla
En que el ignorante es víctima.
El hombre llega á la tierra
Y entre las sombras vacila;
Pero hay luz para las sombras
Y un templo en que nace el día.
Esa luz se llama: el libro,
Pues en sus páginas brilla
La razón de cuanto existe,
De todo lo que palpita
Bajo la bóveda inmensa
Donde los astros cintilan.
Mucho sabe quien estudi
Y si los espacios mira,
Sabe lo que cada estrella
A los ojos significa;
Si mira el peñón abrupto
Que por gigante intimida,
Sorprende la oculta veta
Que da riqueza en las minas;
Si mira el campo, conoce

Cómo se nutre y se anima
La madre naturaleza
Que tanto secreto abriga,
Y así protege la industria,
El comercio fortifica
Y levanta y ennoblece
Cuanto abarcan sus pupilas.

Todo nos lo enseña el libro,
Todo la razón lo dicta
En un gran templo, en la Escuela,
Centro de luz y de vida.

La mujer en nuestro siglo
No es ya la esclava sumisa
Que allá en los antiguos tiempos
Estuvo siempre abatida.

Hoy alza con noble orgullo
Al cielo su frente limpia
Y es el ángel que da gloria
Y ventura á la familia.
Hoy la mujer es un ángel
En la ciencia y en la lira,
Lucha por salvar la patria
Cuando la patria peligra,
Que así fué Leona Vicario
Para la patria oprimida
La infatigable y heróica
Que su nombre inmortaliza.

Niñas que escucháis los versos
De mi destemplada lira,
¿Qué me acerca hasta vosotras?
¿Por qué mis ojos os miran,
Y el regocijo les nubla
Con emoción las pupilas?
Vosotras habéis cumplido
Con vuestra misión bendita,
Y el Estado que es un padre
Que vuestros pasos vigila
Y que os ha dado amoroso
En vez de vanas caricias,
El pan del alma, la ciencia,
Que os salva y os dignifica,

Hoy, por manos del que rige
Los destinos de Coahuila,
Premia al que más se ha esforzado
En esta lucha pacífica.

Todo lo alcanza el estudio:
La mujer es la heroína,
Que se redime y se salva
Y que su misión sublima
Cuando explora los secretos
De la ciencia y de la dicha.

Guardad con orgullo el premio
Que vuestras manos reciban
Porque es la joya más grande,
La prenda de más estima
De cuantas sobre la tierra
Os concedan en la vida.
Mañana.... cuando los años
Hayan corrido de prisa
Y recordéis estas horas
De sacrosanta delicia,
No olvidéis á los que os dieron
En el libro, eterna guía,
Y entonces entre los goces
Callados de la familia,
Bendecid á quienes fueron
Vuestro sostén y que os miran
Como esperanzas hermosas,
Como predilectas hijas.

Si detrás de los espacios
En donde los astros brillan
Hay ojos que están mirando
El combate de la vida,
Ellos sigan vuestros pasos,
Ellos vuestra lucha midan
Y enaltezcan vuestros nombres
Y vuestro esfuerzo os bendigan.
Dios salve á las almas puras,
A las tiernas sensitivas
Que han de brillar como estrellas
En el cielo de Coahuila!

Saltillo, Diciembre de 1869.

¡POR EL PUEBLO!

(EN UN BANQUETE DE RURALES)

Un brindis muy mexicano
Que es mexicano el poeta:
Por el pueblo Soberano,
Por el que viste chaqueta
Y usa sombrero jarano.

Por el que mira en París
La casa del invasor,
Y al estilo del país
Llama al amigo *manís*
Y al cómplice *valedor*.

Por ese pueblo que grita
Lo mismo un viva que muera,
Y ve á Venus afrodita
Tras de la cara bonita
De la uraña garbancera!

Por la inmensa humilde grey
Que, avara de nuevas luces,
Muere por salvar la ley
En el «Molino del Rey»
Y en el «Monte de las Cruces»

Por la grey descamisada
Que, tras la tosca refriega,
Como una veste sagrada
Usó la blusa encarnada
Junto á González Ortega.

Por el pueblo grande ó chico
Que del progreso á la luz,
Derrotó, en virtudes rico,
A Barradas en Tampico
Y á Joinville en Veracruz.

Por el pueblo extraordinario
Que bebe Laffite en Apám,
Y va á triunfar temerario
Con Rocha en el Cimatario,
Con Régules en Uruápam.

Por el que de gloria al rayo
Salva el nativo pensil,
Y sin temor ni desmayo,
Asombra el «Cinco de Mayo»
Y deslumbra el «Dos de Abril».

Por el que en noble ardimiento
En pos de lo grande vuela,
Y en pos de su sentimiento,
Donde derriba un convento
Levanta siempre una escuela.

Por el pueblo que ha salvado
Al pabellón nacional,
Y que está representado
En el ranchero soldado,
En el valiente rural.

Por el pueblo en cuyos lares,
Adorándote nací;
Por sus dioses tutelares;
Por el que condensa en Juárez
Un Moisés y un Sinaí.

Por estos charros, señores,
Que en sus caballos sin par,
Altivos y vencedores
Lanzan á los invasores
Si no los pueden matar.

Por este charro guerrero
De traje deslumbrador,
Que es jinete en el potrero,
En el monte guerrillero,
Y en el estrado señor.

Y aquí en esta población
Que fué cuartel general
Del Jefe de la Nación
Cuando su altiva legión
Abatió el cetro imperial,

Os pido en acento extraño,
Del héroe invicto á la faz,
Que vengamos sin engaño
A cantar año por año
Las victorias de la paz.

Mayo 3 de 1889.

¡POR LA FRONTERA!

(BRINDIS EN EL SALTILLO)

En la nación mexicana
¿Quién no ha oído por doquiera
Ensalzar la honradez sana,
La franqueza noble y llana
Que distingue á la frontera?

No hay caracter más sencillo:
La lealtad es sola ley
Y la honradez solo brillo,
Bajo el cielo del Saltillo,
Bajo el sol de Monterrey.

Pueblos valientes y honrados,
Todos franqueza y valor,
Campesinos sosegados
Que se cambian en soldados
Enfrente del invasor.

No hollarán plantas extrañas
Su tierra bendita y pura,
Que de hogares y cabañas,
Son baluartes las montañas
Que eternizó la Angostura.

El patrio amor es su esencia,
La fraternidad su norma,
Y su mentor la experiencia;
Salvaron la Independencia
Y salvaron la Reforma.

¿Por qué mi labio sincero
No ha de expresar la verdad?
Como bardo y caballero,
Aplaudo, estimo y venero
La tierra de la lealtad.

Porque aquí no es sueño vano
La amistad; es religión:
El amigo es un hermano,
Y al que se le da la mano
Se le entrega el corazón.

Alzo mi copa, señores,
De la Frontera en honor,
Por sus francos moradores,
Por las damas, que son flores
De virtud y de candor.

Por el gobernante honrado
Que de todos es querido
Y de todos respetado;
Por tanto bravo soldado
Que en la frontera ha nacido.

Por Coahuila que, esplendente
Se nombra ante quien lo admira,
« Muzquiz » junto al insurgente,
Junto á Juárez « de la Fuente »,
Y « Acuña » junto á la lira.

15 de Diciembre de 1889.

Á LERDO DE TEJADA

EN LA TRASLACIÓN DE SU CADÁVER Á MÉXICO

Ya don Sebastián volvió....
Cuando entre salvas y dianas
Por Querétaro pasó;
Dicen que se estremeció
El Cerro de las Campanas.

Y halló coronas y altares
De la Patria en el regazo,
Y al volver á nuestros lares
Dejó su sepulcro Juárez
Para darle estrecho abrazo.

Su hogar es la Patria entera,
El pueblo libre, su corte;
Su juez, la Historia severa;
Su mortaja, la bandera
Salvada en Paso del Norte.

AL PARTIR DE GUADALAJARA

Tierra galana y hermosa
Que de mi patria en el suelo
Brillas cual brilla en el cielo
Una estrella esplendorosa.
¿Qué voz dulce y misteriosa,
Qué ritmo, qué grato acento
Podrán las arpas del viento
Prestar á mi humilde lira,
Para decir lo que inspira
Tu amor á mi pensamiento....?

Si fuera un bardo, cantara
Un himno á tu porvenir,
Mas lo que puedo decir
Es poco, Guadalajara,
Vierte el sol su lumbre clara
Y te esmalta en mil colores,
Y como ángeles de amores
Núblan tus mujeres bellas,
Con sus ojos las estrellas
Y con sus labios las flores.

¡Con qué afán te besa el sol
Y en purpúreos cortinajes
Prende ante rojos celajes
Su vespertino arrebol!
Como el Edén español
Que se llama Andalucía
Eres de la tierra mía
Perla de rica aureola.....
Cante España á su manola,
¡Mi patria á su tapatía!

Canto á la mujer hermosa
De talle esbelto y pie breve,
Con la tez de grana y nieve
Y las mejillas de rosa,
Que medita y ruborosa
Acata deberes fijos,
Sin tener más regocijos
Ni más joyas ni más flores,

Que el altar de sus amore
En la cuna de sus hijos.

Canto con pobre laúd,
Con el alma entristecida,
Esta tierra donde anida
La franqueza y la virtud;
Que obliga á la gratitud
Con santa hospitalidad
Y que en anterior edad,
Alzando el patrio estandarte,
Fué trono, escudo y baluarte
Del sol de la libertad.

Elegida de la Gloria,
Al defender sus derechos
Llenó con heróicos hechos
El libro de nuestra historia.
Yo los guardo en la memoria
Llenos de brillo y honor;
Si fuera digno cantor,
Nuevo Homero los cantara....
¡Quien dice: Guadalajara
Dice: lealtad y valor!

De paso por tus confines
¿Qué notas daré suaves?
Tienes más bardos que aves
En tus risueños jardines!
Tus genios, tus paladines,
Tus mujeres dignas son
De elevada inspiración;
Yo te doy mi valimiento:
Por lira mi pensamiento,
Por trono mi corazón

Tierra de vírgenes bella
Que tienes en tus amores,
Tu campo lleno de flores,
Tu cielo lleno de estrellas.
Al adornarte con ellas
Tu suerte bendijo Dios;
Yo voy de mi afán en pos,
De mi deber al reclamo.....
Sé feliz!.... como te amo
No puedo decirte, adiós!

1883.

¡POR LA CARIDAD!

En la tranquila noche callada
Bajan los copos de la nevada,
Cubren los nidos del torreón,
Y, al ir á verlos con la alborada,
Sólo sepulcros los nidos son.

—

Nadie en los sueños del mundo fíe
El que con ellos goza y se engríe
Es el esclavo de su pesar,
Es el marino que alegre ríe
De las tormentas que esconde el mar.

—

Cuando natura persigue al hombre,
¿Dónde está el fuerte que no se asombre
Del terremoto, del huracán....?
Fuerza, talento, riqueza y nombre
¿De dónde vienen y á dónde van?

—

Frente á esas rocas grandes y solas
A que empenachan las aureolas
De un sol que incendia la inmensidad,
¡Qué turbulentas pasan las olas
Tal como pasa la humanidad.

—

Las olas negras que nadie alcanza
Y que sepultan con asechanza
Las fuertes naves, son el dolor;
Las olas verdes son la esperanza,
Y las azules son el amor.

—

Esos espesos toldos de bruma
Que el sol matiza, que el viento esfuma,
De nuestras dichas reflejos son,
Pues se deshacen como la espuma,
Como los sueños del corazón.

—

En el desierto buscad la palma,
Y ni á su sombra tendréis la calma;
El hombre lucha sin descansar;
Dios ha formado voluble el alma,
La tierra aleve, traidor el mar.

—

En ese eterno combate humano,
Si todo es falso, si todo es vano,
¿Nuestro martirio no tendrá fin?
¿Se alza el hermano contra el hermano?
¿En nuestro siglo vive Caín?

—

¡No! ¡Dios es grande y omnipotente!
El nos ha dado la llama ardiente
Que significa la humanidad,
Virtud eterna, santa, esplendente,
Amor de amores ¡la Caridad!

—

Vive sin pompas y sin testigo;
Ella á los pobres dá pan y abrigo,
Es del enfermo fuerza y sostén,
Salva al esclavo, vela al mendigo,
Y hasta en las tumbas derrama el bien.

—

Hoy que en un pueblo franco y risueño,
Airada suerte con torvo ceño
Difunde muerte, siembra terror....
México entero con santo empeño
Como una madre muestra su amor....

—

Allí entre duelos y hondo quebranto
En las rüinas cunde el espanto....
Todo es miseria, luto, orfandad;
Y con el agua se mezcla el llanto,
Y con las quejas la tempestad.

—

Murió la pompa de antiguas éras,
Ya son escombros casas enteras
Ya los hogares escombros son,
Se han vuelto lagos las sementeras
Y es un sepulcro todo León.

—

Allí son tantas las aflicciones,
Que todos visten negros crespones,
Pues siempre ha sido negro el dolor....
Pero hoy responden los corazones
Con nobles obras de inmenso amor.

—

«¡Gracias!» nos dicen los afligidos,
«¡Gracias!» murmuran los desvalidos,
Los infelices, gracias nos dan;
Vuestros esfuerzos están cumplidos;
Dais á los pobres vestido y pan.

—

Gracias—os digo—que el cielo os mande
Por solo premio cuanto demande
Vuestra ternura del pobre en pos....
¡Grande es mi patria, que un pueblo es grande
Cuando en sus obras refleja á Dios!

AL AHUEHUETE DE SANTA MARÍA DEL TULE

¡Con qué pompa á la vista te presentas
Titán de estas risueñas soledades!
Si sacuden tu copa las tormentas,
Sollozan en tus ramas las edades.

¿Qué te puedo decir? inspiras tanto,
Que á mi me basta recoger tu nombre
Y darte mi mutismo como canto;
¡Junto á un árbol así, nada es el hombre!

Santa María del Tule (Oaxaca), 14 de Noviembre de 1892.

EN LAS RUINAS DE MITLA

Á MI MUY QUERIDO AMIGO ROSENDO PINEDA

Le temps n'outrage que l'homme.

Maravillas de otra edad;
prodigios de lo pasado;
páginas que no ha estudiado
la indolente humanidad,
¿por qué vuestra magestad
causa entusiasmo y pavor?
Porque de tanto esplendor
y de tantas muertas galas,
están batiendo las alas
los siglos en derredor.

—

Muda historia de granito
que erguida en pie te mantienes,
¿qué nos escondes? ¿Qué tienes
por otras razas escrito?
Cada inmenso monolito,
del arte eximio trabajo,
¿quién lo labró? ¿quién lo trajo
á do nadie lo derriba?
Lo saben, Dios allá arriba,
la soledad aquí abajo.

—

Cada obelisco de pie
me dice en muda arrogancia:
Tú eres dudas é ignorancia,
yo soy el arte y la fé.
Semejan de lo que fué
los muros viejos guardianes....
¡qué sacrificios! ¡qué afanes
revela lo que contemplo!
Labrado está cada templo
no por hombres, por titanes.

—

En nuestros tiempos ¿qué son
los ritos, usos y leyes,
de sacerdotes y reyes
que aquí hicieron oración?
Una hermosa tradición
cuya antigüedad arredra;
ruinas que viste la yedra
y que adorna el jaramago;
¡la epopeya del estrago
escrita en versos de piedra!

—

Del palacio la grandeza;
del templo la pompa extraña,
la azul y abrupta montaña
convertida en fortaleza;
todo respira tristeza,
olvido, luto, orfandad:
aun del sol la claridad
se torna opaca y medrosa
en la puerta misteriosa
de la negra eternidad!

—

Despojo de lo ignorado,
busca un trono la hoja seca
en la mutilada greca
del frontón desportillado.
Al penate derribado
la ortiga encubre y escuda;
ya socavó mano ruda
la perdurable muralla....
Viajero: medita y calla....
Lo insondable nos saluda!

—

Sabio audaz; no inquieras nada;
que no sabrás más que yo:
aquí una raza vivió
heróica y civilizada;
extinta ó degenerada,
sin renombre y sin poder;
de su misterioso sér
aquí el esplendor se esconde
y aquí sólo Dios responde
y Dios no ha de responder.

IN TERRA PAX HOMINIBUS

EN LA INAUGURACIÓN DEL FERROCARRIL DE SAN LUIS

¡Salve al Progreso! ¡Salve al poderoso
Siglo de la Razón, que inflama y llena
El cosmos con su aliento luminoso!
Desde la limpia, azul, vasta y serena
Región de los espacios estelares,
Hasta el lecho de arena
Do en muda soledad duermen los mares;

Todo lo inunda con fulgor divino
La omnipotente y sola soberana
Que ha regado de lauros el camino
Del siglo actual: ¡la inteligencia humana!

Salvan las empinadas cordilleras,
Y los desiertos y el profundo océano
La palabra y la voz ¡ya no hay fronteras!
¡El hombre es ya del mundo ciudadano!
Y el pensamiento en el alambre preso,
La voz en el fonógrafo cautiva,
Lanzan en coro el estruendoso viva
Al dogma de los libres: ¡el Progreso!

El vapor en esclavo convertido
Y la eléctrica chispa dominada
El mundo han transformado y redimido,
Enalteciendo del mortal el nombre!
Dad un himno á la paz, las almas puras!
¡Gloria á Dios! ¡Gloria á Dios en las alturas!
¡Paz en la tierra al hombre!

Octubre 31 de 1888.

RECUERDOS

EN EL ALBUM DE UNA MEXICANA

Fulgura el sol en el zenit, su lumbre
Las plantas y los árboles desmaya,
Contra las negras rocas de la playa
Sus ondas quiebra perezoso el mar.

Reina del aire la gaviota errante
Va por la azul inmensidad cruzando
Mientras yo triste vago suspirando
Muy lejos de la patria y del hogar.

Busca en vano la mente fatigada
Los bosques de sabinos seculares,
Las ceibas, los naranjos, los palmares,
Que ayer alegre y satisfecho vi.

Y humedecen las lágrimas mis ojos,
Se llena el alma juvenil de duelo,
Porque este cielo azul no es aquel cielo,
Porque nada de América hay aquí.

Recuerdo alborozado aquellas tardes,
De la Natura y del Amor tesoro,
Cuando el sol que se oculta en mar de oro
Baña del cielo el nacarado tul.

Y los volcanes cuya eterna nieve
Mares esconde de candente lava
Y el pico de cristal del Orizaba,
Que altivo rasga el infinito azul.

Los mangles, atalayas de la costa
Con sus penachos altos y severos,
Los erguidos, sonantes cocoteros
Que fruto y sombra al caminante dan.

Aquellas flores de perpetuo aroma,
Aquellos tan alegres horizontes,
La frente audaz de los soberbios montes
Donde estrella su furia el huracán.

¿Dónde están la caléndula de nieve
Rojos jacintos y purpúreas rosas,
Que buscan las doradas mariposas,
Y besa revolando el *pica-flor?*

¿Do está la blanca garza voladora
Que los juncales en el lago agita?
¿Do está el zenzontle, que dormido imita
De las vírgenes selvas el rumor?

La brisa de mi patria, cual la brisa
Que los cedros del Líbano atraviesa,
Caliente y perfumada, mueve y besa
Las hojas del florido cafetal.

Sobre eternas campiñas de esmeralda
Brilla en el cielo azul la blanca luna,
Que refleja el cristal de la laguna
En la serena noche tropical.

Allá bajo los toldos de follaje
Que Otoño esmalta con doradas pomas,
Bulliciosa bandada de palomas
Se arrullan tristes al morir el sol.

La alondra habita los risueños valles,
Y cual flores con alma, en los jardines,
Agitan los parleros *colorines*
Sus alas que envidiara el arrebol.

¡Oh verjel de mis sueños! tierra hermosa,
Que guardas mis recuerdos y mis lares,
Queda con Dios tras los revueltos mares:
Yo lejos vengo á suspirar por tí.

Buscando tus estrellas y tus flores
Suspira el alma con profundo duelo,
Porque este cielo azul no es aquel cielo,
Porque nada de América hay aquí.

Dos aves, hijas de la misma selva,
Que abandonan la rama en que han nacido,
Si llegan á encontrarse, hablan del nido,
Que fué su casto y primitivo hogar.

A tí de los jardines de mi patria,
Flor que tesoros sin igual encierra,
Consagro los recuerdos de la tierra
Que allá quedó tras la extensión del mar

Llevas la luz del trópico en los ojos
Y la voz de sus brisas en tu acento,
Su clima en tu ardoroso pensamiento,
Su grandeza en tu propio corazón.

Feliz si el nombre de la patria hermosa
Tus más bellas palabras acompaña:
El nombre de la patria en tierra extraña
Es un poema, un himno, una oración.

Costa Cantábrica 1878.

ONCE DE ABRIL

FRENTE Á LA TUMBA DE LOS MÁRTIRES

Ellos allí.... sin lápida, sin nombre,
Durmiendo bajo el musgo de este suelo
Donde vienen las lágrimas del hombre,
A unirse con las lágrimas del cielo.

Hijos queridos de la patria mía,
Si en cada hombre mirábais un hermano
¿Por qué os llevó del mundo tan temprano
Una mano fatídica é impía?....

Erais del porvenir.... ya vuestras huellas
Se ostentan en los campos del mañana....
Mártires cuyos nombres son estrellas
Que las venera la conciencia humana.

A vosotros os tocan las plegarias
De los que amen el suelo en que nacieron;
Los cielos vuestras almas recogieron
Al verlas como estrellas solitarias.

¿Cuál en el mundo fué vuestro delito?...
¡Ay de aquel que sangriento en sus excesos,
En la tierra que envuelve vuestros huesos
Dejó su nombre con infamia escrito!

Yo era un niño.... en plácida bonanza
Guardaba esta alma que el dolor derrumba....
Y no sé, cuando vine á vuestra tumba,
Lo que sintió mi pecho, era venganza.

Odio terrible, malestar horrendo,
Y al cielo supliqué diera al verdugo
Todo lo negro que á su infamia plugo,
Todo lo que hay de horrible y de tremendo.

Yo amo la libertad.... amo la suerte
De aquel que logra sucumbir por ella....
Cada nombre de aquellos es la estrella
Que alza la vida en medio de la muerte.

Pudo romper violento vuestro pecho
El proyectil que disparó el encono....
Moristeis proclamando ese derecho
Que nadie puede disputarle el trono.

De vosotros quizá no hay un vestiglo
Que nos recuerde allí vuestra existencia,
Pero vivís llenando la conciencia
De todo pensador de nuestro siglo.

¡Benditas vuestras tumbas inmoladas
En aras del más noble sentimiento!
¡Bendito vuestro santo sufrimiento!
¡Benditas vuestras almas ignoradas!

Ya la patria no quiere más dolores,
Cansada está su frente de pesares,
Llenos de sangre corren nuestros mares,
Llenas de llanto se hallan nuestras flores.

Hoy que la paz enarboló en el cielo
Su blanco pabellón, su limpio manto,
Tiempo es de que se enjugue nuestro llanto
Y que el progreso reine en nuestro suelo.

Mañana.... ante la luz de aquella aurora
Que el cielo de los libres hermosea,
Cada alma que hoy en vuestra tumba llora,
Será otro nuevo apóstol de la Idea.

Y vosotros seréis siempre el escudo
Para los que desmayen abatidos,
Astros de libertad siempre encendidos,
Yo os bendigo, os respeto y os saludo.

1869.

CINCO DE MAYO

Amor de patria, amor santo, infinito,
Que en cada corazón pones tu llama,
Presta á mi voz el hálito bendito
Que mi alma enardecida te reclama.
Dame la resonancia del torrente
Para cantar las glorias de este suelo;
De esta virgen feliz é independiente,
Que puede limpia levantar la frente
Y altiva y libre contemplar el cielo.
Ella nació como luciente perla
Entre las claras ondas escondida,
Ella nació durmiendo entre palmares
Con su diadema tropical ceñida,
Sintiendo dulce resbalar la vida
Al voluptuoso arrullo de los mares.
Tierra de amor tendiendo encantadora
Su rica alfombra de esmeralda y grana,
Que el sol de Mayo fertiliza y dora....
Joya que dejó Dios deslumbradora,
Prendida en la diadema americana.
¡Cómo no amarla si nació tan pura!
¡Cómo no amarla si nació tan bella
Y lloró tantos años de amargura!....
La esclava ayer, hoy libre y con ventura,
¿Quién es?... mi patria... contempladla... es ella!
Mírala, pueblo... ¿sientes?... ¿te emocionas?
Ya libre del palacio á la cabaña,
Tiene á sus pies quebradas dos coronas
Y el pabellón de una nación extraña....
¿Os acordáis?.... La Francia, la severa
Emperatriz del mundo que ha llevado
Hasta el polo los carros de su gloria,
Arrancando el laurel de la victoria
Doquier su pabellón ha tremolado....
La que posó sus águilas altivas
Sobre Sebastopol, Palestro y Jena,
Sin verlas nunca ante la lucha esquivas....
La que supo arrancar águilas vivas
Del águila ya muerta en Santa Elena;

Esa nación que eleva y que derrumba
Con su continuo batallar profundo,
Repúblicas é imperios con sus leyes;
Que con Dantón abofetea á los reyes,
Con Bonaparte tiraniza al mundo,
Con Voltaire amedrenta al fanatismo,
Con Chateaubriand sus creencias consolida,
Que en medio de la muerte halla la vida,
Que unas veces es luz y otras abismo;
Esa nación que cae agonizante,
Y con hurras sofoca su agonía,
Y quedándose atrás grita: «*adelante*»...
Esa nación, entonce, amenazante,
Te provocó á la lucha, patria mia,
Guerra te dijo y te retó insultante
Con el orgullo que su raza encierra.
Eras pequeña tú y ella gigante;
Guerra te dijo, y recojiste el guante
Y enfurecida respondiste: «*guerra*».
Y la lucha empezó.... pero ¡ay! tú estabas
Débil por las revueltas de otros dias
De luchas fraticidas; tú llevabas,
Aunque de amor y de entusiasmo ciegos
Y á sostener tu ley acostumbrados,
Frente á aquellos magníficos soldados,
Tus tropas de artesanos y labriegos.
El bronce despertó con voz rugiente
Todas tus iras, te robó la calma,
Y el que débil te vió, te halló valiente,
Con muchas cicatrices en la frente
Y muchas cicatrices en el alma.
Monstruo de hierro que amenaza inerte
A quien su paso corta, en voz tronante
¿Qué das á Francia? dijo, y al instante
Con tus cañones respondiste: *muerte*.
Y la muerte voló desde esas bocas
Donde la ciencia sorprendió un secreto.
¡Con qué desdén burlando tu destino
Miraba al triunfador de Solferino
El indio centinela del Loreto!
La lucha comenzó..... nubes oscuras
Aquí y allí levantan los cañones,
Indignados los cielos ahogar quieren
A aquellos poderosos batallones,

Y desploman sobre ellos á torrentes
La lluvia que envolvió sus maldiciones
Destácanse á lo lejos orgullosos
Los que la fama declaró titanes,
Zuavos de Argel, que trepan valerosos
Por la erizada roca,
Llevando en la pupila
Esa conformidad grave y tranquila
Que timidez ó admiración provoca.
Y suben ya.... se mezclan, se confunden,
Allí se encuentra la nación primera,
Las balas se difunden,
Los hurras se levantan,
Y allí soldados sin aliento gimen
Y aquí soldados valerosos cantan.
Ya casi á tocar llegan la trinchera
Que guarda nuestro ejército; no advierte
El invasor, que allí, venganza, muerte,
Deshonra vil y humillación le espera.
Pero llegar ¡ay! ¡no! que aún quedan pechos
Que altivos, patria, su valor ostenten....
« *Atrás* » clamó á una voz la siempre firme
Voz del soldado humilde mexicano,
Y como el soplo de huracán terrible,
Retrocedió vencido el invencible
Sostenedor de Napoleón tirano.
Ved como ruedan de las altas peñas
O como al peso de la muerte inclinan
Aquellas frentes que tiñó el espanto....
Y ellos siguen aún.... ¡ay! ¿no adivinan
Que entre esos indios que se humillan tanto,
Que en esos rostros por el sol tostados
Y en esos pechos ante el sol desnudos
Están todos los odios desatados?....
En México los pechos son escudos
Unicos que acostumbran los soldados.
Potente esfuerzo que arrancó el ultraje,
Ira de la pantera que ve herida
La prole que ocultaba en el boscaje;
Odio terrible que estalló violento
Como una tempestad contra la suerte,
Y con la rapidez del pensamiento
Sembró en las huestes invasoras muerte.
Todo lo que hay de grande y de espantoso

Que al hombre desvanece é intimida,
Todo eso cuyo velo tenebroso
Cubre el afán de arrebatar la vida
Soplaba sobre aquellos luchadores,
Como tronante, hirviente catarata
De ruegos y sollozos y clamores.
¡Dignidad ultrajada ante la Historia!
Todo eso cuyos hórridos rumores
Predican muerte donde siembran gloria....
Y el triunfo fué.... porque jamás natura
Le negó la venganza al ultrajado,
Zaragoza hizo eterna su figura
Y el honor nacional quedó vengado.
¡Zaragoza! el valiente, el aguerrido,
El grande, el inmortal, el denodado
Que aquellas santas tropas acompaña,
Miró á los defensores de cien reyes
Sin aliento rodar por la montaña,
Tirar las armas, traspasar el llano,
Y perderse por fin con la distancia.
Desde entonces el pueblo mexicano
Con frente altiva contempló á la Francia.
¡Puebla! tú has visto al pabellón que el Sena
Retrata en sus cristales, al que flota
Sobre París con magnas ovaciones,
Flamear ruborizado sus girones
En medio del terror de la derrota.
Y tú, sol de victoria, que ese día
Gloria nos diste con tu luz ardiente,
Con los rayos que viertes en mi frente
Manda más glorias á la patria mía....
Ella hoy tiende su manto de azucenas
Que la paz embalsama y engrandece,
Se levanta ante el mundo y aparece
Gigante y poderosa ante la historia....
Desde la espiga que en el campo crece
Hasta el condor que en el azul se mece
Se bañan en la luz de la victoria.
Mándale siempre ¡oh sol! triunfos, grandeza,
Sin que jamás hermanos contra hermanos
Empañen con su sangre su pureza,
Y hallando en el trabajo su riqueza
No consienta invasores ni tiranos.

1869 (Escuela Nacional Preparatoria).

LA VICTORIA DE ZARAGOZA

Poesía leida en el Teatro Nacional el día 5 de Mayo de 1880.

Ved.... ilumina la tierra
El mismo sol de aquel día;
Esta fecha ¡oh Patria mía!
¡Cuántos recuerdos encierra!
Mas hoy no ruge ni aterra
En el campo y la ciudad,
Aquella honda tempestad,
Aquella lucha, aquel duelo,
Que nublar quiso en tu cielo
El sol de la Libertad.

—

¿Qué torpe y aleve mano
Guió las naves artilladas
Que anclaron en las sagradas
Costas de tu Golfo Indiano?
¡Pueblo heróico y soberano!
A tus hijos siempre fieros
Convertiste en guerreros,
Respondiendo noble y culto,
Con tu valor, al insulto
De los pueblos extranjeros.

—

Viendo la injusta y extraña
Intención de aquella guerra,
Ni la siguió la Inglaterra
Ni quiso aceptarla España.
Quedaba sólo en campaña
Francia ¡el país sin segundo!
Y el orbe vió, con profundo
Desdén, y con arrogancia,
Que ibas á luchar con Francia,
¡Con el cerebro del mundo!

—

Y tú que altivo y valiente
Cuando ultrajan tu derecho,
Jamás escondes el pecho
Ni bajas nunca la frente,
Demostraste imponente
En ciudades y desiertos,
Que los pueblos más expertos
Pasan para hollar tus galas
Bajo un diluvio de balas,
Sobre una alfombra de muertos.

—

Dígalo Puebla, el baluarte
De tu indomable valor,
Donde cual íris de amor
Viste flotar tu estandarte.
Pudo allí el francés mirarte
Como huracán que destroza
Y que aterra; allí rebosa
Todo, heroismo y victoria;
¡Allí, coronó la gloria
La frente de Zaragoza!

—

¡Héroes de aquella jornada!
De la historia en los anales
Vuestros nombres inmortales
Tendrán página sagrada.
De la Patria idolatrada
Sois orgullo y alegrías,
¡Oh sol de Mayo! tú envías
Hoy tu luz con alborozo,
A Berriozábal, Gayosso,
Negrete y Porfirio Díaz.

—

¡Pueblo! al celebrar tu gloria,
Que inmortal y grande ves,
No dés al pueblo francés
La maldición de la historia,
A un César cuya memoria
Murió con su infame yugo,
Ultrajar á tu honra plugo;
A ese, tu labio maldiga,
Que nunca fué tu enemiga,
La Francia de Victor Hugo!

—

Ya el destino soberano
Castigó al César.... no asombre
Decir que lo impuso en nombre
De este pueblo mexicano.
Rodó hasta el polvo el tirano
Y allí sus glorias están,
México burló su afán,
Odia Francia á su memoria,
Y él, sólo ocupa en la historia
La página de Sedán.

—

Hoy bajo el sol esplendente
Que tanto recuerdo encierra,
Alza orgulloso en la tierra,
¡Oh pueblo, tu noble frente.
Francia liberal, valiente,
Tu justicia soberana
Respeta y conoce ufana;
Tu labio no la maldiga;
Siendo Imperio, fué enemiga,
Hoy República, es tu hermana.

—

¿Qué deja la intervención
Que ultrajó tu independencia?
A Laurencez la demencia,
El ódio á Napoleón.
Bazaine en su corazón,
En su pecho, en su memoria,
Siente el odio de la historia;
Y á tí, libre de pesares,
Te basta el nombre de Juárez,
Para eternizar tu gloria.

—

Ya eres grande y respetada,
No nubla el llanto tu faz,
Y la oliva de la paz
Brilla en tu mano sagrada,
Para que te dé admirada
Sus lauros la humanidad,
Ama la fraternidad,
Sea el trabajo tu embeleso,
Su sacra ley el progreso,
Tu orgullo la Libertad.

5 de Mayo de 1880.

GLORIAS DE MAYO

I.

Aun me parece un sueño
De mis primeros años,
Celaje vaporoso, flor del alba
En horizonte azul, brillante y diáfano.

Aun me parece un eco
De la voz del pasado,
De aquella voz que el corazón del pueblo
Estremeció como á la selva el rayo!

Yo ví, sin darme cruenta
De aquel suceso extraño,
Abrazarse las turbas en las calles
Con los ojos henchidos por el llanto.

Ví flotar las banderas
En chozas y en palacios
Y atronarse los aires con los gritos
De regocijo loco y de entusiasmo!

Y escuché de mil bocas
Consejas y presagios,
Sobre el sereno arrojo y la fiereza
De nuestros pobres indios frente al galo.

La venturosa nueva
Así la dió un heraldo:
« Las armas nacionales se han cubierto
De gloria. » « Al invasor han rechazado. »

Y ellos eran los fuertes,
Los guerreros con lauros,
Herederos de aquellos que en Egipto
Los siglos con asombro saludaron.

Los héroes de Crimea;
En Magenta preclaros;
Sublimes al vencer en Montebello
Y temidos doquiera y respetados.

Y nuestros luchadores,
A toda pompa extraños,
Sin más escudo que la fe en el pecho,
Ni más apoyo que el del propio brazo!

Sobre humildes colinas
El empuje afrontaron,
Y vencieron á tantos invencibles
Dejando el nombre y el honor muy altos.

Y nuestros dos volcanes
Erguidos en los ámbitos,
A nuestros pobres indios vencedores
Con la voz de los siglos saludaron:

«¡Oh! dignos sois vosotros,
«Sin renombre y sin fausto,
«De llevar en las venas esa sangre
«Que Cuitlahuác y Cuauhtemoc llevaron.

«Sois dignos descendientes
«De las huestes de Hidalgo;
«De aquellos insurgentes de Morelos
«Que en Acapulco y Cuautla culminaron.

«Sois nobles sucesores
«Del héroe no domado;
«Del águila del Sur; del gran Guerrero
«Que nuestro limpio honor mantuvo intacto.

«¡Benditas vuestras armas!»
«¡Bendito vuestro brazo!»
«¡Benditos y gloriosos vuestros nombres!»
«Entrad al reino de la historia ¡oh bravos!»

El Popocatepetl y el Ixtacíhuatl
Así dicen que hablaron
Y que á ese tiempo, con su pompa el iris
Se extendió majestuoso en el espacio.

«Los nuestros han vencido»
Resonó por los ámbitos,
Y de uno al otro extremo de la patria
Se alzó un himno de bélico entusiasmo.

Y entonces ví á las turbas,
Padres, hijos, hermanos,
Abrazarse en las calles, con los ojos
Radiantes de placer, vertiendo llanto.

Y fué en el mes alegre;
En el florido Mayo;
Cuando adornan las ramas flores nuevas
Y calientan los nidos nuevos pájaros.

Las madres á su hijos
Alzaban en los brazos,
Como diciendo á Dios: « Mira, yo tengo
Un digno sucesor de esos soldados. »

« « Si en lo futuro incierto
« Tornasen los extraños,
« Este ángel que alimento con mi sangre
« Será un león indómito en el campo. »

« Y me escucha y sonríe;
« Y entiende lo que hablo; »
Y, entre besos y lágrimas, la madre
Lo estrechaba, diciendo: « hemos triunfado. »

Todo fué regocijo
Intenso, ardiente, sacro,
El que engendran los sueños que se logran,
La dicha de alcanzar lo inesperado!

¿Quién obró tal prodigio?
¿Cómo fué tal milagro?
¡Ah! ni prodigio ni milagro, el hecho
Fué á todas luces natural y claro.

El que ofende á la madre
Del tierno hogar encanto,
Sabe que ha de sufrir el rudo golpe
Que con ciego furor descargue el vástago

Y el que ofende la tierra,
De nuestro amor sagrario,
Sabe que ha de ser rudo el noble empuje
Con que el honor defienda el ultrajado.

Así contempló el siglo
Que agonizar miramos,
Cómo un pueblo de honestos labradores
Ayer desconocidos y olvidados;

Como David, pequeño,
Como Job, resignado;
Sin que logre vencer, hiere, desangra
Y enflaquece y enferma al león britano!

Y podrá ser vencido
Sin ayuda ni amparo,
Pero la gloria de humillar al fuerte
Con el derecho y la justicia es lauro!

II.

La Francia pensadora,
La Francia antorcha y astro;
La que forjó la libertad del mundo,
Irguiendo como yunques los cadalsos.

Que dió á Voltaire su risa:
A Rabelais su látigo;
A Bossuet el dominio de las almas
Y á Laplace el dominio del espacio.

Que es en Rousseau doctrina,
Y en Lamartine es canto,
Que á De l'Isle inspiró la Marsellesa,
Y al gran Gounod la música del Fausto.

La Francia, flor de amores
Del rey Enrique Cuarto;
Madre de Taine, de Thiers, de Victor Hugo,
De Massillon, de Condorcet y Arago.

Que en Mirabeau es palabra,
Y en Bonaparte rayo;
En Pasteur vencedora de la muerte
Y en Lesseps vencedora del Océano

La Francia, antorcha, estrella,
Escuela, puerto, faro,
La que ha sido y será para la Historia
Una Cornelia que amamante Gracos;

Esa Francia no vino
A ser vencida en Mayo,
Se quedó á defender en la tribuna
Con Thiers y Favre al pueblo mexicano.

Esa Francia no surge
En nuestro drama trágico,
Sino cual otra víctima que gime
Entre las toscas garras de un tirano.



Torre de la Parroquia de Dolores Hidalgo con el esquilón de San José (Campana de la Libertad) con que el Cura Hidalgo convocó al pueblo para dar el grito de Independencia. (16 de Septiembre de 1810).

Vino legión inmensa
De obedientes sicarios,
Sumisos defensores de aquel trono
Que más tarde en Sedán cayó en el fango.

Y velando sus huellas
Vinieron los soldados,
Serenos, aguerridos y resueltos
A morir en su puesto y en su campo.

Y murieron cual saben
Morir los resignados;
Al pie de la bandera y con los ojos
Fijos en el deber que es lo más alto.

Hoy juntamos los huesos
De propios y de extraños
En una misma tumba á que dan sombra
El pabellón francés y el mexicano!

Y en esa tumba yacen
Los antiguos agravios;
Allí están en el polvo confundidos
Los injustos rencores de otros años.

Y arriba está lo inmenso;
El cielo azul y diáfano;
Toldo ayer del estrago y de la muerte;
Hoy dosel de la paz y del trabajo!

III.

Héroes del hecho augusto
Que aquí conmemoramos,
Para los vivos la filial ternura,
Para los muertos el cincel y el mármol.

El saludable ejemplo
Que á todos habéis dado,
Ha de imitarse con mayores bríos
Si en lo futuro se llegare á tanto!

Todo lo muda el tiempo;
Todo cambian los años,
Sólo el pueblo no pasa, ni envejece,
Ni sucumbe, ni olvida, ni es ingrato.

En el eterno libro,
En sus gloriosos fastos,
Los nombres de los vivos y los muertos
Entre encina y laurel quedan grabados!

No fué lección estéril
La que nos dió el pasado,
Y hoy con la voz de mil locomotoras
A la unión y al progreso saludamos.

Llénanse nuestros puertos
De colonos y barcos,
Y abrimos las fronteras y los mares
A todo aquel que busca un pan honrado.

Y el crédito se extiende
Y el nombre arranca aplausos
Y la bandera limpia surge y brilla
Diciendo al mundo: « México ha triuufado. »

Bien lo sabéis vosotros,
Los que escucháis mi canto,
Los hijos de esta tierra que sustenta
Las cunas y sepulcros que adoramos.

Las glorias del presente,
Los bienes conquistados,
Son las joyas más ricas y más bellas
De un pueblo que luchara sin descanso,

Y que ya en paz, tranquilo,
De más grandezas ávido,
Se las ciñe en la frente y así entona
Un himno al triunfo que alcanzara en Mayo!

HIMNO À JUÁREZ

(PARA LAS ALUMNAS DE LA ESCUELA « HIJAS DE JUÁREZ »)

— CORO —

Honrémos la ciencia - que en templos y hogares
Da vida á la nueva - feliz juventud!
Aquí en nuestra escuela - « las Hijas de Juárez »
Su espíritu nutren - de ciencia y virtud.

I.

La escuela es un faro - del mundo en el puerto;
Sus rayos alumbran - un lóbrego mar;
Lo grande, lo hermoso, - lo noble y lo cierto
Encuentran en ella - su templo y su altar!
Felices la niñas - que ven en la ciencia
La luz de que ufanas - caminan en pos,
Y escudan sus almas, - su fé, su inocencia,
Cumpliendo la santa - palabra de Dios!

(Se repite el Coro.)

II.

Con gusto estudiemos; - el libro revela
Verdades que todos - debemos saber!
¡Qué hermosos instantes - disfruta en la escuela
Quien cumple estudiando - la ley del deber!
Al niño que es bueno, - Jesús lo bendice,
Y vela amoroso - sus pasos aquí.
Su santa palabra - bien claro lo dice:
Dejad á los niños, - que vengan á mi!

(Se repite el Coro.)

III.

Honrando el recuerdo, - la gloria del hombre
Que á México, amante, - le dió libertad,
Las hijas del pueblo - tomamos su nombre
Y alzamos un templo - de luz y verdad!
Sigamos constantes; - ya brilla hechicera
La aurora esplendente - que el héroe soñó;
Honremos de Juárez - la hermosa bandera!
Honremos la patria - que Juárez salvó!

AL GENERAL CARLOS FUERO

LEÍDA EN EL CEMENTERIO FRANCÉS

En el albor de mi revuelta vida,
Allá en el despuntar de una mañana
Que doró sus celajes con los rayos
Del sol de mis primeras esperanzas;
Cuando sólo ví flores en la tierra
Y pájaros canoros en las ramas
Y era la sangre en las henchidas venas
Un torrente viril de hierro y lava:
Entonces entre el himno de la Victoria,
Sobre el ya roto cetro de un monarca;
Heraldo de valor, sereno y fuerte,
Conocí á este soldado de la patria,
Fuerte cual los antiguos gladiadores,
Erguido como el roble en la montaña,
Con grandes ojos negros y brillantes
A que daba expresión la luz del alma;
Sutiles líneas perfilando el rostro
Lleno de austera gravedad romana
Y coronado en la severa frente
Por negra cabellera ensortijada;
Así lo ví, su mano generosa
Estrechó con lealtad mi mano franca:
¡Ay! yo empezaba á manejar la pluma
Y él acababa de soltar la espada.
El era un adalid.... era un Bayardo
Sin doblez, sin temores y sin tacha;
Tan sereno al hablar con un amigo
Como al cruzar el campo de batalla.
Desde niño, su hogar fué el campamento;
Su compañera inseparable el arma;
Su lecho el peñón tosco ó la llanura,
Su camarín la tienda de campaña
Y su mejor saludo á la Victoria
El retumbar sonoro de las salvas.
Profesó un culto humano y le dió toda
Su intensa adoración nunca turbada;

¡Amó como á su Dios á la que tuvo
La gloria de llevarlo en sus entrañas!
Despues de esa mujer que fué su numen
A una novia inmortal idolatraba:
La que le dió su manto en todo tiempo
Como prueba de amor: la hermosa Patria!

. . . .

Cuando cayó en Querétaro vencido
El infeliz y soñador monarca,
A quien deshizo el pueblo la corona
Llevándolo á morir en las Campanas;
Este soldado custodió á Castillo
Que condenado á muerte, pidió gracia
De ver á un sacerdote y á un letrado
Para arreglar sus últimas demandas.
« Yo no los llamaré » — le dijo Fuero —
« Tenéis para buscarlos puerta franca;
« Sóis todo pundonor y aquí os espero
Que os van á ejecutar por la mañana ».
Salió el anciano jefe, con asombro
De todos los que allí le custodiaban;
No vuelve, pensó alguno — y Fuero dijo:
« Un bravo así, no falta á su palabra ».
Y todos lo sabéis, tornó á su celda
El jefe honrado de la opuesta causa,
Y aún no ha podido decidir la Historia
Quién de los dos más alto se levanta,
Pero hechos como el hecho que recuerdo
El mundo admira y los envidia Esparta!
Y aquí yace el soldado valeroso
Sin expresión ni luz en la mirada;
Viene á dormir el sueño que no turba
El vano ruido de la grey humana.
Duerme, noble guerrero, en tu sepulcro
Florece el lauro que la Historia guarda
A los que como tú, todo lo dieron
Al deber, á su pueblo y á su patria!
Duerme; fuiste un soldado victorioso,
Y á tí no se te llora, se te canta;
Entra al mundo en que viven muchos héroes;
De pie te esperan donde nada acaba
Y al mirarte llegar, llenos de gozo
Todos te van á presentar las armas.

13 de Enero de 1892.

EN CHAPULTEPEC

Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

Torno á venir de nuevo entre vosotros,
A levantar mi voz y á saludaros
En medio de estos viejos ahuehuetes
Que al aire entregan su cabello cano.

En este bosque que eligió por trono
La magestad del tiempo, y del altar sacro
Guarda el castillo cuyos fuertes muros
Están de heróica sangre salpicados;

Aquí, donde palpitan los recuerdos
De aztecas reyes y de heróicos años,
Torno de nuevo á veros, y mi lira
Vuelve á vibrar de amor y de entusiasmo.

—

¡Hijos del porvenir! La Patria os pone
Con maternal amor el arma al brazo,
Para que siempre defendáis sus fueros
Sin provocar ni herir á los hermanos!

Más que el arma homicida, guarda el libro
De la victoria el talismán sagrado,
Que no hay arma que alcance cual la ciencia
A la región ignota de los astros,
Y allí siga su marcha, los explore
Y les mida en sus órbitas el paso.

Ninguno alcanzará triunfo más grande
Que el del guerrero valeroso y sabio,
Que el talento es el arma de este siglo
Para alcanzar inmarcesibles lauros.

La fuerza debe de escudar al débil,
Siempre defiende el hijo al padre amado,
Y el cielo en que mecióse nuestra cuna
Velar se debe con el arma al brazo.

Por ley eterna, en afrentosa lucha
Vivirán y han vivido los humanos,
Y hay que esperar en el violento ataque
Salvar de todo intento el suelo patrio.

El libro es astro, pero el arma es fuego;
Mientras el uno nos alumbra el campo,
El arma en semidiós convierte al hombre
Que puede activo fulminar el rayo.

Si tan sólo á gozar se entrega Atenas
La vencerá en su empuje el espartano;
Y si sólo á gozar se entrega Roma,
Atila la hollará con su caballo.

Jamás es tiempo de rendirse al sueño,
Que siempre el enemigo está velando,
Y, cual nueva Judith, llega á la tienda
Cuando ninguno le detiene el paso.

Hoy la patria está en paz, su limpio nombre
Respetan y consagran los extraños;
Pero en el viaje por el mar del mundo,
En este mar tan hondo y tan amargo,

Hay que fijarse hasta en la blanca nube,
No engendre tempestad y brote rayos;
Y hay que velar el suelo en que nacimos
Con fe en el alma y con el arma al brazo.

—

¡Hijos del porvenir! ya en otros tiempos
Brillaron en valor vuestros hermanos:
Guarda sus nombres con amor la historia
Y la fama les da brillantes lauros.

En este mismo bosque, ellos supieron
Combatir sin temor y sin descanso;
Suárez, Melgar, Barrera, Montes de Oca,
Escutia, Márquez.... Ellos demostraron

Que en las horas de lucha, en los instantes
De combatir sin tregua á los extraños,
« Muere el Colegio, pero no se rinde »,
Que así la muerte es triunfo sacrosanto.

Seguid tan noble y tan hermoso ejemplo
Los que gozosos recogéis ufanos
El premio que alcanzásteis en la lucha
Serena del estudio y del trabajo.

—

Arde como en un templo en vuestras almas
La fe que alienta los primeros años,
Y en esa hermosa edad todo se mira
Como un amanecer radiante y claro.

El tiempo correrá, vendrá la tarde,
Con ella la tristeza y el cansancio,
Y los arbustos, hoy de verdes hojas,
Serán cual estos árboles sagrados,
Vigorosos y erguidos, manteniendo
Fresca la savia y el cabello cano.

—

Recordaréis entonces con ternura
La majestad solemne de estos actos,
La diana que os despierta cuando el sueño
Es el más dulce sobre el lecho blando;

Las largas horas que en helada noche
Sufriendo el cierzo y con el arma al brazo,
Pasáis de centinelas y os parece
Que dura un siglo inmenso cada cuarto,

Recordaréis las cátedras severas
Tan animadas al nacer el año,
Las ansias del exámen, la victoria
Del más inteligente y del más apto.

Recordaréis al predilecto amigo
Que os quiso en el colegio como hermano,
Y que más tarde le abatió la suerte,
O murió en la campaña á vuestro lado.

Y si tenéis hogar y teneis hijos,
Ellos escucharán de vuestros labios,
Las dulces aventuras de esta vida
En que sóis estudiantes y soldados.

Les pintaréis la augusta ceremonia
En que llenos de gozo y de entusiasmo,
Mirábais al que rige con acierto

El destino inmortal del suelo patrio,
Grande en la guerra y en la paz más grande,
Daros un premio con sus propias manos.

Y si entonces tornáis al viejo bosque,
Y miráis estos árboles sagrados
Y las blancas paredes del castillo
Que está de heróica sangre salpicado,

Sentiréis que humedece vuestros ojos
El más dulce y hermoso de los llantos,
Y que renace en vuestros nobles pechos
La viva fe de los primeros años;

Y sentiréis á solas, satisfechos,
Hondo amor á los tiempos ya pasados,
Orgullo de haber sido del Colegio
Y orgullo de llamaros mexicanos!

Diciembre, 1º de 1889.

EN LOS FUNERALES

DEL

GENERAL JESÚS GONZÁLEZ ORTEGA

I.

No vengo débil á regar con llanto
Los restos del soldado cuyo acero
Al defender la Patria brilló tanto.
En acento viril, grave y austero,
Premio debido al heroísmo santo,
Vengo á cantar las glorias del guerrero:
Al que tuvo por ley, por sola norma
El lábaro inmortal de la Reforma.

II.

Ese enlutado féretro que encierra
Del bravo luchador el cuerpo inerte,
Que con su muda pompa nos aterra
Y que conturba el ánimo más fuerte,

Tan sólo el cuerpo entregará á la tierra
Que ha de trocarse en polvo por la muerte,
Pero eternos serán en nuestra historia
Su fe, su nombre, su valor, su gloria.

III.

Como surge el león, fiero, animoso,
Del fondo de los bosques seculares,
Tú surgiste caudillo valeroso
Del seno de las masas populares:
Y bajo el sol de libertad hermoso,
Al sonar de los himnos militares,
Llevaste con honor esa bandera
Que de Sonora á Yucatán impera.

IV.

¿Qué corazón habrá que no se asombre
De la epopeya liberal que habías
Enaltecido tanto con tu nombre?
¡Oh muerte! ¡y cambias en cenizas frías
El venerado cuerpo de aquel hombre,
Emblema de la fe de aquellos días!
¿Qué viento helado extinguirá esa llama
Eterna en los espacios de la Fama?

V.

Quien vuelva sus miradas al pasado
Y te contemple apuesto y aguerrido,
Con lauros de victoria coronado
Y en los brazos del pueblo conducido;
No creerá que más tarde, abandonado
Con negra ingratitud en hondo olvido,
Te hallaste, como en lóbrego desierto,
Vivo en la Historia y en tu Patria muerto.

VI.

Aun puede recordar el pensamiento
Que con su vuelo audaz todo lo alcanza;
Aquellas horas de luchar violento,
De rencor, de bravura y de matanza.
Eras de tus soldados el aliento,
De redención del pueblo la esperanza,
Y orgullosos pasaban tus corceles
Entre vivas, y aplausos y laureles.

VII.

El lazo rojo en el erguido cuello
Símbolo de su causa redentora,
En tus ojos la fe como destello
Y en tu diestra la espada vencedora;
Bajo este patrio sol, ardiente y bello,
A México llegaste y la sonora
Voz del pueblo en tu torno repetía:
¡Héroe de Calpulálpam, Dios te guía!

VIII.

De augusta libertad el sol divino,
Bañó en luz el pendón de tus legiones;
Bajo palmas de triunfo en tu camino
Latieron los patriotas corazones:
Y cuando en Puebla te venció el Destino,
No de Francia los fieros batallones:
Presentaste, asombrando al extranjero,
Rotas las armas y el Honor entero.

IX.

Tú fuiste de los libres la muralla
En horas de dolor y luto llenas;
Tú, que joven los campos de batalla
Regaste con la sangre de tus venas.
¿Y después....? ¡ay! de sentimiento estalla
El corazón, al comprender tus penas,
¡Oh amarga y torpe ingratitud del hombre!
¡Nadie en el triunfo pronunció tu nombre!

X.

Allá.... muy lejos.... pueblo hospitalario
De patriotismo y de virtudes foco,
Te acogió como á nuevo Belisario,
¡Ay! y aquí, tu valer teniendo en poco,
Olvidaron al héroe solitario
Y la calumnia te llamaba loco.
¡Cuán profundo dolor habrás sufrido
Loco de decepción, loco de olvido!

XI.

No, no fué de la patria el golpe rudo
Que te dejó en las sombras sepultado,

La patria es madre, y cuando hablarte pudo
Te dijo: « Vuelve á mí, noble soldado,
Despierta gladiador, ven con tu escud
Que ninguno venció ni está manchado ».
Y al oir de su voz el eco cierto
De gratitud y de emoción has muerto.

XII.

Miradle allí.... la Patria entristecida
Llora en la cripta que su cuerpo encierra,
Tiene su frente de laurel ceñida
Y si ya no veremos en la tierra,
En sus ojos el fuego de la vida,
Ni en sus manos el rayo de la guerra;
Su nombre alumbra con eterno rayo
El sol de Zaragoza, el sol de Mayo.

XIII.

Héroe, descansa en paz, los que podemos
Juzgarte sin envidia ni rencores,
Siempre cual hoy, tu gloria cantaremos;
Y siendo de tu ejemplo imitadores,
Con honra y con valor defenderemos
La fe de tus principios redentores,
¡Siempre, jóvenes hoy, mañana ancianos,
Sostendrán tus banderas nuestras manos.

XIV.

Duerme el eterno sueño, has merecido
Bien de la Patria por tus grandes hechos;
Al borde de tu fosa hemos venido
Jurando defender nuestros derechos;
Tus glorias nunca empañará el olvido,
Y siempre habrán de verte nuestros pechos:
¡Vivo en la historia, en el sepulcro inerme!
¡Héroe de Calpulálpam, duerme.... duerme...!

México, Abril 1° de 1881.

EN MEMORIA DEL GENERAL CARLOS PACHECO

¡Oh vida! ¡combate humano!
Tus adalides ¿qué son?
Deleznable encarnación
De polvo frágil y vano.
¿Quién profundiza el arcano
Do tus destinos están?
La fe, la gloria, el afán
Que con la esperanza juegan,
De un obscuro abismo llegan
Y á un obscuro abismo van.

Revuelto y profundo río
Donde el viento desbarata
Los aljófares de plata
Que le regala el Estío;
Légamo inmenso y sombrío,
¿Qué fueras sin la memoria,
Sin la verdad, sin la gloria
Que con el olvido en guerra,
A los muertos de la tierra
Los resucita en la Historia?

Ya el talento, ya el trabajo,
Inmortal recuerdo deja;
Noble se llama á la abeja
Y vil al escarabajo.
Del gañán que hienda el tajo
Al sabio que absorto lea,
No hay labor que útil no sea
Y que el hombre no bendiga:
El gañán busca la espiga
Y el sabio busca la idea.

No todo muere ni pasa,
Que no todo es polvo leve,
Si el sepulcro torna nieve
El fuego que nos abrasa;
Si todo la muerte arrasa
Y lo lleva al ataúd....
¿Quién por el terrible alud
Rodar ha visto el Honor,

El Genio, la Fe, el Valor,
La Bondad y la Virtud?

Sin los nobles ideales
De un dulce romanticismo,
¿Qué hicieran frente al abismo
De la muerte, los mortales?
¿Todos seremos iguales
Al morir? ¡Vana impostura!
Aun en tosca sepultura
Quien vale al olvido humilla,
Que más el cocuyo brilla
Si la noche es más obscura!

Estudiad á los cautivos
Del mundo, sabios expertos,
Y encontraréis vivos muertos,
Y muertos que siguen vivos.
Los robles del monte, altivos
Desdeñan la tempestad,
Con la misma magestad
Que á un sér superior conviene;
Y así como el monte, tiene
Sus robles la humanidad.

Nacer en modesta cuna
Y en apacible pobreza,
Sin señuelos de nobleza
Ni mimos de la fortuna;
Domeñar una tras una
Amargas contrariedades,
Y ante añejas sociedades,
Con suerte dura y contraria,
Ser como la procelaria,
Hijo de las tempestades.

Ser un gladiador romano
En los campos de batalla;
Entregar á la metralla
Despojos del cuerpo humano;
Sangrando, sin pie, sin mano,
Buscarse extraña andadera
Y trepar á la trinchera
Con medieval hidalguía,
Vitoreando en agonía
Su caudillo y su bandera!

Vivir triste y mutilado
En constante actividad,
Con la extraña dualidad
Del apóstol y el soldado;
De nuevo lanzarse osado
Por su causa á combatir,
Hallar la meta, subir,
Y firme con la fe ilesa,
Darle cauce á toda empresa
De gloria y de porvenir....

Ser un Bayardo en lealtad,
Ser un Cid en el valor,
Un pródigo en el favor
Y un estóico en la verdad.
Ser prócer en la ciudad,
Gladiador en la campaña,
Cazador en la montaña,
En todo, soplo que agita,
Y un labrador eremita
Muriendo en una cabaña!

Tal admiré y comprendí
La labor inteligente
Del héroe humilde y ausente
Que recordamos aquí.
Jamás honrado me ví
Con el renombre mundano
De «su amigo» ó de «su hermano».
Muerto, aun vierte sus reflejos,
Y hoy que está lejos, muy lejos,
Busco en la sombra su mano!

Ausente: juzgue la Historia
Tus obras; yo sé que son
Hijas de noble ambición
De dar á tu patria gloria.
A tu fosa mortuoria
Basta un emblema viril:
Que allí corone el buril
Tu frente limpia y altiva
Con la fresca siempreviva
Que fecunda el sol de Abril.

México, Septiembre 26 de 1892.

Á LOS ALUMNOS DEL COLEGIO MILITAR

EN LA DISTRIBUCIÓN DE PREMIOS DEL 29 DE NOVIEMBRE DE 1891

¿Por qué en toda ocasión me halláis dispuesto
Entre vosotros á tañer el arpa
Y cantar vuestros méritos, seguro
De que acojéis, benignos, mis palabras?

Porque sois, á mis ojos, la más cierta
Encarnación viril de una esperanza;
Los predilectos hijos en que afirma
Su fe en el porvenir, la madre Patria!

Yo os hablo desde tiempos venturosos
En que lo mismo que soñáis, soñaba;
Cuando aún eran capullos esas flores
Que un aire helado marchitó en el alma.

Hay un íntimo culto en cada pecho
Que se alimenta con eterna llama
Y que la negra decepción no extingue
Ni el tiempo borra ni la edad apaga.

El culto por la tierra en que nacimos,
Tierra que tantos héroes consagraran
Y á costa de dolores y amarguras
Por bravos adalides libertada!

¿Qué fué de su grandeza primitiva?
¿Dónde está el esplendor de sus monarcas?
¿Qué nos dice este bosque de sus glorias?
¿Qué nos cuenta ese sol de sus hazañas?

Preguntad á los viejos ahuehuetes
De verdes hojas y guedejas blancas,
Pues ellos pueden descifrar los signos
Que en toscas piedras nos legó su raza.

Preguntad á los «cactus» espinosos
Que pueblan las llanuras solitarias
O á los azules lagos que en un tiempo
Ondularon besando sus piraguas.

Cayó el guerrero intrépido que vive
Cual semi-diós en la broncínea estatua
Y que aún parece irradia su semblante
La luz de gloria del antiguo Anahuac.

El espíritu heróico de ese atleta
Quedó errando en su tierra infortunada
Y aconsejó en la sombra á los primeros
Que desafiaron el poder de España.

Cruzó á la par que satisfecho triste,
Sobre el cadalso augusto de Chihuahua
Y se cirnió cual águila orgulloso
Viendo á Morelos combatir en Cuautla.

Acompañó hasta lo último á los bravos
Que no tuvieron en la lucha santa
Más recompensa que ominosa muerte
Ni más afán que libertar la patria.

La columna de fuego que á los hijos
Amados de Israél á Sión guiara
No fué más que el espíritu gigante
Del indio rey que enalteció su raza.

Por los aires vagando infundió aliento
Al caudillo del Sur en las montañas,
Y recogió los últimos suspiros
Lanzados en los campos de batalla.

Dió un ósculo en la frente á los guerreros
Cuando la gloria coronó su causa
Y á su tierra natal volvió posado
En la nueva bandera de la patria.

Surgió otra vez cuando invasor odioso
El bosque azteca con sus pies hollara
Y estuvo al lado de los héroes—niños
Que aquí murieron asombrando á Esparta.

Fué ese espíritu el noble compañero
De un hijo de su génio y de su raza,
Que en el desierto se mantuvo errante
Dando á la ley su corazón por arca.

Y ese espíritu aún vaga en estos sitios,
Cruza en la soledad por estas ramas
Y os mira con amor cuando la aurora
Enhebra perlas y diamantes cuaja.

Baja al bosque en los rayos de la luna
Que argenta las paredes de este alcázar,
De magestad reviste á los volcanes
Que se yerguen cual mudas atalayas
Y os habla con la voz de los zenzontles:
¡Alados bardos que escuchó el Anahuac!

¿Qué puedo yo deciros cuando él sabe
Comprender como nadie vuestras ánsias,
Coronar con sus mantos vuestros sueños
Vestir de luz las dulces esperanzas
Y besar con orgullo vuestras frentes
Cuando en el brazo sustentáis el arma?

¿No sentís que se cierne jubiloso
En esta fiesta noble y consagrada?
¿No sabéis que él aplaude la victoria
Que logran el talento y la constancia?

Imitad su entereza y su bravura,
Como él abrid para lo grande el alma,
Y seréis en la tierra y en la historia
Orgullo y regocijo de la patria.

29 de Noviembre de 1891.

Á VICENTE RIVA PALACIO

DESPUÉS DE SU PRISIÓN; EN DÍAS PRÓSPEROS.

Si adversa suerte con el genio impía
Quiere empañar tu nombre esclarecido,
Y tornas á tus libros y á tu olvido
En celda estrecha de prisión sombría,

Volverá entonces la palabra mía
A hablarte de esperanzas al oído
Y tornaré á venir como he venido
A compartir tus penas cada día.

Las golondrinas cantan á la aurora
Tú lo has dicho ¿recuerdas? si anochece
Tiembla y huye la turba aduladora.

Hoy que á cantarte van porque amanece
Dale un recuerdo al que padece y llora
Con el preso que llora y que padece!

1885.

EL GENERAL RAMÓN CORONA

Á LA DISTINGUIDA SEÑORA MARIA-ANA MAC ENTEE,
VIUDA DE CORONA

Con la varonil belleza
De un joven soldado griego,
Dulce y franco en el lenguaje
Y en el carácter enérgico;
Alzándose con las alas
Del trabajo y del talento,
Y sin tener más blasones
Que su valor y sus méritos;
Ramón Corona era un hombre
De los que admiran los pueblos,
Porque cruzan por la tierra
Tan sólo de tiempo en tiempo.
Nació en honrada pobreza,
Y desde su albor primero
Con su personal trabajo
Ganó renombre y sustento.
Entró al campo de batalla
Desde sus años más tiernos
Y por sus costumbres puras,
Por su carácter discreto,
Por su valor sin medida,
Y su actividad sin término,
El lugar más prominente,
El más distinguido puesto,
Lo conquistó con aplauso
De contrarios y de adeptos.

Era, al mirarle á caballo,
Por lo arrogante y lo diestro,
Rival del gaucho más ágil
De cuantos las pampas vieron
Y en las horas de peligro
Era un adalid de hierro,
Al que nunca rindió el brazo

Ni la fatiga ni el sueño.
Los franceses le temían
De tal suerte, que pusieron
Por una ley ominosa,
Su noble cabeza á precio.
Pero en *Villa Unión, Copala,*
Agua-zarca, Palos prietos,
El Espinazo del Diablo,
El colorado, Siqueros,
Veranos, Concordia, Vidamo
Y otros gloriosos encuentros,
Les probó con su bravura
Y con su heróico denuedo
Que cuando invaden la patria
Los más altivos ejércitos,
Bastan para defenderla
Algunos hijos del pueblo
Que por invencibles armas
Llevan la fe y el derecho.
En Jalisco y Sinaloa
Están vivos los recuerdos
Del joven héroe, que supo
Con inmortales ejemplos,
Alcanzar en nuestra historia
Un nombre limpio y eterno.

Refieren cuantos lo han visto,
Que en el sitio de Querétaro
Fué Corona el más humilde
A pesar de su alto puesto;
Y cuando en el *Cimatario*
A sus soldados vencieron,
Y se quedó triste y solo
En medio del campamento;
Al ver que llegaba Rocha
Con poderosos refuerzos,
Sin fijarse en su alto rango,
Se le presentó diciendo:
« Se han dispersado mis fuerzas,
« Estoy solo y aquí vengo
« *A batirme á vuestras órdenes,*
« *Y aquí no mando, obedezco* ».

Después de que fué vencida
La bandera del Imperio,

Era Corona en Jalisco
El brazo de su Gobierno.
  Alzóse en la sierra de Alica
Amenazante y siniestro,
Manuel Lozada, llamado
El tigre, porque sus hechos
Criminales y espantosos
Amedrentaban al pueblo.
Lozada, entre las abruptas
Montañas que lo nutrieron
Con sanguinarios instintos
Desde sus años más tiernos,
Era el feudal más salvaje
Que registran nuestros tiempos.
Dueño de vidas y haciendas,
Absoluto en sus decretos
Y rebelde y enemigo
De la autoridad de México,
Con diez mil indios armados
Tuvo á Jalisco en acecho
Y en setenta y tres intenta,
A principios de Febrero,
Hacer de Guadalajara
De sus venganzas el centro.
Corona con dos mil hombres
Veloz le sale al encuentro;
Acampa en la Mojonera
A resistirlo resuelto,
Y del reñido combate
En los instantes supremos,
Hallan que el parque está inútil
Los soldados del Gobierno;
Proyéctiles y saquetes
Estaban casi deshechos,
Y siendo la artillería
De salvarse el solo medio,
Frente á las chusmas compactas
Que ya no estaban muy lejos.
Corona, sin arredrarse,
Ordena á sus compañeros
Que recojan velozmente
Paños de sol y pañuelos
Y que al pie de los cañones
Fabriquen saquetes nuevos.

Obedecidas sus órdenes
Comienza el nutrido fuego,
Derrotan al enemigo
Que se dispersa en los cerros,
Dejando en su rauda fuga
Tupida alfombra de muertos
Y queda Jalisco en salvo
La paz torna á nuestro cielo,
Y el joven héroe conquista
Nuevas glorias ante el pueblo.

Algunos meses más tarde
Corona en hispano suelo,
Representa como pocos
El limpio nombre de México.
En España se le admira
Por su natural modesto,
Por ser amigo sin tacha
Y en el hogar un modelo,
Y porque busca ocasiones
Para estrechar los afectos
De dos pueblos que rebosan
En iguales sentimientos.
Vive ausente catorce años
Y al fin retorna, trayendo
El afán honrado y noble,
El santo y hermoso ensueño,
De ser en su amada patria
Un infatigable obrero,
Al conservar la paz firme,
Fuente de todo progreso.
Cuando pensaba dar cima
A cuanto forma su anhelo,
Y al Estado de Jalisco
Honraba con su Gobierno,
La mano de un asesino,
De un loco, á la virtud ciego,
Le da la muerte, ignorando
Su crímen infame y negro.
. . . .
. . . .

Dejad que envuelva mi lira
Eterno crespón de duelo,
Para llorar al patricio,

Al ciudadano, al guerrero,
Que no debió morir nunca,
Pues siempre fué por sus méritos
De aquellos hombres que infunden
Adoración á su pueblo,
Porque cruzan por la tierra
Tan sólo de tiempo en tiempo.

Marzo de 1893.

¡POR LOS RURALES!

IMPROVISACIÓN EN EL BANQUETE DE 3 DE MAYO DE 1891.

La voz mal, torpe el acento
De la «influenza» á la presión,
Pero sano el pensamiento
Y el espíritu contento
En esta franca reunión.

Brindo, cual siempre he brindado
Con plectro humilde y sincero,
Por el ranchero-soldado,
Que presenta uniformado
Vivo, á Nicolás Romero.

El cosaco mexicano
Que tiene en monte y pradera
Por cetro un lazo en la mano,
Por corona su jarano,
Trono en su silla vaquera.

Qué orgulloso se cimbréa
Cuando el caballo relincha
Si el rancho vecino otéa
Y ufano caracoléa
Haciendo crujir la cincha.

Por el ranchero sencillo
Cuya riqueza á mi ver
La forman un vaquerillo
Un jorongo del Saltillo,
Un rifle y una mujer.

Que en el palacio, en la choza,
De la tierra en la extensión,
Desde Marte á Zaragoza,
No hay quien no rinda á una moza
La espada y el corazón.

Brindo al que prefiere osado
Al « vol-au-vent » el elote,
Y al « Champagne » el « colorado »
Y al mejor faisán trufado
El « mole de guajolote ».

Al jazmín las amapolas,
Y en música es su ideal,
No Valkirias ni mamolas
Sino el wals « Sobre las olas »
Junto al Himno Nacional.

Por el que con frente ufana
Odia todo lo extranjero,
Y declara gente vana
Al que no echa una mangana
Ni luce en un herradero.

Por el que no halla en Europa
Semejante ni rival
En garbo, en usos y en ropa
Y que surge en nuestra tropa
Como tipo nacional.

Y por el hombre de honor
A cuyo augusto perfil
La gloria le da esplendor....
El caudillo vencedor
De Puebla en el dos de Abril.

Por su gloria y los fulgores
De su renombre inmortal
Y por sus timbres mejores;
Es decir, los tres colores
Del pabellón nacional.

¡POR LA INDEPENDENCIA!

Cuando hablo de la tierra donde he nacido,
Surgen sus grandes hechos en mi memoria;
Los héroes que sin mancha la han redimido;
Cada mártir sublime cada elegido,
Que en brazos de la muerte nació á la Gloria.

No son vanas ficciones ni frases huecas;
No es oropel mezquino ni lumbre fátua;
Yo sé bien que mis versos son hojas secas;
Pero al ver el más grande de los Aztecas,
De rodillas los pongo bajo su estatua.

Por Cuauhtemoc á Anahuac nadie desprecia
Y respeta sus glorias el mundo entero
Y no le asesta dardos la envidia necia;
Por un Homero vive la madre Grecia;
La madre Anahuac vive por un guerrero.

¡Ah! ¿por qué fué vencida la tierra indiana?
A la ley del progreso no hay quien resista;
Pudo más el mortero que la macana,
Y si todo lo vence la fe cristiana
Fué la Cruz la bandera de la conquista.

Allá el poder y el fausto que al trono abruma;
Aquí el desnudo atleta sobre el recinto;
Allá cotas de acero, y aquí de pluma;
Aquí el ánimo enfermo de Moctezuma
Y allá el brazo invencible de Carlos Quinto.

Venció á la raza indiana la raza ibera
Por una incontrastable ley de la historia;
La victoria fué grande y aun más lo fuera
Si no hubiera manchado con una hoguera
Cortés todos los fastos de aquella Gloria.

Tres siglos es España dueña y señora
De este suelo bendito, bello y fecundo;
Le da su fe y su lengua rica y sonora,
Y como nombre, el nombre que más adora,
El de « La nueva España del nuevo mundo ».

De dos viriles razas la sangre lleva,
La que puebla los feudos americanos,
En ella su patriotismo y su culto eleva,
Y nace con un grito la Patria nueva
¡La Patria que hoy tenemos los mexicanos!

Un anciano es el héroe, que sin el arte
De insignes capitanes, logra se agrupe
En su redor el pueblo, sin más baluarte
Que un valor sin ejemplo y un estandarte
Con nuestra indiana virgen de Guadalupe.

La virgen más humilde, la más morena,
Que siendo del Anahuac faro y consuelo
Alentaba á las tropas dulce y serena
Porque Ella era la madre paciente y buena
¡La Madre de los indios que está en el cielo!

Al ver ese estandarte libre se sueña
El pueblo que en él cifra todas sus luces;
La lucha más terrible pronto se empeña,
Hasta mirar flotando la santa enseña
Como un sol de victoria sobre las Cruces.

Muere Hidalgo y su senda sigue Morelos,
¡Descubrámonos todos, ante este nombre!
Cien victorias son premios de sus desvelos;
Era de aquellos seres que envian los cielos,
¡Un semidiós que encarna con forma de hombre!

Al cadalso le lleva la fé que entraña;
La muerte le conquista su genio austero;
Pero otro nuevo genio queda en campaña;
El águila indomable de la montaña;
El mártir de Cuilápam, el gran Guerrero!

Y cuando ya parece que abate el ala
El Angel que velara tiempos mejores,
Y que el postrer suspiro la Patria exhala,
Sol de la nueva aurora, surge en Iguala,
El lábaro bendito de tres colores!

El pabellón augusto; la sacra forma
Del honor y la dicha de los hogares,
Que de la patria libre la senda norma,
Porque es la Independencia y es la Reforma,
En las manos de Hidalgo y en las de Juárez.

El pabellón no visto pero soñado
Por aquellos guerreros pobres y ardientes
Que con ancho sombrero, lazo encarnado,
Un caballo, un mosquete, y un pecho honrado,
Llamamos en la historia « los Insurgentes ».

Honremos sus recuerdos en este día;
La paz que disfrutamos en su victoria;
Imitemos sus hechos y su hidalguía;
Ellos fueron tus padres ¡oh patria mía!
Morir por vernos libres formó su gloria.

Un grito como el eco de la conciencia,
Bajo el sol de Septiembre doquiera vibre;
Fraternidad, estudio, trabajo y ciencia,
Esto salva y mantiene la Independencia
De un pueblo como el nuestro, valiente y libre.

UN HÉROE DE SINALOA

(22 de Diciembre de 1864)

Á MI RESPETADO AMIGO EL GENERAL FRANCISCO CAÑEDO.

¡Cómo engaña la apariencia!
¡Cómo desmiente el aspecto!
¡Cómo se engaña el que juzga
El alma según el cuerpo!
El bravo Antonio Rosales
Era de exterior modesto,
De una estatura mediana,
De ojos claros y serenos;
Bigote negro y poblado,
Obscuro y lacio el cabello,
Las cejas juntas y espesas,
De hablar pausado y discreto.
Desde los tristes instantes
En que Juárez dejó á México,
Y junto con sus ministros
Llevó á San Luís el Gobierno,

Rosales fué á presentarse
Con afán al Ministerio,
Y pidió lo incorporasen
A los cuerpos del ejército
Que á batir al enemigo
Estuvieran ya dispuestos.
  Como era un desconocido,
Inspiró á todos recelo,
Y al punto le preguntaron
Su partido y sus proyectos.
— « Mi partido » — respondióles,
— « Lo ignoro, pues no lo tengo »,
« Yo no defiendo personas
« Sino á la patria y al pueblo,
« Y mi proyecto se cifra
« En lograr de mi Gobierno,
« Que á batir á los franceses
« A mí me mande el primero ».
Como nadie hiciera caso
A tan honrados deseos,
Quizás por otros asuntos
De más trascendencia y peso,
O también porque inspirase
Aquel hombre algún recelo;
Volvióse callado y triste
A vivir á extraño puerto,
Dejando para más tarde
Mirar su afán satisfecho.
  El sabio Ignacio Ramírez,
Aquel filósofo egregio
Que de Catón tuvo el alma
Y la lira de Tirtéo,
Cuando en Mazatlán anduvo
Mil amarguras sufriendo,
Conoció á Antonio Rosales,
Profundizó sus anhelos
Y orgulloso de tratarlo,
Escribió á Guillermo Prieto:
— « Ya encontré al hombre que puede
« Ser un héroe para el pueblo;
« Aguila que busca espacio
« Para remontar su vuelo;
« Ya verás, llegado el día,
« Si digo verdad ó miento ».

Diez meses después de dichos
Estos solemnes conceptos,
Cuando en Culiacán esperan
Al invasor extranjero,
Rosales á sus soldados
Los organiza en silencio
Y se queda á pocas leguas
Para encontrarlos dispuesto,
En el alegre y tranquilo
Pueblecillo de «San Pedro.
Cerca de trescientos hombres
Con escasos elementos,
Resisten al rudo empuje
Del invasor altanero,
Que con fuerzas imperiales
Ataca con gran denuedo.
Rosales, con una audacia
Propia de tales momentos,
Después de emboscar dos piezas
Y reservar en el centro
Cien hombres, se lanza osado
Al enemigo embistiendo
Con una pequeña escolta
Que combate cuerpo á cuerpo.
Los invasores lo envuelven
Y juzgan el triunfo cierto,
A punto que por los flancos
Los hiere el compacto fuego
De los infantes, que estaban
Emboscados en el pueblo.
Pocas horas de combate
Dan á Rosales el éxito;
El enemigo le deja
Cerca de cien prisioneros
Con Gazielle, el comandante,
Y ocho oficiales apuestos.
Sobre el campo se miraban
Los heridos y los muertos,
Banderas, parque, medallas
Y cañones y trofeos.
Un argelino acercóse
A Rosales, todo trémulo,
Y quiso besar su mano,
Pero el jefe sonriendo

Le contestó — « No acostumbran
Los hombres besarse en México ».
Un jefe de tiradores
Llorando, de rabia ciego,
Se niega á entregar su espada
Que se la pide un sargento,
Pero Rosales le dice:
« Dadla, sóis mi prisionero »
Y entonces, Gazielle, la suya
Dar quiere al bravo guerrero
Quien le dice — « Vos sóis digno
De conservarla en su puesto ».
No hay palabras que describan
La nobleza y el respeto
Que usó Rosales con todos
Sus vencidos prisioneros.
Ningún acto de violencia,
Ningún rencor, ningún hecho
Que revelase venganza,
Envidia, crueldad ó celo.
Rosales se mostró grande,
Justo, generoso y bueno
Y dió gloria al libre Estado
Que adora su nombre excelso
Eternizando en la historia
La batalla de San Pedro.

Marzo de 1893.

¡FUEGO, SEÑOR!

BATALLA DE LOS REYES.—20 DE FEBRERO DE 1865

Á EDUARDO RUIZ.

Carlos Salazar, el héroe
Por nuestra patria llorado,
El mártir que tanta gloria
Dió á su causa en el cadalso;
Con mil cuatrocientos hombres
Obedientes á su mando,
Va de Uruápam á Jalisco,
Pues en el Sur de ese Estado
Están las tropas que intentan
Dar á Colima un asalto.

Después de largas fatigas,
Ya Teocuitatlán mirando,
Se detiene y manda al pueblo
Un correo extraordinario,
Pidiéndole á Guadarrama
Que auxiliara á sus soldados.
No le dan respuesta alguna,
Y ante tan gran desengaño
Entra al pueblo con su tropa
Y se encuentra de contrarios
A Guadarrama y los suyos,
Que dan aviso en el acto
A la guarnición francesa,
Pues ya tienen de aliados
En Zapotlán y Sayula
A imperialistas y zuavos.
En vista de tal suceso,
El jefe republicano
Contramarcha sin fijarse
En los terribles trabajos
Que les esperan á todos
Sus valerosos soldados.

Sobre las agudas crestas
De las abruptas montañas
Que la neblina corona
En la región azulada;
Salvando los ventisqueros
Y las profundas barrancas,
Y por los negros abismos
Cruzando como las águilas;
Encendiendo por las noches
Ocotes, para la marcha;
Durmiendo sobre las rocas,
Marchando sobre las zarzas,
Comiendo secas raíces
Si el fruto silvestre falta;
Con rostros ennegrecidos
Por el sol que los abrasa,
Y señalando su paso
Con la sangre de sus plantas,
Van caminando las tropas
Que el bravo Salazar manda,
Hasta llegar á una Villa
Que «de los Reyes» se llama,
Donde tras tanto martirio
Pobres y enfermos descansan.

Apenas la nueva aurora
Su limpio fulgor derrama,
Los soldados liberales
Salen á buscar con ansia
Las frescas ondas del río
Que cruza aquella comarca.
Carlos Salazar, en tanto
Por la margen de esmeralda
En su caballo «El Recuerdo»
Vigilando á todos vaga.
De súbito los soldados
Oyen tocar *generala;*
Se asombran, pues los cornetas
También están en el agua,
Y todos, á un solo impulso,
Desnudos á tierra saltan.
Ven á su jefe que ha dado
Él mismo el toque de alarma,
Al divisar la columna



Carro alegórico arreglado por el Regidor Don Guillermo Valleto para traer la Campana desde la ciudadela al Palacio Nacional de México, sobre cuyo balcón principal existe ahora, El cañón que se ve en el carro perteneció al Benemérito Cura Hidalgo.

Aproximándose rápida
De imperiales y franceses
Que por «San Gabriel» avanza,
Y que ya de sus clarines
Se escucha el toque de carga.

Un bosque de platanares
Es el muro que separa
A patriotas é invasores
Que van á medir sus armas.
Sorpréndense los franceses
Cuando al fijar sus miradas,
Encuentran que están desnudos
Los que les cortan la marcha.
Trábase el combate fiero,
Comienza al fin la batalla,
Y en medio de tanto estruendo,
Con magestad se destaca
De Salazar, la sonora
Imponente voz que manda
Al oficial de artilleros
Con sus sabidas palabras:
«Fuego, Señor; fuego, fuego.»
Ve la pieza abandonada
Y llega él mismo y rabioso
Con sus manos la dispara.
Al oír el estampido
Los soldados se entusiasman
Y al enemigo arremeten
Con bayoneta calada.
Difunden así el espanto,
Rompen las líneas compactas,
Siembran el campo de muertos,
Y el triunfo completo alcanzan.
Queda entre los prisioneros
Banderbáe, que allí mandaba
A los zuavos, y á quien dejan
Libre, bajo su palabra
De nunca, en lo de adelante
Volver á entrar en campaña.
También el segundo en jefe
De la legión mexicana,
Que en defensa del Imperio
Tomó parte en la batalla,

Quedó como prisionero
Y sus tropas dispersadas
Lo abandonaron, dejando
Muchos muertos en la marcha.

En acción tan memorable,
Salazar solo contaba
Con unos seiscientos hombres
Sin recursos y sin armas;
Excediéndole en el número,
Y en favorables ventajas
Los aguerridos contrarios
Que de sorpresa le atacan.
Conseguida la victoria,
Salazar á nadie mata,
Y cuando llega el momento
De emprender violenta marcha,
Deja á aquellos prisioneros
Sin más juez que su palabra,
Que más tarde desconocen,
Y con De Potier se lanzan
Con Banderbáe persiguiendo
Al que la vida les salva.

Al héroe invicto y modesto
Que con desnudos luchaba,
« *Fuego, Señor* », repitiendo
En medio de la batalla
Y que perdonó clemente
A cuantos tuvo á sus plantas;
Algunos meses más tarde
De aquella heróica jornada,
Cayó entre los enemigos
Prisionero y en desgracia,
Y en pago de su nobleza
Lo fusilan en Uruápam,
Para mengua de la historia,
Para baldón de sus armas
Y para enlutar ¡infames!
La bandera de la patria

Marzo de 1893.

AL MAESTRO
IGNACIO M. ALTAMIRANO

En la velada que le consagró
la Sociedad Mexicana de GEOGRAFIA y ESTADISTICA
el 9 de Marzo de 1893

Si alguien se mofare aquí
Al mirar que un hombre llora,
Bien puede hacer desde ahora
Sangrienta irrisión de mí.
Maestro, pensando en tí,
¿Qué puede expresar mi canto?
Cuando el alma duele tanto,
La pena á los ojos sube,
Busca espacio, forma nube,
Se deshace y llueve llanto.

—

No es femenil cobardía
Ni apocamiento y temor,
Es que retoña el dolor
Profundo del alma mía.
¡Oh existencia! ¡oh breve día!
¿Quién de tí se ha de engreír?
Son el nacer y el morir
Limpio oriente, negro ocaso,
Distantes tan solo un paso
Que á nadie es dado medir.

—

Fué tu nativa heredad
Una choza sin fortuna;
Allí velaron tu cuna
El olvido y la humildad.
Del monte la soledad
Esconde aún tu cabaña....
¿A quién tu origen extraña,
Si es natural condición
Que el águila y el león
Tengan nido en la montaña?

—

Fué tu aprendizaje rudo
Bañado en llanto salobre;
Amaste al desnudo, al pobre,
Por nacer pobre y desnudo.
En tí mismo hallaste escudo
Del mundo ante la amenaza,
Surges, te elevas y traza
Tu vuelo, con luz de Gloria,
Sobre el cielo de la Historia
La vía láctea de tu raza!

—

Fuiste en las luchas atleta,
En las rostras orador,
En la arena gladiador,
En el Parnaso poeta.
Fué tu elocuencia saeta,
Ariete, escudo y muralla;
Tu Genio todo avasalla
Y es lema de tu virtud:
«Donde está la juventud
Está el campo de batalla».

—

Luchaste tanto por ella
Que no sabe entristecida
Si al apagarse tu vida
Se habrá apagado su estrella.
En vano busca tu huella
Sobre el mar que el viento riza;
Te invoca, te diviniza,
Con amor filial y santo
Y quiere regar con llanto
Tu veneranda ceniza.

—

¡Oh Maestro! ¡qué sombría
Y qué intensa es su amargura!
Eras su gloria más pura,
Su bienhechor y su guía.
De tus labios recibía
El consejo limpio y sano
Que al soltarla de tu mano
Y dar libre el paso rudo,
Lleva por arma y escudo
En este combate humano

—

Halló en tí lealtad, nobleza,
Ciencia, honradez, heroísmo,
Abnegación, patriotismo,
Desinterés y grandeza.
Yergue altiva tu cabeza
En la negra eternidad;
Tú llevas la claridad
Que las tinieblas colora:
¡Hijo de la eterna aurora!
Entra en la inmortalidad.

—

Hombres cual tú no perecen
Ni el olvido los arrasa,
En cada instante que pasa
Más deslumbran y más crecen.
Tus obras nos envanecen;
Veneramos tu memoria,
Y al verte entrar en la Historia
Honrando tu patrio suelo,
Están repicando á vuelo
En el templo de la Gloria.

—

Ya venció quien luchó tanto,
Pero en él los ojos fijos
Inconsolables sus hijos
Visten luto y vierten llanto.
Es un lamento, no un canto
Lo que expresa su aflicción;
Su paternal bendición
Imploran puestos de hinojos,
Que está «lejos de los ojos
Y cerca del corazón».

LOS PEONES DE LA MOTA

Á MI BUEN AMIGO EL GENERAL JOSÉ MONTESINOS

Cuando al fin se rindió Puebla
Después de rudas campañas,
Y nuestro valiente ejército
Destrozó todas sus armas,
Guardando tan sólo ilesos
Su honor y sus esperanzas;
Con inmensas precauciones
Se deportaron á Francia
Muchos jefes y oficiales
Que al invasor estorbaban.

Se puede escribir con sangre
La historia de las desgracias
Que sufrió en largo camino
Esa legión mexicana.
Fueron desde Puebla al puerto
Como ilotas, como párias;
Sin alimentos ni abrigos,
Haciendo á pie las jornadas

Metiéronlos en los buques
Como si fueran en *trata,*
Durmiendo sobre cubierta,
Expuestos al sol y al agua,
Y comiendo muchas veces
Galletas agusanadas,
Restos de las que las tropas
A Sebastopol llevaran.

Era de ver á los bravos
Cuyas frentes ostentaban
Las huellas de cien combates
Gloriosos para la patria,
Erguirse allí más que nunca,
Mudos como unas estátuas,
Con altivéz soportando
Humillación tan nefanda.

Ellos que en la heróica Puebla
Con Zaragoza triunfaran,
Y que pocos meses antes
Invencibles les llamaban
Porfirio Díaz y Patoni,
Ghilardi, Negrete y Auza;
De pie sobre la cubierta
Sintieron brotar sus lágrimas,
Cuando al levantar los ojos
Hácia la extensión lejana,
Se les borró para siempre
El Pico del Orizaba.

En Francia los repartieron
Para distintas comarcas,
Exigiéndoles á todos
Bajo su honrada palabra,
No abandonar esos puntos
Mientras no se les mandara.
Trascurridos muchos meses
Sufriendo horribles desgracias,
Se les ofreció volverles
Su libertad y su patria,
Si juraban no hacer nunca
Contra los franceses armas.

Condición tan humillante
Fué á cada cual presentada
Por sorpresa, á un tiempo mismo,
Con la ilusoria esperanza
De que todos la admitieran
En tan tristes circunstancias.
Ciento trece se negaron
A suscribir tal demanda,
Y en vista de su entereza
Se les dejó en tierra extraña,
Sin ningunos elementos,
Para aumentar sus desgracias.

En horas tan angustiosas,
Mientras con dolor y rabia
Ven que á la tierra nativa
Los juramentados marchan,
Los que quedan, se proponen
Sintiendo oprimida el alma,

Con su personal trabajo
Ganarse la vida honrada,
Y un grupo parte contento
A una tierra hospitalaria,
Que tiene su fé y su lengua,
A la generosa España,
De la cual, de pronto elijen
Las Provincias Vascongadas.

—

Entre las revueltas ondas
De un golfo de azul y plata,
Como reina del Océano,
«San Sebastián» se adelanta,
Semejando ante el viajero
Inmensa gaviota blanca,
Que en los movibles cristales
Su limpio plumaje baña.

No hay playa tan pintoresca
Como aquella extensa playa,
Do el *tamboril* y el *zortzico*
Pueblan de notas las auras.
Tierra de los robredales,
Región heróica y sagrada,
Que riegan de *sagardúa*
Las simbólicas manzanas.

Región de hechiceros valles
Que los trigales esmaltan,
Y donde pintados pájaros
A la libertad ensalzan.

Quiero que mi canto llene
Tus horizontes sin mancha,
Que flote entre las neblinas
Que coronan tus montañas;
Que se mezcle á los rumores
De tus vistosas cascadas,
Y que perturbe el silencio
De tus campos, donde vaga
El melódico cencerro
De tus ubérrimas vacas.

Porque te lleva mi canto
La gratitud de las almas,

Por haber sido tan noble
Acogiendo hospitalaria
A los soldados proscritos
De mi idolatrada patria,
Dándoles hogar, trabajo,
Amparo y amistad santa.

¡Oh San Sebastián! ¡oh perla
De la región Vascongada!
Por tus calles y jardines,
Por tus parques y tus plazas
Llevan mis versos un eco
De gratitud mexicana,
Y acójelo, como todo
Lo noble que va á tus playas.

—

Por la vistosa ladera
Del monte que *Urgull* se llama,
Los oficiales proscritos
Van subiendo una mañana,
Y al castillo de la *Mola*
Silenciosos se adelantan.
Buscan al jefe que tiene
Las obras encomendadas,
Y que si mal no recuerdo
Era el Coronel Esparza.

Al mirarlo, *Montesinos*
Le dirige estas palabras:
—«Todos somos oficiales
«De las tropas mexicanas
«Que combatieron sin tregua
«La injusta invasión de Francia
«Y que ya rendida Puebla,
«Después de romper las armas,
«Nos trajeron deportados
«Y por larga temporada
«Nos han sometido á todas
«Las pruebas de la desgracia.
«Por condición nos pusieron
«Para volver á la patria,
«Reconocer al imperio
«Y nunca tomar las armas.
«Al rechazar tal propuesta,
«Quedamos en tierra extraña,

« Sin la limosna humillante
« Que como sueldo nos daban,
« Y hemos venido resueltos,
« A la generosa España,
« A buscar con el trabajo
« Una subsistencia honrada.
« Recibidnos de albañiles,
« Pues las fuerzas no nos faltan,
« Y podemos cargar piedras
« Los que cargamos espadas.
« Solo trabajo y salario
« Los que aquí véis, os demandan,
« Y por ello os anticipan
« Señor Coronel, las gracias ».

Con lágrimas en los ojos
Repuso al instante Esparza:
« Contad todos con trabajo,
« Que la obra es grande y ya larga;
« Una condición impongo,
« Que no ha de ser rechazada:
« Que los nuevos albañiles,
« Que vienen á honrar su patria,
« Dando á la vez un ejemplo
« Al mundo entero y á España,
« Han de comer en mi mesa
« Y han de dormir en mi casa ».

Y desde aquellos instantes
Con la pica y con la pala
Se ganaron el sustento,
Y aliviaron su desgracia,
Los que más tarde tornaron
Para defender su causa,
Y para salvar con Juárez
La bandera de la patria.

Y cuentan que las más bellas
Y alegres Guipuscoanas,
Mientras vieron trabajando
A aquellas gentes honradas,
Cuando entraban y salían,
Por la tarde y la mañana,
Con sonoros tamboriles
Al pasar los saludaban,

Echando á su paso flores
Por ellas mismas cortadas.

El castillo de la Mota
Aún conserva en su muralla,
En las trabas esculpido
Con menudas piedras blancas,
Nombres y fechas que forman
En la historia de mi patria
La prueba más elocuente
De honradez y de constancia
De sus soldados proscritos
En épocas muy aciagas.

Marzo de 1898.

EL GENERAL JOSÉ M.ª PATONI

(13 de Marzo de 1863)

Tras las reñidas acciones
Que se libraron en Puebla
Por los hijos de Toluca,
Monterrey y Zacatecas,
De Veracruz y Oaxaca,
Michoacán y la Frontera
Y de todos los Estados
Que de la patria en defensa
Se afanan por distinguirse
En libertar su bandera;
Acalláronse los fuegos
Por una especie de tregua,
Hasta que el *trece de Marzo*
El cañón francés resuena
Amagando con sus tiros
Nuestras rudas fortalezas.

A los primeros disparos,
Junto á González Ortega
Llega el General Patoni,

Y pide que le conceda
Salir en esos momentos
De la línea de defensa,
Y reconocer el campo
Do el enemigo se encuentra.
Se le concede el permiso;
Patoni al punto se aleja
Con las tropas de Durango
Y Chihuahua, hasta que llega
A tocar de los franceses
Las más cercanas trincheras.
Al mirarlo, el enemigo
Ardiendo en cólera inmensa,
Con una lluvia de balas
A sus soldados anega.
Los nuestros no retroceden,
Con más bravura pelean,
Y aunque sus compactas filas
El invasor pronto diezma,
Tras de montones de muertos
Audaces se parapetan,
Entusiasmados mirando
Que Patoni á la cabeza,
Estudia las posiciones,
Mide las contrarias fuerzas,
A las cuales desaloja
De sus mismas paralelas,
Y cuando ya ha terminado
La misión que allí lo lleva,
Vuelve alegre y satisfecho
Con los pocos que le quedan,
Y entre gritos de entusiasmo
Entra en la ciudad de Puebla.

Fué un alarde de bravura,
Un arranque de fe ciega,
Con el cual nuestros soldados
Conquistaron gloria eterna.
Patoni que los condujo
Y en la lucha los alienta,
Era un soldado arrogante,
De poblada barba negra,
De ojos brillantes y vivos,
De distinguidas maneras;

En el vestir elegante,
Erudito en la elocuencia,
En el estrado una dama
Y en el combate una fiera.

Después de ese triunfo hermoso
Que le dió renombre en Puebla,
Cuando el Imperio domina
Con extrañas bayonetas,
De Cuauhtemoc y de Juárez
La rica y heróica tierra,
Fué Patoni á Sinaloa,
Y allí en «*El Fuerte*», renueva
Sus ejemplos de bravura,
Pues con muy escasas fuerzas,
A franceses é imperiales
Con su limpia espada ahuyenta.

Héroe que cruzaste el mundo
Como fugitiva estrella,
Siempre envolviendo tus rayos
Con tu natural modestia,
Si tan solo sinsabores
Hallaste sobre la tierra,
Y si al morir perdonaste
Toda herida y toda ofensa,
En el altar de la historia
Donde sin mancha te elevas,
Los que conocen tus hechos
Con el alma te veneran,
Y á la vez que ante sus hijos
Como un ejemplo te muestr
Cubren con palmas y lauros
Tu martirio y tu grandeza.

Marzo de 1893.

INDUSTRIA Y ARTE

(Composición leida en la inauguración de los talleres de la Escuela Correccional de Artes y Oficios)

¿Qué son la industria y el arte?
Veneros de la riqueza,
Rayos de gloria y grandeza
Que el sol del siglo reparte.
¿Con qué voz he de cantarte,
Luminosa edad presente,
Si en tu trono omnipotente
Tienes, mostrando tus galas,
A la palabra con alas,
Y al rayo, esclavo obediente?

Siglo de luz, siglo mío,
Ha puesto tu altiva mano
Cadenas al Océano
Pero nunca al albedrío.
Quien niegue, torpe ó impío
Tu fé, tu vigor, tu aliento,
Que en mar, tierra y firmamento
Busque si yace olvidado
Algo que no haya explorado
El humano pensamiento.

De la ciencia en las batallas
Error y maldad sepultas;
Ninguna verdad ocultas,
Ninguna conquista callas,
No reconoces murallas
Que limiten tu deseo,
Y no eres, siglo, el pigmeo
Que el saber teniendo en poco
A Colón llamaba loco
Y blasfemo á Galileo.

Has logrado sobre el suelo
Con legítima arrogancia,
Suprimir tiempo y distancia
En vertiginoso vuelo.
Pintas con la luz del cielo

Cuanto tu capricho ansía,
Y en la noche, antes sombría,
Tu ciencia por arreboles
Ha puesto eléctricos soles
Que causan rubor al día.

Tienes como voz sonora
En tu poder infinito
El no sofocado grito
De la audaz locomotora.
Todo tu mirada explora;
Cielo y mar surcas lo mismo,
Y hasta en el oscuro abismo
Puedes el rayo llevar
Y en sus antros provocar
La erupción ó el cataclismo.

Un génio que á solas labra
Un mundo con sus inventos,
Aprisiona los acentos
Fugaces de la palabra.
Quien la augusta cárcel abra
Ame al génio que logró
Dar vida á lo que brotó
De labios que al quedar yertos
Aun pueda escucharlos, muertos,
Quien vivos los escuchó.

¡Oh conquistas victoriosas
De esta edad! mi frase oscura
Se baña en la lumbre pura
Que verteis esplendorosas.
No con mirtos ni con rosas
Ceñís vuestra magestad;
Os corona la verdad,
La ciencia os escuda el pecho,
Teneis por arma el derecho,
Por alma: la libertad.

Siglo que abates tiranos,
Que extingues añejos males,
Que á todos miras iguales,
Que á todos haces hermanos;
En tus vuelos soberanos
Sólo tú puedes cambiar
Con tu influjo singular,

Que todo entraña y concilia,
La humanidad en familia,
Y el Universo en hogar.

Y tú, Pátria, dulce nido
Por mi corazón amado,
Tú, la de heróico pasado,
La de porvenir florido,
¿No sientes enardecido
El pecho de gratitud?
Es en tus hijos virtud
Dar con la luz de la ciencia
Nueva faz, nueva existencia,
A la abyecta juventud.

Aquí, donde ayer se alzaron
En triste y fúnebre coro
Junto al órgano sonoro
Salmos que paz imploraron;
Aquí, donde se juntaron
En republicana grey
A dar la primera ley
De libertad á este suelo
Los que con sublime anhelo
Gritaron: el pueblo es rey;

Hoy se alza con grande amor
Un templo augusto y grandioso
Que abre un porvenir hermoso
Al pueblo trabajador.
Venid aquí sin temor,
Obreros nobles y ardientes;
Aquí encontraréis fervientes,
Libres de amargas vigilias,
Pan para vuestras familias,
Lauros para vuestras frentes.

De nuestro siglo á la faz,
Del taller á los rumores,
No existen triunfos mejores
Que los triunfos de la paz.
¿Podrá un rencor pertinaz
Destruír la obra comenzada?
¡No! ¡Jámas! á esta morada
Vienen de trabajo en pos
Nuestros obreros, y Dios
La vela con su mirada.

Y tú, juventud, que esperas
En tu más noble ambición
Ver cómo á tu corazón
Trabajando regeneras;
No dejes las verdaderas
Leyes que son tu sostén,
Y no mires con desdén
Lo que por tu bien han hecho
Los que velan tu derecho,
Los que te inducen al bien.

En nuestro siglo, el obrero
Es la virtud, la nobleza,
El orgullo, la grandeza,
El poder más duradero.
El no utiliza el acero
Para difundir la muerte;
En la paz labra su suerte,
En ser honrado, su gloria;
En ser cumplido, su historia;
En ser virtuoso, ser fuerte.

Ama á esas nobles legiones
Que piensan y que trabajan,
A las que nunca rebajan
La gloria de las naciones.
Sepan vuestros corazones,
Por juveniles sinceros,
Que el siglo busca guerreros
Más que fieros, ilustrados:
No quiere obreros soldados,
Busca soldados obreros.

¡Adelante! en incesante
Afán de encontrar ventura,
Quien tiene conciencia pura
Y trabaja, va adelante.
En este templo gigante
Vuestro porvenir cifrad,
Su grandeza contemplad,
Los que en su seno estais viendo;
Oid... nos está diciendo:
« Paz.... trabajo.... libertad. »

México, Febrero 5 de 1884.

EL TERCER CENTENARIO DE SANTA TERESA

(Composición leida en el hospicio de Toluca
la noche del 15 de Octubre de 1882)

Edad prodigiosa fué
aquella en que el pensamiento,
tierra, mar y firmamento
cruzó en alas de la fé.
Como entre sombras se ve
sobre la extensión desierta
la aurora brillar incierta
y á sus pálidos fulgores
se escuchan ya los rumores
de un mundo que se despierta.

Lanza rojiza su luz
por todas partes la guerra,
y aún se dividen la tierra,
la media luna y la cruz.
Rompiendo el denso capuz,
mira la Europa cristiana
hoy *San Quintín* y mañana
la epopeya de *Lepanto*
y siempre duelo y espanto
sobre la conciencia humana.

En su celda silenciosa
con indomable tezón,
alza Lutero el pendón
de la guerra religiosa.
Al cundir la pavorosa
llama que débil parece,
fiera la discordia crece,
y tan grande y tan profundo
es el espanto, que el mundo
en sus ejes se estremece.

Y en medio á tantos horrores
que dejan tan hondas huellas,
tiene el arte sus estrellas;
tiene la ciencia sus flores.

A artistas y trovadores
la gloria ofrece un laurel
y así en consorcio fiel
unidos el mundo admira
el astrolabio y la lira,
la paleta y el cincel.

En la tierra castellana
brota, hermosa y escondida,
una flor que halla la vida
bajo la enseña cristiana.
Alma pura que se afana
como la alondra lijera,
por remontarse á la esfera
en que un sol de amor le hiere;
que muere porque no muere
Pues tan alta vida espera.

Y esa flor de tallo enhiesto,
joya de amor, de inocencia,
le presta su rica esencia
al siglo décimo sexto.
Vive en retiro modesto,
no anhela pompas ni fama,
pero tal fulgor derrama
sobre la edad que atraviesa,
que á la angélica Teresa
el mundo admira y reclama.

Y buscan su parecer
y reclaman su consejo,
desde el más mozo al más viejo,
desde el monarca al ujier.
Pronto, tan sabia mujer
corrije con docta pluma
A las órdenes, y en suma
cuanto en sus obras entraña
se extiende al fin desde España
al país de Moctezuma.

Angel que tañe el laud,
alma soñadora, inmensa,
virgen que tan sólo piensa
en practicar la virtud.
Tal desde la juventud
es Teresa, cuyo anhelo

es dejar el tosco suelo
donde la maldad anida
y buscar la eterna vida
detrás del azul del cielo.

El austero sentimiento
junto al natural candor,
avivan más el fulgor,
del astro de su talento.
¿Qué mira bajo el convento
su pecho amante y contrito?
Mira el verjel exquisito
que aromas dulces exala;
ve un peldaño de la escala
que conduce á lo infinito.

Teresa en su corazón
guardó esa llama divina,
que trasforma, que ilumina,
que enaltece la razón.
Si se entrega á la oración
puesta ante la cruz de hinojos
brotan de sus lábios rojos
las flores del desvarío,
á las que da por rocío
las lágrimas de sus ojos.

Si su espíritu se aflije,
si se inquieta su conciencia,
su pluma en cada sentencia
alienta, instruye y corrije.
Si su caridad le exije
dar de propaganda ejemplo,
¡ah! ¡cuán grande la contemplo!
Con el fuego en que se abrasa
camina y por donde pasa
funda una orden ó alza un templo.

Todo encierra esa mujer
en su alma que á Dios confía,
la fé, la filosofía,
la inspiración, el saber.
Dejad los siglos correr
sobre el campo de la historia;
ellos no empañan su gloria
ni amenguan su claridad,

que siempre la humanidad
dará culto á su memoria.

¡Noble España! tu fortuna
mayor, á mis ojos es,
cuando humillada á tus piés
miraste la media luna,
la de haber sido la cuna
de tanto genio que ufano
fué en su tiempo, soberano;
cuando en la paz ó en la guerra
dabas un rey á la tierra
y otro al pensamiento humano.

Tantas tus grandezas son,
que en su altivo, inmortal vuelo,
juntas forman en tu cielo
inmensa constelación.
Cervantes y Calderón,
Lope de Vega, Moreto
Murillo, el *Espagnoleto*
y otros mil, prueban iguales
que tú, de hacer inmortales
siempre has tenido el secreto.

Hoy, tierra de la lealtad,
nos ves en la noble empresa
de honrar en Santa Teresa
tus grandezas de otra edad.
Yérguete con magestad
en este solemne día,
en que se une á la voz mia,
por tus glorias despertada,
de mi patria idolatrada
la sincera simpatía.

Al rendir culto al talento,
al saber, á la virtud,
si no basta mi laud
á expresar mi pensamiento,
se ensalzará este momento
que une á dos pueblos que son
uno, por su inspiración,
por su heroismo profundo,
porque los liga en el mundo
la lengua y el corazón.

LOOR AL ARTISTA

Á JESUS F. CONTRERAS

(Boceto de un poema)

I.

Allá en lo más alto la estrecha boardilla,
De techo plomizo que al sol nunca atrae;
El viento que zumba; la luz amarilla;
El hondo silencio; la nieve que cae.
Por dentro una mesa; el vino en un tarro;
Un lecho de lona que cubre una piel;
Terrones de yeso, y envueltos en barro
Estiques y pipas, compás y cincel.
Desnudas paredes sin lustre ni adorno;
El banco de pino; el tosco jarrón;
Y envuelto en las ondas candentes de un horno
El busto aquilino de Napoleón.
¿Y el huésped? un joven de pálida frente,
Hebráica melena, profundo mirar,
Con franca sonrisa tan dulce y doliente,
Que á un tiempo revela sufrir y gozar.
Si sufre, domina la tosca materia,
Que su alma, de un lauro de gloria va en pos;
¡Abajo está el hambre, la sed, la miseria,
Arriba lo inmenso, arriba está Dios!...
Y así en lo más alto se ve la boardilla
De techo plomizo que al sol nunca atrae;
La baña en las tardes la luz amarilla;
La envuelve en las noches la nieve que cae!

II.

La senda del arte conduce al calvario;
Culmina el que carga su cruz con valor;
Si encuentra la befa, la muerte, el osario,
¡No importa, con eso se alcanza el Tabor!
Mirad.... en la estrecha boardilla trabaja
En largas vigilias apuesto doncel,
Y quita, repone, remienda y rebaja
El barro, infundiendo su espíritu en él.
Ya traza la curva de un hombre de Juno,
Modela en la espalda de un indio el carcax;

Enrosca una barba forjando un Neptuno
O esculpe en un rostro las iras de Ayax.
  No hay pan, mas no falta la fe en el camino,
¿A quién pidió Cristo limosna ó merced?....
El pan fué su carne, su sangre fué el vino;
¡Oh Cristo! ¡tú aplacas el hambre y la sed!
  ¡Qué noches tan largas! ¡qué duro el trabajo!
¡Cuán lejos sus padres, su amor, su país!
Su alcoba, ¡cuán alta, y abajo, allí abajo,
La gran Babilonia llamada París!
  ¿No turban del joven el sueño tranquilo
Los ecos del baile que invita á gozar?
Si tiene por novia la Venus de Milo
¿Cuál hembra de carne la puede igualar?

III.

  Carácter de hierro con sangre de lava,
Destierra las sombras, conquista la luz,
¡Cuán cerca en sus sueños se ve el Orizaba!
¡Cuán cerca en sus ansias está Veracruz
  La arena sagrada, la tierra bendita;
De bravos aztecas la antigua ciudad
Contempla en sus sueños; trabaja, medita
Y dice á sus hondas miserias: ¡pasad!
  ¿Qué importa que en ese bregar sempiterno
Se turbe y amengüe la hercúlea salud?
¡Hinchadas las manos, sin lumbre en invierno,
Su estique es su emblema, blasón su virtud!
  ¡Y vence! y ¡regresa sediento de gloria!
La patria y sus héroes atizan su fe,
Y en mármol y en bronce devuelve á la Historia
Sus hombres, que surgen hablando y de pie.
  ¡La gloria lo mima! Con pérfido lazo
Lo atrae y entre aplausos le otorga un laurel;
Mas ¡ay! el Destino mutila aquel brazo
Creador de la vida si guiaba el cincel.
  Carácter de hierro, jamás se contrista,
La sangre de lava no cesa de arder;
Con sólo una mano trabaja el artista,
Con sólo una mano se apresta á vencer.

IV.

  Gozar las caricias de amor de la Fama;
Sentir por el Arte pasión, frenesí....

Y ver un espectro que extingue la llama,
Satán rebelado que grita: ¡hasta aquí!
¡Oh! ¡Nunca! — responde la víctima — ¡Nunca!
Quebraste mi diestra, ¡no importa, oh, Luzbel!
El cuerpo es de barro.... se hiende, se trunca....
Aún tengo otro brazo y el alma está en él.
Y entonces retrata su angustia secreta
Labrando en el mármol la amarga verdad;
Un sér que ambiciona llegar á la meta,
No puede y se arrastra con honda ansiedad.
Revela el conjunto su angustia sin nombre;
Parece que intenta gritar: ¡Venceré!
¡Titánica lucha! ¡delirios del hombre!
¿Darán la victoria al genio y la fe?
¿El genio es luz viva? ¿la fe lumbre fatua?
¡Oh, artista! Tu numen lo ignoto exploró:
Con sólo una mano labraste esa estatua
Do eterna en el mármol tu historia quedó.
Las grandes pasiones son ascuas que abrasan
Y pronto en cenizas se torna el volcán;
Los sueños más dulces son nubes y pasan;
Las dichas son olas.... ¡cuán pronto se van!

V.

La frente espaciosa que el genio encendía;
El dulce semblante de intensa expresión;
Aquella mirada con rayos del día;
El cuerpo de atleta.... ya muertos! ¿qué son?
Detritos, miseria, cenizas, despojos,
El negro problema del ser y el no ser;
Ni sangre en las venas, ni luz en los ojos,
Ni aliento en los labios.... ¡no hay nada de ayer!
En torno del lecho los mudos testigos
De aquella extinguida genial juventud,
Y huérfanos, viuda, parientes, amigos,
Guardando ante el muerto siniestra actitud.
Ayer la elevada y estrecha boardilla
Con techo plomizo que al sol nunca atrae,
Que baña en las tardes la luz amarilla
Y envuelve en las noches la nieve que cae.
Más tarde el arribo, los áureos reflejos
Del sol de sus padres; su hogar, su país;
Y al fin el trabajo.... ¡dejando muy lejos
La gran Babilonia llamada París!

Después las coronas que ofrece la gloria,
Los triunfos que siempre su genio alcanzó,
Y luego la muerte. ¡Qué breve es su historia!
Artistas, ¿sois nobles? ¡honrad su memoria!
Amigos, ¿sois buenos?, ¡sentid como yo!

EN HONOR DE NUESTROS DRAMATURGOS

A Juan A. Mateos, al coronarlo públicamente con el laurel de oro.

Cuántas veces mirando ó sintiendo
Las negras borrascas que nublan la vida,
Y que dejan, después que han pasado,
Escombros que envuelven heladas cenizas,

Esas trombas que vuelcan la nave
A tiempo que el nauta la costa divisa
Y derraman tinieblas que sólo
Un cárdeno rayo violento ilumina;

Cuántas veces sintiendo su estrago
De pie sobre un yerto montón de rüinas
He admirado á esos genios sublimes
Que dan á la escena sus luchas más íntimas,

A esos buzos del alma que pueden
Burlando las olas bajar á las simas,
Despertando en los antros oscuros,
A todos los odios y á todas las iras.

Explorar los infiernos ignotos
Que las ciegas pasiones atizan,
Y pintar, al fulgor del incendio,
Las cosas que sienten, las cosas que miran

Sacudir á su antojo las almas,
Si sufren, con llanto; si burlan, con risa,
Y en los hondos problemas humanos
La incógnita muda cambiar por la cifra

¡Oh creadores augustos del drama!
Os legaron su voz las sibilas
Y lleváis la pasión á la escena
Como un potro domado á la pista!

Fundó Atenas la escuela del pueblo
Donde Esquilón y Eurípides brillan;
Sus Euménides logran y Andrómaca
Conmover y ablandar la Justicia.

Mientras Píndaro, sueltas las alas,
A los cielos lo eleva la lírica,
Le disputan la eterna corona
Junto á Safo, Mirtíde y Corinna.

La Tragedia, la amable tirana,
Dulce encanto del alma sumisa,
Nace y crece en el seno de Grecia
Y en Eurípides surge y culmina.

Esa helénica madre amamanta
La comedia graciosa y festiva
Que Epicarmo, Cratino y Eupoli
Con estilo sublime eternizan.

Aristófanes ¡Salve, oh maestro!
Le da forma, la pule y burila,
Y Menandro, con todas las gracias
Hasta el gran Parthenón maravilla.

¡Oh creadores augustos del drama!
Bajo el manto inmortal que os cobija
Yo me acerco y temblando de asombro
Besar puedo tan sólo la fimbria.

Cual vosotros, siguiendo el ejemplo
Que les dísteis en pléyade olímpica,
En un mundo que nunca soñásteis
Y que Séneca ya presentía;

Otros genios ¡estrellas del arte!
Cuya gloria á mi Patria ilumina,
Conquistaron el alto renombre
Que el rodar de los siglos aviva.

¡Oh Juan Ruiz de Alarcón! ¡Oh poeta!
¡Quien te pueda medir que te mida!
¡Que Corneille tu «verdad sospechosa»
Refunda y se apropie con lengua distinta!

Tú encerrabas en cuerpo deforme
Un genio perfecto de estirpe divina;
Mas siempre ese genio radiante y hermoso
Nubló la calumnia, y el odio y la intriga.

A tu frente, de lauros cargada,
clavaron aleves punzantes espinas,
Y en tu tiempo, Alarcón, sólo pudo
Agrandar tu joroba la envidia!

Como España te cuenta en sus glorias
Y hace suyas tu fama y tu vida,
Con orgullo llamámoste « nuestro »,
Porque al fin nuestra cuna es la misma.

—

Y tú, monja inmortal; tú, Sor Juana,
Casta virgen que el claustro marchita;
Cuyos ojos aun queman el lieno
Con lumbre que irradian las negras pupilas

Convirtiendo en un Pindo tu celda,
Sin piedad á los hombres fustigas
Y al través de los siglos tus versos
No hay un labio que no los repita.

Al llamarte la décima musa
Tu siglo, tu inmenso valer justifica,
Que á las nueve que cuenta el Parnaso
Les faltaba una hermana tan linda!

—

Y tú, noble y heróico soldado,
Tú, modesto y sin par Gorostiza,
Te bastaba escribir « Don Dieguito »
Para hacer perdurables tus días;

No llenaste tan sólo la escena,
En España fué á honrarnos tu lira
Y soldado — te vió Churubusco
Batir frente á frente la hueste enemiga.

Calderón — el romántico bardo,
Que con mieles de Himeto escribía,
Retratando en dulcísimos versos
Las muertas venturas, las épocas idas.

Nuestros padres cantaron gozosos
Tu doliente canción de la *vida*
Que resuena en tu drama « El Torneo »
Cual hondo lamento del triste Isaías.

—

¡Y tú, el más desdichado de todos!
¡Oh, Rodríguez Galván! alma limpia
Que llevara primero á la escena
La historia del suelo que amó con fe viva.

¡Tú moriste en la flor de tus años!
¡Cuando todo ante tí sonreía!
Fuiste humilde, inspirado, patriota;
¡Y el pueblo te aplaude, te quiere y te admira!

—

Y tú, Angélica, intérprete humana,
De voces del cielo que al mundo cautivan,
Me estremezco mirando tu busto
Que yo fuí á erigirlo con otros un día.

Le rendimos tributo á tu genio
Oyendo tus notas, estando tú viva.
« Es lisonja » — gritaron algunos;
Hoy los mismos dirán: « Fué justicia ».

—

Han corrido los años y á veces,
Cuando triste la tarde declina
Y en el bosque sagrado de Anahuac
Los indianos zenzontles se inspiran,

Una sombra se acerca y me dice:
En los trinos que á tu alma cautivan
¿No ha dejado su voz la Peralta?
Y mi alma extasiada responde: « es la misma ».

—

A todos la Patria les da la corona
Formada con lauros y ramas de encina;
La corona que Atenas llamaba
De los inmortales emblema y divisa.

Al mirarte en el mármol tallada
Recuerda mi pecho, sembrado de heridas,
A tu egregio cantor que conmigo
Regó tus altares con lágrimas íntimas.

¡Era Acuña! aquel niño sublime
Enfermo de eterna mortal nostalgía,
Que en una hora de angustia suprema,
Sobre un lecho de rosas marchitas,

Ahogó él mismo en su labio el aliento,
Cortó él mismo en sus venas la vida,
Y su genio, creador de « El Pasado »,
Trocó en astro y su cuerpo en cenizas.

Pienso en Cuenca; en su musa brillante
Que en la escena irradió con luz viva
Y encendió en « La Cadena de Hierro »
De su númen la fe nunca extinta;

¡Cuenca! ¡Acuña! ¡Dormís en la sombra!
Los tres fuimos tres almas unidas.
¡Nos amamos allá en esos tiempos
En que embarga á los hombres la dicha!

¡Cuántos sueños de amor! ¡cuántas luchas!
¡Qué amistad fraternal y tranquila!
Y caísteis al fondo del antro,
Y emprendísteis la eterna partida.

Y yo, lleno de dudas, de canas,
De dolor, de tristeza infinita,
Quedo aquí como un cirio en la tumba,
Quedo aquí como nave sin guía.

Y me aliento al cantar vuestras glorias
Y sollozo al leer vuestras rimas,
Y empapadas las hojas en llanto
Os doy la corona que amásteis en vida.

Y tú, bardo y tribuno del pueblo,
Dramaturgo, cantor, novelista,
Que á las turbas alientas y mueves
Y en las rostras hablando electrizas;

Tú que viste surgir á los hombres
Que una Ilíada con Juárez realizan,
Y que altivo y luchando sin tregua
Ya cumples diez lustros de rudas fatigas;

Ya bien puedes sentarte á la sombra
Del árbol añoso que Agosto reanima
A enarrar esos hechos que fueron
De tu alma el encanto, la luz de tus días.

Allí están: «Sacerdote y Caudillo»,
De nuestra epopeya las páginas vivas.
Allí está «El Sol de Mayo», que guarda
Del gran Zaragoza las glorias legítimas.

Y aun tu pluma está joven, y aun logra
Tu palabra infundir fuego y vida,
Y tu musa, entre lauros y palmas
Versos áureos cual antes te inspira.

Sigue siempre ¡oh, cantor de tu pueblo!
Con el númen radiante por guía
Recogiendo en laureles y aplausos
Tu mejor y más bella conquista!

Son los pueblos más cultos del mundo
Los pueblos que al docto pensar dignifican
Y á sus hombres de genio y de ciencia
Coronan y elevan, ensalzan y estiman.

No os sorprenda mirar que mi Patria
Honre, aplauda, levante y bendiga
A los genios que forman su orgullo.
¡Ya era tiempo de hacerles justicia!

Que este ejemplo lo imiten más tarde
Los que en pos de la gloria caminan:
Ya nosotros abrimos el surco
Y arrojamos en él la semilla.

Juventud que entusiasta contemplas
La ovación á los genios rendida,
Piensa en ellos mañana, mirando
Tanto sér coronado de espinas;

Piensa en ellos, probando los frutos
Que te dejan en obras eximias,
Y confiesa que es grande una patria
Que á sus genios sin par diviniza.

Á ESPAÑA

Débil te juzgan muchos, noble España,
Porque de un golpe te arrancó la suerte
Las tierras en que hallaba estéril muerte
Cada Hércules nacido en tu montaña.

Y yo no pienso igual, y me acompaña
La convicción de que hoy eres más fuerte,
Pues no pierdes tu sangre ni se invierte
Tu erario en darle pan á gente extraña.

¿Qué encuentran hoy tus hijos en sus lares?
Ricas industrias, minas en bonanza,
Fecundas viñas, vastos olivares;

Y para no sentir rubor ni mengua
¡A dieciseis naciones tras los mares
Que adoran á Dios y hablan tu lengua!

EN HONOR DE ALTAMIRANO

Poesía leida en el salón de la Cámara de Diputados, al recibirse la urna que contiene las cenizas del maestro Ignacio M. Altamirano.

Ya lo veis, gloria, talento,
Ciencia, franqueza, lealtad,
Ternura, pasión, bondad,
Patriotismo y sentimiento;
Todo lo que en un momento
El aplauso diviniza,
Lo que asombra y electriza
Los humanos corazones,
Es entre aquellos crespones
Un puñado de ceniza.

El entusiasmo, el afán
Que nuestra ilusión mantienen
Decidme ¿de dónde vienen?
Responded ¿adónde van?
¿Cómo es brisa el huracán?
¿Cómo el activo está inerte?
¿Porqué tan débil el fuerte?
¿Porqué la elocuencia es muda?
¡No hay más guardián que la duda
En las puertas de la muerte!

Decid en estos altares
A aquellas cenizas frías,
Que muevan como otros días
A las masas populares;
Pedidles nuevos cantares,
Que narren dulces consejas,
Que hablen de ensueños y quejas....
¡Si en el aire en que se mecen
Ni los *naranjos* florecen
Ni susurran las *abejas!*

Salió de su patria un día
Lleno de amor y de gloria,
A ver de bulto la historia
Que cual nadie conocía.
Una tristeza sombría
Empañaba su ilusión

Y nos dijo en su aflicción
Entre amorosos consejos
¿Qué importa que vaya lejos
Si os llevo en mi corazón?

Ausentóse, llegó á España,
Y con hondo desconsuelo
Buscó el azul de este cielo
Y el aire de su montaña.
Nacido en una cabaña
Odió blasones y escudos,
Crecido entre golpes rudos
Y entre angustiosos afanes
Suspiró por sus volcanes
Y por sus indios desnudos.

Él, que nunca había llorado
Por México allí lloró....
El, que nunca se abatió
Vivió allí triste y turbado....
Abatido y contristado,
Presa de dolor sin fin,
Por su nativo jardín
Perdió la dicha y la calma,
Pues tenía el cútis y el alma
Del bravo Guatimotzín.

Fué á Francia, y su corazón
Latió feliz, satisfecho;
Era la fé y el derecho
De la gran Revolución.
Nieto de la Convención
Que tantas glorias aduna
De su renombre en la cuna
Ella le dió fé y aliento....
Y fué en nuestro parlamento
Un Saint-Just en la tribuna.

Amó á la Francia por bella,
Por sus limpias tradiciones,
Porque todas sus pasiones
Identificó con ella:
Deja luminosa huella
En esa tierra de gloria;
Aman allí su memoria
Y aun su voz el pueblo escucha....

Él se llamaba: la lucha!
Francia se llama: Victoria!

Después... en amargo instante
Es ya tragedia el idilio;
Va y busca el sol de Virgilio,
El aire que aspiró el Dante.
Débil, triste, agonizante,
Padece en suelo extranjero
Y ya en su mirar postrero
Busca en regiones extrañas
El perfil de las montañas
De su Estado de Guerrero...!

En medio de su agonía
Osa al destino pedir,
Un plazo para morir
En tu suelo, patria mía,
La suerte adversa é impía
Tal ventura le negó....
En tierra extraña murió
Y en cenizas convertido
Hoy torna al suelo querido
Por que tanto suspiró!

Maestro: en esta ocasión....
Aunque leve polvo seas,
Quiero que surjas y veas
Cual te llora tu nación.
Si ya tus cenizas son
Polvo que dispersa el viento,
Tu elocuencia y tu talento
Son las inmortales huellas
Que prende cual dos estrellas
La patria en su firmamento.

La urna que veis allí
Cuando el tiempo haya corrido,
Podrá llegar al olvido
Cual pudo llegar aquí.
Mas di, filósofo, di:
¿Hasta al Genio el tiempo arrasa?
Es el Genio, sol que abrasa
Que alumbra, anima y atrae....
¡Lo que es inmortal no cae!
¡Lo que es eterno no pasa!

7 de Junio del 1893

EN MEMORIA DE PRIM Y DE FÉLIX DÍAZ

(Leída por su autor al inaugurarse en la Ciudad de México la « Avenida del General Prim » el 28 de Julio de 1904)

I.

La alianza tripartita
britano-franco-española,
que en són de guerra llegóse
á las mexicanas costas,
se desbarató al influjo
de una voluntad heróica.

Las naves de Inglaterra
hácia sus puertos retornan
y las de España ya tienden
rumbo á la Habana sus proras.

Es Don Juan Prim, el osado,
quien tal maravilla logra;
es él quien resuelto dijo:
« Vale más volver con honra
que con una guerra injusta
manchar todas nuestras glorias ».

Y Lemen Wyke y Doulop
sus barcos vuelven á Europa;
y sólo Francia se queda
teniendo en tierra á sus tropas,
ya sin peligro en las sendas
que van á Jalapa y Córdoba.

Prim que en Orizaba tiene
á la Condesa su esposa,
culta y bella mexicana
á quien el guerrero adora,
« torno contigo, le dice,
que no he de dejarte sola,
y como tengo emboscadas
en Veracruz á mis tropas,
para caminar seguros
buscaremos una escolta ».

« Aquí estoy yo » — le interrumpe
con voluntad firme y pronta,
un jefe á quien Prim admira
por sus acciones heróicas.
Es Félix Díaz; se ofrece
á servirles de custodia
hasta que lleguen al puerto
do está la escuadra española.

« Acepto — contesta el Conde —
mañana á primera hora
partiremos...... »
— Estoy listo
y tengo en ello gran honra. —

II.

Y parten rayando el alba,
y no bien corren tres horas
cuando ven tropas francesas
tendidas sobre las lomas.
Divisan del campamento
las blancas tiendas de lona
y banderas que flamean
azules, blancas y rojas.
Y ven desprenderse un grupo
de dragones que galopan
hácia el rumbo que ellos siguen
en su marcha silenciosa;
y al verlos cerca, oyen claro
que gritan « ¡alto! » y asordan
los aires con las descargas
que sueltan á quemarropa.
Se estremece la Condesa;
Prim, demudado de cólera,
intenta saltar del coche
pero un cuerpo se lo estorba;
es Féliz Díaz; que viendo
lo que pasa, se coloca
jinete en corcel airoso
al lado de la carroza,
y con su cuerpo y sus brazos
ancho antemural le forma.

« Nada temáis — dice Félix —
las balas que nos arrojan

son las primeras que insultan
á las mexicanas tropas.
Iba Prim á contestarle
cuando ya el paso les cortan
los cazadores franceses
que en derredor se amontonan.
«¿Qué queréis?—Prim les pregunta;
—Nada con vuestra persona,—
dice el que manda,—no supe
que eráis Vos, pero esta tropa
es mexicana y su jefe
sabemos bien que nos odia,
por ser el que más de cerca
por las montañas nos ronda,
y es hoy nuestro prisionero
y después.... Dios le socorra!

—Este Jefe es un valiente,—
dice Prim, con voz sonora,
á punto que la Condesa
el hermoso rostro asoma
y agrega con voz tan dulce
que al Jefe galo emociona:
—«Es nuestro mejor amigo
y es el Jefe de mi escolta».—
«Con mi vida—Prim agrega—
escudo la suya propia,
y de mí disponed, antes
que tocar á su persona».

El jefe francés conoce
Al Conde; sabe la historia
de sus hechos militares
y le saluda, y coloca
en valla á sus cazadores
que pronto ven la carroza
partir veloz, escoltada
por las mexicanas tropas.

La portezuela escudando,
el bravo Félix galopa,
y así dice á la Condesa:
—«A no estar con vos ahora,
armo la de «Dios es Cristo»,
pero soy vuestra custodia

y me dáis en justo premio
La vida.... gracias, señora ».

III.

A Prim cortó la existencia
mano infame y alevosa,
y guarda sus nobles restos
régio túmulo en Atocha.
Allí la Duquesa Viuda
cual mexicana devota,
alzó un altar á la Virgen
que á su cuna diera sombra:
¡la Virgen de Guadalupe
que el sol indio besa y dora
y en el Tepeyac recuerda
la gruta de Covadonga!

Año tras año, en la fecha
imborrable y luctüosa
celebrábanse con fausto
unas funerarias honras,
que eran siempre presididas
por el General Corona,
de nuestra patria Ministro,
de nuestro Ejército joya;
entre los cirios ardientes
que el soberbio altar decoran,
ví dos, ornados con cintas
mexicanas y españolas;
y acerquéme á la Duquesa
que rezaba fervorosa:
« ¿Qué hace allí — pregunté atento
nuestra bandera, señora? »
— « Año por año se encienden
esos cirios en memoria
y en sufragio, por el alma
de aquel Jefe de mi escolta,
tan resuelto, tan valiente,
tan leal y tan patriota
que tanto quiso á mi esposo
y que Dios tenga en su gloria ».

LOS HÉROES-NIÑOS DE CHAPULTEPEC

(Poesía escrita para ser recitada por la Señorita María Rosales).

Voy á contar una escena
del mundo de *más allá*
que un alma sencilla y buena,
en una noche serena
reveló á un alma de acá:
«Escúchame atenta, hermana;
dí vida á un sér superior
en la tierra mexicana,
y de pronto, una mañana,
me ví en un mundo mejor.
«No cansaré tu memoria
poniéndome á relatar
una dilatada historia;
toca á Méjico, á su gloria,
lo que te voy á contar;
«Le pregunté á Dios un día,
de un fin noble yendo en pos,
lo que á su lado tenía
de la amada patria mía,
que fuese digno de Dios.
—«Mucho en mi reino se encierra
que de lo eterno á la faz
admira á los de la tierra;
así á los que están en guerra
como á los que están en paz.
«Tengo aquí sin nombres vanos,
bendecidos por mi amor,
niños, jóvenes, ancianos,
un mundo de mexicanos
dignos de eterno esplendor.
«Y asómbrate, sierva mía;
amaron tanto aquel suelo
que, nadie lo pensaría,
se enferman de nostalgía
por su patria, aquí, ¡en el cielo!
«Entre los que han merecido

ceñirse lauro inmortal,
hay un grupo bendecido
que es sin duda el preferido
en la mansión celestial.
« Son aquellos seis capullos,
seis esperanzas de ayer,
que entre maternos arrullos
murieron, á los murmullos
de un sangriento amanecer.
« Tú sabes que los armiños
sucumben sin consentir
que mancillen sus aliños,
y esos esforzados niños
así supieron morir.
« En sus puestos, resguardando
altivos el patrio honor,
y cuerpo á cuerpo luchando,
defendiendo y adorando
su bandera tricolor.
« Murieron.... y su memoria
inmaculada, inmortal
en la mexicana historia,
brilla radiante de gloria
como estrella sin rival.
« Cada patria en su fortuna
héroes tiene de altos vuelos,
mas « *héroes niños* » ninguna:
en el mundo sólo hay una:
¡la de Hidalgo y de Morelos!
« Y esos niños, sierva mía,
en mi mansión soberana
gozan del eterno día,
y aún sienten la nostalgía
de su tierra mexicana. — »
Y Dios se dignó mostrar
el grupo de ellos, que invoca
hoy mi patria, en este altar:
¡Barrera, Ezcútia, Melgar
y Suárez y Montes de Oca!
Pronunció luego estos nombres
que ningún negro capuz
oscurece y.... no te asombres,
un himno alzaron los hombres,
hubo en los cielos más luz.

Y yo, cuyo afán se llena
con lo que gloria nos da,
vine en la noche serena
á contarte aquella escena
del mundo de « más allá ».

México, Septiembre de 1904.

Á LA CAMPANA DE LA LIBERTAD [1]

Vedla sobre el Palacio suspendida;
De una vetusta torre fué arrancada
Donde al claro fulgor de la alborada
A un pueblo esclavo despertó á la vida.

Su voz de monte en monte repetida
En once años de lucha encarnizada,
Dió á la Nación la libertad soñada
Para ser grande, independiente, unida.

Campana augusta, todo mexicano
Lleno de gratitud, recuerda al verte
Al mártir inmortal al noble anciano
Que haciéndote vibrar retó á la suerte,
Tornó al pueblo de siervo en soberano
Y por hacerlo libre halló la muerte.

México, 16 de Septiembre de 1904.

(1) La campana con que el inmortal cura Hidalgo convocó al pueblo para dar el grito de Independencia, en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, se trajo de la parroquia de Dolores Hidalgo, en cuya torre estuvo con el nombre de esquilón de San José, á la ciudad de México y hoy está suspendida sobre el balcón principal del Palacio del Poder Ejecutive y allí la hace sonar á las once de la noche de cada 16 de Septiembre el Presidente de la República.

FIN DE LA OBRA.

ÍNDICE

Pág.

AL LECTOR 5
Las Glorias de México 11

Colón é Isabel 13
Hidalgo 19
Al Sr. Gral. D. Porfirio Díaz 20
La Victoria de Tampico 23
De marinero á trapista 26
Ni el nombre ni el oficio 30
La pierna de su Alteza 34
Recuerdos de un veterano 39
En Churubusco 50
Los fueros del valor 52
Riverita 57
Santos Degollado 59
Leandro Valle 61
Aquiles Collin 65
Terán y Maximiliano 68
Comonfort 72
Tomás Mejía 77
Xochiapulco 82
La Corte marcial 87
A media noche 92
La heroina del dolor 100
El prisionero de Papazindan 109
El Tordo 119
El canje de prisioneros (1.ª parte). Los dos padres . . 122
» » (2.ª parte). Belgas y mexicanos 130

	Pág.
¡Primero es la Patria!	137
El centinela	140
Los mártires de Uruápam	144
Heroismo mexicano	151
El último puesto	155
Una respuesta de Miramón	156
Maximiliano	158
Pensador y héroe	164
Recuerdos de Mayo	167
El grito de independencia	170
¡Patria!	173
A Juárez	178
Margarita Maza de Juárez	181
A los alumnos del colegio militar	182
Al « Blasco de Garay »	188
A México	190
¡Por Consuegra! ¡Por España!	194
México y España	197
Al partir de España	199
A Veracruz	201
A Guadalajara	203
A Jalapa	205
En Jalapa	208
Coatepec	212
En la feria de Tlacotálpam	214
Al Papaloápam	218
En Tlacotálpam	222
Adiós á Monterrey	225
En Coahuila	227
¡Por el pueblo!	230
¡Por la Frontera!	232
A Lerdo de Tejada	233
Al partir de Guadalajara	234
¡Por la Caridad!	236
Al ahuehuete de Santa María del Tule	238
En las ruinas de Mitla	239
In terra pax hominibus	241
Recuerdos	242
Once de Abril	244

	Pág.
Cinco de Mayo	246
La victoria de Zaragoza	250
Glorias de Mayo	253
Himno á Juárez	259
Al general Carlos Fuero	260
En Chapultepec	262
En los funerales del general Jesús González Ortega	265
En memoria del general Carlos Pacheco	269
A los alumnos del colegio militar	272
A Vicente Riva Palacio	274
El general Ramón Corona	275
¡Por los rurales!	279
¡Por la independencia!	281
Un héroe de Sinaloa	283
¡Fuego, señor!	287
Al Maestro Ignacio M. Altamirano	291
Los peones de la Mota	294
El general José M.ª Patoni	299
Industria y Arte	302
El tercer centenario de Santa Teresa	306
Loor al artista	310
En honor de nuestros dramaturgos	313
A España	318
En honor de Altamirano	319
En memoria de Prim y de Féliz Díaz	322
Los héroes-niños de Chapultepec	326
A la campana de la libertad	328


LIBRARY
MAY
17
1977
OF TORONTO